



TROTSKY, por G. Amador.

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

***¿Adónde va
Francia?***

(con anexos)

¿Adónde va Francia?

**(recopilación de
artículos, con
anexos)**

León Trotsky

Trotsky inédito en internet y en castellano-Obras Escogidas
Edicions Internacionals Sedov

Valencia, noviembre de 2019, 2ª edición
germinal_1917@yahoo.es

Para esta edición hemos seguido la versión castellana que publicaron las extintas Ediciones Pluma de Buenos Aires en 1974 y que reprodujo en 1975 Juan Pablos Editor, de México, en su Tomo 22 de las *Obras de León Trotsky*; es también la versión reproducida en la [sección en español del MIA](#) en su [Archivo León Trotsky](#).

Hemos contrastado el texto con la versión francesa (*Ou va la France?*) aparecida en el Tomo II de los *Écrits* publicado por Quatrième International, en septiembre de 1958, en París, que sigue la [versión francesa de 1936 publicada por la Éditions Librairie du travail](#) (disponible en internet en [BNF-Gallica](#)), trabajo del que se han derivado algunas correcciones de traducción y estilo, que hemos aplicado sin señalarlas en el

texto, y la introducción de subtítulo “recopilación de artículos” que es con el que aparecía la edición francesa de 1936.

En cuanto a las fuentes de los anexos todas vienen indicadas, como de costumbre, en pie de página al título de cada uno de los textos.

Este es un libro de lectura complementaria con [La lucha contra el fascismo](#) y [El programa de transición](#) (tanto en lo tocante a la obra en sí misma como, también a los anexos) publicados en esta serie de nuestras Edicions Internacionals Sedov.

En esta segunda edición hemos ampliado el contenido de la cronología y añadido cuatro textos de Trotsky.

Edicions internacionals Sedov



Índice

Prefacio a la edición francesa de 1936.....	6
¿Adónde va Francia?.....	7
El derrumbe de la democracia burguesa	7
Los comienzos del bonapartismo en Francia.....	8
¿Durará mucho el bonapartismo?	9
El papel del Partido Radical	10
Las “clases medias”, el partido radical y el fascismo	11
¿Es inevitable el paso de las clases medias al campo del fascismo?	12
¿Es verdad que la pequeña burguesía teme a la revolución?.....	13
Una alianza con los radicales sería una alianza contra las clases medias	14
La milicia obrera y sus adversarios.....	16
Hay que construir la milicia obrera.....	19
El armamento del proletariado.....	21
Pero ¿y las derrotas de Austria y España?.....	23
El frente único y la lucha por el poder	26
No un programa de pasividad, sino un programa de revolución	27
Una vez más ¿adónde va Francia?.....	30
El diagnóstico de la Internacional Comunista es falso y funesto	30
La función y el objetivo de este trabajo	31
I - ¿Cómo se forma una situación revolucionaria?	31
La premisa económica de la revolución socialista.....	31
¿Es ésta la última crisis del capitalismo o no?.....	32
Fatalismo y marxismo	32
La “última” crisis y la “última” guerra.....	33
La Internacional Comunista se ha pasado a las posiciones del fatalismo socialdemócrata.....	33

¿Cómo aprecia la situación la burguesía?.....	34
El sentido de la capitulación de los radicales	35
La pequeña burguesía y la situación prerrevolucionaria	35
¿Cómo puede producirse un golpe de estado fascista en Francia?	35
Dialéctica y metafísica	36
II- Las reivindicaciones inmediatas y la lucha por el poder	37
El estancamiento del frente único	37
La resolución del Comité Central del Partido Comunista Francés sobre las “reivindicaciones inmediatas”	37
¿Por qué los llamamientos del partido comunista no encuentran eco entre las masas?.....	38
La coyuntura económica y la lucha huelguística	38
La posibilidad de una reanimación de la coyuntura.....	39
Despojos del reformismo a guisa de programa revolucionario	39
Un medio seguro contra el paro	40
El partido comunista es un freno.....	41
Consignas fabricadas “según Lenin”	41
“¡Paz, Pan y Libertad!”	42
Dragones y pulgas	43
III – La lucha contra el fascismo y la huelga general	43
El programa de la Internacional Comunista y el fascismo	43
Las ilusiones reformistas y estalinistas	44
La lucha por las reivindicaciones inmediatas y el fascismo	45
La huelga general no es un juego del escondite.....	46
La preparación de la huelga general.....	46
¿La huelga general en una “situación no revolucionaria”?	47
“¡Sóviets por todas partes!”	47
Pero ¿es posible la huelga general en un futuro próximo?	48
¿Las masas quieren luchar?	49
Las bases y las direcciones en el interior de los partidos	50
Las “reivindicaciones inmediatas” y la radicalización de las masas.....	50
El programa y la huelga general	51
La huelga general y la CGT.....	52
IV - Socialismo y lucha armada.....	53
La gran lección del 6 de febrero de 1935	53
“Putschismo” y aventurerismo	53
Es necesario prever y prepararse.....	54
La milicia obrera y el ejército	55
Durante la revolución	55
V - El proletariado, los campesinos, el ejército, las mujeres, los jóvenes.....	56
El Plan de la CGT y el frente único	56
Alianza revolucionaria con el campesinado	57
El ejército.....	58
Las mujeres	59
Los jóvenes	59
VI- Por qué la IV Internacional	60
La quiebra de la Internacional Comunista	60
La lección del Sarre.....	60
El programa de la Internacional Comunista	61
Bela Kun, jefe de la Internacional Comunista	62

La unidad orgánica.....	63
Dictadura del proletariado	64
Adaptación a la burocracia estalinista	65
La Cuarta Internacional	65
Jacques Doriot o el cuchillo sin filo	66
VII - Conclusión	67
La correlación de fuerzas.....	67
¿Esto significa que la situación es desesperada?... ¡Oh! no.....	68
Frente Popular y Comités de Acción	69
Francia en la encrucijada.....	73
La etapa decisiva.....	84
La revolución francesa ha comenzado	89
Ante la segunda etapa	93
ANEXOS.....	97
Carta abierta a los obreros de Francia (La traición de Stalin y la revolución mundial) .	98
La nueva calumnia estalinista.....	99
¿Por qué Stalin y sus lacayos franceses son traidores?.....	100
¿Qué significa el compromiso de Lubersac?.....	100
La fuente de la traición.....	101
Las consecuencias de la traición.....	102
A quién le pertenece la victoria	102
¡El pacto ata a la URSS, pero no a Francia!	103
¿Qué deben hacer los diputados socialistas y comunistas?.....	103
El papel de los bolchevique-leninistas del partido socialista	104
Los motivos del odio de la burocracia a los trotskystas.....	104
La fracción de Stalin en el partido socialista.....	105
Es necesario un nuevo giro.....	107
A los jóvenes comunistas y socialistas que quieren pensar	110
“Etiquetas” y “números”	114
[Ninguna ambigüedad respecto al frente popular].....	118
La vía de los socialistas revolucionarios.....	122
Tras la crisis de los bolcheviques-leninistas.....	128
[Las dificultades de la sección francesa].....	131
[Los radicales, agentes de la burguesía en el gobierno].....	135
Carta a Victor Serge sobre diferentes grupos y personalidades de Francia a propósito de la construcción del partido revolucionario	137
El nuevo ascenso revolucionario y las tareas de la Cuarta Internacional	142
SOS. La situación en Francia	148
Se acerca la hora de la decisión (a propósito de la situación en Francia)	150
[La vía de la vanguardia revolucionaria en Francia]	156
La crisis en la sección francesa.....	158
I Carta a James P. Cannon.....	158
II Carta a James P. Cannon.....	160
III Carta al Comité Político del SWP.....	160
IV Carta al Comité Político del SWP.....	161
V Carta al Secretariado Internacional	163
Cronología	164

Prefacio a la edición francesa de 1936

Este folleto está constituido por artículos escritos en diferentes momentos de los últimos dos años y medio. Para decirlo con mayor precisión: desde la ofensiva de la coalición fascista-bonapartista-realista del 6 de febrero de 1934 hasta la grandiosa huelga de masas de fin de mayo-comienzos de junio de 1936. ¡Qué grandioso movimiento del péndulo político! Los dirigentes del Frente Popular se inclinan, por supuesto, a atribuir el movimiento producido hacia la izquierda a la clarividencia y sabiduría de su política. No es ese el caso. El acuerdo tripartito se ha revelado como un factor de tercera línea en el desarrollo de la crisis política. Comunistas, socialistas y radicales nada han previsto y nada han dirigido: los acontecimientos pasaron sobre sus cabezas. El golpe, inesperado para ellos, del 6 de febrero de 1934, obligó a cada uno de ellos a dejar de lado las consignas y las doctrinas de la víspera y buscar la salvación en la alianza con los otros. La huelga de mayo-junio de 1936, igualmente inesperada, dio a este bloque parlamentario un golpe mortal. Lo que podría aparecer, ante una mirada superficial, como el apogeo del Frente Popular es, en realidad, su agonía.

Como las diferentes partes del folleto aparecieron en distintos momentos, reflejando las diversas etapas de la crisis que atraviesa Francia, el lector hallará en estas páginas, inevitables repeticiones. Eliminarlas significaría destruir completamente la construcción de cada una de las partes, y lo que es más importante, privar a todo el trabajo de su dinámica, que refleja la dinámica de los propios acontecimientos. El autor ha preferido mantener las repeticiones. Ellas pueden, incluso, no carecer de utilidad para el lector. Vivimos en una época de liquidación general del marxismo en las direcciones oficiales del movimiento obrero. Los prejuicios más vulgares sirven actualmente de doctrina oficial a los dirigentes políticos y sindicales de la clase obrera francesa. Por el contrario, la voz del realismo revolucionario resuena en esta acústica artificial, como la voz del “sectarismo”. Con mayor razón es necesario repetir y repetir las verdades fundamentales de la política marxista ante el auditorio de los obreros avanzados.

En tales o cuales afirmaciones particulares del autor, el lector encontrará, quizás, algunas contradicciones. No las hemos eliminado. De hecho, esas supuestas “contradicciones” surgen simplemente de que se han subrayado distintos aspectos de un único fenómeno, en diferentes etapas del proceso. Creemos que el folleto, en su conjunto, ha soportado la prueba de los acontecimientos y, quizás, se mostrará capaz de facilitar su comprensión.

Los días de la huelga general tuvieron, sin duda, el mérito de renovar la atmósfera estancada, putrefacta, de las organizaciones obreras, purificándolas de los miasmas del reformismo y del patriotismo, en sus variedades “socialista”, “comunista” y “sindicalista”. Por supuesto, esto no se producirá de un solo golpe ni por sí solo. Tenemos por delante una terca lucha ideológica sobre la base de una áspera lucha de clases. Pero la marcha futura de la crisis pondrá en claro que solo el marxismo permite captar a tiempo la trama de los acontecimientos y prever su desarrollo futuro.

Los días de febrero de 1934 marcaron la primera ofensiva seria de la contrarrevolución unificada. Los días de mayo-junio de 1936 son el signo de la primera ola poderosa de la revolución proletaria. Estos dos hitos marcan dos caminos posibles: el italiano y el ruso. La democracia parlamentaria, en nombre de la cual actúa el gobierno Blum, quedará reducida a polvo entre dos gigantescas ruedas de molino. Cualesquiera que sean de ahora en adelante las próximas etapas, las combinaciones y los reagrupamientos transitorios, los flujos y reflujos momentáneos, los episodios tácticos, no se puede elegir más que entre el fascismo y la revolución proletaria. Tal es el sentido del presente trabajo.

León Trotsky, 10 de junio de 1936

¿Adónde va Francia?

(Fines de octubre de 1934)

En estas páginas, queremos explicarles a los obreros avanzados qué destino espera a Francia durante los años próximos. Para nosotros, Francia no es la Bolsa, ni los bancos, ni los trusts, ni el gobierno, ni el Estado Mayor, ni la Iglesia (todos ellos son los opresores de Francia), sino la clase obrera y los campesinos explotados.

El derrumbe de la democracia burguesa

Después de la guerra, se produjeron una serie de revoluciones que significaron brillantes victorias: en Rusia, en Alemania, en Austria-Hungría, más tarde, en España. Pero fue solo en Rusia donde el proletariado tomó plenamente el poder en sus manos, expropió a sus explotadores y, gracias a estas medidas, supo cómo crear y mantener un Estado obrero. En todos los otros casos, el proletariado, a pesar de la victoria, se detuvo a mitad de camino por culpa de su dirección. El resultado de esto fue que el poder escapó de sus manos y pasó de izquierda a derecha, acabando siendo el botín del fascismo. En una serie de otros países, el poder cayó en manos de una dictadura militar. En cada uno de ellos, el parlamento no ha mostrado tener la capacidad de conciliar las contradicciones de clase y asegurar la marcha pacífica de los acontecimientos. En todas partes el conflicto se resolvió con las armas en la mano.

Ciertamente que Francia ha sido acunada durante mucho tiempo por la idea de que el fascismo no tenía nada que ver con ese país ya que Francia es una república y en ella todas las cuestiones son resueltas por el pueblo soberano mediante el sufragio universal. Pero el 6 de febrero, algunos miles de fascistas y realistas armados con revólveres, cachiporras y de navajas, le impusieron al país el gobierno reaccionario de Doumergue, bajo la protección del cual las bandas fascistas continúan creciendo y armándose. ¿Qué nos prepara el futuro?

Cierto que en Francia, como en algunos otros países de Europa (Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza, países escandinavos), aún existe un parlamento, elecciones, libertades democráticas, o, como mínimo, sus restos. Pero en todos estos países la lucha de clases se exagera en el mismo sentido en que antes se ha desarrollado en Italia y Alemania. Quien se consuela con la frase: “Francia no es Alemania”, es un imbécil sin esperanza. En la actualidad, en todos los países actúan las mismas leyes: las de la decadencia capitalista. Si los medios de producción continúan en manos de un pequeño número de capitalistas, no hay salvación para la sociedad. Está condenada a ir de crisis en crisis, de miseria en miseria, de mal en peor. En los distintos países, las consecuencias de la decrepitud y decadencia del capitalismo se expresan bajo formas diversas y con ritmos desiguales. Pero el fondo del proceso es el mismo en todos lados. La burguesía ha conducido a su sociedad a la bancarrota completa. No es capaz de asegurar al pueblo, ni el pan ni La paz. Precisamente por eso ya no puede soportar el orden democrático. Está obligada a aplastar a los obreros con la ayuda de la violencia física. Ahora bien, únicamente con la policía no puede terminarse con el descontento de los obreros y campesinos, y demasiado a menudo se hace imposible enviar al ejército contra el pueblo: comienza descomponiéndose y acaba con el paso de una gran parte de

los soldados al lado del pueblo. Por ello, el gran capital está obligado a crear bandas armadas particulares, especialmente entrenadas para atacar a los obreros, como ciertas razas de perros son entrenadas para atacar a la presa. La función histórica del *fascismo* es aplastar a la clase obrera, destruir sus organizaciones y ahogar las libertades políticas, cuando los capitalistas demuestran ser incapaces de dirigir y dominar con ayuda de la maquinaria democrática.

El fascismo encuentra su material humano sobre todo en el seno de la pequeña burguesía. Esta, finalmente, acaba arruinada por el gran capital. Con la actual estructura social, no tiene salvación. Pero no conoce otra salida. Su descontento, su indignación, su desesperación, son desviados por los fascistas del gran capital y dirigidos contra los obreros. Del fascismo puede decirse que es una operación de dislocación de los cerebros de la pequeña burguesía en interés de sus peores enemigos. Así, el gran capital arruina primero a las clases medias y enseguida, con ayuda de sus agentes mercenarios, los demagogos fascistas, dirige contra el proletariado a la pequeña burguesía sumida en la desesperación. Sólo gracias a tales procedimientos propios de bergantes es capaz de mantenerse el régimen burgués. ¿Hasta cuándo? Hasta que sea derrocado por la revolución proletaria.

Los comienzos del bonapartismo en Francia

En Francia, el movimiento de la democracia hacia el fascismo aún está en su primera etapa. El parlamento existe, pero ya no tiene los poderes de otros tiempos y nunca más los recuperará. Muerta de miedo, la mayoría del parlamento ha recurrido después del 6 de febrero, al poder Doumergue, el salvador, el árbitro. Su gobierno se coloca por encima del parlamento. No se apoya sobre la mayoría “democráticamente” elegida, sino directa e inmediatamente sobre el aparato burocrático, sobre la policía y el ejército. Precisamente por eso, Doumergue no puede admitir ninguna libertad entre los funcionarios y, en general, entre los empleados públicos. Necesita un aparato burocrático dócil y disciplinado, en cuya cumbre él pueda mantenerse sin peligro de caer. En su terror ante los fascistas y ante el “frente común”, la mayoría parlamentaria está obligada a inclinarse ante Doumergue. En la actualidad, se escribe mucho sobre la próxima “reforma” de la constitución, sobre el derecho de disolución de la cámara de diputados, etc. Todas estas cuestiones no tienen sino un interés jurídico. En el plano político, la cuestión ya está resuelta. La reforma se ha realizado sin viajar a Versalles¹. La aparición en la arena de bandas fascistas armadas ha dado a los agentes del gran capital la posibilidad de elevarse por encima del parlamento. Aquí radica hoy la esencia de la constitución francesa. Todo lo demás no es sino ilusión, fraseología o engaño consciente.

El papel actual de Doumergue, como el de sus posibles sucesores (del tipo del mariscal Pétain o de Tardieu) no es cosa nueva. Es un papel similar al que cumplieron, bajo otras condiciones, Napoleón o Napoleón III. La esencia del bonapartismo consiste en esto: apoyándose en la lucha de dos campos, “salva” a la “nación”, con el auxilio de una dictadura burocraticomilitar. Napoleón I representa el bonapartismo de la impetuosa juventud de la sociedad burguesa. El bonapartismo de Napoleón III es el del momento en el que la calvicie ya aparece en la cabeza de la burguesía. En la persona de Doumergue, encontramos el bonapartismo senil del declive capitalista. El gobierno

¹ De acuerdo con la constitución vigente en Francia durante la Tercera República (1871-1849), las reformas constitucionales debían aprobarse en una sesión conjunta del senado y la cámara de diputados reunida en Versalles.

Doumergue es el primer grado en el paso del parlamentarismo al bonapartismo. Para mantener su equilibrio, Doumergue necesita tener a su derecha a los fascistas y otras bandas, que lo han llevado al poder. Reclamarle que disuelva (no sobre el papel, sino en la realidad) a las Juventudes Patrióticas, a los Croix de Feu, a los Camelots du Roi, etc., es reclamarle que corte la rama sobre la que se mantiene. Naturalmente son posibles oscilaciones coyunturales en uno u otro sentido. Así, una ofensiva prematura del fascismo podría provocar cierto movimiento hacia “la izquierda” en las altas esferas gubernamentales: Doumergue daría lugar por un momento, no a Tardieu sino a Herriot. Pero, en primer lugar, en ningún momento se ha dicho que los fascistas fuesen a realizar una tentativa prematura de golpe de estado. En segundo lugar, un movimiento coyuntural a la izquierda en las altas esferas no cambiaría la dirección general del desarrollo, no haría sino posponer un poco el desenlace. No hay camino para volver hacia atrás, hacia la democracia pacífica. Los acontecimientos conducen inevitable e irresistiblemente a un conflicto entre el proletariado y el fascismo.

¿Durará mucho el bonapartismo?

¿Cuánto tiempo puede mantenerse el actual régimen bonapartista de transición? O, dicho de otro modo: ¿cuánto tiempo le queda al proletariado para prepararse para el combate decisivo? Naturalmente, es imposible responder a esta pregunta con exactitud. Pero, entretanto, pueden establecerse algunos datos para apreciar la velocidad del desarrollo de todo el proceso. El elemento más importante para el juicio, es la suerte futura del Partido Radical.

Por su nacimiento, el bonapartismo actual está ligado, como hemos dicho, a un comienzo de guerra civil entre los campos políticos extremos. Su principal apoyo material, lo encuentra en la policía y el ejército. Pero también tiene un apoyo en la izquierda: el Partido Radical-Socialista. La base de este partido de masas está constituida por la pequeña burguesía urbana y rural. La dirección del partido está formado por los agentes “democráticos” de la gran burguesía, que muy de tanto en tanto han dado al pueblo pequeñas reformas y, más continuamente, frases democráticas; cada día lo han salvado (de palabra) de la reacción y del clericalismo, pero en todas las cuestiones importantes han llevado a cabo la política del gran capital. Bajo la amenaza del fascismo, y aún más, bajo la del proletariado, los radicales-socialistas se han visto obligados a pasar del campo de la “democracia” parlamentaria al campo del bonapartismo. Como el camello bajo la fusta del camellero, el radicalismo se ha puesto sobre sus cuatro rodillas, para permitir a la reacción sentarse entre sus jorobas. Sin el apoyo político de los radicales, el gobierno Doumergue sería todavía imposible en estos momentos.

Si se compara la evolución política de Francia con la de Alemania, el gobierno Doumergue y sus posibles sucesores corresponden a los gobiernos Brüning, Papen, Schleicher, que llenaron el interregno entre la república de Weimar e Hitler. Sin embargo, hay una diferencia que, políticamente, puede tener una enorme importancia. El bonapartismo alemán entró en escena cuando los partidos democráticos se habían hundido, mientras que los nazis crecían con fuerza prodigiosa. Los tres gobiernos “bonapartistas” de Alemania, teniendo un apoyo político propio muy débil, se encontraban en equilibrio sobre una cuerda tendida sobre el abismo entre los dos campos hostiles: el proletariado y el fascismo. Esos tres gobiernos cayeron rápidamente. El campo del proletariado estaba entonces escindido, no estaba preparado para la lucha, desorientado y traicionado por sus dirigentes. Los nazis pudieron tomar el poder casi sin lucha.

El fascismo francés todavía hoy no representa una fuerza de masas. Por el contrario, el bonapartismo tiene un apoyo de masas en los radicales, ciertamente que ni muy seguro ni muy estable, pero de masas. Entre estos dos hechos, existe un nexo interno. Por el carácter social de su apoyo, el radicalismo es un partido de la pequeña burguesía. Y el fascismo únicamente puede convertirse en fuerza de masas conquistando a la pequeña burguesía. Con otras palabras: *en Francia, el fascismo puede desarrollarse ante todo a expensas de los radicales*. Este proceso se produce en la actualidad, pero se encuentra aún en su primera etapa.

El papel del Partido Radical

Las últimas elecciones cantonales han arrojado los resultados que podían y debían esperarse: los flancos, es decir los reaccionarios y el bloque obrero, han ganado posiciones; y el centro, es decir, los radicales, las han perdido. Pero ganancias y pérdidas son ínfimas. Si se hubiera tratado de elecciones parlamentarias esos fenómenos hubieran adquirido, sin duda, dimensiones muy considerables. Para nosotros, los desplazamientos señalados no tienen importancia en sí mismos, sino sólo como síntoma de cambios en la conciencia de las masas. Muestran que el centro pequeñoburgués ya ha comenzado a desmoronarse a favor de los campos extremos. Esto significa que los restos del régimen parlamentario se verán progresivamente roídos; los campos extremos van a crecer; se aproximan los choques entre ellos. No es difícil comprender que este proceso es absolutamente inevitable.

El partido radical es el partido con cuya ayuda la gran burguesía mantenía las esperanzas de la pequeña burguesía en un mejoramiento progresivo y pacífico de su situación. Ese papel de radicales solo fue posible de desempeñar mientras la situación económica de la pequeña burguesía seguía siendo soportable, tolerable; mientras no sufría una ruina masiva y mantenía esperanzas en el porvenir. Ciertamente que el programa de los radicales siempre fue un simple pedazo de papel. Los radicales no han llevado a cabo ninguna reforma social seria a favor de los trabajadores, y no podrían haberlas realizado porque no lo hubiera permitido la gran burguesía, en cuyas manos están todas las palancas reales del poder: la banca y la bolsa, la gran prensa, los altos funcionarios, de la diplomacia, el estado mayor. Pero algunas pequeñas limosnas que obtenían los radicales de vez en cuando en beneficio de su clientela, sobre todo en provincias, mantenían las ilusiones de las masas populares. Así fue hasta la última crisis. En la actualidad, al campesino más atrasado le queda claro que no se trata de una crisis pasajera ordinaria, como hubo no pocas antes de la guerra, sino de una crisis de todo el sistema social. Son necesarias medidas firmes y decisivas. ¿Cuáles? El campesino no lo sabe. Nadie se lo ha dicho como le hubiese hecho falta.

El capitalismo ha llevado los medios de producción a un nivel tal, que se encuentran paralizados por la miseria de las masas populares, arruinadas por el mismo capitalismo. Por eso mismo, todo el sistema ha entrado en un periodo de decadencia, de descomposición, de putrefacción. El capitalismo no solo no puede ofrecer a los trabajadores nuevas reformas sociales, ni siquiera pequeñas limosnas: se ve obligado a quitarle las que les concedió antes. Toda Europa ha entrado en una época de contrarreformas económicas y políticas. Lo que provoca la política de explotación y ahogo de las masas no son los caprichos de la reacción, sino la descomposición del sistema capitalista. Ahí radica el hecho fundamental que debe ser asimilado por cada obrero si no quiere que se le engañe con frases huecas. Los partidos reformistas democráticos se descomponen y pierden fuerza, uno tras otro, en toda Europa precisamente a causa de ese hecho. Es la misma suerte que les espera a los radicales

franceses. Sólo gente sin cerebro puede pensar que la capitulación de Daladier o el servilismo de Herriot ante la peor reacción son el resultado de causas fortuitas o coyunturales o de falta de carácter de esos dos jefes lamentables. ¡No! Los grandes fenómenos políticos siempre tienen profundas causas sociales. La decadencia de los partidos democráticos es un fenómeno universal que tiene sus motivos en la decadencia del propio capitalismo. La gran burguesía dice a los radicales: “¡Ya no es el momento de ir con juegos! Si no dejan de coquetear con los socialistas y flirtear con el pueblo, prometiéndole el oro y el moro, llamaré a los fascistas. ¡Entiendan bien que el 6 de febrero sólo fue una primera advertencia!” Tras lo cual, el camello radical se arrodilla sobre sus cuatro patas. No le queda más remedio.

Pero el radicalismo no encontrará su salvación por este camino. Ligando, a los ojos de todo el pueblo, su suerte a la suerte de la reacción, ¡acerca inevitablemente su propio fin! La pérdida de votos y de puestos en las elecciones cantonales no es sino un comienzo. Después, el proceso de derrumbe del partido radical se acelerará cada vez más. Toda la cuestión es saber a favor de quién se producirá ese inevitable, irresistible, derrumbe, si de la revolución proletaria o del fascismo.

Quién presentará primero, más ampliamente y con mayor fuerza, a las clases medias el programa más convincente, y (lo más importante) conquistará su confianza mostrando con palabras y hechos que es capaz de eliminar todos los obstáculos en el camino de un porvenir mejor: ¿el socialismo revolucionario o la reacción fascista? De la respuesta a este interrogante depende la suerte de Francia para muchos años. No solo de Francia, sino de Europa. No sólo de Europa, sino del mundo entero.

Las “clases medias”, el partido radical y el fascismo

Desde el mismo momento de la victoria de los nazis en Alemania, en los partidos y grupos de “izquierda” se ha hablado mucho sobre la necesidad de acercarse a las “clases medias” para cerrarle el camino al fascismo. La fracción Renaudel y compañía se ha separado del Partido Socialista con el objetivo especial de aproximarse a los radicales. Pero, a la misma hora en que Renaudel (que vive todavía de las ideas de 1848) tendía las dos manos hacia Herriot, éste las tenía ocupadas: una por Tardieu, la otra por Louis Marin.

De aquí, sin embargo, no se concluye en absoluto que la clase obrera pueda dar la espalda a la pequeña burguesía, abandonándola a su mala suerte. ¡De ningún modo! Acercarse a los campesinos y pequeños burgueses de la ciudad, atraerlos a nuestro lado, es la condición necesaria del éxito en la lucha contra el fascismo, por no hablar de la conquista del poder. Solo es necesario plantear el problema de un modo correcto. Pero para ello se debe comprender claramente cuál es la naturaleza de las “clases medias”. Nada es más peligroso en política, sobre todo en un periodo crítico, que repetir fórmulas generales, sin examinar qué contenido social recubren esas fórmulas.

La sociedad contemporánea se compone de tres clases: la gran burguesía, el proletariado, y las “clases medias” o pequeña burguesía. Las relaciones entre estas tres clases determinan en última instancia la situación política del país. Las clases fundamentales de la sociedad son la gran burguesía y el proletariado. Estas dos clases son las únicas que pueden tener una política independiente, clara y consecuente. La pequeña burguesía se distingue por su dependencia económica y su heterogeneidad social. Su capa superior está en contacto inmediato con la gran burguesía. Su capa inferior se mezcla con el proletariado y llega a caer incluso en el estado del lumpenproletariado. Conforme a su situación económica, la pequeña burguesía no puede tener una política independiente. Oscila siempre entre los capitalistas y los

obreros. Su propia capa superior la empuja hacia la derecha; sus capas inferiores, oprimidas y explotadas, son capaces, bajo determinadas condiciones, de virar bruscamente a la izquierda; esas relaciones contradictorias de las diferentes capas de las “clases medias” son las que siempre han determinado la política confusa y absolutamente inconsistente de los radicales, sus vacilaciones entre el bloque con los socialistas, para calmar a la base, y el bloque nacional con la reacción capitalista, para salvar a la burguesía. La descomposición definitiva del radicalismo comienza desde el momento en que la gran burguesía, ella misma en un callejón sin salida, ya no le permite seguir oscilando. La pequeña burguesía, las masas arruinadas de las ciudades y del campo, comienza a perder la paciencia. Toma una actitud cada vez más hostil hacia su propia capa superior; se convence en los hechos de la inconsistencia y perfidia de su dirección política. El campesino pobre, el artesano, el pequeño comerciante, se convence en los hechos de que un abismo los separa de todos esos intendentes, de todos esos abogados, de todos esos arribistas políticos, del estilo de Herriot, Daladier, Chautemps y compañía, que son grandes burgueses tanto por su forma de vida como por sus concepciones. Precisamente esa desilusión de la pequeña burguesía, su impaciencia, su desesperación, es lo que explota el fascismo. Sus agitadores estigmatizan y maldicen a la democracia parlamentaria, que respalda a los arribistas y *estaviskratas*², pero que nada da a los pequeños trabajadores. Estos demagogos blanden el puño en dirección a los banqueros, los grandes comerciantes, los capitalistas. Esas palabras y gestos responden plenamente a los sentimientos de los pequeños propietarios, caídos en una situación sin salida. Los fascistas muestran audacia, salen a la calle, enfrentan a la policía, intentan barrer el parlamento por la fuerza. Esto impresiona al pequeño burgués sumido en la desesperación. Se dice a sí mismos: “los radicales, entre los que hay muchos estafadores, se han vendido definitivamente a los banqueros; los socialistas prometen desde hace mucho eliminar la explotación, pero nunca pasan de las palabras a los hechos; a los comunistas no se los puede entender: hoy una cosa, mañana otra; hay que ver si los fascistas pueden traernos la salvación”.

¿Es inevitable el paso de las clases medias al campo del fascismo?

Renaudel, Frossard y sus semejantes se imaginan que la pequeña burguesía está adherida sobre todo a la democracia y que, precisamente por eso, es necesario unirse a los radicales. ¡Qué monstruosa aberración! La democracia no es más que una forma política. La pequeña burguesía no se preocupa por la cáscara de la nuez sino por su grano. Busca salvarse de la miseria y la ruina. ¿Que la democracia se muestra impotente? ¡Al diablo con la democracia! Así razona o siente cada pequeñoburgués. En la indignación creciente de las capas inferiores de la pequeña burguesía contra sus propias capas superiores, “instruidas”, municipales, cantonales parlamentarias, se encuentra la principal fuente social y política del fascismo. A esto debe agregarse el odio de la juventud intelectual, aplastada por la crisis, hacia los abogados, los profesores, los diputados y los ministros advenedizos. Aquí también, en consecuencia, los intelectuales pequeñoburgueses inferiores se rebelan contra los que están por encima de ellos.

¿Significa esto que el paso de la pequeña burguesía a la vía del fascismo será inevitable, ineluctable? No, tal conclusión sería de un vergonzoso fatalismo. Lo que es

² En el período al que se refiere el texto varios escándalos financieros conmovieron a Francia, ofreciendo material propagandístico a los fascistas. La palabra *estaviskrata* hace referencia al principal protagonista del más sonado y cuantioso de esos escándalos: Stavisky, estafador ligado a las altas esferas gubernamentales.

realmente inevitable es el fin del radicalismo y de todas las agrupaciones políticas que liguen su suerte a la de éste. Bajo las condiciones de la decadencia capitalista, ya no queda sitio para un partido de reformas democráticas y de progreso “pacífico”. Cualquiera que sea la vía por la que pase el futuro desarrollo de Francia, el radicalismo desaparecerá de la escena, de todos modos, rechazado y despreciado por la pequeña burguesía, a la que ha traicionado definitivamente. Todo obrero consciente se convencerá desde ahora de que nuestra predicción responde a la realidad, sobre la base de los hechos y de la experiencia de cada día. Nuevas elecciones traerán derrotas para los radicales. De ellos van a desprenderse unas capas tras otras, las masas populares abajo, los grupos de arribistas asustados arriba. De forma ininterrumpida se producirán deserciones, escisiones, y traiciones. Ninguna maniobra ni bloque salvará al partido radical. Este arrastrará consigo al abismo al “partido” de Renaudel, Déat y compañía. El fin del partido radical es el resultado inevitable del hecho que la sociedad burguesa no puede acabar con sus dificultades con la ayuda de métodos supuestamente democráticos. La escisión entre la base de la pequeña burguesía y sus direcciones es inevitable.

Pero esto no significa de ningún modo que las masas que siguen al radicalismo deben infaltablemente depositar sus esperanzas en el fascismo. Desde luego, la parte más desmoralizada, más desclasada y más ávida de la juventud de las clases medias ha hecho ya su elección en ese sentido. Las bandas fascistas se reclutan sobre todo en esas reservas. Pero las grandes masas pequeñoburguesas de las ciudades y el campo no han hecho aún su elección. Vacilan ante una gran decisión. Continúan votando a los radicales, precisamente, aunque ya sin confianza, porque vacilan. Sin embargo, esta situación de vacilación e irresolución no durará años, sino meses. El desarrollo político tomará, en el periodo próximo, un ritmo febril. Solamente si deposita su fe en la realidad de otro camino rechazará la pequeña burguesía la demagogia del fascismo Pero el otro camino, es el de la revolución proletaria.

¿Es verdad que la pequeña burguesía teme a la revolución?

A los cretinos parlamentarios, que creen ser conocedores del pueblo, les gusta repetir: “no hay que asustar a las clases medias con la revolución: aborrecen los extremos.” Bajo esta forma general, esta afirmación es absolutamente falsa. Naturalmente, el pequeño propietario tiende al orden, mientras sus negocios marchan bien y tiene esperanzas de que marchen incluso mejor. Pero, cuando ha perdido esas esperanzas, es fácilmente atacado por la rabia y está dispuesto a dejarse llevar por las medidas más extremas. Si no, ¿cómo habría podido derrocar al estado democrático y llevar al fascismo al poder en Italia y Alemania? Los pequeñoburgueses desesperados ven ante todo en el fascismo una fuerza combativa contra el gran capital, y creen que, a diferencia de los partidos obreros que trabajan solamente con la lengua, el fascismo utilizará los puños para imponer más “justicia”. A su manera, el campesino y el artesano son realistas: comprenden que no podrá prescindirse de los puños. Afirmar que en la actualidad la pequeña burguesía no se dirige a los partidos obreros porque teme a las “medidas extremas” es falso, es tres veces falso. Por el contrario: la capa inferior de la pequeña burguesía, sus grandes masas, no ven en los partidos obreros más que máquinas parlamentarias, no creen en su fuerza, no los creen capaces de luchar, no creen que esta vez estén dispuestos a llevar la lucha hasta el final. Y si es así, ¿vale la pena reemplazar al radicalismo por sus colegas parlamentarios de izquierda? Así es cómo razona o siente el propietario semiexpropiado, arruinado e indignado. Sin la comprensión de esta psicología de los campesinos, artesanos, empleados, pequeños

funcionarios, etc. (psicología que surge de la crisis social) es imposible elaborar una política justa.

La pequeña burguesía es económicamente dependiente y está políticamente atomizada. Por eso no puede tener una política propia. Necesita un ‘jefe’ que le inspire confianza. Ese jefe individual o colectivo (es decir, una persona o un partido) puede ser provisto por una u otra de las clases fundamentales, sea por la gran burguesía, sea por el proletariado. El fascismo unifica y arma a las masas dispersas; de una ‘polvareda humana’ (según nuestra expresión) hace destacamentos de combate. Así, ofrece a la pequeña burguesía la ilusión de ser independiente. Comienza a imaginarse que realmente, manejará el estado. ¡No hay nada de sorprendente en que esas ilusiones y esas esperanzas se le suban a la cabeza!

Pero la pequeña burguesía puede también encontrar un caudillo en el proletariado. Lo ha demostrado en Rusia, y parcialmente en España. Ha tendido a ello en Italia, en Alemania y en Austria. Pero los partidos del proletariado no han estado a la altura de su tarea histórica. Para atraer a su lado a la pequeña burguesía, el proletariado debe conquistar su confianza. Y, para ello, debe comenzar por tener él mismo confianza en sus propias fuerzas. Necesita tener un programa de acción claro y estar dispuesto a luchar por el poder por todos los medios posibles. Templado por su partido revolucionario para una lucha decisiva e implacable, el proletariado dice a los campesinos y a los pequeños burgueses de la ciudad: ‘Lucho por el poder; he aquí mi programa; sólo emplearé la fuerza contra el gran capital y sus lacayos; pero con ustedes, trabajadores, quiero establecer una alianza sobre la base de un programa dado.’ El campesino comprenderá semejante lenguaje. Hace falta, solamente, que tenga confianza en la capacidad del proletariado para tomar el poder. Para eso, es indispensable depurar el frente único de todo equívoco, de toda indecisión, de frases vacías; es indispensable comprender la situación y ponerse seriamente en ruta por la vía de la lucha revolucionaria.

Una alianza con los radicales sería una alianza contra las clases medias

Renaudel, Frossard y sus semejantes se imaginan con toda seriedad que una alianza con los radicales es una alianza con las ‘clases medias’ y, en consecuencia, una barrera contra el fascismo. Esta gente no ve otra cosa que las sombras parlamentarias. Ignoran la evolución real de las masas y se vuelven hacia el partido radical que sobrevive y que hace tiempo les ha dado la espalda. Piensan que en una época de gran crisis social, una alianza de clases movilizadas puede ser reemplazada por un bloque con una pandilla parlamentaria comprometida y condenada a la desaparición. Una verdadera alianza del proletariado y las clases medias no es una cuestión de estática parlamentaria, sino de dinámica revolucionaria. Esa alianza, es necesario crearla, forjarla en la lucha.

El fondo de la situación política actual está en el hecho de que la pequeña burguesía desesperada comienza a desembarazarse del yugo de la disciplina parlamentaria y de la tutela de la pandilla ‘radical’ conservadora, que siempre ha engañado al pueblo y que ahora lo ha traicionado definitivamente. En esta situación, ligarse a los radicales significa autocondenarse al desprecio de las masas y empujar a la pequeña burguesía a los brazos del fascismo, como el único salvador.

El partido obrero no debe ocuparse en una tentativa sin esperanza de salvar al partido de los especialistas en quiebras; debe, por el contrario, acelerar con todas sus fuerzas el proceso de liberación de las masas de la influencia radical. Cuanto mayor celo y energía ponga en el cumplimiento de esa tarea, mejor preparará verdadera y

rápidamente la alianza de la clase obrera con la pequeña burguesía. Es necesario tomar a las masas en su movimiento. Es necesario ponerse a la cabeza de ellas y no a su cola. La historia trabaja hoy rápidamente. ¡Peor para el que se quede atrás!

Cuando Frossard niega al Partido Socialista el derecho de desenmascarar, debilitar y descomponer al partido radical, actúa como un radical conservador, pero no como un socialista. Solo tiene derecho a la existencia histórica el partido que cree en su programa y se esfuerza en reunir a todo el pueblo bajo su bandera. En caso contrario, no es un partido histórico, sino una pandilla parlamentaria, una banda de arribistas. No es solamente el derecho, sino el deber elemental del partido del proletariado, liberar a las masas trabajadoras de la nefasta influencia de la burguesía. Esta tarea histórica adquiere en la actualidad una agudeza particular, pues los radicales se esfuerzan más que nunca en cubrir el trabajo de la reacción, adormecer y engañar al pueblo, y preparar así la victoria del fascismo. ¿Los radicales de izquierda? También ellos capitulan fatalmente ante Herriot, como Herriot lo hace ante Tardieu.

Frossard quiere creer que la alianza de los socialistas con los radicales conducirá a un gobierno de “izquierda” que disolverá a las organizaciones fascistas y salvará a la república. Es difícil imaginar una amalgama más monstruosa de ilusiones democráticas y de cinismo policial. Cuando decimos que es necesaria una milicia popular (hablaremos de esto en detalle, más adelante), Frossard y sus semejantes objetan: “Contra el fascismo no se debe luchar con medios físicos, sino ideológicamente”. Cuando decimos: solo una fuerte movilización revolucionaria de las masas (que no es posible más que en una lucha contra el radicalismo) es capaz de socavar el suelo bajo los pies del fascismo, la misma gente nos replica: “no, sólo puede salvarnos la policía del gobierno Daladier-Frossard”.

¡Lamentables balbucesos! Los radicales han tenido el poder y, si han consentido en cedérselo a Doumergue, no es porque les faltara la ayuda de Frossard, sino porque temían al fascismo, porque temían a la gran burguesía que los amenazaba con las navajas realistas, porque temían aún más al proletariado que comenzaba a dirigirse contra el fascismo. Para colmo de escándalos, fue el propio Frossard quien, espantado del espanto de los radicales, ¡aconsejó a Daladier que capitulase! Si se admite por un instante (¡hipótesis manifiestamente inverosímil!) que los radicales hubieran consentido romper la alianza con Doumergue mediante la alianza con Frossard, las bandas fascistas, esta vez con la colaboración directa de la policía, hubieran salido a la calle en número tres veces mayor, y los radicales, junto con Frossard, se hubieran metido debajo de la mesa o se hubieran ocultado en los reductos más secretos de sus ministerios.

Pero establezcamos además una hipótesis fantástica: la policía de Daladier-Frossard “desarma” a los fascistas. ¿Es que eso resuelve la cuestión? ¿Quién desarmará a la propia policía, que, con la mano derecha devolverá a las fascistas lo que les haya quitado con la mano izquierda? La comedia del desarme de los fascistas no haría otra cosa que aumentar la autoridad de los fascistas, como combatientes contra el estado capitalista. Los golpes contra las bandas fascistas sólo pueden ser reales en la medida en que esas bandas sean, al mismo tiempo, aisladas políticamente. Mientras tanto, el hipotético gobierno Daladier-Frossard no ofrecería nada a los obreros ni a las masas pequeñoburguesas, pues no podría atentar contra los fundamentos de la propiedad privada. Y, sin expropiación de los bancos, de las grandes empresas comerciales, de las industrias clave, de los transportes, sin monopolio del comercio exterior y sin una serie de medidas profundas, no es posible en absoluto, acudir en ayuda del campesino, del artesano o del pequeño comerciante. Por su pasividad, por su impotencia, por su mentira, el gobierno Daladier-Frossard provocaría una tempestad de indignación en la

pequeña burguesía y la empujaría definitivamente a la vía del fascismo... si ese gobierno fuera posible.

Sin embargo, hay que reconocer que Frossard no está solo. El mismo día (24 de octubre) en que el moderado Zyromsky intervenía en *Le Populaire* contra el intento de Frossard de hacer renacer la coalición, Cachin intervenía en *L'Humanité* para defender la idea de un bloque con los radicales socialistas. Él, Cachin, saludaba con entusiasmo el hecho que los radicales se hubieran pronunciado por el “desarme” de los fascistas. Por cierto, los radicales se han pronunciado por el desarme de todos, incluyendo a las organizaciones obreras. Desde luego, en manos del estado bonapartista, tal medida sería dirigida sobre todo contra los obreros. Desde luego, los fascistas “desarmados” recibirían al día siguiente el doble de armas, no sin ayuda de la policía. Pero, ¿para qué preocuparse con sombrías reflexiones? Todo hombre necesita una esperanza. Y he aquí a Cachin, que va tras las huellas de Wels y Otto Bauer, quienes esperaron, en su momento, la salvación por medio de un desarme realizado por las policías de Brüning y Dollfuss. Haciendo un viraje de 180°, Cachin identifica a los radicales con las clases medias. Sólo ve a los campesinos oprimidos a través del prisma del radicalismo. No se imagina la alianza con los pequeños propietarios trabajadores de otro modo que bajo la forma de un bloque con los arribistas parlamentarios que, por fin, han comenzado a perder la confianza de los pequeños propietarios. En lugar de alimentar y de atizar la incipiente indignación del campesino y del artesano contra los explotadores “democráticos” y de dirigir esa indignación hacia una alianza con el proletariado, Cachin se prepara a sostener a los estafadores radicales con la autoridad del “frente común” y, de ese modo, empujar la indignación de las capas inferiores de la pequeña burguesía por el camino al fascismo.

En la política revolucionaria, la dejadez teórica siempre se venga cruelmente. El “antifascismo”, como el “fascismo”, no son para los estalinistas conceptos concretos, sino dos grandes bolsas vacías en las que meten todo lo que cae en sus manos. Doumergue es para ellos un fascista, como antes también lo fue Daladier. De hecho, Doumergue es un explotador capitalista del ala fascista de la pequeña burguesía, del mismo modo que Herriot es un explotador de la pequeña burguesía radical. Actualmente, esos dos sistemas se combinan en el régimen bonapartista. Doumergue también es, a su manera, un “antifascista”, pues prefiere una dictadura pacífica, militar y policial, del gran capital a una guerra civil de resultado siempre incierto. Por terror al fascismo, y más aún al proletariado, el “antifascista” Daladier se ha unido a Doumergue. Pero el régimen de Doumergue es inconcebible sin la existencia de las bandas fascistas. ¡El análisis marxista elemental demuestra así la inconsistencia de la idea de la alianza con los radicales contra el fascismo! Los propios radicales se toman el trabajo de mostrar en los hechos cuán fantásticas y reaccionarias son las quimeras políticas de Frossard y de Cachin.

La milicia obrera y sus adversarios

Para luchar, hay que conservar y reforzar los instrumentos y medios de lucha: las organizaciones, la prensa, las reuniones, etc. El fascismo los amenaza, directa e indirectamente. Aún es muy débil para lanzarse a la lucha directa por el poder; pero es bastante fuerte como para intentar abatir a las organizaciones obreras trozo a trozo, para templar a sus bandas en esos ataques, para sembrar en las filas obreras el desaliento y la falta de confianza en las propias fuerzas. Por otra parte, el fascismo encuentra auxiliares inconscientes en todos aquellos que dicen que la “lucha física” es inadmisibles y sin esperanzas y que reclaman de Doumergue el desarme de sus guardias fascistas. Nada es

tan peligroso para el proletariado, especialmente bajo las condiciones actuales, como el veneno azucarado de las falsas esperanzas. Nada aumenta tanto la insolencia de los fascistas como el blando “pacifismo” de las organizaciones obreras. Nada destruye tanto la confianza de las clases medias en el proletariado, como la pasividad expectante, como la ausencia de voluntad de lucha.

Le Populaire y, sobre todo, *L'Humanité* escriben todos los días: “el frente único es una barrera contra el fascismo”, “el frente único no permitirá”, “los fascistas no se atreverán”, etc. Frases. Hay que decir exactamente a los obreros, socialistas y comunistas: “no permitáis que los periodistas y oradores superficiales e irresponsables os adormezcan con frases; se trata de vuestras cabezas y del porvenir del socialismo”. No somos nosotros quienes negamos la importancia del frente único: lo hemos exigido cuando los dirigentes de los dos partidos estaban contra él. El frente único abre enormes posibilidades. Pero nada más. El frente único, en sí mismo, no decide nada. Sólo la lucha de las masas decide. El frente único se revelará como una gran cosa, cuando los destacamentos comunistas acudan en ayuda de los destacamentos socialistas (y a la inversa), en el caso de un ataque de las bandas fascistas contra *Le Populaire* o *L'Humanité*. Para que eso ocurra, sin embargo, los destacamentos de combate proletarios deben existir, educarse, entrenarse, armarse. Y si no hay organización de defensa, es decir milicia obrera, *Le Populaire* y *L'Humanité* podrán escribir todo lo que quieran sobre la omnipotencia del frente único y los dos diarios se encontrarán indefensos ante el primer ataque bien preparado de los fascistas. Tratemos de hacer el examen crítico de los “argumentos” y de las “teorías” de los adversarios de la milicia obrera, que son muchos y muy influyentes en los dos partidos obreros.

-Necesitamos autodefensa de masas y no milicia, nos dicen a menudo. Pero, ¿qué es esta “autodefensa de masas”? ¿Sin organización de combate? ¿Sin cuadros especializados? ¿Sin armamento? Endosar a las masas no organizadas, no preparadas, libradas a sí mismas, la defensa contra el fascismo, sería representar un papel incomparablemente más bajo que el de Poncio Pilatos. Negar el papel de la milicia, es negar el papel de la vanguardia. En ese caso, ¿para qué un partido? Sin el apoyo de las masas la milicia no es nada. Pero, sin destacamentos de combate organizados, las masas más heroicas serán aplastadas, sector por sector, por las bandas fascistas. Oponer la milicia a la autodefensa es absurdo. *La milicia es el órgano de la autodefensa.*

-Llamar a la organización de la milicia, dicen algunos adversarios por cierto poco serios y poco honestos, es una “provocación”. Esto no es un argumento, sino un insulto. Si la necesidad de defender las organizaciones obreras surge de toda la situación, ¿cómo se puede no llamar a la creación de milicias? ¿Puede decirnos que la creación de milicias “provoca” los ataques de los fascistas y la represión del gobierno? En tal caso, se trata de un argumento absolutamente reaccionario. El liberalismo ha dicho siempre a los obreros que con su lucha de clases “provocan” a la reacción. Los reformistas repitieron esta acusación contra los marxistas; los mencheviques contra los bolcheviques. Estas acusaciones se reducen, en definitiva, a este profundo pensamiento: si los oprimidos no se pusieran en movimiento, los opresores no se verían obligados a golpearlos. Es la filosofía de Tolstoi y de Gandhi, pero de ningún modo la de Marx y de Lenin. Si *L'Humanité* desea desde ahora desarrollar la doctrina de la “no resistencia al mal con la violencia”, deberá tomar como símbolo, no la hoz y el martillo, emblema de la Revolución de Octubre, sino la bondadosa cabra que nutre a Gandhi con su leche.

-Pero, el armamento de los obreros no es oportuno más que en una situación revolucionaria que aún no existe. Este profundo argumentó significa que los obreros deben dejarse golpear hasta que la situación se vuelva revolucionaria. Los que ayer predicaban el “tercer periodo” no quieren ver lo que pasa ante sus ojos. La cuestión del

armamento ha surgido prácticamente porque la situación “pacífica”, “normal”, “democrática”, ha cedido la plaza a una situación agitada, crítica, inestable, que puede tan fácilmente transformarse en una situación revolucionaria como contrarrevolucionaria. Esa alternativa depende, ante todo, de esto: ¿se dejarán golpear los obreros de vanguardia, impunemente, sector por sector, o responderán a cada golpe con dos golpes, elevando el coraje de los oprimidos y uniéndolos a su alrededor? Una situación revolucionaria no cae del cielo. Se forma con la participación activa de la clase revolucionaria y de su partido.

Los estalinistas franceses invocan el hecho de que la milicia no ha salvado al proletariado alemán de la derrota. Hasta ayer, negaban que hubiera derrota en Alemania, y afirmaban que la política de los estalinistas alemanes había sido justa de principio a fin. Hoy, ven todo el mal en la milicia obrera alemana (*Rote Front*). Así, de un error caen en el error opuesto, no menos monstruoso. La milicia no resuelve la cuestión por sí misma. *Hace falta una política correcta*. Y la política de los estalinistas en Alemania (“el socialfascismo es el enemigo principal”, la escisión sindical, el coqueteo con el nacionalismo, putchismo) condujo fatalmente al aislamiento de la vanguardia proletaria y a su derrumbe. Con una estrategia totalmente errónea, ninguna milicia podía salvar la situación.

Es una tontería decir que la organización de la milicia abre el camino, por sí misma, a las aventuras, provoca al enemigo, reemplaza la lucha política por la lucha física, etc. En todas esas frases no hay sino cobardía política. La milicia, como fuerte organización de la vanguardia es, de hecho, el medio más seguro contra las aventuras, contra el terrorismo individual, contra las sangrientas explosiones espontáneas. La milicia es, al mismo tiempo, el único medio serio de reducir al mínimo la guerra civil que el fascismo impone al proletariado. Que los obreros, a pesar de la ausencia de “situación revolucionaria”, corrijan solamente alguna vez a los “hijos de papá” patriotas con sus propios métodos, y el reclutamiento de nuevas bandas fascistas se hará de golpe incomparablemente más difícil.

Pero aquí los estrategas, embrollados por su propio razonamiento, nos lanzan argumentos aún más sorprendentes. Leemos textualmente: “si respondemos a los tiros de las bandas fascistas con otros tiros, [escribe *L'Humanité* del 23 de octubre] perdemos de vista que el fascismo es el producto del régimen capitalista y que, luchando contra el fascismo, nos enfrentamos a todo el sistema”. Es difícil acumular en pocas líneas más confusión y más errores. Es imposible defenderse contra los fascistas, porque representan... “un producto del régimen”. Esto significa que debe renunciarse a toda lucha, pues todos los males sociales contemporáneos son “productos del sistema capitalista”.

Cuando los fascistas matan a un revolucionario o incendian la sede de un periódico proletario, los obreros deben contestar filosóficamente: “¡Ah!, los asesinatos y los incendios son producto del sistema capitalista,” y volver a casa con la conciencia tranquila. La postración fatalista sustituye a la teoría militante de Marx, con ventaja únicamente para el enemigo de clase. Por supuesto, la ruina de la pequeña burguesía es producto del capitalismo. El crecimiento de las bandas fascistas es, por su parte, producto de la ruina de la pequeña burguesía. Pero, por otro lado, el aumento de la miseria y de la indignación del proletariado es también, por su parte, producto del capitalismo y la milicia, producto de la exacerbación de la lucha de clases. Entonces, ¿por qué para los “marxistas” de *L'Humanité*, las bandas fascistas son producto legítimo del capitalismo, y la milicia obrera, producto ilegítimo de... los trotskistas? Decididamente, es imposible entender nada de esto.

Se nos dice: es necesario hacer frente a todo el “sistema”. ¿Cómo? ¿Por encima de la cabeza de los seres humanos? Sin embargo, los fascistas han comenzado por los tiros y han terminado con la destrucción de todo el “sistema” de las organizaciones obreras. ¿Cómo detener, pues, la ofensiva armada del enemigo si no es por medio de una defensa armada, para pasar a continuación, a nuestra vez, a la ofensiva?

Por cierto, *L’Humanité* admite de palabra la defensa, pero solo como “autodefensa de masas”: La milicia es perjudicial, porque, vean ustedes, separa a los destacamentos de combate de las masas. ¿Pero entonces, por qué entre los fascistas existen destacamentos armados independientes que no se separan de las masas reaccionarias, sino por el contrario, mediante sus golpes bien organizados elevan el coraje de esas masas y refuerzan su audacia? ¿O las masas proletarias son tal vez, por sus cualidades combativas, inferiores a la pequeña burguesía desclasada?

Embrollado hasta el final, *L’Humanité* comienza a vacilar: he aquí que la autodefensa de masas necesita crear sus “grupos de autodefensa”. En lugar de la milicia repudiada, se ponen grupos especiales, destacamentos. A primera vista, parece que la diferencia es solo de nombre. A decir verdad, el nombre propuesto por *L’Humanité* no vale nada. Se puede hablar de “autodefensa de masas”, pero es imposible hablar de “grupos de autodefensa”, pues los grupos no tienen por objetivo defenderse a sí mismos, sino a las organizaciones obreras. No obstante, no se trata, por supuesto, del nombre. Los “grupos de autodefensa”, según *L’Humanité*, deben renunciar al empleo de las armas, para no caer en el “putchismo”. Estos sabios tratan a la clase obrera como a un niño en cuyas manos no debe dejarse una navaja. Además, como es sabido, las navajas son monopolio de los Camelots du Roi, quienes, siendo un legítimo “producto del capitalismo”, han derribado el “sistema” de la democracia. Sin embargo, ¿cómo van a defenderse los “grupos de autodefensa” contra los revólveres fascistas? “Ideológicamente”, por supuesto. Dicho de otro modo: no les queda otro remedio que esconderse. No teniendo en sus manos lo que hace falta, deben buscar la “autodefensa” en las piernas. Mientras tanto, los fascistas saquearán impunemente las organizaciones obreras. Pero, si el proletariado sufre una terrible derrota, al menos no se habrá hecho culpable de “putchismo”. ¡Asco y desprecio: esto es lo que provoca esa charlatanería pasada bajo la bandera del “bolchevismo” Ya en los tiempos del “tercer período”, de feliz memoria, cuando los estrategas de *L’Humanité* sufrían el delirio de las barricadas, “conquistaban” la calle todos los días y trataban de “socialfascistas” a todos los que no compartían sus extravagancias, predijimos: “En cuanto esta gente se queme la punta de los dedos, se convertirán en los peores oportunistas”. Ahora, la predicción se ha confirmado completamente. En el momento en que en el Partido Socialista se refuerza y crece el movimiento a favor de la milicia, los jefes del partido que se llama comunista corren a la manguera de incendios para enfriar las aspiraciones de los obreros de vanguardia de formar columnas de combate. ¿Puede imaginarse un trabajo más nefasto y más desmoralizador?

Hay que construir la milicia obrera

En las filas del Partido Socialista, a veces se escucha esta objeción: “es necesario formar la milicia, pero no hace falta hablar tan alto sobre eso”. No se puede sino felicitar a los camaradas que tienen el cuidado de apartar el lado práctico del asunto de miradas y oídos indeseables. Pero es demasiado tonto pensar que se puede crear la milicia imperceptiblemente, en secreto, entre cuatro paredes. Nos hacen falta decenas y, enseguida, centenares de miles de combatientes. Solo vendrán si millones de obreros y obreras, y tras ellos también los campesinos, comprenden la necesidad de la milicia y

crean, alrededor de los voluntarios, un clima de ardiente simpatía y de apoyo activo. La conspiración puede y debe involucrar únicamente el lado práctico del asunto. Pero en cuanto a la campaña política, debe desarrollarse abiertamente, en las reuniones, en las fábricas, en las calles y en las plazas públicas.

Los cuadros fundamentales de la milicia deben ser los obreros fabriles, agrupados según el lugar de trabajo, conociéndose unos a otros y pudiendo proteger a sus destacamentos de combate de la infiltración de agentes enemigos con mucha mayor facilidad y seguridad que los burócratas de primera línea. Estados mayores conspirativos, sin la movilización abierta de las masas, quedarán suspendidos en el aire en el momento de peligro. Es necesario que todas las organizaciones obreras pongan manos a la obra. En esta cuestión, no puede haber una línea divisoria entre los partidos obreros y los sindicatos. Hombro a hombro, deben movilizar a las masas, así, el éxito de la milicia obrera estará plenamente asegurado.

Pero, ¿de dónde van a sacar las armas los obreros?, objetan los serios “realistas”, es decir los filisteos asustados. El enemigo de clase tiene los fusiles, los cañones, los tanques, los gases, los aviones; y los obreros, unos centenares de revólveres y de cuchillos.

En esta objeción, todo se junta para asustar a los obreros. Por una parte, nuestros sabios identifican el armamento de los fascistas con el armamento del estado; por otra se vuelven hacia el estado para suplicarle que desarme a los fascistas. ¡Lógica destacable! De hecho, su posición es falsa en ambos casos. En Francia, los fascistas aún están lejos de haberse apoderado del estado. El 6 de febrero, se enfrentaron armados a la policía del estado. Por eso, será falso hablar de cañones y tanques, cuando se trate *inmediatamente* de la lucha armada contra los fascistas. Los fascistas, por supuesto, son más ricos que nosotros y les resulta más fácil comprar armas. Pero los obreros son más numerosos, más decididos, más abnegados, por lo menos cuando cuentan con una firme dirección revolucionaria. Entre otras fuentes, los obreros pueden armarse a costa de los fascistas, desarmándolos sistemáticamente. Actualmente, esta es una de las formas más serias de lucha contra el fascismo. Cuando los arsenales obreros comiencen a llenarse a expensas de los depósitos fascistas, los bancos y los trusts se harán más prudentes en la financiación del armamento de sus guardias asesinas. Puede admitirse incluso que en ese caso (*pero solo en ese caso*) las autoridades alarmadas comiencen realmente a impedir el armamento de los fascistas, para no ofrecer una fuente suplementaria de armamento a los obreros. Desde hace mucho, se sabe que solo una táctica revolucionaria crea, como producto accesorio, “reformas” o concesiones del gobierno.

¿Pero cómo desarmar a los fascistas? Naturalmente, es imposible hacerlo únicamente por medio de artículos en los periódicos. Hay que crear escuadras de combate. Hay que crear los estados mayores de la milicia. Hay que instituir un buen servicio de información. Miles de informantes y de auxiliares amistosos se nos acercarán, cuando comprendan que hemos encarado el asunto con seriedad. Hace falta una voluntad de acción proletaria.³

³ En *L'Humanité* del 30 de octubre, Vaillant-Couturier muestra muy bien que exigir del gobierno el desarme de los fascistas es absurdo, que solo un movimiento de masas puede desarmarlos. Puesto que se trata, evidentemente, no de un desarme “ideológico”, sino físico, queremos creer que ahora *L'Humanité* reconocerá la necesidad de la milicia obrera. Estamos dispuestos a saludar sinceramente cualquier paso de los estalinistas en el camino correcto.

... Pero, ¡lamentablemente!, el 1 de noviembre, Vaillant-Couturier da un paso decisivo hacia atrás: el desarme de los fascistas no se haría mediante el Frente Único, sino mediante la policía de Doumergue “bajo la presión y el control” del Frente Único. Gran idea: sin revolución, por la sola presión “ideológica”, ¡convertir a la policía en un órgano ejecutivo del proletariado! ¿Para qué conquistar el poder si pueden lograrse los mismos resultados por la vía pacífica? “Bajo la presión y el control” del Frente

Pero el armamento fascista no es, naturalmente, la única fuente. En Francia, hay más de un millón de obreros organizados; hablando en general, es un número muy bajo, pero es más que suficiente para establecer un comienzo de milicia obrera. Si los partidos y los sindicatos armasen solamente a la décima parte de sus miembros, ya habría una milicia de 100.000 hombres. No cabe duda de que el número de los voluntarios, al día siguiente del llamamiento del “frente único” para formar la milicia, sobrepasaría de lejos ese número. Las cotizaciones de los partidos y de los sindicatos, las colectas y las contribuciones voluntarias permitirían, en uno o dos meses, asegurar armas a 100.000 o 200.000 combatientes obreros. La canalla fascista pondría rápidamente el rabo entre las piernas. Toda la perspectiva del proceso se haría incomparablemente más favorable.

Invocar la ausencia de armamento u otras causas objetivas para explicar por qué aún no se ha encarado la creación de la milicia, es engañarse a sí mismo y a los demás. El principal obstáculo, se puede decir que el único, radica en el carácter conservador y pasivo de las organizaciones obreras dirigentes. Los escépticos que están a su frente no creen en la fuerza del proletariado. Depositán sus esperanzas en todo tipo de milagros caídos del cielo, en lugar de ofrecer una salida revolucionaria a la energía de abajo. Los obreros conscientes deben obligar a sus jefes, ya sea a pasar inmediatamente a la creación de la milicia del pueblo, ya sea a ceder el lugar a fuerzas más jóvenes y frescas.

El armamento del proletariado

Una huelga es inconcebible sin propaganda y sin agitación, pero también sin piquetes que actúen con la persuasión, donde puedan, y allí donde se vean obligados, recurran a la fuerza física. La huelga es la forma más elemental de la lucha de clases, en la que se combinan siempre, en proporciones variables, los procedimientos “ideológicos” y los procedimientos físicos. La lucha contra el fascismo es, en el fondo, una lucha política, que requiere una milicia del mismo modo que una huelga requiere piquetes. En el fondo, el piquete es el embrión de la milicia obrera. Aquel que piense que es necesario renunciar a la lucha física, debe renunciar a toda lucha, pues el espíritu no vive sin la carne.

De acuerdo a la magnífica expresión del teórico militar Clausewitz, la guerra es la continuación de la política por otros medios. Esta definición también se aplica plenamente a la guerra civil. La lucha física no es sino uno de los “otros medios” de la lucha política. Es imposible oponer una a la otra, pues es imposible detener la lucha política cuando se transforma, por la fuerza de su desarrollo interno, en lucha física. El deber de un partido revolucionario es prever la inevitabilidad de la transformación de la política en conflicto armado declarado y prepararse con todas sus fuerzas para ese momento, como se preparan para él las clases dominantes.

Los destacamentos de la milicia para la defensa contra el fascismo son los primeros pasos en el camino del armamento del proletariado, pero no el último. Nuestra consigna es: *armamento del proletariado y de los campesinos revolucionarios*. La milicia del pueblo, a fin de cuentas, debe abarcar a todos los trabajadores. No se podrá

Único, Germain-Martin nacionalizará la banca y Marchandea encerrará en la Santé a los conspiradores reaccionarios, comenzando por su colega Tardieu. La idea de la “presión y control”, en lugar de la lucha revolucionaria, no la ha inventado Vailliant-Couturier, la ha tomado prestada de Otto Bauer, de Hilferding y del menchevique ruso Dan. El objetivo de esta idea es este: desviar a los obreros de la lucha revolucionaria. De hecho, es cien veces más fácil aplastar a los fascistas con las propias manos desnudas que con las manos de una policía hostil. En cuanto al Frente Único devenga lo suficientemente poderoso como para “controlar” el aparato del estado (en consecuencia, tras la toma del poder en absoluto antes) simplemente expulsará a la policía burguesa y pondrá en su sitio a la milicia obrera. N de Trotsky.

cumplir ese programa *completamente*, más que en el estado obrero, a cuyas manos pasarán todos los medios de producción y por consiguiente, también los medios de destrucción, es decir todas las armas y todas las fábricas que las producen.

Sin embargo, es imposible llegar al estado obrero con las manos vacías. De una vía pacífica, constitucional, al socialismo, sólo pueden hablar los inválidos políticos, del tipo de Renaudel. La vía constitucional está cortada por trincheras que ocupan las bandas fascistas. Hay muchas de esas trincheras ante nosotros. La burguesía no vacilará en provocar una docena de golpes de estado para prevenir la llegada del proletariado al poder. Un estado obrero socialista no puede ser creado más que por vía de una revolución victoriosa. Toda revolución la prepara la marcha del desarrollo económico y político, pero la decide siempre los conflictos armados declarados entre las clases hostiles. Una victoria revolucionaria solamente es posible gracias a una larga agitación política, a un largo trabajo de educación, a una larga tarea de organización de las masas. Pero el mismo conflicto armado debe también prepararse con mucha anterioridad. Los obreros deben saber que tendrán que batirse en una lucha a muerte. Deben tender a armarse, como una garantía de su liberación. En una época tan crítica como la actual, el partido de la revolución debe predicar incansablemente a los obreros la necesidad de armarse y de hacer todo lo que puedan para asegurar, por lo menos, el armamento de la vanguardia proletaria. Sin esto, la victoria es imposible.

Las últimas grandes victorias electorales del Partido Laborista británico no contradicen en modo alguno lo que acabamos de decir. Incluso suponiendo que las próximas elecciones parlamentarias arrojasen una mayoría absoluta del partido obrero (lo que no es en absoluto seguro), si se admite incluso que el partido se aplica realmente a realizar reformas socialistas (lo que es poco verosímil), encontrará inmediatamente una oposición tan encarnizada de la Cámara de los Lores, de la corona, de los bancos, de la bolsa, de la burocracia, de la gran prensa, que se hará inevitable la escisión en la fracción parlamentaria. El ala izquierda, la más radical, se hallará convertida en minoría parlamentaria. Simultáneamente, el movimiento fascista adquirirá dimensiones sin precedentes. No es posible albergar duda alguna de que la burguesía inglesa, espantada por las elecciones municipales, se prepara ahora realmente para una lucha extraparlamentaria, al mismo tiempo que las direcciones del partido obrero arrullan al proletariado con los éxitos electorales y las ilusiones parlamentarias. Lamentablemente, los obreros socialistas se ven obligados a ver los acontecimientos británicos a través de los lentes rosados de Jean Longuet. De hecho, la burguesía británica le impondrá al proletariado una guerra civil tanto más cruel, cuanto menos se preparen para ella los jefes del Partido Laborista.

-¿Pero de dónde saca usted las armas para todo el proletariado?, objetan nuevamente los escépticos, que toman su inconsistencia interior por una imposibilidad objetiva. Olvidan que la misma cuestión se ha planteado en todas las revoluciones a lo largo de la historia. Y, a pesar de todo, las revoluciones triunfantes marcan etapas importantes en el desarrollo de la humanidad.

El proletariado produce las armas, las transporta, construye los arsenales en los que están depositadas, defiende esas construcciones contra sí mismo, sirve en el ejército y crea todo el equipamiento de éste último. No son cerraduras ni muros los que separan las armas del proletariado, sino el hábito de la sumisión, la hipnosis de la dominación de clase, el veneno nacionalista. Bastará con derribar esos muros psicológicos, y ningún muro de piedra resistirá. Bastará que el proletariado quiera tener las armas para que las encuentre. La tarea del partido revolucionario es la de despertar en el proletariado esa voluntad y facilitar su realización.

Pero he aquí que Frossard y algunos centenares de parlamentarios, periodistas y funcionarios sindicales asustados lanzan su último argumento; el de más peso: “¿Pueden las personas serias en general depositar sus esperanzas en el éxito de la lucha física después de las últimas experiencias trágicas de Austria y España? Pensad en la técnica actual: ¡los tanques!, ¡los gases!, ¡los aeroplanos! Este argumento demuestra solamente que algunas “personas serias” no solo no quieren aprender nada, sino que, por culpa del miedo, olvidan además lo poco que han aprendido en otros tiempos. La historia de estos últimos veinte años demuestra, de modo particularmente claro, que los problemas fundamentales en las relaciones entre las clases, lo mismo que entre las naciones, se resuelven por medio de la fuerza física. Los pacifistas han confiado durante mucho tiempo en que el aumento de la técnica militar hiciese imposible la guerra. Durante décadas, los filisteos han repetido que el aumento de la técnica militar haría imposible la revolución. Sin embargo, guerras y revoluciones prosiguen su marcha. Nunca ha habido tantas revoluciones, incluso revoluciones victoriosas, como después de la última guerra, guerra que puso al descubierto toda la fuerza de la técnica militar.

Bajo la forma de los más novedosos descubrimientos, Frossard y compañía presentan viejos esquemas; se limitan a invocar, en lugar de los fusiles automáticos y las ametralladoras, los tanques y aviones bombarderos. Respondemos: detrás de cada máquina hay hombres, ligados por relaciones no solo técnicas, sino también sociales y políticas. Cuando el desarrollo histórico pone ante una sociedad una tarea revolucionaria impostergable, como cuestión de vida o muerte, cuando existe una clase progresiva a cuya victoria se encuentra ligada la salvación de la sociedad, la propia marcha de la lucha política abre ante la clase revolucionaria las posibilidades más diversas: unas veces paralizar la fuerza militar del enemigo, otras veces apoderarse de ella, al menos parcialmente. En la conciencia de un filisteo, esas posibilidades se presentan siempre como “éxitos ocasionales”, que nunca más se repetirán. De hecho, en toda gran revolución verdaderamente popular se abren toda clase de posibilidades en las combinaciones más inesperadas, pero, en el fondo, completamente naturales. Pero, pese a todo, la victoria no se produce por sí sola. Para utilizar las posibilidades favorables, hace falta una voluntad revolucionaria, una firme resolución de vencer, una dirección sólida y perspicaz.

L'Humanité admite de palabra la consigna de “armamento de los obreros”, pero solo para renunciar a ella en los hechos. Actualmente, en este período, es inadmisibles lanzar una consigna que solamente es oportuna en “plena crisis revolucionaria”. El cazador demasiado “prudente” dice que es peligroso cargar el fusil antes de ver la presa. Pero, cuando se ve la presa, es un poco tarde para cargar el fusil. ¿Es que los estrategas de *L'Humanité* piensan que, “en plena crisis revolucionaria”, podrán, sin preparación, movilizar y armar al proletariado? Para conseguir muchas armas, hace falta tener, al menos algunas. Hacen falta cuadros militares. Hace falta que las masas tengan el deseo invencible de apoderarse de las armas. Hace falta un trabajo preparatorio ininterrumpido, no sólo en las salas de gimnasia, sino indisolublemente ligado con la lucha cotidiana de las masas. Esto quiere decir: hace falta construir inmediatamente la milicia y, al mismo tiempo realizar propaganda a favor del armamento general de los obreros y de los campesinos revolucionarios.

Pero ¿y las derrotas de Austria y España?...

La impotencia del parlamentarismo en las condiciones de crisis total del sistema social del capitalismo es tan evidente, que los demócratas vulgares en el campo obrero (Renaudel, Frossard y sus imitadores) no encuentran ni un argumento para defender sus

prejuicios petrificados. Por eso se sujetan más voluntariamente a todos los fracasos y todas las derrotas sufridas en el camino revolucionario. El desarrollo de su pensamiento es el siguiente: si bien el parlamentarismo puro no ofrece salida, la lucha armada no mejora la situación. Las derrotas de las insurrecciones proletarias de Austria y España son ahora para ellos, por supuesto, el argumento preferido. De hecho, en la crítica del método revolucionario, la inconsistencia teórica y política de los demócratas vulgares aparece aún más claramente que en su defensa de los métodos de la putrefacta democracia burguesa. Nadie ha dicho que el método revolucionario asegure automáticamente la victoria. Lo que decide no es el método en sí mismo, sino su aplicación correcta, la orientación marxista en los acontecimientos, una organización poderosa, la confianza de las masas conquistada a través de una larga experiencia, una dirección perspicaz y firme. El resultado de todo combate depende del momento y de las condiciones del conflicto, de la relación de fuerzas. El marxismo está lejos de pensar que el conflicto armado es el único método revolucionario, una panacea buena bajo todas las condiciones. El marxismo, en general, no conoce fetiches, ni parlamentarios ni insurreccionales. Todo es bueno, en su lugar y en su tiempo. Hay algo que puede decirse desde el principio: por el camino parlamentario, el proletariado socialista nunca y en ningún lugar ha conquistado el poder; y ni siquiera se ha aproximado a ello. Los gobiernos de Scheidemann, Hermann Müller, Mac Donald nada tenían en común con el socialismo. La burguesía sólo les ha permitido a los socialdemócratas y laboristas llegar al poder a condición que defendiesen el capitalismo contra sus enemigos. Y ellos han cumplido escrupulosamente esa condición. El socialismo parlamentario, contrarrevolucionario, no ha hecho realidad nunca y en ninguna parte un ministerio socialista; por el contrario, ha logrado formar renegados despreciables, que explotaron al partido obrero para hacer una carrera ministerial: Millerand, Briand, Viviani, Laval, Paul-Boncour, Marquet.

Por otra parte, está demostrado por la experiencia histórica que el método revolucionario puede conducir a la conquista del poder por el proletariado: en Rusia en 1917, en Alemania y Austria en 1918, en España en 1930. En Rusia, había un poderoso partido bolchevique que, durante largos años, preparó la revolución y que supo tomar el poder sólidamente. Los partidos reformistas de Alemania, Austria y España no prepararon ni dirigieron la revolución, sino que la sufrieron. Espantados por el poder que había caído en sus manos, contra sus deseos, lo cedieron benévolamente a la burguesía. De este modo, minaron la confianza en sí mismo del proletariado y, aún más, la confianza de la pequeña burguesía en el proletariado. Prepararon las condiciones del crecimiento de la reacción fascista, de la que fueron víctimas.

La guerra civil, hemos dicho siguiendo a Clausewitz, es la continuación de la política, pero por otros medios. Esto significa: el resultado de la guerra civil depende solo en 1/4 (por no decir 1/10), de la marcha de la misma guerra civil, de sus medios técnicos, de la dirección puramente militar, y en los restantes 3/4 (si no 9/10) de la preparación política. ¿En qué consiste esa preparación política? En la cohesión revolucionaria de las masas, en su liberación de las esperanzas serviles en la clemencia, la generosidad, la lealtad de los esclavistas “democráticos”, en la educación de cuadros revolucionarios que sepan desafiar a la opinión pública burguesa y que sean capaces de mostrar frente a la burguesía, aunque sólo sea una décima parte de la implacabilidad que la burguesía muestra frente a los trabajadores. Sin este temple, la guerra civil, cuando las condiciones la impongan (y *siempre terminan por imponerla*) se desarrollará bajo las condiciones más desfavorables para el proletariado, dependerá en mayor medida de los azares; después, aún en caso de victoria militar, el poder podrá escapar de las manos del proletariado. Quien no vea que la lucha de clases conduce inevitablemente a un

conflicto armado, es un ciego. Pero no es menos ciego quien, frente al conflicto armado, no ve toda la política previa de las clases en lucha.

En Austria quien ha sufrido la derrota no fue el método de la insurrección, sino el austromarxismo; en España, el reformismo parlamentario sin principios. En 1918, la socialdemocracia austríaca, a espaldas del proletariado, transmitió a la burguesía el poder que aquel había conquistado. En 1927, no solo se apartó cobardemente de la insurrección proletaria que tenía todas las posibilidades de vencer, sino que dirigió la Schutzbund obrera contra las masas insurgentes. De ese modo, preparó la victoria de Dollfuss. Bauer y compañía, decían: “queremos una evolución pacífica, pero si el enemigo pierde la cabeza y nos ataca, entonces...”. Esta fórmula parecía ser muy “sabia” y muy “realista”. Desgraciadamente, Marceau Pivert construye también sus razonamientos sobre el modelo austromarxista: “Si... entonces”. De hecho, esta fórmula es una trampa para los obreros: los tranquiliza, los adormece, les engaña. “Si” quiere decir: las formas de la lucha dependen de la buena voluntad de la burguesía y no de la imposibilidad de conciliar los intereses de las clases. “Si” quiere decir: si somos pacíficos, prudentes, conciliadores, la burguesía será leal y todo marchará pacíficamente. Corriendo detrás del fantasma “si”, Otto Bauer y los otros jefes de la socialdemocracia austríaca retrocedieron pasivamente ante la reacción, le cedieron una posición tras otra, desmoralizaron a las masas, de nuevo volvieron a retroceder, hasta el momento en que se encontraron finalmente metidos en un callejón sin salida; allí, en el último reducto, aceptaron la batalla y... la perdieron.

En España, los acontecimientos siguieron otro camino, pero en el fondo, las causas de la derrota son las mismas. El Partido Socialista, como los “social-revolucionarios” y los mencheviques rusos, compartió el poder con la burguesía republicana, para impedirles a los obreros que llevaran la revolución hasta el final. Durante dos años, los socialistas en el poder ayudaron a la burguesía a desembarazarse de las masas mediante migajas de reformas agrarias, sociales y nacionales. Contra las capas más revolucionarias del pueblo, los socialistas emplearon la represión. El resultado fue doble. El anarcosindicalismo que, con una política correcta del partido obrero, se hubiera fundido como la cera en el fuego de la revolución, en realidad se reforzó y atrajo a su alrededor a las capas más combativas del proletariado. En el otro polo, la demagogia socialcatólica explotó hábilmente el descontento de las masas hacia el gobierno burgués-socialista. Cuando el Partido Socialista estuvo suficientemente comprometido, la burguesía lo echó del poder y paso a la ofensiva en toda la línea. El Partido Socialista se vio obligado a defenderse en las condiciones extremadamente desfavorables que le había preparado su propia política anterior. La burguesía tenía ya un apoyo de masas a la derecha. Los jefes anarcosindicalistas, que en el curso de la revolución cometieron todos los errores propios de esos confusionistas profesionales, se negaron a apoyar la insurrección dirigida por los “políticos” traidores. El movimiento no tuvo un carácter general sino esporádico. El gobierno dirigió sus golpes sobre todos los cuadros del tablero la guerra civil así impuesta por la reacción terminó con la derrota del proletariado.

De la experiencia española no es difícil sacar una conclusión contra la participación socialista en un gobierno burgués. La conclusión es en sí misma indiscutible, pero absolutamente insuficiente. El pretendido “radicalismo” austromarxista no es mejor que el ministerialismo español. La diferencia entre ellos es técnica y no política. Ambos confiaban en que la burguesía les devolviese “lealtad” por “lealtad”. Y ambos han llevado al proletariado a sendas catástrofes. No fueron los métodos de la revolución, sino los métodos oportunistas en una situación revolucionaria los que sufrieron la derrota en España y Austria ¡No es lo mismo!

No nos detendremos aquí en la política de la Internacional Comunista en Austria y serie de folletos.⁴

En una situación política excepcionalmente favorable, los partidos comunistas austríaco y español, trabados por la teoría del “tercer período”, del “socialfascismo”, etc., se encontraron sentenciados a un completo aislamiento. Comprometiendo los métodos de la revolución con la autoridad de “Moscú”, cerraron con ello el camino a una política verdaderamente marxista, verdaderamente bolchevique. La propiedad fundamental de la revolución es someter a un examen rápido e implacable a todas las doctrinas y a todos los métodos. El castigo sigue casi inmediatamente al crimen. La responsabilidad de la Internacional Comunista por las derrotas del proletariado en Alemania, en Austria, en España, es incalculable. No basta con tener una política “revolucionaria” (de palabra). Hay que tener una política correcta. Nadie ha encontrado todavía otro secreto para la victoria.

El frente único y la lucha por el poder

Ya lo hemos dicho: el frente único de los partidos socialista y comunista encierra grandiosas posibilidades. Con sólo quererlo seriamente, sería mañana el dueño de Francia. Pero debe quererlo.

El hecho que Jouhaux y, en general, la burocracia de La C.G.T., se mantengan *fuera* del frente único, conservando su “independencia”, parece contradecir lo que decimos. En una época de grandes tareas y de grandes peligros que ponen en pie a las masas, desaparecen los límites entre las organizaciones políticas y sindicales del proletariado. Los obreros quieren saber cómo salvarse de la desocupación y del fascismo, cómo conquistar su independencia ante el capital y no se preocupan en absoluto de la “independencia” de Jouhaux frente a la política proletaria (Jouhaux es, ¡ay! tan dependiente de la política burguesa). Si la vanguardia proletaria, representada por el frente único, traza con corrección el camino de la lucha, todos los obstáculos levantados por la burocracia sindical, serán barridos por el torrente vivo del proletariado. La clave de la situación está hoy en el frente único. Si éste no utiliza esa llave, jugará el lamentable papel que habría jugado inevitablemente el frente único de los “social-revolucionarios” y los mencheviques en 1917 en Rusia, si los bolcheviques no se lo hubieran impedido.

No hablamos de los partidos socialista y comunista en particular, pues políticamente, ambos han renunciado a su independencia a favor del frente único. Desde el momento en que los dos partidos obreros, que competían vivamente en el pasado, han renunciado a criticarse mutuamente y a arrebatare mutuamente militantes, por esa misma circunstancia han dejado de existir como partidos distintos. Invocar “divergencias de principios” que se mantienen, no cambia nada. Desde el mismo momento en que las divergencias de principio no se manifiestan, abierta y activamente, en un momento tan pleno de responsabilidades como el actual, dejan de existir públicamente; son como tesoros que duermen en el fondo del mar. ¿Terminará o no el trabajo común en la fusión? No queremos predecirlo. Pero en el período presente, que

⁴ Ver en particular *La Internacional Comunista después de Lenin* en esta misma serie de las Edicions Internacionals Sedov. También “¿Y ahora? Problemas vitales del proletariado alemán” y “La crisis austriaca y el comunismo”, en particular, y toda la obra *La lucha contra el fascismo* (en la que están incluidos los textos señalados) de próxima aparición en esta misma serie de las EIS. También la selección *La revolución española*.

tiene una importancia decisiva para el destino de Francia, el frente único actúa como un partido incompleto, construido sobre el principio federativo.

¿Qué quiere el frente único? Hasta ahora, no se lo ha dicho a las masas. ¿La lucha contra el fascismo? Pero, hasta ahora no ha explicado siquiera cómo piensa luchar contra el fascismo. Por otra parte, el bloque puramente defensivo contra el fascismo podría ser suficiente solo si, en todo lo demás, los dos partidos conservasen una completa independencia. Pero no, tenemos un frente único que abarca casi toda la actividad pública de los dos partidos y excluye su lucha recíproca para conquistar a la mayoría del proletariado. Hay que sacar todas las consecuencias de esta situación. La primera y más importante es la siguiente: *la lucha por el poder*. El objetivo del frente único no puede ser otro que un gobierno de frente único, es decir un gobierno socialista-comunista, un ministerio Blum-Cachin. Hay que decirlo abiertamente. Si el frente único se toma a sí mismo en serio (y esta es la condición necesaria para que lo tomen en serio las masas populares) no puede escapar a la consigna de la conquista del poder. ¿Por qué medios? Por todos los medios que conduzcan al objetivo. El frente único no renuncia a la lucha parlamentaria. Pero utiliza el parlamento ante todo para desenmascarar la impotencia de éste y explicar al pueblo que el gobierno actual tiene una base extraparlamentaria y que no se le puede derrocar más que con un poderoso movimiento de masas. La lucha por el poder significa la utilización de todas las posibilidades que ofrece el régimen bonapartista semiparlamentario, para derrocarlo mediante una embestida revolucionaria; para reemplazar al estado burgués por un estado obrero.

Las últimas elecciones cantonales han arrojado un crecimiento de los votos socialistas y sobre todo comunistas. En sí mismo, este hecho no significa nada. El Partido Comunista Alemán tuvo, en vísperas de su derrumbe, una afluencia incomparablemente más impetuosa de votos. Nuevas y amplias capas de oprimidos son empujadas hacia la izquierda por toda la situación, independientemente incluso de la política de los partidos extremos. El Partido Comunista Francés ha ganado más votos, pues a pesar de su política conservadora actual, por tradición sigue siendo “la extrema izquierda”. Las masas han manifestado, de ese modo, su tendencia a dar un impulso hacia la izquierda a los partidos obreros, pues ellas están enormemente más a la izquierda que sus partidos. También el estado de ánimo revolucionario de la juventud socialista rinde testimonio de esto. ¡No hay que olvidar que la juventud representa el barómetro sensible de toda la clase y de su vanguardia! Si el frente único no sale de la pasividad o, aún peor, emprende un indigno romance con los radicales “de izquierda”, a expensas del frente único comenzarán a fortalecerse los anarcosindicalistas, los anarquistas y otros grupos similares de desintegración política. Al mismo tiempo, se fortalecerá la indiferencia, precursora de la catástrofe. Por el contrario, si el frente único, protegiendo su retaguardia y sus flancos contra las bandas fascistas, inicia una gran ofensiva política bajo la consigna de la conquista del poder, hallará un eco tan poderoso que superará las esperanzas más optimistas. Solo pueden no comprenderlo los charlatanes huecos, para quienes los grandes movimientos de masas siempre será un libro cerrado con siete llaves.

No un programa de pasividad, sino un programa de revolución

La lucha por el poder debe partir de la idea fundamental de que, aún si es posible oponerse a un agravamiento futuro de la situación de las masas en el terreno del capitalismo, no puede concebirse ninguna mejora real de su situación sin una incursión revolucionaria contra el derecho de propiedad capitalista. La campaña del frente único debe apoyarse en un programa de transición bien elaborado, es decir en un sistema de

medidas que (con un gobierno obrero y campesino) deben asegurar la transición del capitalismo al socialismo⁵.

Ahora bien, hace falta un programa no para tranquilizar la propia conciencia, sino para llevar adelante una acción revolucionaria. ¿De qué vale el programa, si es letra muerta? El Partido Obrero de Bélgica, por ejemplo, ha adoptado el pomposo plan De Man, con todas las “nacionalizaciones”; pero, ¿qué sentido tiene ese plan, si no quieren mover ni un dedo meñique para su realización? Los programas del fascismo son fantásticos, mentirosos, demagógicos. Pero el fascismo libra una lucha rabiosa por el poder. El socialismo puede lanzar el programa más sabio; pero su valor será igual a cero si la vanguardia del proletariado no despliega una dura lucha para apoderarse del estado. La crisis social, en su expresión política, es la crisis del poder. El viejo amo de la sociedad está en quiebra. Hace falta un nuevo amo. ¡Si el proletariado revolucionario no se hace dueño del poder lo hará inevitablemente el fascismo!

Un programa de reivindicaciones transitorias para las “clases medias” puede alcanzar una gran importancia, naturalmente, si ese programa responde, por una parte, a las necesidades reales de las clase medias, y, por la otra, a las exigencias del desarrollo hacia el socialismo⁶. Pero una vez más el centro de gravedad no se encuentra actualmente en un programa especial. Las “clases medias” han visto demasiados programas; lo que necesitan es tener confianza en que el programa será realizado. En el momento en que el campesino se diga: “esta vez, parece que el partido obrero no retrocederá”, la causa del socialismo estará ganada. Pero, para eso, hay que mostrar en los hechos que estamos firmemente dispuestos a eliminar todos los obstáculos de nuestro camino.

No hace falta inventar medios de lucha; están dados por toda la historia del movimiento obrero mundial: una campaña concentrada de la prensa obrera golpeando sobre un mismo punto; discursos verdaderamente socialistas en las tribunas parlamentarias, no como diputados domesticados sino como dirigentes del pueblo; utilización de todas las campañas electorales para los objetivos revolucionarios; mítines frecuentes, a los que las masas concurren no solamente para escuchar a los oradores sino, para recibir las consignas y directivas de la hora; creación y fortalecimiento de la milicia obrera; manifestaciones bien organizadas, que barran de la calle a las bandas fascistas; huelgas de protesta; campaña abierta por la unificación y el acrecentamiento de las filas sindicales bajo el signo de una resuelta lucha de clases; acciones tenaces y bien calculadas para conquistar al ejército para la causa del pueblo; huelgas más amplias; manifestaciones más poderosas; huelga general de los trabajadores de la ciudad y del campo; ofensiva general contra el gobierno bonapartista por el poder de los obreros y campesinos.

Aún hay tiempo para preparar la victoria. El fascismo no se ha convertido todavía en un movimiento de masas. La inevitable descomposición del radicalismo significará, sin embargo, el estrechamiento de la base del bonapartismo, el crecimiento

⁵ Sobre el contenido del mismo programa no nos detendremos aquí y remitimos al lector al [Programa de acción](#) editado por la Liga Comunista en 1934 que representa el proyecto de tal programa de transición. [El lector puede verlo en los anexos al *Programa de Transición* de inminente publicación en esta misma serie de las Edicions Internacionals Sedov. Nota EIS]

⁶ En *L'Ecole Emancipée*, el camarada G. Serret publica un interesante cuestionario, a propósito de la situación económica de las diferentes capas del campesinado y de sus tendencias políticas. Los docentes podrían convertirse en agentes irremplazables del Frente Único en la aldea y jugar, en el periodo inmediato, un papel histórico. Pero, para ello, deben salir de su caparazón. Verdaderamente, no es el momento de dedicarse a pequeñas experiencias en pequeños laboratorios. Los docentes revolucionarios deben ingresar en el Partido Socialista para fortalecer su ala revolucionaria y ligarlo a las masas campesinas. ¡Sería criminal perder tiempo!

de los campos extremos y la aproximación del desenlace. No se trata de años, sino de meses. Ese plazo, por supuesto, no está escrito en ninguna parte. Depende de la lucha de las fuerzas vivas, y, en primer lugar, de la política del proletariado y de su Frente Único. Las fuerzas potenciales de la revolución superan en mucho a las fuerzas del fascismo y, en general, a las de toda la reacción unida. Los escépticos que piensan que todo está perdido deben ser implacablemente eliminados de las filas obreras. Las capas profundas responden con un eco vibrante a cada palabra firme, a cada consigna verdaderamente revolucionaria. Las masas quieren la lucha.

Lo que es hoy el único factor progresivo de la historia, no es el espíritu de combinaciones de parlamentarios y periodistas, sino el odio legítimo y creador de los oprimidos contra los opresores. Hay que volverse hacia las masas, hacia sus capas más profundas. Hay que hacer un llamamiento a su pasión y a su razón. Hay que rechazar esta fatal “prudencia”, que es el seudónimo de la cobardía y que, en las grandes coyunturas históricas, equivale a la traición. El frente único debe tomar como lema la fórmula de Danton: “*De l’audace, toujours de l’audace, et encore de l’audace*”⁷.

Comprender bien la situación y extraer todas las conclusiones a prácticas (firmemente, sin temor, hasta las últimas consecuencias) es asegurar la victoria del socialismo.

⁷ ¡Audacia, siempre audacia y más audacia!

Una vez más ¿adónde va Francia?

(Fines de marzo de 1935)

En el momento en que Flandin sucedió a Doumergue, planteamos ante la vanguardia proletaria, la pregunta: “¿Adónde va Francia?” Los cuatro meses transcurridos nada han cambiado en lo esencial y no han debilitado nuestro análisis ni nuestros pronósticos. El pueblo francés se encuentra en una encrucijada: un camino lleva a la revolución socialista, el otro a la catástrofe fascista. La elección del camino depende del proletariado. A la cabeza de éste se encuentra su vanguardia organizada. Planteamos nuevamente la pregunta: ¿adónde llevará a Francia la vanguardia proletaria?

El diagnóstico de la Internacional Comunista es falso y funesto

El CAP del Partido Socialista ha lanzado en enero un programa de *lucha por el poder, de destrucción del aparato del estado burgués, de instauración de la democracia obrera y campesina, de expropiación de los bancos y de las ramas concentradas de la industria*. Sin embargo, el partido no ha movido, hasta ahora, ni un dedo meñique para llevar este programa a las masas. A su vez, el partido comunista se niega, rotundamente, a tomar el camino de la lucha por el poder. ¿La causa? “La situación no es revolucionaria”.

¿Las milicias? ¿El armamento de los obreros? ¿El control obrero? ¿Un plan de nacionalización? ¡Imposible! “La situación no es revolucionaria”. ¿Qué se puede hacer? Lanzar grandes petitorios junto a los clericales, ejercer la elocuencia hueca junto a los radicales y esperar. ¿Hasta cuándo? Hasta que la situación se vuelva revolucionaria por sí misma. Los sabios médicos de la Internacional Comunista tienen un termómetro, que ponen bajo la axila de esa vieja que es la historia y de ese modo determinan infaliblemente la temperatura revolucionaria. Pero no muestran a nadie su termómetro.

Afirmamos: el diagnóstico de la Internacional Comunista es radicalmente falso. La situación es tan revolucionaria como puede serlo *con la política no-revolucionaria* de los partidos obreros. Lo más exacto es decir que la situación es *prerrevolucionaria*. Para que esta situación madure, hace falta una movilización inmediata, fuerte e incansable de las masas en nombre del socialismo. Esta es la única condición para que la situación *prerrevolucionaria* se vuelva *revolucionaria*. En caso contrario, si se continúa marcando el paso en el mismo lugar, la situación prerrevolucionaria se volverá contrarrevolucionaria y llevará a la victoria del fascismo.

La frase sacramental sobre la “situación no revolucionaria” solo sirve actualmente para atiborrar las cabezas de los obreros, paralizar su voluntad y dejar libres las manos al enemigo de clase. Bajo la cobertura de frases parecidas, el conservadurismo, la indolencia, la estupidez y la cobardía se apoderan de la direcciones del proletariado y se prepara la catástrofe, como en Alemania.

La función y el objetivo de este trabajo

En las páginas siguientes, nosotros, bolcheviques leninistas, sometemos a una crítica marxista detallada el diagnóstico y el pronóstico de la Internacional Comunista. Ocasionalmente, nos detendremos para tocar los puntos de vista de los diversos dirigentes socialistas, en la medida que sea necesaria para nuestro objetivo fundamental: mostrar la *falsedad radical de la política del Comité Central del Partido Comunista Francés*. A los gritos e insultos de los estalinistas opondremos hechos y argumentos.

Naturalmente, no nos limitaremos a una simple crítica. Opondremos a los puntos de vista y consignas falsos las ideas y los métodos creadores de Marx y Lenin.

Reclamamos del lector una atención concentrada. Lo que está en juego es, en el sentido más directo e inmediato, la cabeza del proletariado francés; ningún obrero consciente tiene derecho a permanecer impasible ante esas cuestiones, ¡de cuya solución depende la suerte de su clase!

I - ¿Cómo se forma una situación revolucionaria?

La premisa económica de la revolución socialista

La primera y más importante premisa de una situación revolucionaria es la exacerbación intolerable de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las formas de propiedad. *La nación deja de avanzar*. El freno del desarrollo de la potencia económica y, aún más, su regresión significan que el sistema capitalista de producción se ha desgastado por completo y que debe ceder su lugar al sistema socialista.

La crisis actual, que abarca a todos los países y retrasa la economía a decenas de años atrás, ha empujado definitivamente el sistema burgués hasta el absurdo. Si en los principios del capitalismo, obreros hambrientos e ignorantes destruyeron las máquinas; ahora quienes destruyen las máquinas son los propios capitalistas. El mantenimiento posterior de la propiedad privada de los medios de producción amenaza a la humanidad con la barbarie y la degeneración.

La base de la sociedad es su economía. Esta base está madura para el socialismo en un doble sentido: la *técnica* moderna ha alcanzado un nivel tal que podría asegurar un elevado bienestar al pueblo y a toda la humanidad; pero la *propiedad capitalista*, que se sobrevive a sí misma, condena a los pueblos a una pobreza y a sufrimientos cada vez mayores.

La premisa fundamental, económica, del socialismo, existe desde hace mucho tiempo. Pero el capitalismo no desaparecerá de la escena por sí mismo. Solo la clase obrera puede arrancar las fuerzas productivas de manos de los explotadores que las estrangulan. La historia nos plantea esta tarea en forma aguda. Si el proletariado se encuentra, por tal o cual razón, incapaz de derrocar a la burguesía y tomar el poder; si, está, por ejemplo, paralizado por sus propios partidos y sindicatos, continuará el declive de la economía y de la civilización, se acrecentarán las calamidades, la desesperación y la postración se apoderarán de las masas y el capitalismo (decrépito, putrefacto, carcomido) estrangulará a los pueblos cada vez con más fuerza, arrastrándolos al abismo de nuevas guerras. *Al margen de la revolución socialista no hay salvación*.

¿Es ésta la última crisis del capitalismo o no?

El presidium de la Internacional Comunista trató inicialmente de explicar que la crisis, comenzada en 1929, era la última crisis del capitalismo. Dos años más tarde, Stalin declaró que la crisis actual *no es todavía*, “verosímilmente”, *la última*. También en el campo socialista encontramos el mismo intento de profecía: ¿la última crisis o no?

“Es imprudente afirmar [escribe Blum en *Le Populaire* del 23 de febrero] que la crisis actual es como un espasmo supremo del capitalismo, el último sobresalto antes de la agonía y la descomposición”. Este mismo punto de vista tiene Grumbach, quien dijo el 26 de febrero, en Mulhouse: “Algunos afirman que esta crisis es pasajera; otros ven en ella la crisis final del sistema capitalista, todavía no nos atrevemos a pronunciarnos definitivamente”.

En esta forma de plantear la cuestión hay dos errores cardinales: en primer lugar, se mezcla la *crisis coyuntural* con la *crisis histórica de todo el sistema capitalista*; en segundo lugar, se admite que, *independientemente de la actividad consciente de las clases*, una crisis puede *por sí misma*, ser la “última crisis”.

Bajo la dominación del capital industrial, en la época de la libre competencia, los ascensos coyunturales sobrepasaban de lejos a las crisis; los primeros eran la “regla”, los segundos, la “excepción”; el capitalismo en su conjunto estaba en ascenso. Desde la guerra, con la dominación del capital financiero monopolista, las crisis coyunturales sobrepasan de lejos a las reanimaciones; se puede decir que las crisis se han convertido en la regla y los ascensos en la excepción; el desarrollo económico, en su conjunto va hacia abajo, no hacia arriba.

No obstante, las oscilaciones coyunturales son inevitables y aún con el capitalismo enfermo, se perpetuarán en tanto exista el capitalismo. Y el capitalismo se perpetuará en tanto que no se haya llevado a cabo la revolución proletaria. Esta es la única respuesta correcta.

Fatalismo y marxismo

El revolucionario proletario debe comprender, ante todo, que el *marxismo*, única teoría científica de la revolución proletaria, nada tiene en común con la espera fatalista de la “última” crisis. El marxismo es, por su propia esencia, *una guía para la acción revolucionaria*. El marxismo no ignora la voluntad y el coraje, sino que los ayuda a encontrar el camino justo.

No hay ninguna crisis que pueda ser, *por sí misma*, “mortal” para el capitalismo. Las oscilaciones de la coyuntura crean solamente una situación en la cual le será más fácil o más difícil al proletariado derrocar al capitalismo. El paso de la sociedad burguesa a la sociedad socialista presupone la actividad de personas vivas, que hacen su propia historia. No la hacen por azar ni según su gusto, sino bajo la influencia de causas objetivas determinadas. Entretanto, sus propias acciones (su iniciativa, su audacia, su abnegación o, por el contrario, su estupidez y su cobardía) entran como eslabones necesarios en la cadena del desarrollo histórico.

Nadie ha numerado las crisis del capitalismo ni ha indicado de antemano cuál de ellas será la “última”. Pero toda nuestra época y sobre todo la crisis actual, dictan imperiosamente al proletariado: *¡Toma el poder!* Si, el partido obrero, a pesar de las condiciones favorables, se revela incapaz de llevar al proletariado a la conquista del poder, la vida de la sociedad continuará, necesariamente, sobre bases capitalistas; hasta una nueva crisis o una nueva guerra; quizás, hasta el derrumbe completo de la civilización europea.

La “última” crisis y la “última” guerra

La guerra imperialista de 1914-18 representó también una “crisis” en la marcha del capitalismo y, por cierto, la más terrible de todas las crisis posibles. En ningún libro se predijo que esa guerra sería la *última* locura sangrienta del capitalismo o no. La experiencia de Rusia ha demostrado que la guerra *podía* ser el fin del capitalismo. En Alemania y en Austria, la suerte de la sociedad burguesa dependió enteramente en 1918 de la socialdemocracia, pero este partido reveló ser el sirviente del capital. En Italia y en Francia, el proletariado hubiera podido conquistar el poder al fin de la guerra, pero no tenía a su frente un partido revolucionario. En una palabra, si la Segunda Internacional en el momento de la guerra, no hubiera traicionado la causa del socialismo para adherir al patriotismo burgués, toda la historia de Europa y de la humanidad se presentaría hoy de una manera completamente distinta. Por supuesto, el pasado no es reparable. Pero se pueden aprender las lecciones que nos deja.

El desarrollo del fascismo es en sí mismo, el testimonio irrefutable de que la clase obrera ha tardado terriblemente en cumplir la tarea planteada ante sí, desde hace mucho tiempo, por el declive del capitalismo.

La frase: esta crisis no es todavía la “última”, no puede tener más que un sentido; y es que, a pesar de las lecciones de la guerra y de las convulsiones de posguerra, los partidos obreros aún no han sabido prepararse a sí mismos, ni preparar al proletariado, para la toma del poder; peor aún, los jefes de esos partidos no ven siquiera hasta ahora la propia tarea, haciéndola recaer sobre el “desarrollo histórico”, en lugar de sobre ellos mismos, el partido y la clase. El fatalismo es una traición teórica contra el marxismo y la justificación de la traición política contra el proletariado, es decir, la preparación de una nueva capitulación ante una nueva “última” guerra.

La Internacional Comunista se ha pasado a las posiciones del fatalismo socialdemócrata

El fatalismo de la socialdemocracia es una herencia de la preguerra, cuando el capitalismo crecía casi sin interrupción, aumentaba el número de obreros, aumentaba el número de miembros del partido, de votos en las elecciones y de puestos ganados en éstas. De este ascenso automático nació poco a poco la ilusión reformista de que es suficiente continuar por el viejo camino (propaganda, elecciones, organización) y la victoria vendrá por sí sola.

Por cierto, la guerra ha desbaratado el automatismo del desarrollo. Pero la guerra es un fenómeno “excepcional”. Con la ayuda de Ginebra, no habrá una nueva guerra, todo volverá a la norma, y el automatismo del desarrollo será restablecido.

A la luz de esa perspectiva, las palabras “esta no es la última crisis”, deben significar que “en cinco años, en diez años, en veinte años, tendremos más votos y más puestos electivos; entonces hay que esperar y tomaremos el poder”. (Ver los artículos y discursos de Paul Faure). Este fatalismo optimista, que parecía convincente hace un cuarto de siglo, resuena ahora como una voz de ultratumba. La idea de que, en el camino hacia la crisis futura, el proletariado se hará infaliblemente más poderoso que ahora, es radicalmente falsa. Con la inevitable putrefacción ulterior del capitalismo, el proletariado no crecerá ni se hará más fuerte, sino que se descompondrá, haciendo cada vez mayor el ejército de parados y lumpenproletarios; entretanto, la pequeña burguesía se desclasará y caerá en la desesperación. La pérdida de tiempo abre una perspectiva para el fascismo y no para la revolución proletaria.

Es de destacar que también la Internacional Comunista, burocratizada hasta la médula, ha reemplazado la teoría de la acción revolucionaria por la religión del fatalismo. Es imposible luchar, pues “no hay situación revolucionaria”. Pero una

situación revolucionaria no cae del cielo; se forma en la lucha de clases. El partido del proletariado es el factor político más importante para la formación de una situación revolucionaria. Si ese partido da la espalda a las tareas revolucionarias, adormeciendo y engañando a los obreros para jugar a los petitorios y para confraternizar con los radicales, entonces debe formarse, no una situación revolucionaria, sino una situación contrarrevolucionaria.

¿Cómo aprecia la situación la burguesía?

El *declive del capitalismo*, junto con el grado extraordinariamente elevado de las fuerzas productivas, es la premisa económica de la revolución socialista. Sobre esta base se desarrolla la *lucha de clases*. En la lucha viva de las clases se forma y madura una *situación revolucionaria*.

¿Cómo aprecia la situación actual y como actúa la *gran burguesía*, el amo de la sociedad contemporánea? El 6 de febrero de 1934 sólo fue inesperado para las organizaciones obreras y la pequeña burguesía. Los centros del gran capital participaban desde hacía mucho tiempo en el complot, con el objetivo de sustituir por la violencia al parlamentarismo por el bonapartismo (régimen “personal”). Esto significa: los bancos, los trusts, el estado mayor, la gran prensa juzgaron tan próximo el peligro de la revolución que se apresuraron a prepararse para ella mediante un “pequeño” golpe de estado.

De este hecho surgen dos conclusiones importantes: 1) los capitalistas, desde antes de 1934, juzgaban la situación como revolucionaria; 2) no se quedaron a esperar pasivamente el desarrollo de los acontecimientos, para recurrir en el último momento a una defensa “legal”, sino que tomaron ellos mismos la iniciativa, lanzando sus banderas a la calle. ¡La gran burguesía ha dado a los obreros una inapreciable lección de estrategia de clase!

L'Humanité repite que el “frente único” ha echado a Doumergue. Pero esto es, para decirlo moderadamente, una fanfarronada hueca. Por el contrario, si el gran capital ha juzgado posible y razonable reemplazar a Doumergue por Flandin, es únicamente porque el frente único no representa aún un peligro revolucionario inmediato, de lo que la burguesía se ha convencido por la experiencia. “Puesto que los terribles dirigentes de La Internacional Comunista, a pesar de la situación del país, no se preparan para la lucha sino que tiemblan de miedo, quiere decir que se puede esperar para pasar al fascismo. Es inútil forzar los acontecimientos y comprometer prematuramente a los radicales, a quienes aún se puede necesitar”. Esto es lo que se dicen los verdaderos amos de la situación. Mantienen la unión nacional y sus decretos bonapartistas, ponen al parlamento bajo el terror, pero dejan descansar a Doumergue. Los jefes del capital han hecho así una cierta corrección a su apreciación originaria, reconociendo que la situación no es inmediatamente revolucionaria, sino prerrevolucionaria.

¡Segunda lección destacable de estrategia de clase! Muestra que incluso el gran capital, que tiene a su disposición todas las palancas de mando, no puede apreciar de un solo golpe *a priori* e infaliblemente la situación política en toda su realidad: entra en la lucha y, en el proceso de la lucha, sobre la base de la experiencia que esta lucha, corrige y precisa su apreciación. Este es en general, el único medio posible de orientarse en política exacta y, al mismo tiempo, activamente.

¿Y los jefes de la Internacional Comunista? En Moscú, sin tomar en cuenta al movimiento obrero francés, algunos burócratas mediocres, mal informados, que en su mayoría ni siquiera leen el francés, arrojan el diagnóstico infalible, con ayuda de su termómetro: “la situación no es revolucionaria”. El Comité Central del Partido Comunista Francés está obligado a repetir esta frase vacía, tapándose los ojos y las

orejas. ¡El camino de la Internacional Comunista es el camino más corto hacia el abismo!

El sentido de la capitulación de los radicales

El *partido radical* representa el *instrumento político de la gran burguesía*, mejor adaptado a las tradiciones y a los prejuicios de la *pequeña burguesía*. A pesar de esto, los jefes principales del radicalismo, bajo la fusta del capital financiero, se han inclinado humildemente ante el golpe de estado del 6 de febrero, dirigido inmediatamente contra ellos. De ese modo, han reconocido que la marcha de la lucha de clases amenaza los intereses fundamentales de la “nación”, es decir de la burguesía, y se han visto obligados a sacrificar los intereses electorales de su partido. La capitulación del partido parlamentario más poderoso, ante los revólveres y navajas de los fascistas, es la expresión exterior del *derrumbe completo del equilibrio político del país*. Pero, quien dice estas palabras, dice con ellas que la situación es revolucionaria o, para decirlo con mayor exactitud, prerrevolucionaria⁸.

La pequeña burguesía y la situación prerrevolucionaria

Los procesos que se desarrollan en las masas de la pequeña burguesía tienen una importancia excepcional para apreciar la situación política. La crisis política del país es, ante todo, la crisis de la confianza de las masas pequeño burguesas en sus partidos y en sus jefes tradicionales. *El descontento, la nerviosidad, la inestabilidad, el arrebató fácil de la pequeña burguesía* son signos extremadamente importantes de una situación prerrevolucionaria. Así como el enfermo que hierve de fiebre se acuesta sobre el lado derecho o sobre el izquierdo, la pequeña burguesía febril puede girarse a la derecha o a la izquierda. Según hacia el lado al que se giren en el próximo período los millones de campesinos, artesanos, pequeños comerciantes y los pequeños funcionarios franceses, la situación prerrevolucionaria puede tornarse tanto en situación revolucionaria como contrarrevolucionaria.

El mejoramiento de la coyuntura económica podría (no por mucho tiempo) atrasar, pero no frenar, la diferenciación de la pequeña burguesía a derecha o a izquierda. Si, por el contrario, la crisis fuera profundizándose, la quiebra del radicalismo y de todos los agrupamientos parlamentarios que gravitan a su alrededor, marcharía a una velocidad redoblada.

¿Cómo puede producirse un golpe de estado fascista en Francia?

Sin embargo, no hay que pensar que el fascismo debe necesariamente convertirse en un poderoso partido parlamentario antes de que se haga dueño del poder. Así es como sucedió en Alemania, pero en Italia ocurrió de otro modo. Para el éxito del fascismo no es en absoluto obligatorio que la pequeña burguesía haya roto *previamente* con los antiguos partidos “democráticos”: es suficiente con que haya perdido la confianza que tenía en ellos y que mire con inquietud a su alrededor, buscando nuevos caminos.

En las próximas elecciones municipales, la pequeña burguesía puede aún dar un número importante de sus votos a los radicales y a los grupos cercanos, por la ausencia

⁸ Es muy característico de la burocracia obrera pequeñoburguesa asustada, sobre todo de los estalinistas, haberse aliado con los radicales “para luchar contra el fascismo”, después que los radicales hubieron demostrado su completa incapacidad para luchar contra el fascismo. El acuerdo electoral con los radicales, que era un crimen desde el punto de vista de los intereses históricos del proletariado, tenía por lo menos un sentido práctico en los marcos restringidos del parlamentarismo. La alianza extraparlamentaria con los radicales contra el fascismo es no solo un crimen, sino también una idiotez.

de un nuevo partido político que logre conquistar la confianza de los campesinos y de los pequeñoburgueses de las ciudades. Y al mismo tiempo, puede producirse un golpe de fuerza militar del fascismo, con la ayuda de la gran burguesía, algunos meses después de las elecciones y mediante su presión atraerse las simpatías de las capas más desesperadas de la pequeña burguesía.

Por eso, sería una grosera ilusión consolarse pensando que la bandera del fascismo no se ha hecho aún popular en provincias y en los pueblos. Las tendencias antiparlamentarias de la pequeña burguesía pueden, escapando de los marcos de la política parlamentaria oficial de los partidos, apoyar directa e inmediatamente un golpe de estado militar, cuando éste se haga necesario para la salvación del gran capital. Semejante modo de acción corresponde mucho más a las tradiciones y al temperamento de Francia.

Las cifras de las elecciones tienen, naturalmente, una importancia sintomática. Pero apoyarse sobre este único índice sería dar pruebas de cretinismo parlamentario. Se trata de procesos más profundos que, una mala mañana, pueden coger por sorpresa a los señores parlamentarios. En esto, como en los demás terrenos, la cuestión no la zanja la aritmética sino la dinámica de la lucha. La gran burguesía no registra pasivamente la evolución de las clases medias, sino que prepara las tenazas de acero con ayuda de las cuales podrá atrapar en el momento oportuno a las masas a las que ha torturado y desesperado.

Dialéctica y metafísica

El pensamiento marxista es dialéctico: considera todos los fenómenos en su desarrollo, en su paso de un estado a otro. El pensamiento del pequeño burgués conservador es metafísico: sus concepciones son inmóviles e inmutables; entre los fenómenos hay tabiques impermeables. La oposición absoluta entre una situación revolucionaria y una situación no revolucionaria es un ejemplo clásico de pensamiento metafísico según la fórmula: lo que es, es; lo que no es, no es, y todo lo demás proviene del demonio.

En el proceso histórico, se encuentran situaciones estables, absolutamente no revolucionarias. Se encuentran también situaciones notoriamente revolucionarias. Hay también situaciones contrarrevolucionarias (¡no hay que olvidarlo!). Pero, en nuestra época de capitalismo en putrefacción, lo que existe sobre todo son situaciones *intermedias, transitorias*: entre una situación no revolucionaria y una situación prerrevolucionaria, entre una situación prerrevolucionaria y una situación revolucionaria o...contrarrevolucionaria. Precisamente estos estados transitorios son los que tienen una importancia decisiva desde el punto de vista de la estrategia política.

¿Qué diríamos de un artista que no distinguiera más que los dos colores extremos en el espectro. Que es daltónico o medio ciego y que debe renunciar a los pinceles. ¿Qué decir de un político que no fuese capaz de distinguir más que dos estados: “revolucionario” y “no revolucionario”? Que no es un marxista, sino un estalinista, que puede ser un buen funcionario, pero de ningún modo un dirigente proletario.

Una situación revolucionaria se forma por la acción recíproca de factores objetivos y subjetivos. Si el partido del proletariado se muestra incapaz de analizar a tiempo las tendencias de la situación prerrevolucionaria y de intervenir activamente en su desarrollo, en lugar de una situación revolucionaria surgirá inevitablemente una situación contrarrevolucionaria. *Ante este peligro, precisamente, se encuentra actualmente el proletariado francés.* La política miope, pasiva, oportunista del frente único y sobre todo de los estalinistas, que se han convertido en su ala derecha: he aquí

lo que constituye *el principal obstáculo en el camino de la revolución proletaria en Francia.*

II- Las reivindicaciones inmediatas y la lucha por el poder

El estancamiento del frente único

El comité central del partido comunista rechaza la lucha por la nacionalización de los medios de producción, como una reivindicación incompatible con el estado burgués. Pero el comité central rechaza también la lucha por el poder para la creación de un estado obrero. A esas tareas opone un programa de “reivindicaciones inmediatas”.

El frente único está, en estos momentos, privado de cualquier programa. Al mismo tiempo, la experiencia del propio partido comunista en el terreno de la lucha por las “reivindicaciones inmediatas” tiene un carácter decididamente lamentable. Todos los discursos, artículos y resoluciones sobre la necesidad de combatir al capital mediante huelgas, hasta ahora no han logrado nada, o casi nada. A pesar de una situación cada vez más tensa en el país, reina en la clase obrera un *peligroso estancamiento.*

El Comité Central del Partido Comunista Francés acusa de este estancamiento a todo el mundo, excepto a sí mismo. No nos disponemos a dejar a salvo a nadie. Son conocidos nuestros puntos de vista. Pero pensamos que el *principal obstáculo* en el camino del desarrollo de la lucha revolucionaria es actualmente, el programa unilateral, contradictorio con toda la situación, casi maniático, de las “reivindicaciones inmediatas”. Aquí queremos arrojar luz sobre las consideraciones y argumentos del comité central del partido comunista con toda la amplitud necesaria. No es que esos argumentos sean serios y profundos: por el contrario, son miserables. Pero se trata de una cuestión de la que depende la suerte del proletariado francés.

La resolución del Comité Central del Partido Comunista Francés sobre las “reivindicaciones inmediatas”

El documento más autorizado sobre la cuestión de las “reivindicaciones inmediatas” es la resolución programática del comité central del partido comunista (ver *L'Humanité* del 24 de febrero). Nos detendremos en este documento.

La enunciación de las reivindicaciones inmediatas está hecha en forma muy general: defensa de los salarios, mejoramiento de los servicios sociales, convenios colectivos, “contra la carestía”, etc. No se dice una palabra sobre el carácter que puede y debe tomar la lucha por estas reivindicaciones bajo las condiciones de la crisis social actual. Sin embargo, todo obrero comprende que, con dos millones de parados y semiparados, la lucha sindical por los convenios colectivos es una utopía. Bajo las actuales condiciones, para obligar a los capitalistas a hacer concesiones serias es necesario *quebrar su voluntad*; y no se puede llegar a esto más que mediante una ofensiva revolucionaria. Pero una ofensiva revolucionaria que opone una clase contra otra no puede desarrollarse cínicamente bajo consignas económicas parciales. Se cae en un *círculo vicioso*. Aquí está la principal causa del estancamiento del frente único.

La tesis marxista general: *las reformas sociales no son más que los subproductos de la lucha revolucionaria*, en la época del declive capitalista tiene la importancia más candente e inmediata. Los capitalistas sólo pueden *ceder algo* a los obreros cuando están amenazados por el peligro de perderlo *todo*.

Pero incluso las mayores “concesiones” de las que es capaz el capitalismo contemporáneo (acorralado él mismo en un callejón sin salida) seguirán siendo absolutamente insignificantes en comparación con la miseria de las masas y la

profundidad de la crisis social. He aquí por qué la más inmediata de todas las reivindicaciones debe ser la *expropiación de los capitalistas y la nacionalización (socialización) de los medios de producción*. ¿Que esta reivindicación es irrealizable bajo la dominación de la burguesía? Evidentemente. Por eso es necesario conquistar el poder.

¿Por qué los llamamientos del partido comunista no encuentran eco entre las masas?

La resolución del comité central reconoce, de pasada, que “el partido no ha tenido éxito aún en organizar y desarrollar la resistencia a la ofensiva del capital”. Pero la resolución no se detiene en absoluto en la cuestión de saber por qué entonces, a pesar de los esfuerzos del PCF y de la CGTU, los éxitos en el terreno de la lucha económica defensiva son absolutamente insignificantes. En la huelga general del 12 de febrero, que no perseguía ninguna “reivindicación inmediata”, participaron millones de obreros y empleados. Sin embargo, en la defensa contra la ofensiva del capital no ha participado hasta ahora más que una ínfima fracción de esa misma cifra. ¿Es que este hecho asombrosamente claro no lleva a los “jefes” del partido comunista a ninguna conclusión? ¿Por qué millones de obreros se arriesgan a participar en la huelga general, en manifestaciones callejeras agitadas, en conflictos con las bandas fascistas, pero rehúsan participar en huelgas económicas dispersas?

“Hay que comprender [dice la resolución] los sentimientos que agitan a los obreros deseosos de pasar a la acción”. Hay que comprender... Pero la desgracia es que los propios autores de la resolución no comprenden nada. Cualquiera que frecuente las reuniones obreras sabe tan bien como nosotros que los discursos generales sobre las “reivindicaciones inmediatas” dejan muy a menudo al auditorio en un estado de ceñuda indiferencia; por el contrario, las consignas revolucionarias claras y precisas provocan como respuesta una ola de simpatía. Esta diferencia de reacción de las masas caracteriza del modo más claro la situación política del país.

“En el período actual, [destaca inesperadamente la resolución] la lucha económica necesita *pesados sacrificios* de parte de los obreros”. Y habría que agregar todavía: y sólo excepcionalmente promete resultados positivos. Y, sin embargo, la lucha por las reivindicaciones inmediatas tiene como tarea *mejorar* la situación de los obreros. Poniendo esta lucha en primer plano, renunciando por ella a las consignas revolucionarias, los estalinistas consideran, sin duda, que es precisamente la lucha económica parcial la más capaz de sublevar amplias masas. Se confirma justamente lo contrario: las masas casi no responden a los llamamientos a huelgas económicas. ¿Cómo se puede, en política, no tener en cuenta los hechos?

Las masas comprenden o sienten que, bajo las condiciones de crisis y paro, los conflictos económicos parciales exigen sacrificios inauditos, que en ningún caso estarán justificados por los resultados obtenidos. Las masas esperan y reclaman otros métodos más eficaces. Señores estrategas: aprendan de las masas; a ellas las guía un seguro instinto revolucionario.

La coyuntura económica y la lucha huelguística

Apoyándose en citas mal digeridas de Lenin, los estalinistas repiten: “la lucha huelguística es posible aún en tiempo de crisis”. No entienden que hay crisis y crisis. En la época del capitalismo ascendente, tanto industriales como obreros, incluso durante una crisis aguda, miran hacia adelante, en dirección a la nueva reanimación próxima. *La crisis actual es la regla y no la excepción*. En el terreno puramente económico, el proletariado se ve lanzado a una retirada desordenada por la terrible presión de la

catástrofe económica. Por otra parte, el declive del proletariado lo empuja con todo su peso hacia el camino de la lucha política revolucionaria de masa. Sin embargo, la dirección del partido comunista tiende, con todas sus fuerzas, a poner obstáculos en ese camino, Así, en manos de los estalinistas, el programa de “reivindicaciones inmediatas” se transforma en un instrumento de desorientación y desorganización del proletariado. Sin embargo, una ofensiva política (lucha por el poder) con una defensa armada activa (milicias) cambiaría de un solo golpe la correlación de fuerzas entre las clases y, en el camino, les abriría a las capas obreras más retrasadas, la posibilidad de una lucha económica victoriosa.

La posibilidad de una reanimación de la coyuntura

El capitalismo agonizante, como es sabido, también tiene sus ciclos, aunque son ciclos declinantes, enfermos. Solo la revolución proletaria puede poner fin a la crisis del *sistema capitalista*. La crisis *coyuntural* cederá inevitablemente el sitio a una nueva y breve reanimación, si no sobreviene en el ínterin la guerra o la revolución.

En caso de reanimación de la coyuntura económica, la lucha huelguística podrá, sin duda, adquirir una extensión mucho mayor. Por eso es necesario seguir atentamente el movimiento del comercio y de la industria, particularmente los cambios en el mercado de trabajo, sin fiarse de los meteorólogos de la escuela de Jouhaux y ayudando en la práctica a los obreros a hacer presión sobre los capitalistas en el momento necesario. Pero aun en el caso de una lucha huelguística extendida, sería criminal limitarse a las reivindicaciones económicas parciales. La reanimación de la coyuntura no puede ser ni profunda ni larga, pues ya tenemos conocimiento de los ciclos de un capitalismo irremediamente enfermo. La nueva crisis (después de una breve reanimación) puede resultar más terrible que la presente. De nuevo surgirán todos los problemas fundamentales, y con fuerza y agudeza redobladas. Si se pierde tiempo, el crecimiento del fascismo puede revelarse irresistible.

Pero, hoy en día, la reanimación económica no es más que una hipótesis. La realidad es la profundización de la crisis, el servicio militar de dos años, el rearme de Alemania, el peligro de guerra.

Hay que partir de esta realidad.

Despojos del reformismo a guisa de programa revolucionario

La idea final de la resolución programática del comité central corona dignamente todo el edificio. Citémosla literalmente:

“Combatiendo cada día para aliviar a las masas laboriosas de las miserias que les impone el régimen capitalista, los comunistas *subrayan* que la liberación definitiva no puede ser lograda más que con la abolición del régimen capitalista y la instauración de la dictadura del proletariado”.

Esta fórmula no sonaba mal en los principios de la socialdemocracia, hace medio siglo y aún más. La socialdemocracia dirigía entonces, no sin éxito, la lucha de los obreros por reivindicaciones y reformas aisladas, por lo que se llamaba el “programa mínimo”, “subrayando” bien que la liberación *definitiva* no sería realizada más que mediante la revolución. El “objetivo final” del socialismo se dibujaba entonces en la lejana nebulosa de los años. Esta concepción, que ya en vísperas de la guerra subsistía, es la que el comité central del partido comunista ha transportado súbitamente a nuestra época, repitiéndola palabra por palabra, hasta la última coma. ¡Y esta gente invoca a Marx y a Lenin!

Cuando “subrayan” que la “*liberación definitiva*” sólo puede lograrse con la abolición del régimen capitalista, se las ingenian para engañar a los obreros con la

ayuda de esta verdad elemental. Pues sugieren la idea de que un cierto mejoramiento, e incluso un mejoramiento importante, puede ser obtenido en los marcos del régimen actual. Muestran al capitalismo declinante y en putrefacción como sus padres y abuelos mostraban al capitalismo robusto y ascendente. El hecho es indiscutible: los estalinistas se adornan con los despojos del reformismo.

La fórmula política marxista, en realidad, debe ser la siguiente:

Explicando todos los días a las masas que el capitalismo burgués en putrefacción no deja lugar, no sólo para el mejoramiento de su situación, sino, incluso, para el mantenimiento del nivel de miseria habitual; planteando abiertamente ante las masas la tarea de la revolución socialista, como la tarea inmediata de nuestros días; movilizándolo a los obreros para la toma del poder; defendiendo a las organizaciones obreras por medio de las milicias; los comunistas (o socialistas) no pierden, al mismo tiempo, ni una sola ocasión de arrancar al enemigo, en el camino, tal o cual concesión parcial o, por lo menos, impedirle rebajar incluso más el nivel de vida de los obreros.

Compárese atentamente esta fórmula con las líneas de la resolución del comité central citadas más arriba. Confiamos en que la diferencia esté clara. De un lado, el estalinismo; del otro, el leninismo. Entre ellos, un abismo.

Un medio seguro contra el paro

El aumento de salarios, los convenios colectivos, la rebaja del coste de la vida... ¿Pero, qué hacer con el paro? La resolución del comité central viene también a ayudarnos sobre eso. Citémosla:

“Ellos [los comunistas] reclaman la iniciación de obras públicas. Para ello, elaboran propuestas concretas adaptadas a cada situación local o regional, preconizan los medios de financiar estas obras (proyecto de impuesto sobre el capital, empréstitos con la garantía del estado, etc.)”.

¿No es asombroso? Esta receta de charlatán está copiada de Jouhaux, casi palabra por palabra: los estalinistas rechazan las reivindicaciones progresivas del “plan” de éste y adoptan su parte más fantástica y utópica.

Las principales fuerzas productivas de la sociedad están paralizadas o semiparalizadas por la crisis. Los obreros están adormecidos frente a las máquinas que han creado. El comité central salvador propone: al margen de la economía capitalista real, junto a ella, crear otra economía capitalista, sobre la base de “obras públicas”.

Que no nos digan que se trata de empresas episódicas: el actual paro no es episódico; no es simplemente un paro coyuntural sino un paro estructural, la expresión más perniciosa del declive capitalista. Para hacerla desaparecer, el comité central propone crear un sistema de grandes obras, adaptado a cada región del país, con ayuda de un sistema de financiación aparte de las desordenadas finanzas del capitalismo. En pocas palabras, el Comité Central del Partido Comunista Francés simplemente le propone al capitalismo que cambie de domicilio. ¡Este es el “plan” que se opone a la lucha por el poder y al programa de nacionalización! *No hay peores oportunistas que los aventureristas asustados.*

Sobre cómo llegar a la ejecución de las obras públicas, al impuesto sobre el capital, a los empréstitos garantizados, etc., en esa declaración no se nos dice ni una palabra. Sin duda, será con la ayuda de... petitorios. Ese es el medio de acción más oportuno y más eficaz. A los petitorios no se le resisten ni la crisis, ni el fascismo, ni el militarismo. Por otra parte, los petitorios hacen revivir a la industria del papel y atenúan el paro. Notémoslo: la organización de petitorios, parte fundamental del sistema de obras públicas según el plan de Thorez y compañía.

¿De quién se burla esta gente? ¿De sí misma o del proletariado?

El partido comunista es un freno

“Es asombroso que el proletariado soporte pasivamente semejantes privaciones y violencias después de una lucha de clases más que centenaria”. Esta frase tan altiva puede escucharse a cada momento en la boca de un socialista o de un comunista, en privado. ¿La resistencia es insuficiente? Se hace recaer la responsabilidad sobre los hombros de las masas obreras. ¡Como si los partidos y los sindicatos se encontraran al margen del proletariado y no fueran sus órganos de lucha! Precisamente porque el proletariado, como resultado de la historia más que centenaria de sus luchas, ha creado sus organizaciones políticas y sindicales, le es difícil, casi imposible, llevar adelante la lucha contra el capital *sin ellas y contra ellas*. Y sin embargo, eso que ha construido como resorte para la acción se ha convertido en un peso muerto o en un freno.

La situación en su totalidad inspira en los trabajadores la idea de que son necesarias las acciones revolucionarias para cambiar todas las condiciones de existencia. Pero, precisamente porque se trata de una lucha decisiva, que debe abarcar a millones de hombres, la iniciativa recae naturalmente sobre las *organizaciones dirigentes*, sobre los partidos obreros, sobre el frente único. De ellos deben partir un programa claro, consignas, movilizaciones de combate. *Para levantar a las masas, los partidos deben empeñarse ellos mismos*, iniciando una audaz campaña revolucionaria en el país. Pero las organizaciones dirigentes, incluyendo el partido comunista, no tienen el coraje de hacerlo. El PC descarga sus tareas y responsabilidades sobre las masas. Exige que millones de hombres a los que ha dejado sin dirección revolucionaria emprendan combates dispersos por reivindicaciones parciales y muestren así a los burócratas escépticos que están dispuestos a encarar la lucha. Entonces, puede ser que los grandes jefes consientan en comandar la ofensiva. En lugar de *dirigir* a las masas, el comité central burocrático las *examina*, les pone una mala nota y justifica de ese modo su oportunismo y su cobardía.

Consignas fabricadas “según Lenin”

En los momentos de equilibrio económico y político relativo de Francia (1929-1933), el Comité Central del Partido Comunista Francés proclamó el “tercer período” y sólo se daba por satisfecho con la conquista de la calle mediante las barricadas. Ahora, en el momento de la crisis económica, social y política, el mismo comité central se contenta con un modesto programa de “reivindicaciones inmediatas”. Esta contradicción absurda es el producto complejo de muchos factores: el terror ante sus últimos errores, la incapacidad para escuchar a las masas, el hábito burocrático de prescribirle al proletariado un itinerario prefabricado; por fin, la anarquía intelectual, resultado de zigzags, falsificaciones, mentiras y represiones innumerables.

El autor directo del nuevo programa es, sin duda, el “jefe” actual de la Internacional Comunista, Bela Kun, que pasa alternativamente del aventurerismo al oportunismo. Habiendo leído en un libro de Lenin que los bolcheviques estuvieron *bajo determinadas condiciones*, a favor de las huelgas, y los mencheviques en contra, Bela Kun, en un abrir y cerrar de ojos basó en este descubrimiento su política “realista”. Para su desgracia, Bela Kun no había abierto a Lenin en la página adecuada.

En ciertos periodos, las huelgas económicas tuvieron realmente un papel enorme en el movimiento revolucionario del proletariado ruso. Ahora bien, el capitalismo ruso no estaba en putrefacción en ese momento, sino que crecía y se elevaba rápidamente. El proletariado era una clase novata y las huelgas eran su primera forma del despertar y de

la actividad. Por último, la gran riada de huelgas coincidía cada vez con el alza coyuntural de la industria.

Ninguna de estas condiciones se da en Francia. El proletariado francés tiene a sus espaldas una grandiosa escuela de revolución, de lucha sindical y parlamentaria, con toda la herencia positiva y negativa de ese rico pasado. Sería difícil esperar un desbordamiento espontáneo del movimiento huelguístico en Francia, incluso en un período de ascenso económico, tanto más cuando la crisis coyuntural profundiza las heridas del declive capitalista.

No menos importante es el otro aspecto de la cuestión. En el momento del primer movimiento huelguístico impetuoso en Rusia, hubo una sola fracción de la socialdemocracia rusa que intentó limitarse a las reivindicaciones económicas parciales: fueron aquellos a quienes se llamó “los economistas”; según su opinión, había que dejar de lado la consigna “¡Abajo la autocracia!” hasta la aparición de una “situación revolucionaria”. Lenin juzgó a los “economistas” como oportunistas miserables. Demostró que *había que preparar activamente una situación revolucionaria*, incluso en un período de movimiento huelguístico.

En general, es absurdo tratar de trasplantar mecánicamente a Francia las diversas etapas y los diversos episodios del movimiento revolucionario ruso. Pero menos posible todavía es hacerlo a la manera de Bela Kun, que no conoce ni Rusia, ni Francia, ni el marxismo. De Lenin, hay que aprender el *método de acción* y no convertir el leninismo en citas y recetas, buenas para cualquier caso de la vida.

“¡Paz, Pan y Libertad!”

Así, la situación en Francia, según la opinión de los estalinistas, no es revolucionaria; a causa de ello, las consignas revolucionarias son inoportunas; hay que concentrar toda la atención en las huelgas económicas y en las reivindicaciones parciales. Ese es el programa. Es un programa oportunista y sin vida, pero es un programa.

Sin embargo, a su lado hay otro. *L'Humanité* repite cada día la triple consigna: “Paz, pan y libertad”. *L'Humanité*, explica que los bolcheviques vencieron en 1917 bajo esa bandera. Siguiendo a los estalinistas, Just repite la misma idea. Muy bien. Pero, en Rusia, en 1917, había una situación notoriamente revolucionaria. ¿Cómo puede ser entonces que consignas que han asegurado el éxito de la revolución proletaria, se consideren buenas como “reivindicaciones inmediatas” en una situación revolucionaria? Que los astrólogos de *L'Humanité* nos expliquen a los simples mortales este misterio.

Por nuestra parte, recordaremos qué “reivindicaciones inmediatas” encerraba la triple consigna de los bolcheviques.

“¡Por la paz!”, en 1917, bajo las condiciones de la guerra, significaba la lucha contra todos los partidos patrióticos, desde los monárquicos hasta los mencheviques, la reivindicación de la publicación de todos los tratados secretos, la movilización revolucionaria de los soldados contra los mandos y la *organización de la confraternización en el frente*. “¡Por la paz!”: esto significaba un desafío al militarismo, de Alemania y Austria, por una parte, de la Entente, por la otra. La consigna de los bolcheviques significaba, así, la política más audaz y más revolucionaria que jamás haya conocido la historia de la humanidad.

“Luchar” por la paz en 1935, en alianza con Herriot y los “pacifistas” burgueses, es decir los imperialistas hipócritas, significa simplemente apoyar el *statu quo*, bueno por el momento para la burguesía francesa, Significa adormecer y desmoralizar a los obreros con las ilusiones del “desarme”, de “los pactos de no agresión”, y la mentira de la Sociedad de las Naciones, preparando una nueva capitulación de los partidos obreros

en el momento en que la burguesía francesa o sus rivales encuentren útil trastornar el *statu quo*.

“¡Por el pan!” Esto significaba para los bolcheviques, en 1917, la *expropiación de la tierra y de las reservas de trigo de los terratenientes y de los especuladores y el monopolio del comercio del trigo en manos del gobierno de los obreros y campesinos*. ¿Qué significa para nuestros estalinistas de 1935, “por el pan”? ¡Una simple repetición verbal!

“¡Por la libertad!” Los bolcheviques mostraban a las masas que la libertad sigue siendo una ficción en tanto que las escuelas, la prensa, los lugares de reunión, permanezcan en manos de la burguesía. “¡Por la libertad!” significaba: la toma del poder por los sóviets, la expropiación de los terratenientes, el control obrero de la producción.

“¡Por la libertad!”, en alianza con Herriot y las venerables damas de ambos sexos de la Liga de los Derechos del Hombre, significa apoyar a los gobiernos semibonapartistas, semiparlamentarios, y nada más. En la actualidad, la burguesía necesita no solo las bandas de La Rocque, sino también la reputación de “izquierdas” de J. Herriot. El capital financiero se ocupa de armar a los fascistas. Los estalinistas restablecen la reputación de izquierdas de Herriot mediante las mascaradas del “Frente Popular”. ¡He aquí para qué sirven en 1935 las consignas de la Revolución de Octubre!

Dragones y pulgas

Como único ejemplo de la nueva política “realista”, la resolución del comité central cuenta que los parados de Villejuif comen la sopa de los Croix de Feu y gritan: “¡La Rocque al paredón!”. Cuántos hombres comen la sopa, cuántos gritan, es lo que no se nos dice: los estalinistas no pueden soportar las cifras. Pero no es esa la cuestión... ¡Hasta donde debe caer el partido revolucionario para no encontrar, en una resolución programática, más ejemplos de política proletaria que los gritos impotentes de obreros aplastados y hambrientos, obligados a alimentarse con las migajas de la filantropía fascista! ¡Y esos jefes no se sienten, ni humillados ni avergonzados!

Hablando de algunos de sus discípulos, Marx citaba una vez las palabras de Heine: “He sembrado dragones y he cosechado pulgas”. Mucho nos tememos que los fundadores de la Tercera Internacional deban repetir esas mismas palabras... ¡Y, sin embargo, nuestra época no necesita pulgas, sino dragones!

III – La lucha contra el fascismo y la huelga general

El programa de la Internacional Comunista y el fascismo

El programa de la Internacional Comunista, escrito en 1928, en el período de su declive teórico, dice: “La época del imperialismo es la época del capitalismo agonizante”. En sí misma, esta afirmación, formulada mucho antes por Lenin, es absolutamente indiscutible y tiene una importancia decisiva para la política del proletariado en nuestra época. Pero los autores del programa de la Internacional Comunista no han comprendido en absoluto las tesis que adoptaron mecánicamente sobre el capitalismo *agonizante* o *en putrefacción*. Esta incomprensión aparece de un modo particularmente claro en la cuestión más candente: el fascismo.

El programa de la Internacional Comunista dice sobre esta cuestión: “*Al lado* de la socialdemocracia, que ayuda a la burguesía a ahogar al proletariado y adormecer su vigilancia, aparece el fascismo”. La Internacional Comunista no ha comprendido que la misión del fascismo no es la de actuar *al lado* de la socialdemocracia, sino la de aplastar

a todas las viejas organizaciones obreras, comprendidas las organizaciones reformistas. La tarea del fascismo es, según las palabras del programa, la de “destruir las capas *comunistas* del proletariado y sus cuadros dirigentes”. El fascismo no amenazaría en absoluto a la socialdemocracia y a los sindicatos reformistas; por el contrario, la propia socialdemocracia jugaría cada vez más, un “rol fascista”. El fascismo no haría otra cosa que completar la obra del reformismo, actuando “*al lado* de la socialdemocracia”.

No citamos un artículo de unos Thorez o Duclos cualquiera, que se contradicen a cada paso; sino el documento fundamental de la internacional Comunista, su programa. (Ver capítulo II, párrafo 3: “la crisis del capitalismo y el fascismo”). Allí nos encontramos ante todos los elementos fundamentales de la teoría del *socialfascismo*. Los jefes de la Internacional Comunista no han comprendido que el capitalismo en putrefacción ya no puede admitir ni tan siquiera a la socialdemocracia más moderada y más servil, ni como partido en el poder ni como partido de oposición. El fascismo está llamado a ocupar su lugar, no “al lado de la socialdemocracia” sino sobre su cadáver. Precisamente de ahí surgen la posibilidad, la necesidad y la urgencia del frente único. Pero la desdichada dirección de la Internacional Comunista solamente ha intentado aplicar la política del frente único cuando ésta no le venía impuesta a la socialdemocracia. Desde que la situación del reformismo se debilitó y la socialdemocracia cayó bajo los golpes, la Internacional Comunista rehusó el frente único. ¡Esta gente tiene la enfadosa inclinación a ponerse abrigo en verano y a salir en invierno sin llevar una triste hoja de parra!

A pesar de la instructiva experiencia de Italia, la Internacional Comunista ha inscrito en su bandera el genial aforismo de Stalin: “La socialdemocracia y el fascismo no son antípodas, sino gemelos”. Esta es la causa principal de la derrota del proletariado alemán. Por cierto, en la cuestión del frente único, la IC ha hecho un brusco viraje: los hechos se han mostrado más poderosos que el programa. Pero el programa de la Internacional Comunista no ha sido suprimido ni modificado. No se les ha explicado a los obreros sus errores fundamentales. Los jefes de la Internacional Comunista, que han perdido confianza en sí mismos, conservan *para cualquier eventualidad*, un camino de retirada hacia las posiciones del “socialfascismo”. Esto da a la política del frente único un carácter sin principios, diplomático e inestable.

Las ilusiones reformistas y estalinistas

La incompreensión del sentido de las tesis de Lenin sobre el “capitalismo agonizante”, le confiere a toda la política actual del Partido Comunista Francés un carácter de impotencia chillona, completada con ilusiones reformistas. Ahora que el fascismo representa el producto orgánico del declive capitalista, los estalinistas se han convencido súbitamente de la posibilidad de poner fin al fascismo sin tocar las bases de la sociedad burguesa.

El 6 de marzo, Thorez escribía por centésimo primera vez en *L'Humanité*:

“Con el fin de asegurar el fracaso *definitivo* del fascismo, proponemos nuevamente al partido socialista la acción común por la defensa de las reivindicaciones inmediatas...”

Todo obrero consciente debe reflexionar bien sobre esta frase “programática”. El fascismo, como sabemos, nace de la unión de la desesperación de las clases medias y de la política terrorista del gran capital. Las “reivindicaciones inmediatas” son las que no salen de los marcos del capitalismo. ¿Cómo entonces, permaneciendo en el terreno del capitalismo en putrefacción, se puede “asegurar la derrota definitiva (¡!)” del fascismo?

Cuando Jouhaux dice: poniendo fin a la crisis (¡no es tan simple!) habremos vencido por ese mismo hecho al fascismo, Jouhaux, por lo menos es fiel a sí mismo:

guarda aún, y guardará siempre, esperanzas en la regeneración y el rejuvenecimiento del capitalismo. Ahora bien, los estalinistas reconocen de palabra la inevitabilidad de la cercana descomposición del capitalismo. ¿Cómo pueden entonces prometer sanear la superestructura política, asegurando el fracaso definitivo del fascismo, y al mismo tiempo dejar intacta la base económica en putrefacción de la sociedad?

¿Piensan que el gran capital puede volver atrás a voluntad la rueda de la historia y ponerse otra vez en la vía de las concesiones y de las “reformas”? ¿Creen que la pequeña burguesía puede ser salvada de la ruina creciente, del desclasamiento y de la desesperación, con ayuda de “reivindicaciones inmediatas”? Entonces, ¿cómo compaginar esas ilusiones sindicalistas y reformistas con la tesis del capitalismo agonizante?

Tomada en el plano teórico, la posición del partido comunista representa, como lo hemos visto, el absurdo más completo. Veamos cómo aparece esta posición a la luz de la lucha práctica.

La lucha por las reivindicaciones inmediatas y el fascismo

El 28 de febrero, Thorez explicaba en los siguientes términos la misma idea central y radicalmente falsa de la política actual del partido comunista:

“Para derrotar definitivamente al fascismo, es evidentemente necesario detener la ofensiva económica del capital contra el nivel de vida de las masas trabajadoras”.

¿Para qué la milicia obrera? ¿Para qué una lucha directa contra el fascismo? Se debe tender a elevar el nivel de vida de las masas y el fascismo desaparecerá como por arte de magia.

Lamentablemente, en estas líneas, toda la perspectiva de la lucha próxima está completamente desfigurada y las relaciones reales están puestas cabeza abajo. Los capitalistas no llegan al fascismo por su gusto, sino por necesidad: ya no pueden conservar la propiedad privada de los medios de producción más que dirigiendo la ofensiva contra los obreros, reforzando la opresión, sembrando a su alrededor la miseria y la desesperación. Al mismo tiempo, temiendo la inevitable respuesta de los obreros, los capitalistas, por medio de sus agentes, excitan a la pequeña burguesía contra el proletariado, acusándolo de hacer más larga y profunda la crisis, y financian las bandas fascistas para aplastar a los obreros.

Si mañana la respuesta de los obreros a la ofensiva del capital se hace más fuerte, si las huelgas se hacen más frecuentes y más importantes, el fascismo, contra lo que dice Thorez, no desaparecerá sino que, por el contrario, crecerá el doble. El crecimiento del movimiento huelguístico provocará una movilización de rompohuelgas. Todos los bandidos “patriotas” se pondrán en movimiento. Los ataques cotidianos contra los obreros estarán a la orden del día. Cerrar los ojos ante esto, es ir a una derrota segura.

¿Es decir, replicarán Thorez y sus consortes, que no hay que responder a la ofensiva? (Y a continuación nos dirigirán las injurias habituales, sobre las que pasaremos como sobre un charco de agua sucia). No, hay que replicar. No pertenecemos en absoluto a la escuela que piensa que la mejor salvaguardia está en el silencio, la retirada y la capitulación. “¡No provocar al enemigo!”, “¡No defenderse!”, “¡No armarse!”, “Tumbaos de espaldas con las cuatro patas al aire”. ¡A los teóricos de esta escuela estratégica no hay que buscarlos entre nosotros, sino en la redacción de *L'Humanité*! El proletariado debe responder si no quiere ser aplastado. Pero ahora no puede admitirse ninguna ilusión reformista o pacifista. La lucha será feroz. Hay que prever con anticipación las consecuencias inevitables de la respuesta y prepararse para ellas.

Con su ofensiva actual, la burguesía le confiere un *nuevo* carácter, incomparablemente más agudo, a la relación entre la situación económica y la situación social del capitalismo en putrefacción. Exactamente del mismo modo, los obreros también deben conferirle a su defensa un carácter nuevo, que responda a los métodos del enemigo de clase. Defendiéndose contra los golpes económicos del capital, hay que saber defender al mismo tiempo las propias organizaciones contra las bandas mercenarias del capital. Es imposible hacerlo de otro modo que no sea mediante la ayuda de la *milicia obrera*. Ninguna afirmación verbal, ningún grito, ningún insulto de L'Humanité podrán invalidar esta conclusión. Particularmente hay que dirigirse a los sindicatos diciendo: camaradas, vuestros locales y vuestros periódicos serán saqueados y vuestras organizaciones reducidas a cenizas si no pasáis inmediatamente a la creación de *destacamentos de defensa sindical* (“milicia sindical”), si no demostráis en los hechos que no cederéis ni una sola pulgada al fascismo sin combatir.

La huelga general no es un juego del escondite

En el mismo artículo (del 28 de febrero) Thorez se queja:

“El partido socialista no ha aceptado nuestras propuestas de una gran acción, incluida la *huelga*, contra los decretos-leyes aún en vigor”.

¿Incluida la huelga? ¿Qué huelga? Puesto que lo que Thorez tiene en vistas es la abolición de los decretos-leyes, aparentemente no son huelgas económicas parciales, sino la huelga general, es decir política. No pronuncia las palabras “huelga general” para no poner en evidencia que no hace más que repetir nuestra vieja propuesta. ¡A qué astucias humillantes debe recurrir esta pobre gente para disfrazar sus oscilaciones y sus contradicciones!

Este procedimiento parece haberse convertido en un método. En la carta abierta del 12 de marzo, el Comité Central del Partido Comunista Francés le propone al Partido Socialista de Francia iniciar una campaña decisiva contra el servicio militar de dos años “por todos los medios, incluida la *huelga*...” ¡Otra vez, la misma fórmula misteriosa! Evidentemente, el comité central tiene en vistas la huelga como medio de lucha política, es decir revolucionaria. Pero, ¿entonces por qué teme pronunciar en voz alta el nombre de huelga general y habla de huelga a secas? ¿Con quién juega al escondite el comité central? ¿Con el proletariado?

La preparación de la huelga general

Pero, si se hacen a un lado estos procedimientos fuera de lugar, destinados a salvar el “prestigio”, queda en pie el hecho de que el comité central del partido comunista propone la huelga general para la lucha contra la legislación bonapartista de Doumergue-Flandin. Estamos plenamente de acuerdo con esto. Pero exigimos que los jefes de las organizaciones obreras comprendan ellos mismos y expliquen a las masas qué significa la huelga general bajo las actuales condiciones y cómo hay que prepararse para ella.

Aun una simple huelga económica exige normalmente una organización de combate, en particular los *piquetes*. Bajo las actuales condiciones de exacerbación de la lucha de clases, de provocación y terror fascistas, una seria organización de los piquetes es la condición vital de todo conflicto económico importante. Imaginemos, sin embargo, que cualquier jefe sindical declara: “No hacen falta piquetes, eso es una provocación; ¡basta con la *autodefensa* de los huelguistas!”. Es evidente que los obreros deberían aconsejar a semejante “jefe” ir a un hospital, si no directamente a un manicomio. ¡Es que los piquetes son precisamente el órgano más importante de la autodefensa de los huelguistas!

Extendamos este razonamiento a la huelga general. No tenemos en vistas una simple manifestación ni una huelga simbólica de una hora o incluso de 24 horas, sino una operación de combate, con el objetivo de obligar al adversario a ceder. ¡No es difícil comprender qué exacerbación terrible de la lucha de clases significará la huelga general en las condiciones actuales! Las bandas fascistas surgirían por todas partes como los hongos después de la lluvia, e intentarían con todas sus fuerzas sembrar la confusión, la provocación y la dispersión en las filas huelguistas. ¿Cómo se le podría evitar a la huelga general víctimas superfluas e incluso un aplastamiento total si no por medio de destacamentos de combate obreros severamente disciplinados? *La huelga general es una huelga parcial generalizada. La milicia obrera es un piquete de huelga generalizado.* ¡Sólo charlatanes y fanfarrones miserables pueden, bajo las actuales condiciones, jugar con la idea de la huelga general, negándose al mismo tiempo a realizar un trabajo serio para la creación de la milicia obrera!

¿La huelga general en una “situación no revolucionaria”?

Pero las desgracias del comité central del partido comunista no han terminado.

La huelga general, como lo saben todos los marxistas, es uno de los medios de lucha más revolucionarios. La huelga general sólo se hace posible cuando la lucha de clases se eleva por encima de todas las exigencias particulares y sindicales, se extiende a través de todos los compartimentos de profesiones y barrios, borra las fronteras entre los sindicatos y los partidos, entre la legalidad y la ilegalidad y moviliza a la mayoría del proletariado, oponiéndola activamente a la burguesía y al estado. Por encima de la huelga general, no puede haber sino la insurrección armada. Toda la historia del movimiento obrero testimonia que toda huelga general, cualesquiera que sean las consignas bajo las cuales haya aparecido, tiene una tendencia interna a transformarse en conflicto revolucionario declarado, en lucha directa con el poder. En otras palabras: la huelga general no es posible más que bajo condiciones de extrema tensión política y es por eso que siempre es expresión indiscutible del carácter revolucionario de la situación. En este caso, ¿cómo puede el comité central proponer la huelga general? “¡La situación no es revolucionaria!”

¿Puede ser que Thorez nos objete que él tiene en vistas, no la verdadera huelga general, sino una pequeña huelga bien dócil, a la medida justa para el uso propio de la redacción de *L’Humanité*? ¿O puede ser (agrega discretamente él) que, previendo la negativa de los jefes de la SFIO, nada arriesga proponiendo la huelga general? Pero lo más verosímil es que Thorez, a modo de objeción, nos acuse simplemente de montar un complot con Chiappe, el ex-Alfonso XIII y el papa: ¡éstas son las respuestas que mejor le sientan a Thorez!

Pero todo obrero comunista, con una cabeza sobre los hombros, debe reflexionar sobre las llamativas contradicciones de sus desdichados jefes: es imposible construir la milicia obrera porque la situación no es revolucionaria; es incluso imposible hacer propaganda a favor del armamento del proletariado, es decir preparar a los obreros para la situación revolucionaria futura; pero es posible, según parece, llamar ahora mismo a los obreros a la huelga general, a pesar de la ausencia de la situación revolucionaria. ¡Verdaderamente, aquí se sobrepasan todos los límites del aturdimiento y el absurdo!

“¡Sóviets por todas partes!”

En todas las reuniones se puede oír a los comunistas repetir la consigna “¡Sóviets por todas partes!”, consigna que les ha quedado como herencia del “tercer periodo”. Es absolutamente evidente que esta consigna, si se toma en serio, tiene un carácter profundamente revolucionario: es imposible establecer el régimen de los

sóviets de otro modo que por medio de la insurrección armada contra la burguesía. Pero la insurrección *armada* implica *armas* en manos del proletariado. Así, la consigna de “sóviets por todas partes” y la de “armamento de los obreros” están estrecha e indisolublemente ligadas entre sí. ¿Por qué entonces, la primera consigna es repetida incesantemente por los estalinistas y la segunda declarada “provocación de los trotskistas”?

Nuestra perplejidad es tanto más legítima cuanto que la consigna de armamento de los obreros corresponde mucho más a la situación política actual y al estado psicológico del proletariado. La consigna de los “sóviets” tiene, por su propia esencia, un carácter ofensivo y supone una revolución victoriosa. Sin embargo, actualmente, el proletariado se encuentra en una situación defensiva. El fascismo lo amenaza directamente con el aplastamiento físico. La necesidad de la defensa, incluso armada, es actualmente más comprensible y está más al alcance de masas mucho más amplias que la idea de la ofensiva revolucionaria. Así, la consigna del armamento puede contar en la etapa presente con un eco mucho más amplio y mucho más activo que la consigna de sóviets. ¿Cómo puede entonces, un partido obrero, si no ha traicionado realmente los intereses de la revolución, dejar escapar una situación tan excepcional y comprometer deshonestamente la idea del armamento en lugar de popularizarla ardientemente?

Estamos dispuestos a reconocer que nuestra pregunta está dictada por nuestra naturaleza “contrarrevolucionaria”, y en particular por nuestras aspiraciones de provocar una intervención militar: es sabido que cuando el Micado y Hitler se convenzan, gracias a nuestra pregunta, de que Bela Kun y Thorez sufren una corriente de aire en la cabeza, declararán la guerra a la URSS.

Todo esto ha sido irrefutablemente establecido por Duclos y no requiere pruebas. Pero, aun así, dignense responder: ¿cómo puede llegarse a los sóviets sin insurrección armada? ¿Cómo llegar a la insurrección sin armamento de los obreros? ¿Cómo defenderse contra el fascismo sin armas? ¿Cómo llegar al armamento, aun parcial, sin hacer propaganda de esta consigna?

Pero ¿es posible la huelga general en un futuro próximo?

No hay respuesta *a priori* para una pregunta de este tipo, es decir respuesta completamente de antemano. Para tener una respuesta, es necesario saber interrogar. ¿A quién? A la masa. ¿Cómo interrogarla? Por medio de la agitación.

La agitación no es solo el medio de comunicar a las masas tales o tales otras consignas, de llamarlas a la acción, etc. Para el partido, la agitación es también un medio de escuchar a las masas, de sondear su estado de ánimo y sus pensamientos y, según los resultados, de tomar tal o tal otra decisión práctica. Son solo los estalinistas quienes han transformado la agitación en un monólogo gritón: para los marxistas, para los leninistas, *la agitación es siempre un diálogo con las masas*.

Pero para que ese diálogo dé los resultados necesarios, el partido debe saber apreciar correctamente la situación general en el país y trazar la ruta general de la lucha próxima. Con ayuda de la agitación y del sondeo de las masas, el partido debe realizar las correcciones y precisiones necesarias en su línea, particularmente en lo concerniente al *ritmo del movimiento y el momento de las grandes acciones*.

La situación en el país ha sido definida más arriba: tiene un carácter prerrevolucionario con el carácter no-revolucionario de la dirección del proletariado. Y puesto que la política del proletariado es el principal factor en el desarrollo de una situación revolucionaria, el carácter no-revolucionario de la dirección proletaria obstaculiza la transformación de la situación prerrevolucionaria en situación

revolucionaria declarada y, de ese modo, contribuye a transformarla en situación contrarrevolucionaria.

En la realidad objetiva no hay, por supuesto, límites estrictos entre los diferentes estadios del proceso político. Una etapa se inserta en la otra, como resultado de lo cual la situación muestra contradicciones. Estas contradicciones, seguramente, hacen más difíciles el diagnóstico y el pronóstico, pero no los imposibilitan por completo.

Las fuerzas del proletariado no solamente no han sido debilitadas, sino que incluso permanecen intactas. El fascismo como factor político en las masas pequeñoburguesas es todavía relativamente débil (aunque mucho más poderoso, pese a todo, de lo que les parece a los parlamentarios). Estos dos importantísimos hechos políticos permiten decir con firme convicción: nada se ha perdido aún, la posibilidad de transformar la situación prerrevolucionaria en situación revolucionaria está todavía completamente abierta.

Ahora bien, en un país capitalista como Francia, no puede haber luchas revolucionarias sin huelga general: si los obreros y las obreras, en las jornadas decisivas, permanecen en las fábricas, ¿quién combatirá entonces? La huelga general se inscribe así en el orden del día. Pero la cuestión del momento de la huelga general es la cuestión de saber si las masas están listas para luchar y si las organizaciones obreras están listas para conducir las al combate.

¿Las masas quieren luchar?

Sin embargo, ¿es verdad que lo único que falla es la dirección revolucionaria? ¿No hay una gran fuerza de conservadurismo en las propias masas, en el proletariado? Se alzan voces desde distintos lados. ¡Y no es asombroso! Cuando se aproxima una crisis revolucionaria, numerosos jefes, que temen a las responsabilidades, se esconden tras el pseudoconservadurismo de las masas. La historia nos enseña que, algunas semanas e incluso algunos días de la insurrección de octubre, bolcheviques destacados como Zinóviev, Kámenev, Rykov (es inútil hablar de otros, como Losovsky, Manuilsky, etc.) afirmaban que las masas estaban fatigadas y que no querían combatir. Y sin embargo, Zinóviev, Kámenev y Rykov, como revolucionarios, estaban muy por encima de los Cachin, Thorez y Monmousseau.

Quien diga que nuestro proletariado no quiere o no es capaz de entrar en la lucha revolucionaria, lanza una calumnia, adjudicando su propia pereza y su propia cobardía a las masas trabajadoras. *Hasta ahora no ha habido un solo caso, ni en París ni en provincias, en que las masas hayan permanecido sordas ante un llamamiento de arriba.*

El mayor ejemplo es la huelga general del 12 de febrero de 1934. Pese a la completa división de la dirección, la ausencia de toda preparación seria, los tenaces esfuerzos de los jefes de la CGT para reducir el movimiento al mínimo (ya que no podían evitarlo por completo), la huelga general tuvo el mayor éxito que pudo tener bajo las condiciones dadas. Está claro: las masas querían combatir. Todo obrero consciente debe decirse: la presión de la base debe ser muy poderosa, si el propio Jouhaux ha salido un momento de la inmovilidad. Por cierto, no se trataba de una huelga general en sentido propio, sino solo de una manifestación de 24 horas. Pero esta limitación *no* fue aportada por *las masas*: fue dictada *desde arriba*.

La manifestación de la Plaza de la República, el 10 de febrero de este año, confirma la misma conclusión. El único instrumento que han utilizado los centros dirigentes para la preparación fue la válvula de incendios. La única consigna que escucharon las masas fue: ¡Chito! ¡Chito! Y, pese a todo, el número de manifestantes superó todas las previsiones. En provincias, la cosa se ha presentado y se presenta, durante el último año, absolutamente del mismo modo. Es imposible aportar un solo

hecho serio que testimoniase que los jefes quisieron luchar y que las masas rehusaron seguirlos. Siempre y en todas partes, se observa la relación absolutamente inversa. Mantiene toda su fuerza aun hoy. La base quiere luchar, las direcciones frenan. El peligro principal que puede conducir a una verdadera catástrofe radica allí, en los jefes.

Las bases y las direcciones en el interior de los partidos

La misma relación vuelve a encontrarse, no solo entre los partidos (o los sindicatos) y el proletariado, sino también en el interior de cada partido. Así, *Frossard* no tiene el menor apoyo en la base de la SFIO: los diputados y los alcaldes, que quieren que todo siga como en el pasado, son los únicos que lo sostienen. *Marceau Pivert*, gracias a sus intervenciones cada vez más claras y resueltas, se transforma en una de las figuras más populares en la base. Estamos tanto más dispuestos a reconocerlo, cuanto que nunca hemos renunciado en el pasado, ni renunciaremos en el futuro, a decir abiertamente cuándo no estamos de acuerdo con Pivert.

Tomado como síntoma político, este hecho supera de lejos, por su importancia, a la cuestión personal de Frossard y Pivert: muestra la tendencia general del desarrollo. *Las bases del partido socialista, como las del partido comunista, están más a la izquierda, son más revolucionarias y es más audaces que las direcciones*: precisamente por eso están dispuestas ofrecer su confianza únicamente a los jefes de izquierda. Más aún: empujan a los socialistas sinceros cada vez más a la izquierda. ¿Por qué las bases se radicalizan por sí mismas? Porque se encuentran en contacto directo con las masas populares, con su miseria, con su indignación, con su odio. Este síntoma es infalible. Se puede confiar en él.

Las “reivindicaciones inmediatas” y la radicalización de las masas

Los jefes del partido comunista pueden, por cierto, invocar el hecho que las masas no hacen eco de sus llamamientos. Ahora bien, este hecho no invalida, sino que confirma nuestro análisis. Las masas obreras comprenden lo que no comprenden los “jefes”: bajo las condiciones de una crisis social muy grave, una sola lucha económica parcial, que exige enormes esfuerzos y sacrificios, no puede arrojar resultados serios. Peor aún: puede debilitar y agotar al proletariado. Los obreros están dispuestos a participar en manifestaciones de lucha e incluso en la huelga general, pero no en pequeñas huelgas desgastadoras sin perspectiva. A pesar de los llamamientos, los manifiestos y los artículos de *L'Humanité*, los agitadores comunistas casi no se presentan ante las masas predicando huelgas en nombre de “reivindicaciones parciales inmediatas”. Sienten que los planes burocráticos de los jefes no corresponden para nada, ni a la situación objetiva ni al estado de ánimo de las masas. Sin grandes perspectivas, las masas no podrán ni comenzarán a luchar. La política de *L'Humanité* es la política de un seudo “realismo” artificial y falso. El fracaso de la CGTU en la declaración de huelgas parciales es la confirmación indirecta, pero muy real, de la profundidad de la crisis y de la tensión moral en los barrios obreros.

Sin embargo, no hay que creer que la radicalización de las masas continuará por sí misma, automáticamente. La clase obrera espera una iniciativa de sus organizaciones. Cuando llegue a la conclusión de que se burlan sus esperanzas son (y ese momento posiblemente no esté tan lejano) el proceso de radicalización se interrumpirá y se transformará en manifestaciones de desmoralización, de postración, en explosiones aisladas de desesperación. En la periferia del proletariado, las tendencias anarquistas se codearán con las tendencias fascistas. El vino se habrá avinagrado.

Los cambios en el estado de ánimo político de las masas exigen la mayor atención. Sondar en cada etapa esta dialéctica viva: ésa es la tarea de la agitación. En la

actualidad, el frente único permanece criminalmente retrasado tanto respecto del desarrollo de la crisis social como del estado de ánimo de las masas. Todavía es posible recuperar el tiempo perdido. Pero no hay que perder más tiempo. La historia cuenta en estos momentos, no por años, sino por meses y por semanas.

El programa y la huelga general

Para determinar en qué grado las masas están dispuestas a la huelga general, y al mismo tiempo reforzar su estado de ánimo combativo, es necesario ofrecerles un programa de acción revolucionaria. Consignas parciales, tales como la abolición de los decretos-leyes bonapartistas y del servicio militar de dos años, seguramente encontrarán un lugar destacable en ese programa. Pero estas dos consignas accesorias son absolutamente insuficientes.

*Por encima de todas las tareas y reivindicaciones parciales de nuestra época se encuentra la **cuestión del poder**.* Desde el 6 de febrero de 1934, la cuestión del poder está abiertamente planteada como una cuestión de fuerza. Las elecciones municipales y parlamentarias pueden tener su importancia, como evaluación de las fuerzas, pero nada más. El conflicto declarado entre ambos campos es lo que zanjará la cuestión. Los gobiernos del tipo Doumergue, Flandin, etc., no ocupan el escenario más que hasta el momento del desenlace definitivo. Mañana, será el fascismo o el proletariado quien gobernará Francia.

La huelga general puede lograr grandes éxitos parciales, obligando al gobierno a realizar concesiones en la cuestión de los decretos-leyes bonapartistas, del servicio militar de dos años, etc., precisamente porque el actual régimen estatal intermedio es extremadamente inestable. Pero un éxito semejante, muy valioso e importante en sí mismo, no restablecerá el equilibrio de la “democracia”: el capital financiero redoblará los subsidios al fascismo y la cuestión del poder se planteará con fuerza duplicada, puede ser que después de una breve pausa.

La importancia fundamental de la huelga general, independientemente de los éxitos parciales que puede lograr (pero que también puede no lograr), radica en el hecho de que plantea la cuestión del poder de un modo revolucionario. Paralizando las fábricas, los transportes, todos los medios de comunicación en general, las centrales eléctricas, etc., el proletariado paraliza así no solo la producción sino también al gobierno. El poder del estado queda suspendido en el aire. Debe, ya sea domar al proletariado mediante el hambre y la fuerza obligándolo a poner de nuevo en movimiento la maquinaria estatal burguesa, ya sea retroceder ante el proletariado.

Cualesquiera que sean las consignas y el motivo por los cuales haya surgido la huelga general, si ésta abarca realmente a las masas y si esas masas están decididas a luchar, la huelga general plantea inevitablemente ante todas las clases de la nación la pregunta: *¿quién va a ser el dueño de la casa?*

Los jefes del proletariado deben comprender esta lógica interna de la huelga general; de lo contrario, no son jefes sino diletantes y aventureros. Políticamente, esto significa: los jefes están obligados a plantear al proletariado el problema de la conquista revolucionaria del poder. En caso contrario, no deben aventurarse a hablar de huelga general. Pero renunciando a la huelga general, renuncian por ello mismo a toda lucha revolucionaria, es decir, abandonan el proletariado al fascismo.

O la capitulación completa o la lucha revolucionaria por el poder, tal es la alternativa que surge de todas las condiciones de la crisis actual. Quien no haya comprendido esta alternativa, nada tiene que hacer en el campo del proletariado.

La huelga general y la CGT

La cuestión de la huelga general se complica por el hecho de que la CGT proclama su derecho a declararla y conducirla. De aquí se sigue que esta cuestión no concierne en nada a los partidos obreros. Y, lo que a primera vista es más sorprendente, hay parlamentarios socialistas que piensan que esta pretensión está en el orden natural de las cosas; en realidad, simplemente quieren desembarazarse de esta responsabilidad.

La huelga general, como ya lo indica su nombre, tiene el objetivo de abarcar, dentro de lo posible, a todo el proletariado. La CGT probablemente no reúne en sus filas más del 5 al 8% del proletariado. La influencia propia de la CGT fuera de los límites de los sindicatos es absolutamente insignificante, en la medida en que, en tal o cual cuestión, no coincide con la influencia de los partidos obreros. Por ejemplo, ¿se puede comparar la influencia de *Le Peuple* con la de *Le Populaire* o *L'Humanité*?

Por sus concepciones y sus métodos, la dirección de la CGT está incomparablemente más lejos de las tareas de la época actual que la dirección de los partidos obreros. Cuanto más se descende desde las cúpulas del aparato hacia las bases sindicales, menos confianza existe en Jouhaux y su grupo. La falta de confianza se convierte progresivamente en desconfianza activa. El actual aparato conservador de la CGT será inevitablemente barrido por el desarrollo ulterior de la crisis revolucionaria.

La huelga general es, por su esencia, una operación política. Opone la clase obrera en su conjunto al estado burgués. Une a los obreros sindicalizados y no sindicalizados; socialistas, comunistas y sin partido. Necesita un aparato de prensa y de agitadores de tal magnitud que la CGT por sí sola no lo posee en absoluto.

La huelga general plantea resueltamente la cuestión de la conquista del poder por el proletariado. La CGT dio en el pasado y da hoy la espalda a esa tarea (los jefes de la CGT vuelven la cara hacia el poder burgués). Los propios jefes de la CGT sienten, seguramente, que la dirección de la huelga general está por encima de sus fuerzas. Si, pese a todo, proclaman su monopolio para dirigirla, es porque esperan de este modo ahogar a la huelga general antes de que nazca.

¿Y la huelga general del 12 de febrero de 1934? No fue sino una demostración breve y pacífica, impuesta a la CGT por los obreros socialistas y comunistas. Jouhaux y sus consortes asumieron la dirección formal de la respuesta, precisamente para impedir que se transformara en huelga general revolucionaria.

En las instrucciones a sus propagandistas, la CGT comunicaba:

“Al día siguiente del 6 de febrero, la población laboriosa y *todos los demócratas*, convocados por la CGT, han manifestado su firme voluntad de cerrar el camino a los *facciosos*”. Aparte de sí misma, la CGT no ha tomado nota ni de los socialistas ni de los comunistas; sino solamente de los “demócratas”. En esta sola frase, está Jouhaux de cuerpo entero. Por esto mismo, precisamente, sería criminal confiar en Jouhaux para zanjar la cuestión de si es necesaria o no la lucha revolucionaria.

Naturalmente, en la preparación y conducción de la huelga general, los sindicatos tendrán un papel muy influyente, pero no en virtud de un monopolio, sino codo a codo con los partidos obreros. Desde el punto de vista revolucionario, es especialmente importante colaborar estrechamente con las organizaciones sindicales *locales*, sin el menor ataque, por supuesto, a su autonomía.

En lo que hace a la CGT, tendrá que incorporarse al frente común proletario desligándose de los “demócratas”, o bien permanecer al margen. ¿Colaborar lealmente con iguales derechos? Sí. ¿Examinar en común los plazos y los medios para la conducción de la huelga general? ¡Sí! ¿Reconocerle a Jouhaux el monopolio de ahogar al movimiento revolucionario? ¡Jamás!

IV - Socialismo y lucha armada

La gran lección del 6 de febrero de 1935

Ese día (el 6 de febrero de 1935) las ligas fascistas habían proyectado manifestarse en la Plaza de La Concordia. ¿Qué hace entonces el frente único y, particularmente, el comité central del partido comunista? Llama a los obreros de París a manifestar en la Concordia al mismo tiempo que los fascistas. ¿Puede ser que los fascistas estuvieran desarmados? No, en un año redoblaron su armamento. ¿Puede ser que el comité central del partido comunista hubiera armado suficientemente a destacamentos de defensa? ¡Oh, no! El partido comunista está en contra del “putchismo” y de la “lucha física”. ¿Cómo es posible, entonces, lanzar a decenas de miles de obreros sin armas, sin preparación y sin defensa, contra las bandas fascistas admirablemente organizadas y armadas, que alimentan un odio sangriento contra el proletariado revolucionario?

Que los taimados no nos digan: el comité central del partido comunista no se disponía en absoluto a lanzar a los obreros bajo los revólveres de los fascistas; solamente quería ofrecerle a Flandin un pretexto conveniente para prohibir la manifestación fascista. Pero esto es todavía peor. El comité central del partido comunista al parecer, jugaba con la cabeza de los obreros y el desenlace del juego dependía enteramente de Flandin, más exactamente de los jefes de policía del estilo de Chiappe. ¿Y qué habría sucedido si en la prefectura de policía se hubieran decidido aprovechar la buena ocasión y darles una lección a los obreros revolucionarios por intermedio de los fascistas, haciendo recaer, por añadidura, la responsabilidad de la carnicería sobre los jefes del frente único? ¡No es difícil figurarse las consecuencias! Si la sangrienta masacre no se ha producido en esta oportunidad, en caso de continuarse con la misma política, se producirá infalible, inevitablemente, en la primera ocasión semejante.

“Putchismo” y aventurerismo

La conducta del comité central fue la forma más pura de aventurerismo burocrático. Los marxistas han enseñado siempre que *el oportunismo y el aventurerismo son las dos caras de una misma moneda*. El 6 de febrero de 1935 muestra con notable claridad, con qué facilidad se le da la vuelta a la moneda.

“¡Estamos contra el putchismo, contra el insurreccionalismo!” repitió durante años Otto Bauer, quien no supo desembarazarse de la Schutzbund (milicia obrera), dejada como herencia por la revolución de 1918. La poderosa socialdemocracia austríaca retrocedió cobardemente, se adaptó a la burguesía, volvió a retroceder, lanzó “peticiones” ineptas, creó una falsa apariencia de lucha, depositó sus esperanzas en su Flandin (llamado Dollfuss), cedió una posición tras otra y cuando se vio en el fondo del callejón sin salida, se puso a gritar histéricamente: “¡Socorro, obreros!” Los mejores combatientes, desligados de las masas desorientadas, abrumadas, engañadas, se lanzaron al combate y sufrieron una derrota inevitable. Después de lo cual, Otto Bauer y Julius Deutsch. declararon: “¡*Hemos actuado como revolucionarios, pero el proletariado no nos ha apoyado!*”.

Los acontecimientos de España se han desarrollado según el mismo esquema. Los jefes socialdemócratas han llamado a la insurrección después de haber cedido a la burguesía todas las posiciones revolucionarias conquistadas y de haber cansado a las masas populares con su política de retrocesos. Los “antiputchistas” profesionales se han visto obligados a llamar a la defensa armada bajo tales condiciones tales que le han conferido en gran parte el carácter de un “putsch”.

El 6 de febrero de 1935 fue en Francia una pequeña repetición de los acontecimientos de Austria y España. Durante muchos meses, los estalinistas han adormecido y desmoralizado a los obreros, han ridiculizado la consigna de milicia y “rechazado” la lucha física; después, de golpe, sin la menor preparación, han ordenado al proletariado “¡A la Concordia, adelante, en marcha!”

Por esta vez, el bueno de Langeron los ha salvado. Pero mañana, cuando la atmósfera se caldeará aún más, cuando la canalla fascista asesine a decenas de dirigentes obreros o incendie *L'Humanité* (¿puede decirse que esto es inverosímil?) el sabio comité central gritará infaliblemente: “¡Obreros, a las armas!”. Y después, en un campo de concentración o paseándose por las calles de Londres, si llegan hasta allí, los mismos jefes declararán orgullosamente “¡Hemos llamado a la insurrección, pero los obreros no nos han apoyado!”

Es necesario prever y prepararse

Evidentemente que el secreto del éxito no está en la “lucha física” por sí misma, sino en una política correcta. Ahora bien, llamamos correcta a la política que responde a las condiciones del tiempo y del lugar. La milicia obrera, en sí, no resuelve el problema. Pero la milicia obrera es una *parte integrante necesaria* de la política, que responde a las condiciones del tiempo y del lugar. Sería absurdo disparar con un revólver sobre la urna electoral. Pero sería todavía más absurdo defenderse contra las bandas fascistas con una papeleta electoral.

Los primeros núcleos de la milicia obrera se encuentran inevitablemente débiles, aislados, inexpertos. Los rutinarios y los escépticos sacuden la cabeza con desprecio. Hay cínicos que no se avergüenzan de reírse de la idea de la milicia obrera en charlas con los periodistas del *Comité des Forges*. Si de ese modo piensan asegurarse contra los campos de concentración, se engañan. Al imperialismo no le importa el envilecimiento de tal o cual jefe; él necesita aplastar a la clase.

Cuando Guesde y Lafargue, en plena juventud, emprendieron la propaganda del marxismo, aparecieron ante los ojos de los sabios filisteos como solitarios impotentes y tontos utopistas. Pese a todo, son ellos quienes abrieron el cauce de este movimiento, que lleva a cuevas a tantos rutinarios parlamentarios. En el terreno literario, sindical y cooperativo, los primeros pasos del movimiento obrero fueron débiles, vacilantes, poco seguros... Pero a pesar de su pobreza, el proletariado, gracias a su número y a su espíritu de sacrificio, ha creado poderosas organizaciones.

La organización armada del proletariado, que en ese momento coincide casi por completo con la *defensa contra el fascismo*, es una nueva rama de la lucha de clases. Aquí también los primeros pasos son inexpertos, torpes. Son de esperar errores. Incluso es imposible evitar completamente la provocación. La selección de los cuadros se logrará poco a poco, y se logrará tanto más seguramente, tanto más sólidamente, cuanto más cerca esté la milicia de las fábricas, allí donde los obreros se conocen bien unos a otros.

Pero la iniciativa debe partir necesariamente desde arriba. *El partido puede y debe proveer los primeros cuadros*. El mismo camino deben seguir (y seguirán inevitablemente) los sindicatos. Cuanta mayor simpatía y mayor apoyo encuentren sus cuadros en las organizaciones obreras, y después en la masa de los trabajadores, más rápidamente se afirmarán y fortalecerán.

¿Qué decir de esos señores que, a guisa de simpatía y apoyo, censuran y se burlan, o peor aún, presentan ante el enemigo de clase a los destacamentos de autodefensa obrera como destacamentos de “insurrección” y de “putsch”? Véase, particularmente, “Combate (¿?) Marxista (¡!)”. Los pedantes sabios y semisabios, los

asesores teóricos de Jouhaux, dirigidos por mencheviques rusos, se burlan malvadamente de los primeros pasos de la milicia obrera. Es imposible dar a esos señores otro nombre que el de enemigos directos de la revolución proletaria.

La milicia obrera y el ejército

Pero aquí, los rutinarios conservadores lanzan su último argumento: “¡Es que ustedes piensan que, mediante destacamentos de milicia mal armados, el proletariado podrá conquistar el poder, es decir conseguir la victoria sobre el ejército actual, con su técnica moderna (¡los tanques!, ¡la aviación!, ¡los gases!)”. Es difícil imaginar un argumento más romo y trivial, por otra parte contradicho cien veces por la teoría y por la historia. Pese a ello, cada vez se lo presenta como la última palabra de un pensamiento “realista”.

Incluso si se admite por un instante que los destacamentos de la milicia se revelaran mañana inútiles para la lucha por el poder, no por eso son menos necesarios *hoy* para la defensa de las organizaciones obreras. Como es sabido, los jefes de la CGT se niegan a toda lucha por el poder. Esto no detendrá en absoluto a los fascistas ante el aplastamiento de la CGT. Los sindicalistas, que no toman a tiempo medidas de defensa, cometen un crimen contra los sindicatos, independientemente de su orientación política. Sin embargo, observemos más de cerca el argumento capital de los pacifistas: “Los destacamentos armados de obreros son impotentes contra el ejército contemporáneo”. Este “argumento” se dirige, en el fondo, no contra la milicia, sino *contra la propia idea de revolución proletaria*. Si se admite por un instante que el ejército armado hasta los dientes, *bajo todas las condiciones* estará del lado del gran capital, entonces es preciso renunciar, no solo a la milicia obrera, sino al socialismo en general. Entonces, el capitalismo es eterno.

Afortunadamente, no es así. La revolución proletaria supone una extrema exacerbación de la lucha de clases en la ciudad y en el campo, y en consecuencia también en el ejército. La revolución sólo alcanzará la victoria cuando haya conquistado para sí, o por lo menos neutralizado, al núcleo fundamental del ejército. Sin embargo, esta conquista no puede improvisarse: hay que prepararla sistemáticamente.

Aquí, el doctrinario pacifista interrumpe para ponerse de acuerdo (de palabra) con nosotros. “Evidentemente [dirá] es necesario conquistar al ejército por medio de una propaganda continua. Ahora bien, eso es lo que nosotros hacemos. La lucha contra la gran mortalidad en los cuarteles, contra los dos años de servicio militar, contra la guerra: el éxito de esta lucha hace inútil el armamento de los obreros”.

¿Es esto cierto? No, es radicalmente falso. Una conquista pacífica, serena, del ejército es aún menos posible que la conquista pacífica de una mayoría parlamentaria. Ya las muy moderadas campañas contra la mortalidad en los cuarteles y contra los dos años de servicio, sin ninguna duda van a conducir a un acercamiento entre las ligas patrióticas y los oficiales reaccionarios, a un complot directo de su parte y también a la entrega redoblada de los subsidios que el capital financiero da a los fascistas. *Cuanto más éxito tenga la agitación antimilitarista, más rápidamente crecerá el peligro fascista*. Tal es la dialéctica real y no inventada de la lucha. La conclusión es que, en el mismo proceso de la propaganda y preparación, hay que saber defenderse con las armas en la mano, cada vez mejor.

Durante la revolución

Durante la revolución, se producirán en el ejército oscilaciones inevitables, se librará en él una lucha interior. Incluso las fracciones más avanzadas no se pasarán abierta y activamente al lado del proletariado hasta que vean con sus propios ojos que

los obreros quieren batirse y son capaces de vencer. La tarea de los destacamentos fascistas será la de no permitir el acercamiento entre el proletariado revolucionario y el ejército. Los fascistas se esforzarán en aplastar la insurrección obrera desde sus comienzos para quitarles a las mejores fracciones del ejército la posibilidad de apoyar a los insurgentes. Al mismo tiempo, los fascistas vendrán en ayuda de los destacamentos reaccionarios del ejército para desarmar a los regimientos más revolucionarios y a los menos seguros.

En tal caso, ¿cuál será nuestra tarea?

Es imposible definir de antemano la marcha concreta de la revolución en un país dado. Pero, sobre la base de toda la experiencia histórica, se puede afirmar con certeza que la insurrección en ningún caso y en ningún país adquirirá el carácter de un simple duelo entre la milicia obrera y el ejército. La correlación de fuerzas será mucho más compleja e incomparablemente más favorable al proletariado. La *milicia obrera* (no por su armamento, sino por su conciencia y su heroísmo) será la *vanguardia de la revolución*. El *fascismo* será la *vanguardia de la contrarrevolución*. La milicia obrera, con el apoyo de toda la clase, con la simpatía de todos los trabajadores, deberá derrotar, desarmar y aterrorizar a las pandillas de bandidos de la reacción y franquear así a los obreros el camino hacia la *confraternización revolucionaria con el ejército*. La alianza de los obreros y de los soldados triunfará sobre las fracciones contrarrevolucionarias. Así se asegurará la victoria.

Los escépticos se encogerán de hombros con desprecio. Pero los escépticos hacen el mismo gesto en vísperas de cada revolución victoriosa. El proletariado hará bien en pedir a los escépticos que se vayan muy lejos. El tiempo es demasiado precioso para explicar la música a los sordos, los colores a los ciegos y a los escépticos la revolución socialista.

V - El proletariado, los campesinos, el ejército, las mujeres, los jóvenes

El Plan de la CGT y el frente único

Jouhaux ha pedido prestada la idea del plan a de Man. En ambos el objetivo es el mismo: disfrazar la última *quiebra del reformismo* e inspirar al proletariado nuevas esperanzas, para desviarlo de la revolución.

Ni de Man ni Jouhaux han inventado sus “planes”. Simplemente han tomado las reivindicaciones fundamentales del *programa de transición marxista*, la nacionalización de los bancos y de las industrias clave, han echado por la borda la lucha de clases y, en lugar de la expropiación revolucionaria de los expropiadores, han puesto una operación financiera de *rescate*.

El poder debe quedar como anteriormente, en manos del “pueblo”, es decir de la burguesía. Pero el estado compra las ramas más importantes de la industria (no se nos dice cuáles exactamente) a sus propietarios actuales, quienes se convierten por dos o tres generaciones en rentistas parasitarios: la pura y simple explotación privada capitalista da lugar a una explotación indirecta, por intermedio de un capitalismo de estado.

Como Jouhaux comprende que incluso este castrado programa de nacionalizaciones es absolutamente irrealizable sin lucha revolucionaria, declara de antemano que está dispuesto a *cambiar su “plan” por la calderilla* de reformas parlamentarias al estilo, a la moda, de la economía dirigida. El ideal para Jouhaux sería que, por medio de arreglos entre bambalinas, se reduzca toda la operación a que en

diferentes consejos económicos e industriales se sienten los burócratas sindicales, sin poder y sin autoridad, pero con jugosos honorarios.

¡Por algo el plan de Jouhaux (su plan real que esconde tras el “Plan” de papel) ha recibido el apoyo de los neosocialistas e incluso la aprobación de Herriot!

El sabio ideal del sindicalismo “independiente” sólo se realizará, sin embargo, si el capitalismo vuelve a regenerarse y si las masas obreras caen nuevamente bajo el yugo. Pero, ¿y si continua el declive capitalista? Entonces el plan, lanzado para desviar a los obreros de los “malos pensamientos”, puede convertirse en la bandera del movimiento revolucionario.

En Bélgica, ya existe ese peligro. El Partido Obrero Belga se ha visto obligado a dirigir una manifestación por el plan de de Man. Los obreros se han tomado el plan completamente en serio. Bajo la bandera del plan se ha comenzado a formar un ala izquierda, especialmente en el seno de la juventud. El falsificador teórico de Man se parece cada vez más al aprendiz de brujo, que ha invocado a los espíritus pero que no sabe cómo enviarlos de vuelta al más allá. Los bolcheviques-leninistas belgas tienen absoluta razón en ponerse en el terreno del movimiento de masas a favor del plan y así, mediante la crítica marxista, hacerlo avanzar.

Evidentemente, espantado por el ejemplo belga, Jouhaux se afana en retroceder. El punto más importante del orden del día del Comité Nacional de la CGT, a mediados de marzo (la propaganda por el plan), fue sorpresivamente escamoteado. Si esta maniobra tiene más o menos éxito, la culpa debe recaer por completo sobre la dirección del frente único.

Los jefes de la CGT han lanzado su “Plan” para tener la posibilidad de competir con los partidos de la revolución. De este modo, Jouhaux ha mostrado que, siguiendo a sus inspiradores burgueses, aprecia la situación como revolucionaria (en el sentido amplio de la palabra). *Pero el adversario revolucionario no se ha lanzado a la arena.* Jouhaux decidió no internarse más lejos por un camino lleno de riesgos, ha retrocedido y ahora espera.

En enero, la CAP del partido socialista [SFIO] le propuso al partido comunista una lucha común por el poder en nombre de la socialización de los bancos y de las ramas concentradas de la industria. Si en el Comité Central del Partido Comunista Francés hubiera lugar para revolucionarios, estos hubieran debido aferrarse a esta propuesta con ambas manos. Iniciando una gran campaña por el poder, hubieran acelerado la movilización revolucionaria en el interior de la SFIO y al mismo tiempo hubieran obligado a Jouhaux a realizar la agitación por su “Plan”. Siguiendo este camino, se hubiera podido forzar a la CGT a incorporarse al frente único. El peso específico del proletariado francés hubiera crecido enormemente.

Pero en el comité central del partido comunista no se sienten revolucionarios, sino mandarines. “No hay situación revolucionaria”, respondieron, mirándose el ombligo. Los reformistas de la SFIO respiraron con alivio: el peligro había pasado. Jouhaux se apresuró a retirar del temario la cuestión de la propaganda a favor del plan. El proletariado ha quedado en la gran crisis social, *sin ningún programa.* La Internacional Comunista ha ejercido una vez más un papel reaccionario.

Alianza revolucionaria con el campesinado

La crisis de la agricultura constituye ahora la principal reserva para las tendencias bonapartistas y fascistas. Cuando la miseria coge al campesino por la garganta, éste es capaz de dar los saltos más inesperados. Mira a la democracia con creciente desconfianza.

“La consigna de la defensa de las libertades democráticas escribe Monmousseau en *Cahiers du Bolchevisme*, 10 de setiembre de 1934, página 1017] se corresponde perfectamente con el espíritu del campesinado”. Esta frase notable demuestra que Monmousseau entiende tan poco de la cuestión campesina como de la cuestión sindical. Los campesinos comienzan a dar la espalda a los partidos de “izquierda”, precisamente porque son incapaces de proponerle otra cosa que palabras en el aire sobre la “defensa de la democracia”.

Ningún programa de “reivindicaciones inmediatas” puede resultar en algo serio en el campo. El proletariado debe hablarles a los campesinos con el *lenguaje de la revolución*; no encontrará otro lenguaje común con ellos. Los obreros deben elaborar un programa de *medidas revolucionarias para la salvación de la agricultura* en común con los campesinos.

Los campesinos temen sobre todo la *guerra*. ¿Podemos, como Laval y Litvinov, engañarlos con esperanzas en la Sociedad de las Naciones y en el “desarme”? El único medio de evitar la guerra es derrocar a la propia burguesía y dar la señal para la transformación de Europa en los *Estados Unidos de las Repúblicas Obreras y Campesinas*. Sin revolución, no hay salvación contra la guerra.

Los campesinos trabajadores sufren las condiciones usurarias del *crédito*. Para cambiar esas condiciones, no hay sino una vía; expropiar los bancos, concentrarlos en manos del estado obrero y, a costa de los tiburones financieros, crear un *crédito de fomento* para los pequeños campesinos, y particularmente para las cooperativas campesinas. Debe instaurarse el *control campesino* sobre los bancos de crédito agrícola.

Los campesinos sufren la explotación de los trusts de fertilizantes y de las harineras. No hay otro camino que el de *nacionalizar los trusts de fertilizantes y las industrias harineras* y subordinarlos completamente a los intereses de los campesinos y de los consumidores.

Diferentes categorías de campesinos (arrendatarios, aparceros) sufren la explotación de los grandes propietarios terratenientes. Sólo la expropiación de los usureros terratenientes por los *comités de campesinos*, bajo el control del estado obrero y campesino, es la medida de lucha contra la *usura terrateniente*, no hay ninguna otra medida.

Ninguna de estas medidas es concebible bajo la dominación de la burguesía. Pequeñas limosnas no salvarán al campesino; de nada le servirán los paliativos. Hacen falta audaces medidas revolucionarias. El campesino las comprenderá, las aprobará y las apoyará, si el obrero le propone seriamente luchar juntos por el poder.

No esperar que la pequeña burguesía se defina por sí misma, sino formar su pensamiento, formar su voluntad: he ahí la tarea del partido obrero. Sólo así se podrá realizar la unión de los obreros y de los campesinos.

El ejército

El estado de ánimo de la mayoría de los oficiales del ejército refleja el estado de ánimo reaccionario de las clases dominantes del país, pero bajo una forma incluso más concentrada. El estado de ánimo de la masa de los soldados refleja el estado de ánimo de los obreros y campesinos, pero bajo una forma debilitada: la burguesía sabe mantener la relación con los oficiales mucho mejor que el proletariado con los soldados.

El fascismo impresiona mucho a los oficiales, pues sus consignas son decididas y porque está dispuesto a zanjar las cuestiones por medio del revólver y de la ametralladora. Se dispone de no pocos informes sobre la relación entre las ligas fascistas y el ejército, tanto por intermedio de los oficiales activos como de los de la reserva. Sin embargo, no nos llega sino una ínfima parte de lo que sucede en realidad. Ahora debe

aumentar en el ejército el papel de los reenganchados. En ellos, la reacción encontrará no pocos agentes suplementarios. *La infiltración fascista en el ejército, bajo la protección del gran estado mayor, está en plena marcha.*

Los jóvenes obreros conscientes en los cuarteles, podrían ofrecer resistencia con éxito a la desmoralización fascista. Pero la gran desgracia es que ellos mismos están políticamente desarmados: no tienen programa. El joven parado, el hijo del pequeño campesino, del pequeño comerciante o del pequeño funcionario llevan al ejército el descontento de los medios sociales de los que provienen. ¿Qué les dirá el comunista en el cuartel sino que “la situación no es revolucionaria”? Los fascistas saquean el programa marxista, convirtiéndolo exitosamente en instrumento de demagogia social algunas de sus partes. Los “comunistas” (¿?) reniegan de su programa en los hechos, sustituyéndolo por los podridos despojos del reformismo. ¿Puede concebirse una quiebra más fraudulenta?

L'Humanité se concentra en las “reivindicaciones inmediatas” de los soldados: esto es necesario, pero no es más que una centésima parte del programa. Hoy más que nunca, el ejército tiene vida política. Toda crisis social es, necesariamente, una crisis del ejército. *El soldado francés espera y busca respuestas claras.* No hay ni puede haber mejor replica a la demagogia de los fascistas que el *programa del socialismo*. ¡Hay que desplegarlo audazmente en el país y por mil canales penetrará en el ejército!

Las mujeres

La crisis social, con su cortejo de calamidades, gravita con el mayor peso sobre las mujeres trabajadoras. Ellas están doblemente oprimidas: por la clase poseedora y por su propia familia.

Hay “socialistas” que temen que las mujeres tengan derecho al voto, por la influencia que la Iglesia tiene sobre ellas. ¡Como si la suerte del pueblo dependiera del número más o menos grande de municipalidades de “izquierda” en 1935, más que de la situación moral, social y política de millones de obreras y de campesinas en el periodo próximo!

Toda crisis revolucionaria se caracteriza por el despertar de las mejores cualidades de la mujer de las clases trabajadoras: la pasión, el heroísmo, la devoción. La influencia de la Iglesia será barrida no por el nacionalismo impotente de los “librepensadores” ni por el soso fanatismo de los masones, sino por la lucha revolucionaria por la emancipación de la humanidad, y en consecuencia, en primer lugar, de la obrera.

¡El programa de la revolución socialista debe resonar en nuestros días como el toque de alarma para las mujeres de la clase obrera!

Los jóvenes

La sentencia más cruel de la dirección de las organizaciones obreras, políticas y sindicales, es la debilidad de sus organizaciones juveniles. En el campo de la *filantropía*, de la *diversión* y del *deporte*, la burguesía y la Iglesia son incomparablemente más fuertes que nosotros. Sólo se les puede arrancar a la juventud obrera por medio del programa socialista y la acción revolucionaria.

La joven generación del proletariado necesita una dirección política, pero no una tutela inoportuna. El burocratismo conservador ahoga y rechaza a la juventud. Si el régimen de las juventudes comunistas hubiera existido en 1848, no habría habido Gavroche⁹. La política de pasividad y de adaptación se refleja de un modo

⁹ Gavroche: sobrenombre de los impetuosos grupos juveniles del París revolucionario.

particularmente funesto en los *cuadros* de la juventud. Los jóvenes burócratas se hacen viejos antes de tiempo: conocen todos los tipos de maniobras entre bambalinas, pero no conocen el *abc* del marxismo. Se forman “convicciones” en tal a cual ocasión, según las exigencias de la maniobra. En el último congreso de la Alianza del Sena se ha podido observar demasiado de cerca este estilo.

Hay que plantear ante la juventud obrera el problema de la revolución en toda su amplitud. Dirigiéndose hacia la nueva generación, hay que saber hacer un llamamiento a su audacia y a su coraje, sin los cuales nada grande se hace en la historia. La revolución abrirá ampliamente las puertas a los jóvenes. ¡La juventud no puede no estar a favor de la revolución!

VI- Por qué la IV Internacional

La quiebra de la Internacional Comunista

En su carta al Consejo Nacional del Partido Socialista de Francia [SFIO], el Comité Central del Partido Comunista Francés ha propuesto, como base para la unificación, “el programa de la Internacional Comunista, que ha conducido a la victoria del socialismo en la URSS, ahora que el programa de la II Internacional no ha resistido a la trágica prueba de la guerra y ha conducido al doloroso resultado de Alemania y de Austria”. Que la II Internacional ha fracasado, los revolucionarios lo han proclamado desde agosto de 1914. Todos los acontecimientos posteriores no han hecho más que confirmar esta apreciación. Pero mostrando la incontestable bancarrota de la socialdemocracia en Alemania y en Austria, los estalinistas olvidan responder a una pregunta: *¿qué sucedió con las secciones alemana y austríaca de la Internacional Comunista?* El Partido Comunista Alemán se ha hundido ante la prueba histórica tan ignominiosamente como la socialdemocracia alemana. ¿Por qué? Los obreros alemanes querían luchar y creían que “Moscú” los conduciría al combate; se dirigían sin cesar hacia la izquierda. El Partido Comunista Alemán crecía rápidamente; en Berlín, superaba numéricamente a la socialdemocracia. Pero se encontró asolado interiormente antes de que llegase la hora de la prueba. El ahogo de la vida interior, la voluntad de mandar en lugar de convencer, la política de zigzags, el nombramiento de dirigentes desde arriba, el sistema de mentira, de engaño a las masas, todo esto desmoralizó al partido hasta la médula. Cuando se acercó el peligro, el partido se encontró hecho un cadáver. Es imposible borrar ese hecho de la historia.

Después de la vergonzosa capitulación de la Internacional Comunista en Alemania, los bolcheviques-leninistas proclamaron sin dudar ni un momento: ¡La Tercera Internacional ha muerto! No es necesario recapitular todas las injurias que nos arrojaron todos los estalinistas de todos los países. *L'Humanité*, aún después del advenimiento definitivo de Hitler, afirmaba número a número: no hay derrota en Alemania”, “sólo los renegados pueden hablar de derrota”, “el Partido Comunista Alemán crece hora a hora”, “el partido de Thaelmann se prepara para la toma del poder”. Nada tiene de sorprendente que estas fanfarronadas criminales después de la mayor catástrofe histórica hayan desmoralizado todavía más a las otras secciones de la Internacional Comunista: una organización que ha perdido la capacidad de aprender de su propia derrota está irremediabilmente condenada.

La lección del Sarre

La prueba no tardó. El plebiscito del Sarre fue montado, por así decirlo, para mostrar qué restos de confianza en la segunda y en la tercera internacionales mantenía el

proletariado alemán. He ahí los resultados: puestas ante la necesidad de elegir entre la violencia triunfante de Hitler y la putrefacta impotencia de los partidos obreros en bancarota, las masas dieron a Hitler el 90% de los votos y al frente común de la Segunda y Tercera Internacional (si se exceptúan la burguesía judía, los negociantes interesados, los pacifistas, etc.) probablemente no más del 7%. *Tal es el balance común del reformismo y del estalinismo.* ¡Peor para quien no haya comprendido la lección!

Las masas trabajadoras han votado por Hitler porque no veían otro camino. Los partidos que durante decenas de años las habían despertado y reunido en nombre del socialismo, las han engañado y traicionado. ¡He aquí la conclusión común a que han llegado los trabajadores! Si en Francia la bandera de la revolución socialista se hubiera levantado bien alta, el proletariado del Sarre hubiera dirigido su vista hacia el oeste y hubiera puesto la solidaridad de clase por encima de la solidaridad nacional. Pero, ¡ay!, el gallo francés no anunció al pueblo sarrense una aurora revolucionaria. Si bien bajo la cobertura del frente único, en Francia se lleva adelante la misma política de debilidad, de indecisión, de marcar el paso en el mismo lugar, de falta de confianza, que llevó a la pérdida a la causa del proletariado alemán. Por eso mismo el plebiscito sarrense no solamente es la prueba de los resultados de la catástrofe alemana, sino también una *temible advertencia para el proletariado francés.* ¡Peor para los partidos que resbalan sobre la superficie de los acontecimientos, se acunan con palabras, esperan milagros y le permiten al enemigo mortal organizarse impunemente, armarse, ocupar las posiciones ventajosas y elegir el momento más favorable para descargar el golpe decisivo!

He ahí lo que nos dice la lección del Sarre.

El programa de la Internacional Comunista

Numerosos reformistas y centristas (es decir, aquéllos que vacilan entre el reformismo y la revolución), virando a la izquierda, tratan ahora de gravitar hacia la Internacional Comunista: algunos de ellos, sobre todo obreros, confían sinceramente en encontrar en el programa de Moscú el reflejo de la revolución de octubre; otros, sobre todo funcionarios, se esfuerzan simplemente en hacer amistad con la poderosa burocracia soviética. Abandonemos a los arribistas a su propia suerte. Pero a los socialistas que sinceramente confían en encontrar en la Internacional Comunista una dirección revolucionaria, les decimos: ¡os equivocáis cruelmente! No conocéis bien la historia de la Internacional Comunista que, en los últimos diez años, es la historia de los errores, de las catástrofes, de las capitulaciones y de la degeneración burocrática.

El programa actual de la Internacional Comunista fue adoptado en su VI Congreso, en 1928, después del aplastamiento de la dirección leninista¹⁰. Entre el programa actual y aquél con el que el bolchevismo logró la victoria de 1917, media un abismo. El programa del bolchevismo partía del punto de vista de que la suerte de la revolución de octubre es inseparable de la suerte de la revolución internacional. El programa de 1928, a pesar de todas sus frases “internacionalistas”, parte de la perspectiva de la *construcción independiente del socialismo* en la URSS. El programa de Lenin decía “Sin revolución en occidente y en oriente estamos vencidos”. Ese

¹⁰ El programa de la Internacional Comunista fue escrito por Bujarin que muy pronto después de hacerlo fue declarado oficialmente “liberal burgués”. En su *Testamento* Lenin juzgó necesario prevenir sobre el hecho que Bujarin no poseía el marxismo ya que su pensamiento estaba imbuido de escolástica. He realizado una crítica del programa ecléctico de la Internacional Comunista en mi libro *La Internacional Comunista después de Lenin* (Rieder éd., 1931 [para la versión francesa, para la versión castellana ver en esta misma serie de las Edicions Internacionals Sedov *La Internacional Comunista después de Lenin (Stalin el gran organizador de derrotas)* Nota EIS]). Esta crítica no ha recibido todavía hoy en día respuesta alguna. Nota de Trotsky.

programa, por su propia esencia, excluía la posibilidad de sacrificar los intereses del movimiento obrero mundial a los intereses de la URSS. El programa de la Internacional Comunista significa en la práctica: se puede y se debe sacrificar los intereses de la revolución proletaria en Francia a los intereses de la URSS (en realidad, a los intereses de las combinaciones diplomáticas de la burocracia soviética). El programa de Lenin enseñaba: el burocratismo soviético es el peor enemigo del socialismo; reflejando la presión de las fuerzas y de las tendencias burguesas sobre el proletariado, el burocratismo puede conducir al renacimiento de la burguesía; el éxito contra el azote del burocratismo sólo puede asegurarse mediante la victoria del proletariado europeo y mundial. Contrariamente a esto, el programa actual de la Internacional Comunista dice: el socialismo puede ser construido independientemente de los éxitos y fracasos del proletariado mundial, bajo la dirección de la infalible y omnipotente burocracia soviética; todo lo que se dirige contra su infalibilidad es contrarrevolucionario y merece ser exterminado.

En el actual programa de la Internacional Comunista hay, por supuesto, muchas expresiones, formulas, frases tomadas prestadas del programa de Lenin (la burocracia conservadora del Thermidor y del Consulado utilizó también en Francia la terminología de los jacobinos); pero en el fondo esos dos programas se excluyen mutuamente. Prácticamente, en efecto, la burocracia estalinista ha reemplazado después de mucho tiempo el programa de la revolución proletaria internacional por un programa de reformas soviéticas nacionales. Dispersando y debilitando al proletariado mundial con su política, que es una mezcla de oportunismo y de aventurerismo, la Internacional Comunista socava, de ese modo, los propios intereses fundamentales de la URSS. Estamos a favor de la URSS, pero contra la burocracia usurpadora y su instrumento ciego, la Internacional Comunista.

Bela Kun, jefe de la Internacional Comunista

Manuilsky, ayer jefe de la Internacional Comunista, se ha ahogado sin dejar rastro en el “tercer período”. Manuilsky fue reemplazado, sin que los interesados tuvieran la menor parte en el cambio, por Bela Kun. Sobre este nuevo soberano de la Internacional Comunista es necesario decir algunas palabras. Como prisionero de guerra húngaro en Rusia, Bela Kun, a semejanza de muchos otros prisioneros, se hizo comunista, y a su retorno a Hungría, jefe de un pequeño partido. La postración del gobierno del conde Karoly ante la Entente se terminó mediante la transmisión consentida y pacífica del poder a los partidos obreros, sin revolución alguna.

Los comunistas del partido de Bela Kun se apresuraron a unirse a los socialdemócratas. Inspirador de la Hungría soviética, Bela Kun dio pruebas de una completa incapacidad, sobre todo en la cuestión campesina, lo que condujo rápidamente al hundimiento de los sóviets. Retornado como exiliado a la URSS, Bela Kun tuvo siempre papeles de tercer plano pues no gozaba en absoluto de la confianza política de Lenin. Es conocido el extremadamente violento discurso de Lenin al Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, en vísperas del III Congreso: casi cada frase recordaba las “tonterías de Bela Kun”. En mi folleto sobre la dirección de la internacional Comunista¹¹ he contado cómo Lenin me explicó su ataque violento contra Bela Kun: “Hay que enseñar a la gente a no tener confianza en él”. Desde aquel tiempo, no sólo no ha aprendido nada Bela Kun, sino que incluso ha olvidado lo poco que había asimilado en la escuela de Lenin. Se puede ver en qué medida este hombre está hecho

¹¹ Este folleto *¿Quién dirige hoy en día la Internacional Comunista?*, está reproducido en *La Internacional Comunista después de Lenin*. [Ver [páginas 154-170 de la versión pdf](#) en la edición señalada de estas [EIS](#)]

para el papel de jefe de la Internacional Comunista y, en especial, del proletariado francés.

La unidad orgánica

Admitamos que el partido comunista pese a todo, siga creciendo aún. No gracias a su política, sino a pesar de ella. Los acontecimientos empujan a los obreros hacia la izquierda y el partido comunista, pese a su viraje oportunista, sigue siendo para las masas la “extrema izquierda”. El crecimiento numérico del partido comunista sin embargo, no lleva encierra en sí la menor garantía para el futuro: como hemos dicho, el Partido Comunista Alemán creció hasta el momento mismo de la capitulación y mucho más velozmente.

En todo caso, el hecho de que existan dos partidos obreros, lo que hace absolutamente necesaria, ante el peligro común, una política de frente único, basta para explicar las aspiraciones de los obreros a la unidad orgánica. Si hubiera en Francia un partido revolucionario consecuente, seríamos resueltos adversarios de la fusión con el partido oportunista. Bajo las condiciones de la exacerbación de la crisis social, el partido revolucionario, en lucha contra el reformismo, reuniría infaliblemente bajo su bandera a la mayoría aplastante de los obreros. El problema histórico no es unir mecánicamente todas las organizaciones, que representan diferentes estadios de la lucha de clases, sino reunir al proletariado en la lucha y para la lucha. Se trata de dos problemas completamente distintos e, incluso, a veces contradictorios.

Pero es un hecho que en Francia no hay partido revolucionario. La ligereza con que el partido comunista (sin la menor discusión) ha pasado de la teoría y de la práctica del “socialfascismo” al bloque con los radicales y al rechazo de las tareas revolucionarias, en nombre de las “reivindicaciones inmediatas”, confirma que el aparato del partido está completamente roído por el cinismo y la base desorientada y desacostumbrada a pensar. Es un partido *enfermo*.

Hemos criticado demasiado abiertamente la posición de la SFIO como para no repetir lo que ya hemos dicho más de una vez. Pero es indiscutible, a pesar de todo, que el ala izquierda, revolucionaria, de la SFIO se convierte poco a poco en el laboratorio en el que se forman las consignas y los métodos de la lucha proletaria. Si esa ala se fortifica y se temple, podrá llegar a ser el factor decisivo para actuar sobre los obreros comunistas. Sólo por este camino es posible la salvación. De lo contrario, la situación estaría definitivamente perdida si el ala revolucionaria del partido socialista cayera en el sistema de engranajes que con el nombre de aparato de la Internacional Comunista sirve para despedazar las columnas vertebrales y las personalidades, para hacer perder el hábito de pensar y para enseñar a obedecer ciegamente; este sistema es francamente funesto para formar revolucionarios.

¿Están ustedes contra la unidad orgánica? , nos preguntarán, no sin indignación algunos camaradas.

No, no estamos contra la unidad. Pero estamos contra el fetichismo, la superstición y la ceguera. La unidad no resuelve nada por sí sola. La socialdemocracia austríaca reunía a su alrededor a casi todo el proletariado, pero solo para llevarlo a la derrota. El Partido Obrero Belga tiene todo el derecho de decirse el único partido del proletariado, pero eso no impide que vaya de capitulación en capitulación. Solo personas de una irremediable ingenuidad pueden confiar en que el Partido Laborista, que domina completamente en el proletariado británico, sea capaz de asegurar la victoria de éste último. Lo que decide no es la unidad en sí misma, sino su contenido político real.

Si hoy mismo la SFIO se uniese al Partido Comunista Francés, esto no aseguraría la victoria más de lo que la asegura el frente único: solo una justa política revolucionaria puede dar la victoria. Pero estamos dispuestos a reconocer que la unificación facilitaría, bajo las actuales condiciones, el reagrupamiento y la reunión de los elementos verdaderamente revolucionarios dispersos en ambos partidos. En este sentido (y sólo en este sentido) la unificación podría ser un paso adelante.

Pero la unificación (digámoslo aquí mismo) sería un paso atrás, peor incluso, un paso hacia el abismo, si la lucha contra el oportunismo en el partido unificado se dirigiese siguiendo el camino de la Internacional Comunista. El aparato estalinista es capaz de explotar una revolución victoriosa, pero es orgánicamente incapaz de asegurar la victoria de una nueva revolución. Es conservador hasta la médula de los huesos. Repitémoslo una vez más: *la burocracia soviética tiene tanto que ver con el antiguo partido bolchevique como la burocracia del Directorio y del Consulado con el jacobinismo.*

La unificación de los dos partidos no nos hará avanzar más que si está libre de ilusiones, de ceguera y puro engaño. Para no caer víctimas de la enfermedad de la Internacional Comunista, los socialistas de izquierda necesitan una seria inyección de leninismo. Precisamente por esto, nosotros, entre otros, seguimos con un ánimo tan atento y crítico la evolución de los grupos de izquierda. Algunos se sienten ofendidos por nosotros. Pero pensamos que en el terreno revolucionario las reglas de responsabilidad son incomparablemente más importantes que las reglas de cortesía. La crítica dirigida contra nosotros, también la apreciamos desde un punto de vista revolucionario y no sentimental.

Dictadura del proletariado

Zyromski ha tratado, en una serie de artículos, de indicar los principios fundamentales del futuro partido unificado. Esta es una cuestión mucho más seria que repetir frases generales sobre la unidad, a la manera de Lebas. Desgraciadamente, Zyromski da en sus artículos un paso desde el centrismo reformista, no hacia el leninismo, sino hacia el centrismo burocrático (estalinismo). Esto aparece del modo más claro, como lo vamos a demostrar, en la cuestión de la dictadura del proletariado.

Por alguna razón, Zyromski repite con particular insistencia en una serie de artículos (invocando por otra parte a Stalin como fuente original) la idea de que “la dictadura del proletariado jamás puede ser considerada como un objetivo”. ¡Cómo si existieran en cualquier parte del mundo teóricos insensatos que pensasen que la dictadura del proletariado es un “objetivo en sí”! Pero en estas extrañas repeticiones, hay una idea: Zyromski pide disculpas de antemano, por decirlo así, ante los derechistas, por querer la dictadura. Por desgracia, es difícil establecer la dictadura si uno empieza pidiendo disculpas.

Mucho peor, sin embargo, es la idea siguiente: “Esta dictadura del proletariado [...] debe relajarse y transformarse progresivamente en democracia proletaria a medida que se desarrolle la edificación socialista”. En estas pocas líneas, hay dos profundos errores de principio. En ellas, la dictadura del proletariado *se opone* a la democracia proletaria. Sin embargo, la dictadura del proletariado, por su propia esencia, puede y debe ser la suprema expansión de la democracia proletaria. Para realizar una grandiosa revolución social, el proletariado necesita la manifestación suprema de todas sus fuerzas y de todas sus capacidades: se organiza democráticamente precisamente para terminar con sus enemigos. La dictadura debe, según Lenin, “enseñar a cada cocinera a dirigir el estado”. La espada de la dictadura está dirigida contra los enemigos de clase; *la base de la dictadura está constituida por la democracia proletaria.*

Para Zyromski, la democracia proletaria viene a reemplazar a la dictadura “a medida que se desarrolla la edificación socialista”. Se trata de una perspectiva absolutamente falsa. A medida que la sociedad burguesa se transforma en sociedad socialista, la democracia socialista va desapareciendo con la dictadura, pues el propio estado va desapareciendo. En la sociedad socialista no habrá lugar para la “democracia proletaria”; en primer lugar, por ausencia de proletariado; y en segundo, por ausencia de la necesidad de la violencia estatal. Por eso el desarrollo de la sociedad socialista debe significar no la transformación de la dictadura en democracia, sino su disolución común en la organización económica y cultural de la sociedad socialista.

Adaptación a la burocracia estalinista

No nos hubiéramos detenido en este error, si el mismo hubiera tenido un carácter puramente teórico. En realidad, tras él se esconde un intento político. Zyromski intenta adaptar al régimen actual de la burocracia soviética la teoría de la dictadura del proletariado que, según su propia confesión, ha tomado prestada de Dan. Por otra parte, cierra los ojos conscientemente ante esta cuestión: ¿por qué, a pesar de los enormes éxitos económicos de la URSS, la dictadura proletaria no evoluciona hacia la democracia sino hacia un burocratismo monstruoso, que adquiere definitivamente el carácter de un régimen personal? ¿Por qué, “a medida que se desarrolla la edificación socialista”, se ahoga al partido, se ahoga a los sóviets, se ahoga a los sindicatos? Es imposible contestar estas preguntas sin una crítica decidida del estalinismo. Pero esto es precisamente lo que Zyromski quiere evitar a cualquier coste.

Empero, el hecho de que una burocracia independiente y descontrolada haya usurpado la defensa de las conquistas sociales de la revolución proletaria, testimonia que estamos ante una dictadura enferma, en degeneración, que si se la deja abandonada a sí misma, conducirá no a la “democracia proletaria”, sino al derrumbe completo del régimen soviético.

Solo la revolución en occidente puede salvar de la ruina a la revolución de octubre. La teoría del “socialismo en un solo país” es falsa en todas sus bases. El programa de la Internacional Comunista no vale más. Adoptar ese programa, significaría hacer descarrilar el tren de la revolución internacional. La primera condición para el éxito del proletariado francés es la completa independencia de su vanguardia respecto de la burocracia soviética, nacional y conservadora. Por supuesto, el partido comunista tiene derecho a proponer el programa de la Internacional Comunista como base de la unificación: no puede ofrecer otro. Pero los marxistas revolucionarios, conscientes de su responsabilidad por la suerte del proletariado, deben someter el programa de Bujarin-Stalin a una crítica implacable. La unidad es una cosa magnífica, pero no sobre una base podrida. La tarea progresiva consiste en reunir a los obreros socialistas y comunistas sobre la base del programa internacional de Marx y de Lenin. Los intereses del proletariado mundial tanto como los intereses de la URSS (no hay diferencia entre ambos) exigen la misma lucha contra el reformismo y contra el estalinismo.

La Cuarta Internacional

Las dos internacionales, no solo la segunda sino también la tercera, están afectadas hasta la médula. Hay pruebas históricas, que no mienten. Los grandes acontecimientos (China, Inglaterra, Alemania, Austria, España) han arrojado su veredicto. Ante ese veredicto, confirmado en el Sarre, ya no hay apelación posible. La construcción de una nueva internacional, que se apoye en la trágica experiencia de los últimos diez años, está a la orden del día. Naturalmente, esta tarea grandiosa está

estrechamente ligada a toda la marcha de la lucha de clase del proletariado, en especial, a la lucha contra el fascismo en Francia. Para vencer al enemigo, la vanguardia del proletariado debe asimilar los métodos marxistas revolucionarios, incompatibles con el oportunismo y con el estalinismo. ¿Logrará cumplir esta tarea? Hace tiempo, Engels escribió: “los franceses siempre muestran lo mejor de sí mismos en la proximidad de los combates”. Esperemos que esta vez justifiquen ampliamente la apreciación de nuestro gran maestro. Pero la victoria del proletariado francés no puede concebirse más que si, del fuego de la lucha, surge un partido verdaderamente revolucionario que se convierta en la piedra angular de la nueva internacional. Esta sería la vía más corta, la más ventajosa, la más favorable para la revolución internacional.

Sería una estupidez afirmar que está asegurada. Si la victoria es posible, la derrota, lamentablemente tampoco está excluida. *La política actual del frente único, como la de las dos organizaciones sindicales, no facilita sino que obstaculiza la victoria.* Es absolutamente evidente que en caso de aplastamiento del proletariado francés sus dos partidos desaparecerían definitivamente de la escena. La necesidad de una nueva internacional, sobre nuevas bases, se haría entonces evidente para todo obrero. Pero también es absolutamente evidente que la edificación de la IV Internacional, en caso de triunfo del fascismo en Francia, encontraría más obstáculos, marcharía con extrema lentitud y el centro de todo el trabajo revolucionario pasaría, según todo lo indica, a América¹².

Así, las dos variantes históricas (la victoria y la derrota del proletariado francés) conducen igualmente, aunque con ritmos diferentes, por el camino de la Cuarta Internacional. Es precisamente esta tendencia histórica la que explican los bolcheviques-leninistas. Somos ajenos al aventurerismo bajo todas sus formas. No se trata de “proclamar” artificialmente la Cuarta Internacional, sino de construirla sistemáticamente. Hay que mostrar y demostrar a los obreros avanzados, mediante la experiencia de los acontecimientos, que los programas y los métodos de las dos internacionales se encuentran en contradicción insuperable con las exigencias de la revolución proletaria y que esas contradicciones no tienden a desaparecer, sino que, por el contrario, crecen sin cesar. De este análisis surge la única línea general posible: es necesario preparar teórica y prácticamente la IV Internacional.

Jacques Doriot o el cuchillo sin filo

En febrero se realizó una conferencia internacional de varias organizaciones que no pertenecen ni a la segunda ni a la tercera internacional (dos partidos holandeses, el SAP alemán, el ILP británico, etc.). A excepción de los holandeses, que sostienen las posiciones del marxismo revolucionario, todos los otros participantes representan diferentes variedades (en su mayoría, muy conservadoras) del centrismo. J. Doriot, que participó en esta conferencia, escribe en su informe: “En el momento en que la crisis del capitalismo aporta la estrepitosa verificación de las tesis del marxismo... los partidos creados en nombre del marxismo, sea por la segunda o por la tercera internacional, *han fracasado todos en su misión*”. No nos detendremos sobre el hecho de que el propio Doriot, en el curso de una lucha de diez años contra la Oposición de Izquierda, ayudó a descomponer la Internacional Comunista. En particular no recordaremos el triste papel de Doriot con respecto a la revolución China. Tomemos nota simplemente de que en febrero de 1935, Doriot ha comprendido y reconocido el fracaso de la segunda y de la tercera internacional. ¿Extrae de ahí la necesidad de construir la nueva internacional? Hacer semejante suposición sería conocer mal lo que es el centrismo. Sobre la idea de la

¹² Trotsky debe referirse exactamente a Estados Unidos. Nota EIS.

nueva internacional, Doriot escribe: “Esta idea del trotskismo ha sido formalmente condenada por la conferencia”. Doriot se deja arrastrar por el entusiasmo, cuando habla de la “condenación formal”, pero es cierto que la conferencia, contra los dos delegados holandeses, ha rechazado la idea de la Cuarta Internacional. ¿Cuál es, entonces, el programa real de la conferencia? No tener ningún programa. En su trabajo cotidiano, los participantes de la conferencia se mantienen al margen de las tareas internacionales de la revolución proletaria y piensan muy poco en ellas. Pero, cada año y medio, realizan un congreso para aliviar sus corazones y declarar: “La segunda y la tercera internacionales han fracasado”. Después de haber sacudido tristemente sus cabezas, se separan. Más bien habría que llamar a esta “organización”: Buró para la Celebración Anual de un Servicio Fúnebre por la II y la III Internacional.

Estas venerables personas creen ser “realistas”, “tácticas” y quizás hasta “marxistas”. No hacen más que repartir aforismos:

“No hay que anticiparse”, “Las masas aún no han comprendido” etc. Pero entonces, ¿por qué se anticipan ustedes mismos constatando la bancarrota de las dos internacionales, si las masas aún no lo han comprendido? Y las masas que lo han comprendido (sin su ayuda) votan por... Hitler (Sarre). ¿Ustedes subordinan la preparación de la Cuarta Internacional a un “proceso histórico”? Los marxistas se han esforzado siempre por estar a la cabeza del proceso histórico. ¿Qué parte representan exactamente ustedes?

“Las masas no han comprendido aún”. Pero las masas no son homogéneas. Las ideas nuevas primero las asimilan los elementos avanzados y, por su intermedio, penetran en las masas. Si ustedes mismos, sabios altaneros, han comprendido la necesidad y la ineluctabilidad de la IV Internacional, ¿cómo pueden entonces ocultar esta conclusión a las masas? Peor aún: después de haber reconocido el fracaso de las internacionales existentes, Doriot “condena” (¡! ¡! ¡!) la idea de una nueva internacional. ¿Qué perspectiva práctica ofrece, pues, a la vanguardia revolucionaria? ¡Ninguna! Pero esto significa sembrar la confusión, el desorden y la desmoralización.

Tal es la naturaleza del centrismo. Hay que comprender esta naturaleza hasta el final. Bajo la presión de las circunstancias, un centrista puede ir muy lejos en el análisis, la apreciación, la crítica: en este terreno, los jefes del SAP que dirigieron la conferencia de la que acabamos de hablar, repiten muy escrupulosamente mucho de lo que los bolcheviques-leninistas dijeron hace dos, tres o diez años. Pero el centrista siempre se detiene temerosamente ante las conclusiones revolucionarias. ¿Celebrar en familia un servicio fúnebre por la Internacional Comunista? ¿Por qué no? pero, ¿empeñarse en la preparación de una nueva internacional? No..., más bien, “condenar” al trotskismo.

Doriot no tiene ninguna posición. Y no quiere tenerla. Después de la ruptura con la burocracia de la Internacional Comunista, hubiera podido jugar un papel progresivo y serio. Pero, hasta ahora ni siquiera se ha aproximado a ello. Huye de las tareas revolucionarias. Ha elegido como maestros a los jefes del SAP ¿Quiere enrolarse definitivamente en la corporación de los centristas? ¿Que sepa que un centrista es un cuchillo sin filo!

VII - Conclusión

La correlación de fuerzas

“Esperar”, “hacer durar”, “ganar tiempo”: tales son las consignas de los reformistas, de los pacifistas, de los sindicalistas, de los estalinistas. Esta política se alimenta de la idea de que *el tiempo trabaja para nosotros*. ¿Es verdad esto? ¿Es

radicalmente falso! Si, en una situación prerrevolucionaria, no llevamos adelante una política revolucionaria, entonces el tiempo trabaja *contra* nosotros.

A pesar de los himnos huecos en honor del *frente único*, la correlación de fuerzas se ha modificado en el último año, en detrimento del proletariado. ¿Por qué? Marceáu Pivert ha ofrecido una respuesta exacta a esta pregunta en su artículo *Todo espera* (*Le Populaire* del 18 de marzo de 1935). Dirigidas desde bambalinas por el capital financiero, todas las fuerzas y todos los destacamentos de la reacción llevan adelante una política incesante de ofensiva, invaden nuevas posiciones, las refuerzan y siguen adelante (industria, agricultura, enseñanza, prensa, justicia, ejército). Del lado del proletariado, no hay más que frases sobre la ofensiva; en los hechos, ni siquiera hay defensiva. Las posiciones no se refuerzan, sino que se hundan sin combatir o se preparan para rendirse.

La correlación política de fuerzas está determinada no solo por los datos objetivos (papel en la producción, número, etc.), sino también subjetivos: *la conciencia de la propia fuerza* es el elemento más importante de *fuerza real*. Mientras que el fascismo eleva día a día la confianza de los pequeñoburgueses desclasados en sí mismos, los grupos dirigentes del frente único debilitan la voluntad del proletariado. Los pacifistas, discípulos de Buda y Gandhi, pero no de Marx y Lenin, se ejercitan predicando contra la violencia, contra el armamento, contra la lucha física. Los estalinistas predicán en el fondo lo mismo, invocando solamente la “situación no revolucionaria”. Entre los fascistas y los pacifistas de todos los matices se ha establecido una división del trabajo: unos refuerzan el campo de la reacción; los otros debilitan el campo de la revolución. ¡Esta es la verdad no camuflada!

¿Esto significa que la situación es desesperada?... ¡Oh! no...

Dos factores importantes actúan contra los reformistas y contra los estalinistas. En primer lugar: los ejemplos recientes de Alemania, Austria y España, están a la vista de todos; los obreros están alarmados, los reformistas y los estalinistas, turbados. En segundo lugar: los marxistas han logrado plantear a tiempo ante la vanguardia proletaria los problemas de la revolución.

Los bolcheviques-leninistas están lejos de querer exagerar su número. Pero la fuerza de sus consignas proviene del hecho que esa fuerza refleja la lógica del desarrollo de la situación prerrevolucionaria actual. En cada etapa, los acontecimientos confirman nuestro análisis y nuestra crítica. El ala izquierda del partido socialista crece. En el partido comunista se ahoga la crítica, como anteriormente. Pero el crecimiento del ala revolucionaria en la SFIO abrirá inevitablemente una brecha en la mortal disciplina burocrática de los estalinistas: los revolucionarios de ambos partidos se tenderán mutuamente las manos para trabajar en común.

Nuestra regla permanece como siempre: *decir la verdad*. Este es el mayor servicio que puede rendirse actualmente a la causa de la revolución. Las fuerzas del proletariado no están agotadas. La pequeña burguesía aún no ha hecho su elección. Se ha perdido mucho tiempo, pero todavía no se han cumplido los últimos plazos.

¡La victoria es posible! Más aún, la victoria está asegurada (en la medida en que la victoria pueda estar asegurada de antemano) *con una sola y única condición: hay que querer la victoria, hay que aspirar a la victoria, hay que derribar los obstáculos y al enemigo y ponerle la rodilla en el pecho.*

¡Comaradas, amigos, hermanos y hermanas! ¡Los bolcheviques-leninistas os llaman a la lucha y a la victoria!

Frente Popular y Comités de Acción

(26 de noviembre de 1935)

El “Frente Popular” es una coalición del proletariado con la burguesía imperialista, representada por el Partido Radical y por otras podredumbres de la misma especie y menor envergadura. La coalición se extiende al terreno parlamentario. En ambos terrenos, el Partido Radical, que conserva toda su libertad de acción, limita brutalmente la libertad de acción del proletariado.

El propio Partido Radical se encuentra en un proceso de descomposición: cada nueva elección muestra que los electores lo abandonan por la derecha y por la izquierda. Por el contrario, los partidos socialista y comunista (en ausencia de un partido verdaderamente revolucionario) se hacen más fuertes. La tendencia general de las masas trabajadoras, incluidas las masas pequeñoburguesas, es por completo evidente: *hacia la izquierda*. La orientación de los jefes de los partidos obreros no es menos evidente: *hacia la derecha*.

Mientras que las masas, con su voto y luchas, quieren derribar al Partido Radical, los jefes del frente único, por el contrario, aspiran a salvarlo. Después de haber ganado la confianza de las masas obreras sobre la base de un programa “socialista”, los dirigentes de los partidos obreros ceden voluntariamente la parte del león de esta confianza a los radicales, en quienes las masas no depositan ninguna.

El “Frente Popular”, en su forma actual, pisotea no solo la democracia proletaria, sino también la democracia formal, es decir burguesa. La mayoría de los electores radicales no participan en la lucha de los trabajadores, y en consecuencia, en el “Frente Popular”. Sin embargo, el Partido Radical ocupa en este “frente” una posición no solamente igual sino privilegiada; los partidos obreros se ven obligados a limitar su actividad a causa del programa del Partido Radical. Esta idea es puesta en práctica despreocupadamente por los cínicos de *L’Humanité*. Las últimas elecciones de senadores manifiestan con enorme claridad la situación *privilegiada* de los radicales en el Frente Popular. Los jefes del partido comunista se jactan abiertamente de haber renunciado a algunos puestos, que pertenecían de pleno derecho a los obreros, a favor de los partidos no proletarios. Esto significa simplemente, que el frente único ha restablecido parcialmente el censo electoral sobre la base de favorecer a la burguesía.

El “frente” es, por definición, la organización directa e indirecta de la lucha. Donde se trata de lucha, cada obrero vale por una decena de burgueses, aunque sean adherentes al “Frente Popular”. Desde el punto de vista de la combatividad revolucionaria del “frente”, los privilegios electorales deberían ser otorgados no a los burgueses radicales sino a los obreros. Pero, en el fondo, los privilegios no son necesarios. ¿El “Frente Popular” defiende la democracia? Pues que comience aplicándola en sus propias filas. Esto significa: *la dirección del “Frente Popular” debe reflejar directa e inmediatamente la voluntad de las masas en lucha*.

¿Cómo? Muy simplemente: por medio de elecciones. El proletariado no le prohíbe a nadie que luche junto a él contra el fascismo, el gobierno bonapartista de

Laval, el compló militar de los imperialistas y todas las otras formas de opresión y de ignominia. Lo único que exigen los obreros conscientes a sus aliados verdaderos o posibles, es que luchan *efectivamente*. Cada grupo de población que participe realmente en la lucha en una determinada etapa, y que esté dispuesto a someterse a la disciplina común, debe influir con igual derecho, en la dirección del “Frente Popular”.

Cada grupo de doscientos, quinientos o mil ciudadanos que se adhieren al “Frente Popular” en la ciudad, barrio, fábrica, cuartel o en el campo, junto a las acciones de combate, debe elegir su representante en los *comités de acción* locales.

Todos los participantes de la lucha se comprometen a reconocer su disciplina.

El último congreso de la Internacional Comunista, en su resolución sobre el informe de Dimitrov, se ha pronunciado por la creación de comités de acción elegidos como apoyo de masas del “Frente Popular”. Esta es, por cierto, la única idea progresiva de toda la resolución. Pero precisamente por eso los estalinistas no hacen nada por su realización. No pueden decidirse a hacerlo sin romper la colaboración de clases con la burguesía.

Es verdad que pueden participar en las elecciones de los comités de acción, no solamente los obreros, sino también los empleados, los funcionarios, los veteranos, los artesanos, los pequeños comerciantes y los pequeños campesinos. De este modo los comités de acción pueden ser el mejor instrumento para las tareas de la lucha por conquistar la influencia sobre la pequeña burguesía. Pero, por el contrario, hacen extremadamente difícil la colaboración de la burocracia obrera con la de la burguesía. Sin embargo, el “Frente Popular”, en su forma actual, no es otra cosa que la organización de la colaboración de clases entre los explotadores políticos del proletariado (reformistas y estalinistas) y los explotadores de la pequeña burguesía (radicales). Auténticas acciones de masas de los comités de acción deben automáticamente expulsar a los negociantes burgueses (radicales) del “Frente Popular” y así hacer saltar por los aires la política criminal, dictada por Moscú.

Sin embargo, sería erróneo creer que basta con llamar a las masas para las elecciones de los comités de acción, para un día y hora fijados y sobre la base de estatutos determinados. Semejante manera de abordar la cuestión sería puramente burocrática, y en consecuencia, estéril. Los obreros no pueden elegir comités de acción más que en el caso en que participen ellos mismos en una acción y comprueben la necesidad de una dirección revolucionaria.

No se trata de una representación *democrática de todas y no importa cuáles masas*, sino de una representación *revolucionaria* de las masas *en lucha*. El comité de acción es el aparato de la lucha. Es inútil tratar de suponer de antemano qué capas de trabajadores estarán ligadas a la creación de los comités de acción: las fronteras de las masas que luchan se determinarán en la propia lucha.

El enorme peligro en Francia consiste en que la energía revolucionaria de las masas, desgastada poco a poco en explosiones aisladas, como en Toulon, en Brest, en Limoges, dé lugar a la apatía. Solo traidores conscientes o cerebros desesperadamente obtusos pueden creer que, en la situación actual, se puede mantener a las masas en la inmovilidad hasta que les caigan regalos desde lo alto del gobierno del “Frente Popular”.

Las huelgas, las manifestaciones, las escaramuzas callejeras, los alzamientos directos, son por completo inevitables en la situación actual. La tarea del partido proletario consiste, no en frenar y paralizar esos movimientos, sino en unificarlos y darles una fuerza mayor.

Los reformistas, y sobre todo los estalinistas, temen asustar a los radicales. El aparato del “frente único” juega, frente a los movimientos espontáneos de las masas, el

papel completamente consciente de desorganizador. Y las izquierdas, del tipo de Marceau Pivert, no hacen sino proteger a este aparato de la cólera de las masas. No se puede salvar la situación más que si se ayuda a las masas en lucha, en el proceso de la propia lucha, a crear un nuevo aparato que responda a las necesidades del momento. En esto precisamente, radica la función de los comités de acción.

Durante la lucha en Toulon y en Brest, los obreros hubieran creado sin vacilaciones una organización local de combate, si se les hubiese llamado a hacerlo. Al día siguiente de la sangrienta represión de Limoges, los obreros, y una parte considerable de la pequeña burguesía, hubieran manifestado sin ninguna duda su disposición a crear comités elegidos para investigar los acontecimientos sangrientos y evitarlos en el futuro. Durante el movimiento en los cuarteles que tuvo lugar en este verano contra el “rabioteo”¹³, los soldados hubieran elegido sin vacilar comités de acción de compañía, de regimiento y de guarnición si se les hubiera indicado ese camino. A cada paso se presentan y se presentarán casos semejantes. Con mayor frecuencia a escala local, con menor a escala nacional. La tarea consiste en que no hay que dejar pasar una sola de esas ocasiones. La primera condición para esto: comprender uno mismo claramente el significado de los comités de acción, como *el único medio de quebrar la resistencia contrarrevolucionaria de los aparatos de los partidos y sindicatos*.

¿Significa esto que los comités de acción reemplazan a las organizaciones de los partidos y sindicatos? Sería absurdo plantear la cuestión de este modo. Las masas entran a la lucha con todas sus ideas, agrupamientos, tradiciones y organizaciones. Los partidos continúan viviendo y luchando. En las elecciones a los comités de acción, cada partido tratará naturalmente de hacer triunfar a sus partidarios. Los comités de acción tomarán sus resoluciones por mayoría de votos con entera libertad de agruparse para los partidos y fracciones. En relación con los partidos, los comités de acción pueden ser llamados *parlamentos revolucionarios*: los partidos no son excluidos, por el contrario, se les supone necesarios; al mismo tiempo, son controlados en la acción y las masas aprenden a liberarse de la influencia de los partidos putrefactos.

¿Esto quiere decir que los comités de acción son *sóviets*? Bajo determinadas condiciones, los comités de acción pueden convertirse en *sóviets*. Sin embargo, sería erróneo llamarlos con ese nombre. Hoy, en 1935, las masas populares están acostumbradas a ligar el nombre de *sóviet* con la idea del poder ya conquistado. Pero el momento de esto todavía no está cercano en Francia. En sus primeros pasos, los *sóviets* en Rusia no eran en absoluto lo que llegaron a ser después, e incluso llevaban con frecuencia en esa época el modesto nombre de comités obreros o de comités de huelga.

Los comités de acción, en su estadio actual, tienen por tarea la de unificar la lucha defensiva de las masas trabajadoras en Francia y también darles a esas masas la conciencia de su propia fuerza para la ofensiva futura. ¿La cosa terminará en verdaderos *sóviets*? Eso depende de saber si la situación crítica actual en Francia se desarrollará o no hasta su conclusión revolucionaria. Esto no depende solamente, por supuesto, de la voluntad de la vanguardia revolucionaria, sino también de una serie de condiciones objetivas. En cualquier caso, el movimiento de masas que actualmente choca con la barrera del “Frente Popular” no avanzará sin los comités de acción.

Tareas tales como la creación de la *milicia obrera*, *el armamento de los obreros*, la preparación de la *huelga general*, quedarán en papel mojado, si la propia masa no se empeña en la lucha, por medio de sus órganos responsables. Solo esos comités de acción surgidos de la lucha pueden asegurar la verdadera milicia, contando no ya con

¹³ Prolongación del servicio militar. Nota de Editorial Pluma.

miles, sino con decenas de miles de combatientes. Nadie, sino los comités de acción, abarcando los centros principales del país, podrá elegir el momento de pasar a métodos más decididos de lucha, cuya dirección les pertenecerá de pleno derecho.

De las consideraciones hechas más arriba se desprende una serie de conclusiones para la actividad política de los revolucionarios proletarios en Francia. La primera de estas conclusiones concierne a la autodenominada “izquierda revolucionaria”. Este agrupamiento está caracterizado por una total incomprensión de las leyes del movimiento de masas. Los centristas parlotean hermosos discursos sobre las “masas”, pero se orientan siempre hacia el aparato reformista. Repitiendo tal o cual consigna revolucionaria, Marceau Pivert la subordina al principio abstracto de la “unidad orgánica”, que, en los hechos, prueba ser la unidad con los patriotas contra los revolucionarios.

Mientras que para las masas revolucionarias la cuestión de vida o muerte es quebrar la resistencia de los aparatos socialpatriotas unidos, los centristas de izquierda consideran la “unidad” de esos aparatos como un bien absoluto, por encima de los intereses de la lucha revolucionaria. Sólo quien haya comprendido hasta el fin la necesidad de *liberar a las masas de la dirección traidora de los socialpatriotas* puede construir los comités de acción. Sin embargo, Pivert se engancha a Zyromski, quien se engancha a Blum, quien, junto con Thorez, se engancha a Herriot, que se engancha a Laval. Pivert, entra en el sistema del “Frente Popular” (no es gratuito que la Izquierda Revolucionaria haya votado en el último Consejo Nacional a favor de la vergonzosa resolución de Blum) y el “Frente Popular”, entra como ala en el régimen bonapartista de Laval. El derrumbe del régimen bonapartista es inevitable. Si la dirección del “Frente Popular” (Herriot-Blum-Cachin-Thorez-Zyromski-Pivert) llega a mantenerse durante el próximo periodo decisivo, entonces el régimen bonapartista, inevitablemente cederá el lugar al fascismo.

La condición de la victoria del proletariado es la *liquidación de la dirección actual*. La consigna de “unidad” se convierte bajo estas condiciones, no ya en una estupidez, sino en un crimen. *Ninguna unidad con los agentes del imperialismo francés y de la Sociedad de las Naciones*. A su pérfida dirección, hay que oponerle los comités de acción revolucionarios. Sólo desenmascarando implacablemente la política contrarrevolucionaria de la autodenominada “Izquierda Revolucionaria”, con Marceau Pivert a la cabeza, pueden construirse esos comités de acción. Las ilusiones y dudas a este respecto no pueden tener, por supuesto, lugar en nuestras filas.

Francia en la encrucijada

(28 de marzo de 1936)

Este libro está consagrado al esclarecimiento de los métodos de la política revolucionaria del proletariado en nuestra época¹⁴. La exposición tiene un carácter polémico, como la propia política revolucionaria. Ganando a las masas oprimidas, la polémica dirigida contra la clase dominante se transforma, en un momento dado, en revolución.

Comprender claramente la naturaleza social de la sociedad moderna, de su estado, de su derecho, de su ideología, constituye el fundamento teórico de la política revolucionaria. La burguesía opera mediante abstracciones (“nación”, “patria”, “democracia”) para camuflar la explotación que está en la base de su dominación. *Le Temps*, uno de los más infames diarios del universo, enseña cada día a las masas populares francesas el patriotismo y la indiferencia. Sin embargo, no es un secreto para nadie que la indiferencia de *Le Temps* se valora según una tarifa internacional bien establecida.

El primer acto de la política revolucionaria es el de desenmascarar las ficciones burguesas que intoxican el sentimiento de las masas populares. Estas ficciones se vuelven particularmente dañinas cuando se mezclan con las ideas de “socialismo” y “revolución”. Hoy, más que en ningún otro momento, son los fabricantes de esas mezclas quienes dan el tono a las organizaciones obreras francesas.

La primera edición de esta obra ejerció cierta influencia sobre la formación del Partido Comunista Francés: el autor recibió muchos testimonios de ello, de los que por lo demás, no sería difícil encontrar huellas en *L'Humanité* hasta 1924. Durante los doce años siguientes, se procedió en la Internacional Comunista (después de numerosos y febriles zigzags) a una revisión fundamental de los valores: basta decir que hoy esta obra figura en el *index* de los libros prohibidos. Por sus ideas y por sus métodos, los jefes actuales del Partido Comunista Francés (estamos obligados a conservar esta forma de nombrarlo, que está en completa contradicción con la realidad) no se diferencian por ningún principio de Kautsky, contra quien estaba dirigida nuestra obra: en todo caso, son inmensamente más ignorantes y cínicos. El nuevo ataque de reformismo y de patriotismo que sufrieron Cachin y compañía hubiera podido, por sí solo, justificar una nueva edición de este libro. Sin embargo, hay otras razones más serias: tienen sus raíces en la profunda crisis revolucionaria que sacude al régimen de La III República.

Después de dieciocho años de ausencia, el autor de esta obra tuvo la posibilidad de pasar dos años en Francia (1933-35); es verdad que en calidad de simple observador de provincias que, además, era objeto de una estrecha vigilancia. En este tiempo, ocurrió en el departamento del Isère, donde el autor tuvo ocasión de permanecer, un pequeño incidente parecido a muchos otros, que sin embargo ofrece la clave de toda la política francesa. En un sanatorio perteneciente al *Comité des Forges*, un joven obrero,

¹⁴ Este estudio se ha escrito a guisa de prefacio para la nueva edición de *Terrorismo y comunismo*, publicada en las Editions de la Nouvelle Revue critique bajo el título de *Defensa del terrorismo*. [Obra de inminente publicación en [esta misma serie](#) de las [Edicions Internacionals Sedov](#)]

que estaba en vísperas de una grave operación, se había permitido leer un diario revolucionario (más exactamente: el diario que ingenuamente él consideraba como revolucionario, era *L'Humanité*). La administración planteó al imprudente enfermo, y seguidamente a otros cuatro enfermos que compartían sus simpatías, este ultimátum: renunciar a seguir recibiendo publicaciones indeseables o ser arrojados a la calle. Que los enfermos indicasen que se realizaba abiertamente en el sanatorio propaganda clerical y reaccionaria, no tuvo evidentemente ningún efecto. Como se trataba de simples obreros, que no arriesgaban puestos parlamentarios ni carteras ministeriales, sino únicamente su salud y su vida, el ultimátum no tuvo éxito; cinco enfermos, uno de los cuales estaba en vísperas de ser operado, fueron puestos en las puertas del sanatorio. Grenoble tenía entonces una municipalidad socialista, que presidía el Doctor Martin, uno de esos burgueses conservadores que generalmente dan el tono en el partido socialista [SFIO] y de los cuales León Blum es un consumado representante. Los obreros expulsados intentaron hallar una defensa en el intendente. Fue en vano: pese a su insistencia, cartas y trámites, ni siquiera fueron recibidos. Se dirigieron al diario local de izquierdas, *La Dépêche*, en el que radicales y socialistas formaban un bloque indisoluble. Cuando supo que se trataba del sanatorio del *Comité des Forges*, el director del diario se negó categóricamente a intervenir: todo lo que quieran, menos eso. En una ocasión, por una imprudencia respecto de aquella poderosa organización, *La Dépêche* se vio privada de publicidad, sufriendo por este hecho una pérdida de 20.000 francos. A diferencia de los proletarios, el director del diario de izquierda, como el intendente, tenía algo que perder; también renunciaron a una lucha desigual, abandonando a su suerte a los obreros con sus intestinos y riñones enfermos.

Una o dos veces por semana, el intendente socialista, conmovido por vagos recuerdos de juventud, hace un discurso para elogiar las ventajas del socialismo sobre el capitalismo. Durante las elecciones, *La Dépêche* apoya al intendente y a su partido. Todo es para bien. El *Comité des Forges* mira con una tolerancia por completo liberal esta especie de socialismo que no causa el menor perjuicio a los intereses materiales del capital. ¡Con 20.000 francos de publicidad por año (¡así de baratos son estos señores!), los feudales de la industria pesada y de la banca tienen prácticamente a sus disposición un gran diario del bloque de izquierdas! Y no solo ese diario: el *Comité des Forges* tiene con toda seguridad, muchos medios, directos o indirectos, para actuar sobre los señores intendentes, senadores y diputados, incluidos los intendentes, senadores y diputados socialistas. Toda la Francia oficial está bajo la dictadura del capital financiero. En el diccionario *Larousse*, este sistema es designado con el nombre de “república democrática”.

Los señores diputados de izquierda y los periodistas, no solamente del Isère sino también de todos los departamentos de Francia, creían que su coexistencia pacífica con la reacción capitalista no terminaría nunca. Se equivocaban. Apolillada desde hacía mucho tiempo, la democracia sintió de repente el cañón de un revolver en la sien. Del mismo modo que el rearme de Hitler (acto material brutal) causó una verdadera revolución en las relaciones entre los estados demostrando la inutilidad y el carácter ilusorio de lo que se ha convenido en llamar el “derecho internacional”, las bandas armadas del coronel de La Rocque han introducido la perturbación en las relaciones interiores de Francia obligando a todos los partidos sin excepción a reorganizarse, delimitarse y reagruparse.

Federico Engels escribió un día que el estado, incluida la república democrática, consiste en bandas armadas para la defensa de la propiedad; todo el resto no tiene otra función que la de embellecer o enmascarar este hecho. Los elocuentes defensores del “derecho”, del tipo de Herriot y de Blum, siempre se han indignado por este cinismo.

Pero Hitler, igual que de La Rocque, cada cual en su ámbito, han demostrado otra vez que Engels tenía razón.

A principios de 1934, Daladier era primer ministro del gobierno por la voluntad del sufragio universal, directo y secreto: tenía la soberanía nacional en su bolsillo, junto al pañuelo. Pero, desde que las bandas de de La Rocque, Maurras y compañía demostraron que tenían la audacia de balear y de cortar las corvas de los caballos de la policía, Daladier y su soberanía cedieron el lugar al inválido político designado por los jefes de esas bandas. Este hecho tiene infinitamente mayor importancia que todas las estadísticas electorales y no se lo podría borrar de la historia reciente de Francia, pues es una advertencia para el futuro.

Es cierto que no está en manos de *cualquier grupo armado* de revólveres modificar en cualquier momento la orientación política de un país. Únicamente las bandas que son órganos de una clase determinada pueden, bajo *determinadas* circunstancias, jugar un papel decisivo. El coronel de La Rocque y sus partidarios quieren asegurar el “orden” contra las sacudidas. Y como en Francia, “orden” significa dominación del capital financiero sobre la pequeña y mediana burguesía y dominación del conjunto de la burguesía sobre el proletariado y las capas cercanas a él, las tropas de de La Rocque son simplemente las bandas armadas del capital financiero.

Esta idea no es nueva. Incluso se la puede encontrar frecuentemente en *Le Populaire* y en *L'Humanité*, aun cuando no han sido los primeros en formularla. Sin embargo, estas publicaciones no dicen sino la mitad de la verdad. La otra mitad es que Herriot y Daladièr, con sus partidarios, son también agentes del capital financiero; de otro modo no hubieran podido ser durante décadas el partido gobernante en Francia. Si no se quiere jugar al escondite, es necesario decir que de La Rocque y Daladier trabajan para el mismo patrón. Esto no significa, evidentemente, que haya completa identidad entre ambos o entre sus métodos. Muy por el contrario. Se hacen una guerra encarnizada, como dos agentes especializados, cada uno de los cuales posee el secreto de la salvación. Daladier promete mantener el orden por medio de la propia democracia tricolor. De La Rocque estima que el parlamentarismo está obsoleto y que debe ser barrido a favor de una dictadura militar y policial declarada. Los métodos políticos son antagónicos, pero los intereses sociales son los mismos.

La decadencia del sistema capitalista, su crisis incurable, su descomposición, forman la base histórica del antagonismo que existe entre de La Rocque y Daladier (tomamos estos dos nombres exclusivamente para facilitar la exposición). A pesar de los progresos incesantes de la técnica y de los notables resultados de determinadas ramas industriales, el capitalismo en su conjunto frena el desarrollo de las fuerzas productivas, lo que determina una extrema inestabilidad de las relaciones sociales e internacionales. La democracia parlamentaria está íntimamente ligada a la época de la libre competencia y del libre comercio internacional. La burguesía pudo tolerar el derecho de huelga, de reunión, de libertad de prensa, durante tanto tiempo como las fuerzas productivas estuvieron en pleno ascenso, los caminos se ampliaron, aumentó el bienestar de las masas populares (aunque restringidamente) y las naciones capitalistas pudieron vivir y dejar vivir. Pero hoy, ya no. La época imperialista está caracterizada, exceptuando a la Unión Soviética, por un estancamiento y una disminución del ingreso nacional, por una crisis agraria crónica y un paro orgánico. Estos fenómenos internos son tan inherentes a la fase actual del capitalismo como la gota y la esclerosis lo son a una edad determinada del individuo. Querer explicar el caos económico por las consecuencias de la última guerra es dar pruebas de un espíritu desesperadamente superficial, a semejanza del señor Caillaux, del conde Sforza y otros. La guerra no fue otra cosa que el intento de los países capitalistas de hacer recaer el crac, que en ese

momento los amenazaba, sobre las espaldas del adversario. El intento fracasó. La guerra no hizo sino agravar los signos de descomposición, cuya acentuación posterior prepara una nueva guerra.

Por más malas que sean las estadísticas económicas de Francia, que silencian intencionadamente los antagonismos de clase, no pueden disimular los indicios manifiestos de la descomposición social. Paralelamente a la disminución del ingreso nacional, a la caída verdaderamente catastrófica del ingreso en el agro, a la ruina de los pequeñoburgueses de las ciudades, al crecimiento del paro, las empresas gigantes (con una cifra de negocios anual de 100 o 200 millones e incluso más) obtienen brillantes beneficios. El capital financiero chupa la sangre del pueblo francés, en toda la acepción de la expresión. Tal es la base social de la ideología y de la política de la “unión nacional”.

Son posibles, e incluso inevitables, distensiones y fluctuaciones en el proceso de descomposición; pero mantendrán un carácter estrictamente condicionado por la coyuntura. En lo tocante a la tendencia general de nuestra época, ésta pone a Francia, tanto como a otros países, ante esta alternativa: o el proletariado debe derribar al orden burgués profundamente gangrenado, o el capital, por su propia conservación, debe reemplazar a la democracia por el fascismo. ¿Por cuánto tiempo? La suerte de Mussolini y de Hitler contestará a esta pregunta.

Los fascistas dispararon, el 6 de febrero de 1934, por orden directa de la bolsa, de los bancos y de los trusts. Desde esas mismas posiciones de mando, Daladier recibió el mandato de entregar el poder a Doumergue. Y si el ministro radical, primer ministro del gobierno, ha capitulado (con la pusilanimidad que caracteriza a los radicales) es porque ha reconocido en las bandas de de La Rocque, a las tropas de su propio patrón. Dicho de otro modo: Daladier, ministro soberano ha cedido el poder a Doumergue por la misma razón por la que el director de *La Dépêche* y el intendente de Grenoble se negaron a denunciar la odiosa crueldad de los agentes del *Comité des Forges*.

Sin embargo, el paso de la democracia al fascismo implica el riesgo de sacudidas sociales. De donde surgen las vacilaciones y los desacuerdos tácticos que se observan en las altas esferas de la burguesía. Todos los magnates del capital están de acuerdo en continuar reforzando a las bandas armadas que podrán constituir una saludable reserva en las horas de peligro. Pero, ¿qué lugar conceder a esas bandas de ahora en adelante? ¿Debe permitírseles pasar al ataque inmediatamente o mantenerlas a la espera como un medio de intimidación? Son otras tantas cuestiones que aún no están resueltas. El capital financiero ya no cree que a los radicales les sea posible arrastrar tras de sí a las masas de la pequeña burguesía y mantener al proletariado, mediante la presión de esas mismas masas, dentro de los límites de la disciplina “democrática”. Pero no tiene mayor confianza en que las organizaciones fascistas, a las que aún les falta una verdadera base de masas, sean capaces de adueñarse del poder y de establecer un régimen fuerte.

Lo que ha hecho comprender a los dirigentes entre bambalinas la necesidad de ser prudentes, no es la retórica parlamentaria, sino la indignación de los obreros, la tentativa de huelga general (por cierto, ahogada desde el comienzo por la burocracia de Jouhaux), y posteriormente, los motines locales (Toulon, Brest). Habiendo sido puestos un poco en su lugar los fascistas, los radicales respiraron más libremente. *Le Temps*, que en una serie de artículos ya había encontrado la oportunidad de ofrecer su mano y su corazón a la “joven generación”, redescubrió las ventajas del régimen liberal, que le parece adecuado al genio francés. Así se ha establecido un régimen inestable, transitorio, bastardo, adecuado no al genio francés sino al declive de la Tercera República. En este régimen, son los rasgos *bonapartistas* los que aparecen con mayor nitidez: independencia del gobierno respecto de los partidos y programas, liquidación

del poder legislativo por medio de los plenos poderes, el gobierno situándose por encima de las fracciones en lucha, es decir, de hecho por encima de la nación, para jugar el papel de “árbitro”. Los ministerios Doumergue, Flandin, Laval, los tres, con la infaltable participación de los radicales humillados y comprometidos, han representado pequeñas variaciones sobre un mismo y único tema.

Cuando se constituyó el ministerio Sarraut, León Blum, cuya perspicacia tiene dos dimensiones en lugar de tres, anunció: “Los últimos efectos del 6 de febrero están destruidos en el plano parlamentario” (*Le Populaire* del 2 de febrero de 1936). ¡He aquí lo que se llama pintar la sombra de un coche con la sombra de un pincel! ¡Cómo si se pudiera suprimir “en el plano parlamentario” la presión de las bandas armadas del capital financiero! ¡Cómo si Sarraut pudiera no sentir esa presión y no temblar ante ella! En realidad, el gobierno Sarraut-Flandin es una variedad de ese mismo “bonapartismo” semiparlamentario, aunque ligeramente inclinado a la “izquierda”. El propio Sarraut, refutando la acusación de haber tomado medidas arbitrarias, respondió al parlamento como no se podría hacer mejor: “si mis medidas son arbitrarias es porque quiero ser un árbitro”. Este aforismo no hubiera quedado fuera de lugar en la boca de Napoleón III. Sarraut se siente, no el mandatario de un determinado partido o de un bloque de partido en el poder, como lo requieren las reglas del parlamentarismo, sino un árbitro colocado sobre las clases y los partidos, como lo requieren las leyes del bonapartismo.

El agravamiento de la lucha de clases y, sobre todo, la aparición en escena de las bandas armadas de la reacción, no han revolucionado menos a las organizaciones obreras. El partido socialista, que ejercía pacíficamente el papel de quinta rueda en el carro de la III República, se vio obligado a repudiar a medias sus tradiciones negociadoras e incluso a romper con su ala derecha (neosocialistas). Al mismo tiempo, los comunistas llevaron a cabo la evolución contraria, pero en una escala infinitamente más vasta. Durante años, estos señores habían soñado con barricadas, conquista de las calles, etc. (es cierto que este sueño tenía, sobre todo, un carácter literario). Después del 6 de febrero, comprendiendo que la cosa iba en serio, los artesanos de las barricadas se lanzaron hacia la derecha. El reflejo espontáneo de estos charlatanes atemorizados coincidió de un modo asombroso con la nueva orientación internacional de la diplomacia soviética.

Ante el peligro que representa la Alemania hitleriana, la política del Kremlin se giró hacia Francia. ¡*Statu quo* en las relaciones internacionales! ¡*Statu quo* en el régimen interior de Francia! ¡Esperanzas de revolución socialista? ¡Quimeras! Los cuadros dirigentes del Kremlin no hablan del comunismo francés si no es con desprecio. Es necesario, pues, conservar lo que existe para no empeorar. Como la democracia parlamentaria no se concibe en Francia sin los radicales, procuremos que los socialistas los sostengan; ordenemos a los comunistas que no molesten al bloque Blum-Herriot; si es posible, hagámoslos entrar a ellos mismos en el bloque. ¡Ni disturbios, ni amenazas! Tal es la orientación del Kremlin.

Cuando Stalin repudia a la revolución mundial, los partidos burgueses franceses no quieren creerle. ¡Grave error! En política, una confianza ciega no es, evidentemente, una virtud superior. Pero no vale más una desconfianza ciega. Hay que saber confrontar las palabras con los actos y discernir la tendencia general de la evolución durante diversos años. La política de Stalin, que está determinada por los intereses de la burocracia soviética privilegiada, se ha vuelto profundamente conservadora. La burguesía francesa tiene todos los motivos para confiar en Stalin. El proletariado francés tiene otras tantas razones para desconfiar.

En el congreso de unidad en Toulouse, el “comunista” Racamond ha ofrecido una fórmula de la política del frente popular, digna de pasar a la posteridad: “¿Cómo

vencer la timidez del Partido Radical?” ¿Cómo vencer el temor al proletariado que siente la burguesía? Muy simple: los terribles revolucionarios deben arrojar el cuchillo que llevaban entre los dientes, peinarse con gomina y adoptar la sonrisa de la más encantadora de las odaliscas: el prototipo ha de ser el Vaillant-Couturier último modelo. Bajo la presión de los “comunistas” engominados, que empujan con todas sus fuerzas hacia la derecha a los socialistas que se dirigían hacia la izquierda, Blum se ha visto forzado a cambiar de orientación una vez más. Lo ha hecho, felizmente, en el sentido habitual. Así se formó el Frente Popular: compañía de seguros de radicales en bancarota, a costa del capital de las organizaciones obreras.

El radicalismo es inseparable de la masonería. Con esto está todo dicho. Durante los debates que tuvieron lugar en la cámara de diputados sobre las ligas, el señor Xavier-Vallat recordó que Trotsky, en una época, había “prohibido” a los comunistas adherirse a las logias masónicas. El señor Jammy-Schmidt que, aparentemente, es una autoridad en la materia, se apresuró a explicar esta prohibición por la incompatibilidad del bolchevismo despótico con el “espíritu de la libertad”. No vemos la necesidad de polemizar sobre el tema con el diputado radical. Pero aún hoy estimamos que el representante obrero que va a buscar su inspiración o su consuelo en la insulsa religión masónica de la colaboración de clases, no merece la menor confianza. No es por casualidad que el cartel [coalición] ha sido completado mediante una amplia participación de los socialistas en las logias masónicas. Pero ha llegado para los comunistas arrepentidos el tiempo de ceñirse ellos mismos el delantal. Por lo demás, en delantal, para los compañeros recientemente iniciados será mucho más cómodo servir a los viejos patrones del cartel.

El Frente Popular, se nos dice no sin indignación, no es en absoluto un cartel, sino un movimiento de masas. Por cierto, no faltan las definiciones pomposas, pero no cambian las cosas en nada. El objetivo del cartel ha sido siempre el de *frenar* el movimiento de masas orientándolo hacia la colaboración de clases. El Frente Popular tiene exactamente el mismo objetivo. La diferencia entre dos (y no es pequeña) es que el cartel tradicional se ha aplicado en las épocas de estabilidad y de calma del régimen parlamentario. Pero hoy, cuando las masas están impacientes y listas a explotar, se ha hecho necesario un freno más sólido, con la participación de los “comunistas”. Los actos comunes, las marchas con gran espectáculo, los juramentos, la unión de la bandera de la Comuna con la bandera de Versalles, el griterío, la demagogia, todo esto no tiene más que un objetivo: contener y desmoralizar al movimiento de masas.

Para justificarse ante las derechas, Sarraut declaró en la cámara que sus concesiones inofensivas al Frente Popular no constituyen nada más que la *válvula de seguridad* del régimen. Esta franqueza podría parecer imprudente. Pero la extrema izquierda la cubrió de aplausos. Sarraut no tenía por qué preocuparse. De todos modos logró dar, quizás sin querer, una definición del Frente Popular: una válvula de seguridad contra el movimiento de masas. ¡En general, el señor Sarraut tiene buena mano para los aforismos!

La política exterior es la continuación de la política interior. Habiendo abandonado completamente el punto de vista del proletariado, Blum, Cachin y compañía adoptan (bajo el disfraz de la “seguridad colectiva” y del “derecho internacional”) el punto de vista del imperialismo nacional. Preparan la misma política de abdicación y mediocridad que han seguido de 1914 a 1918, agregando únicamente: “por la defensa de La URSS”. ¡Sin embargo, de 1918 a 1923, cuando la diplomacia soviética se vio frecuentemente obligada a andarse con rodeos y aceptar acuerdos, jamás se le ocurrió a una sola sección de la Internacional Comunista que podía hacer un

bloque con su burguesía! Por sí solo, ¿esto no es una prueba suficiente de la sinceridad de Stalin cuando repudia la revolución mundial?

Por los mismos motivos que tienen los jefes actuales de la Internacional Comunista para prenderse a las ubres de la “democracia” en el periodo de su agonía, descubren el rostro radiante de la Sociedad de las Naciones ahora que ésta ya está en los estertores de la muerte. Así se ha creado una plataforma común de política exterior entre los radicales y la Unión Soviética. El programa interior del Frente Popular es una mezcla de lugares comunes que permiten una interpretación tan libre como las convenciones de Ginebra. El sentido general del programa es éste: nada de cambios. Ahora bien, las masas quieren el cambio y en esto reside el fondo de la crisis política.

Desarmando políticamente al proletariado, los Blum, Paul Faure, Cachin, Thorez, se interesan sobre todo en que éste no se arme físicamente. La propaganda de estos señores no se diferencia de los sermones religiosos sobre la superioridad de los principios morales. Engels, que enseñaba que la posesión del poder del estado es una cuestión de bandas armadas, Marx, que veía la insurrección como un arte, aparecen a los ojos de los diputados, senadores e intendentes actuales del Frente Popular como salvajes de la Edad Media. *Le Populaire* ha publicado por centésima vez un dibujo representando un obrero desarmado con la siguiente leyenda: “comprendan que nuestros puños desnudos son más sólidos que sus cachiporras”. ¡Que espléndido desprecio hacia la técnica militar! En comparación, el propio Negus¹⁵ tiene un punto de vista más avanzado. Para esta gente, no existen los golpes de estado en Italia, Alemania y Austria. ¿Dejarán de glorificar a los “puños desnudos” cuando de La Rocque les ponga las esposas? ¡Por momentos, uno llega casi a lamentar que no se pueda hacer sufrir esta experiencia separadamente a los señores dirigentes, sin que tengan que sufrirla las masas!

Visto desde el ángulo del régimen burgués, el Frente Popular es un episodio de la rivalidad entre el radicalismo y el fascismo para ganar la atención y los favores del gran capital. Confraternizando de modo teatral con los socialistas y los comunistas, los radicales quieren mostrarle al patrón que el régimen no está tan enfermo como lo pretenden las derechas; que el peligro de revolución es exagerado; que el propio Vaillant-Couturier ha cambiado su cuchillo por un collar; que mediante los “revolucionarios” domesticados se puede disciplinar a las masas obreras y, en consecuencia, salvar del fracaso al régimen parlamentario.

Sin embargo, no todos los radicales creen en esta maniobra; los más serios e influyentes, con Herriot a la cabeza, prefieren adoptar una actitud de espera. Pero en definitiva, ellos mismos no pueden proponer otra cosa. La crisis del parlamentarismo es antes que nada una crisis de confianza del elector respecto del radicalismo.

En tanto no se haya descubierto el medio de rejuvenecer al capitalismo, no habrá receta para salvar al partido radical. Este no puede elegir más que entre diferentes géneros de muerte política. Un éxito relativo en las próximas elecciones no impediría y ni siquiera retrasaría por mucho tiempo su derrumbe.

Los jefes del partido socialista, los políticos más despreocupados de Francia, no se inquietan por la sociología del Frente Popular: nadie puede sacar nada de interesante de los interminables monólogos de León Blum. En cuanto a los comunistas, que están enormemente orgullosos de haber tomado la iniciativa de la colaboración con la burguesía, presentan al Frente Popular como la *alianza del proletariado con las clases medias*. ¡Qué parodia de marxismo! No, el partido radical no es el partido de la pequeña burguesía. No es siquiera un “bloque de la mediana y pequeña burguesía”, según la

¹⁵ Negus: título que se da al emperador de Etiopía, país atrasado de África que en la época a que pertenece este trabajo fue invadido por el imperialismo italiano. (Nota traductor de Ediciones Pluma).

absurda definición de *Pravda*. No solamente la mediana burguesía explota a la pequeña burguesía, tanto en el plano económico como en el político, sino que ella misma es un agente del capital financiero. Rotular con el nombre de “bloque” relaciones políticas jerárquicas basadas sobre la explotación, es burlarse de la realidad. Un hombre a caballo no es un bloque entre un hombre y un caballo. Si el partido de Herriot-Daladier tiene raíces en las masas pequeñoburguesas y, en cierta medida, hasta en los medios obreros, es únicamente con el objetivo de engañarlos en beneficio del régimen capitalista. *Los radicales son el partido democrático del imperialismo francés*: toda otra definición es una mentira.

La crisis del sistema capitalista desarma a los radicales, arrebatándoles los medios tradicionales que les permitían adormecer a la pequeña burguesía. Las “clases medias” comienzan a sentir, si no a comprender, que no se salvará la situación mediante reformas miserables y que se ha vuelto necesaria una audaz refundición del régimen actual. Pero radicalismo y audacia marchan juntos como el agua y el fuego. El fascismo se alimenta sobre todo de la creciente desconfianza de la pequeña burguesía hacia el radicalismo. Puede decirse sin exagerar que la suerte política de Francia no tardará en decidirse en gran medida, según la manera en que el radicalismo sea liquidado y según que sea el fascismo o el partido del proletariado quien tome su sucesión, es decir que herede su influencia sobre las masas pequeño burguesas.

Un principio elemental de la estrategia marxista es que la alianza del proletariado con la pequeña burguesía de las ciudades y el campo debe realizarse únicamente en la lucha irreductible contra su representación parlamentaria tradicional. Para ganar al campesino para el obrero, hay que separarlo del político radical que lo ata al carro del capital financiero. Por el contrario, el Frente Popular, compló de la burocracia obrera con los peores explotadores políticos de las clases medias, es simplemente susceptible de matar la fe de las masas en los métodos revolucionarios y de arrojarlas en brazos de la contrarrevolución fascista,

Por difícil que sea creerlo, no es menos cierto que algunos cínicos tratan de justificar la política del Frente Popular haciendo referencia a Lenin que, al parecer, ha demostrado que no se puede prescindir de “compromisos” y especialmente de acuerdos con otros partidos. Para los jefes actuales de la Internacional Comunista, ultrajar a Lenin se ha convertido en una regla: pisotean la doctrina del fundador del partido bolchevique y enseguida van a postrarse ante su mausoleo, en Moscú.

Lenin comenzó su tarea en la Rusia zarista, donde no solamente los obreros, los campesinos y los intelectuales combatían al antiguo régimen, sino que también lo hacían amplios medios burgueses. Si, de un modo general, la política del Frente Popular hubiera podido tener su justificación, sería imaginable en un país que aún no hubiera realizado su revolución burguesa. ¿Los señores falsificadores podrían indicar en qué fase, en qué momentos y en qué circunstancias el partido bolchevique ha realizado en Rusia un simulacro de Frente Popular? ¡Qué hagan trabajar sus meninges y escarben en los documentos históricos!

Los bolcheviques establecieron acuerdos prácticos con las organizaciones revolucionarias pequeñoburguesas para el transporte clandestino de publicaciones revolucionarias y, algunas veces, para la organización en común de una manifestación o para responder a las bandas de pogromistas. Cuando las elecciones a la Duma, recurrieron, bajo determinadas circunstancias y en la elección de segundo grado¹⁶, a bloques electorales con los mencheviques y los socialistas revolucionarios. Eso es todo. Ni “programas” comunes, ni organizaciones permanentes, ni renuncia a criticar a los

¹⁶ La elección de los diputados a la Duma se hacía en dos colegios electorales designados en segundo y tercer grado. Nota del traductor al francés.

aliados circunstanciales. Este tipo de acuerdos y de compromisos episódicos, estrictamente limitados a objetivos precisos (los únicos que Lenin tomaba en cuenta) nada tenían en común con el Frente Popular, que representa un conglomerado de organizaciones heterogéneas, una alianza duradera de clases diferentes ligadas para todo un periodo (¡y qué periodo!) por una política y un programa común: por una política de ostentación, de declamación y de polvo en los ojos. En la primera prueba seria, el Frente Popular se romperá y todas sus partes constituyentes saldrán de él profundamente agrietadas. La política del frente popular es una política de traición.

La regla del bolchevismo en lo concerniente a los bloques era la siguiente: *¡Marchar separados, golpear juntos!* La regla de los jefes actuales de la Internacional Comunista es: *marchar juntos para ser golpeados por separado*. Que esos señores se aferren a Stalin y a Dimitrov, pero que dejen a Lenin en paz.

Es imposible no indignarse cuando se leen declaraciones de jefes jactanciosos que pretenden que el Frente Popular ha “salvado” a Francia del fascismo; en realidad, esto quiere decir simplemente que nuestros héroes aterrorizados se han salvado de un terror aun mayor, gracias a sus estímulos mutuos. ¿Por cuánto tiempo? Entre el primer levantamiento de Hitler y su llegada al poder, transcurrieron diez años marcados por alternativas de flujo y reflujo. En esa época, los Blum y los Cachin alemanes proclamaron muchas veces su “victoria” sobre el nacionalsocialismo. No les creímos y no nos equivocábamos. A pesar de todo, esta experiencia no ha enseñado nada a los primos franceses de Wels y Thaelmann. Desde luego, en Alemania, los comunistas no participaron en el frente popular que agrupaba a la socialdemocracia, la burguesía de izquierdas y el centro católico (¡“alianza del proletariado con las clases medias”!). En ese periodo, la Internacional Comunista repudiaba incluso los acuerdos entre las organizaciones obreras para la lucha contra el fascismo. Los resultados son conocidos. Nuestra más calurosa simpatía por Thaelmann, en tanto que prisionero de los verdugos, no puede impedirnos decir que su política, es decir la política de Stalin, ha hecho más por la victoria de Hitler que la propia política de Hitler. Habiendo cambiado de casaca, la Internacional Comunista aplica hoy en Francia, la política suficientemente conocida de la socialdemocracia alemana. ¿Es verdaderamente tan difícil prever los resultados de esto?

Las próximas elecciones parlamentarias, cualquiera que sea su resultado, no traerán por sí mismas cambios serios en la situación: en definitiva, los electores están obligados a elegir entre un árbitro del tipo Laval y un árbitro del tipo Herriot-Daladier. Pero como Herriot ha colaborado tranquilamente con Laval y Daladier, los ha apoyado a ambos, la diferencia que los separa, si se la mide con la escala de los problemas históricos planteados, es insignificante.

Crear que Herriot-Daladier son capaces de declarar la guerra a las “doscientas familias” que gobiernan Francia, es engañar desvergonzadamente al pueblo. Las doscientas familias no están suspendidas entre el cielo y la tierra; constituyen el coronamiento orgánico del sistema del capital financiero. Para habérselas con las doscientas familias, hay que derribar el régimen económico y político en cuyo mantenimiento Herriot y Daladier no están menos interesados que Tardieu y de La Rocque. No se trata de la lucha de la “nación” contra algunos feudales, como lo representa *L’Humanité*, sino de la lucha del proletariado contra la burguesía, de la lucha de clases que sólo puede ser zanjada por la revolución. El compló antiobrero de los jefes del Frente Popular se ha convertido en el principal obstáculo en este camino.

No puede decirse de antemano por cuanto tiempo aún continuarán sucediéndose en Francia ministerios semi-parlamentarios, semi-bonapartistas, y por qué fases precisas pasará el país en el curso del período próximo. Esto dependerá de la coyuntura

económica nacional y mundial, de la atmósfera internacional, de la situación en la URSS, del grado de estabilidad del fascismo italiano y alemán, de la marcha de los acontecimientos en España, y en fin (y este no es el factor menos importante) de la visión y de la actividad de los elementos de vanguardia del proletariado francés. Las convulsiones del franco pueden apresurar el desenlace. Una cooperación más estrecha de Francia con Inglaterra puede retardarlo. De cualquier modo, la agonía de la “democracia” puede durar mucho más en Francia que lo que ha durado el periodo prefascista Brüning-Papen-Schleicher en Alemania, pero no dejará por eso de ser una agonía. La democracia será barrida. La cuestión es únicamente saber quién la barrerá.

La lucha contra las “doscientas familias”, contra el fascismo y la guerra (por la paz, el pan, la libertad y otras bellas cosas) es, o bien un engaño, o bien una lucha para derribar al capitalismo. El problema de la conquista revolucionaria del poder se plantea ante los trabajadores franceses, no como un objetivo lejano, sino como una tarea del periodo que se abre. Ahora bien, los jefes socialistas y comunistas no solo se niegan a proceder a la movilización revolucionaria del proletariado, sino que se oponen a ella con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo que confraternizan con la burguesía, acosan y expulsan a los bolcheviques. ¡Tal es la violencia de su odio hacia la revolución y el miedo que les inspira! ¡En esta situación, el peor papel lo ejercen por los pseudo-revolucionarios del tipo de Marceau Pivert, que prometen derrocar a la burguesía, pero únicamente con el permiso de León Blum!

Toda la marcha del movimiento obrero francés en el curso de estos últimos doce años ha puesto a la orden del día la necesidad de crear un *nuevo partido revolucionario*.

Querer adivinar si los acontecimientos dejarán “suficiente” tiempo para formar el nuevo partido, es librarse a la más estéril de las ocupaciones. Los recursos de la historia en lo concerniente a diversas posibilidades, formas de transición, etapas, aceleraciones y retrasos, son inagotables. Bajo el imperio de las dificultades económicas, el fascismo puede tomar la ofensiva prematuramente y sufrir una derrota. De ello resultará un respiro duradero. Por el contrario, puede adoptar, por prudencia, durante un largo tiempo, una actitud de espera y, de ese modo, ofrecer nuevas oportunidades a las organizaciones revolucionarias. El Frente Popular puede romperse por sus contradicciones antes de que el fascismo sea capaz de librar una batalla general: de lo que resultará un período de reagrupamientos y de escisiones en los partidos obreros y una rápida cristalización de una vanguardia revolucionaria. Los movimientos espontáneos de las masas, según el ejemplo de Toulon y de Brest, pueden adquirir una gran amplitud y crear un punto de apoyo seguro para la palanca revolucionaria. Por fin, aun una victoria del fascismo en Francia, lo que teóricamente no es imposible, no significa que permanecerá en el poder durante mil años, como lo anuncia Hitler, ni que esta victoria le otorgará un periodo como el otorgado a Mussolini. Si el crepúsculo del fascismo comenzase en Italia o en Alemania, no tardaría en extenderse a Francia. En la hipótesis menos favorable, construir un partido revolucionario es apresurar la hora de la revancha. Los sabios que se desentienden de esta tarea urgente, pretendiendo que las “condiciones no están maduras”, no hacen sino demostrar que ellos mismos no están maduros para esas condiciones.

Los marxistas franceses, como los de todos los países, deben, en cierto sentido, comenzar de nuevo, pero en un grado históricamente más elevado que sus predecesores. La caída de la Internacional Comunista, más vergonzosa que la caída de la socialdemocracia en 1914, perturba considerablemente en sus comienzos la marcha hacia adelante. El reclutamiento de nuevos cuadros se hace con lentitud en el curso de una lucha cruel en el seno de la clase obrera contra el frente unido de la burocracia reaccionaria y patriota. Por otro lado, estas dificultades, que no se han precipitado por

casualidad sobre el proletariado, constituyen un factor importante para una buena selección y un sólido temple de las primeras falanges del nuevo partido y de la nueva internacional.

Sólo una ínfima parte de los cuadros de la internacional Comunista habían comenzado su educación revolucionaria al comienzo de la guerra, antes de la revolución de octubre. Todos ellos, casi sin excepción, se encuentran actualmente fuera de la III Internacional. El linaje siguiente se adhirió a la revolución de octubre cuando ésta ya había triunfado: cuando era más fácil. Pero incluso de este segundo linaje no queda más que poca cosa. La mayor parte de los cuadros actuales de la Internacional Comunista se ha adherido no al programa bolchevique, no a la bandera revolucionaria, sino a la burocracia soviética. No son luchadores, sino funcionarios dóciles, ayudantes de campo, camareros. De ahí que la III Internacional se descomponga de un modo tan poco glorioso en una situación histórica rica en grandiosas posibilidades revolucionarias.

La IV internacional se levanta sobre los hombros de sus tres antecesoras. Recibe golpes de frente, de costado y desde atrás. Los arribistas, los cobardes y los filisteos nada tienen que hacer en sus filas. Una porción, inevitable al comienzo, de sectarios y aventureros abandonará el movimiento a medida que éste crezca. Dejemos que los pedantes y escépticos alcen los hombros a propósito de las “pequeñas” organizaciones que publican “pequeños” periódicos y que lanzan desafíos al mundo entero. Los revolucionarios serios pasarán al lado de ellos con desprecio. También la revolución de octubre comenzó a caminar con zapatos de niño...

Los poderosos partidos rusos socialista-revolucionario y menchevique, que durante meses formaron un “frente popular” con los cadetes¹⁷, mordieron el polvo bajo los golpes de un “puñado de fanáticos” del bolchevismo. La socialdemocracia alemana, el Partido Comunista Alemán y la socialdemocracia austríaca han hallado una muerte sin gloria bajo los golpes del fascismo. La época que va a comenzar para la humanidad europea no dejará en el movimiento obrero rastros de todo lo que es ambiguo y está gangrenado. Todos estos Jouhaux, Citrine, Blum, Cachin, Vandervelde, Caballero, no son más que fantasmas. Las secciones de la II y la III Internacionales abandonarán la escena una tras otra sin pena ni gloria. Es inevitable un nuevo y grandioso reagrupamiento de las filas obreras. Los jóvenes cuadros revolucionarios ganarán carne y sangre. La victoria no es concebible más que sobre la base de los métodos bolcheviques...

¹⁷ Cadetes: miembros del Partido Demócrata Constitucional, organización política de la burguesía liberal rusa. (Nota traductor Ediciones Pluma).

La etapa decisiva

(5 de junio de 1936)

El ritmo de los acontecimientos en Francia se ha acelerado bruscamente. Antes, había que apreciar el carácter *prerrevolucionario* de la situación sobre la base del análisis teórico y de diversos síntomas políticos. Ahora, los hechos hablan por sí mismos. Puede decirse sin exageración que, en toda Francia, no hay sino dos partidos cuyos jefes no ven, no comprenden o no quieren ver toda la profundidad de la crisis revolucionaria: los partidos “socialista” y “comunista”. Seguramente, se les puede agregar los jefes sindicales “independientes”. Las masas obreras crean ahora una situación revolucionaria con ayuda de la acción directa. La burguesía teme mortalmente el desarrollo de los acontecimientos y toma entre bambalinas, delante de las narices del nuevo gobierno, todas las medidas necesarias de resistencia, de salvación, de engaño, de aplastamiento y de revancha sangrienta. Solos, los jefes “socialistas” y “comunistas” continúan charlando sobre el Frente Popular, como si la lucha de clases no hubiera derribado ya su despreciable castillo de naipes.

Blum declara “El país ha dado un mandato al Frente Popular, y no podemos salir de los marcos de ese mandato”. Blum engaña a su partido e intenta engañar al proletariado. Los estalinistas (ellos siempre se denominan “comunistas”) le ayudan a hacerlo. En los hechos, socialistas y comunistas utilizan los trucos, ardidés y nudos corredizos de la mecánica electoral para forzar a las masas trabajadoras en interés de la alianza con el radicalismo burgués. La esencia política de la crisis se expresa en el hecho que *el pueblo siente repugnancia de los radicales y su III República*. Esto es lo que tratan de utilizar los fascistas. ¿Qué han hecho, pues, socialistas y comunistas?

Se han hecho garantes de los radicales ante el pueblo, han presentado a los radicales como injustamente calumniados, han hecho creer a los obreros y a los campesinos que toda su salvación estaba en el ministerio Daladier. Toda la campaña electoral se orquestó sobre este diapason. ¿Cómo han respondido las masas? Entregando un enorme aumento de votos y de puestos a los comunistas, como extrema izquierda. Los virajes y los zigzags de los mercenarios de la política soviética no son comprendidos por las masas, pues no son verificados por su propia experiencia. *Las masas sólo aprenden en la acción. No tienen tiempo de construir conocimientos teóricos*. Cuando un millón y medio de electores entregan su voto a los comunistas, la mayoría de ellos les está diciendo: “Queremos que hagan en Francia lo que los bolcheviques rusos hicieron en su país en octubre de 1917”. Tal es la voluntad real de la parte más activa de la población, de la que es capaz de luchar y asegurar el porvenir de Francia. Tal es la primera lección de las elecciones.

Los socialistas han mantenido aproximadamente su antiguo número de votos, a pesar de la escisión del importante grupo neosocialista. También en esta cuestión, las masas han dado una gran lección a sus “jefes”. Los neosocialistas querían la coalición a cualquier precio, es decir la colaboración con la burguesía republicana en nombre de la salvación y la expansión de la “república”. Precisamente sobre esta línea se han

separado de los socialistas y se han presentado como competidores en las elecciones. Los electores se han alejado de ellos. Los neosocialistas se han derrumbado. Hace dos años, predijimos que el desarrollo político futuro eliminaría en primer lugar a los grupos que giraban alrededor de los radicales. Así, en el conflicto entre socialistas y neosocialistas, las masas han juzgado y rechazado al grupo que proponía más sistemáticamente, más resueltamente, más ruidosamente y más abiertamente, la alianza con la burguesía. Tal es la segunda lección de las elecciones.

El Partido Socialista [SFIO] no es un partido obrero, ni por su política, ni por su composición social. Es el partido de las nuevas capas medias (funcionarios, empleados, etc.), parcialmente de la pequeña burguesía y de la aristocracia obrera. Un análisis serio de la estadística electoral demostraría indudablemente que los socialistas han cedido a los comunistas una importante fracción de obreros y campesinos pobres, y, en cambio, han recibido de los radicales importantes grupos de las clases medias. Esto significa que el movimiento de la pequeña burguesía va desde los radicales hacia la izquierda (hacia los socialistas y comunistas) mientras que los grupos de la mediana y gran burguesía se separan de los radicales hacia la derecha. El reagrupamiento se opera según los ejes de las clases, y no siguiendo la línea artificial del “Frente Popular”. La polarización rápida de las relaciones políticas subraya el carácter revolucionario de la crisis. Tal es la tercera lección, la lección fundamental.

En consecuencia, el elector ha manifestado su voluntad (tanto como ha tenido la posibilidad de manifestarla dentro de la camisa de fuerza del parlamentarismo) no a favor de la política del frente popular, sino contra ella. Por cierto, socialistas y comunistas, al retirar en la segunda vuelta a sus candidatos a favor de los burgueses radicales, han violentado aún más la voluntad política de los trabajadores de Francia. A pesar de esto, los radicales han salido de la prueba con los flancos destrozados, perdiendo una buena tercera parte de sus cargos. *Le Temps* dice: “Es porque han entrado en un bloque con los revolucionarios”. Daladier replica: “Sin el Frente Popular, hubiéramos perdido más”. Indiscutiblemente, Daladier tiene razón. Si socialistas y comunistas hubieran llevado adelante una política de clase, es decir, hubieran luchado por la alianza de los obreros y de los elementos semiproletarios de la ciudad y del campo contra toda la burguesía, incluida también su podrida ala radical, hubieran tenido muchos más votos, y los radicales se hubieran visto reducidos a un grupo insignificante, en la cámara.

Todos los hechos políticos atestiguan que, ni en las relaciones sociales de Francia, ni en el estado de ánimo político de las masas, hay apoyo para el frente popular. Esta política viene impuesta desde arriba: por la burguesía radical, por los negociantes y arribistas socialistas, por los diplomáticos soviéticos y sus lacayos “comunistas”. Con sus fuerzas unidas y con la ayuda del más deshonesto de los sistemas electorales, hacen todo lo que pueden hacer para trampear y engañar a las masas populares y violentar su voluntad política real. Sin embargo, las masas han sabido, incluso bajo esas condiciones, mostrar que ellas no quieren una coalición con los radicales, sino la unidad de los trabajadores contra *toda* la burguesía.

Si en todas las circunscripciones electorales en las que socialistas y comunistas se han retirado a favor de los radicales se hubieran planteado en la segunda vuelta candidaturas obreras revolucionarias, éstas hubieran obtenido un número muy importante de votos. Por desgracia, no se ha encontrado una organización capaz de una iniciativa semejante. Esto demuestra que los grupos revolucionarios, centrales y locales, permanecen fuera de la dinámica de los acontecimientos y prefieren abstenerse y esquivarse, allí donde hace falta actuar. ¡Es triste! Pero, pese a todo, la orientación general de las masas está absolutamente clara.

Socialistas y comunistas habían preparado con todas sus fuerzas un ministerio Herriot; en rigor, un ministerio Daladier. ¿Qué han hecho las masas? Les han *impuesto* a los socialistas y comunistas un ministerio Blum, ¿Es que esto no es un voto directo contra la política del frente popular?

¿O quizás hacen falta nuevas pruebas? La manifestación en memoria de los comuneros ha superado este año, al parecer, todas las manifestaciones populares que se habían visto en París. Sin embargo, los radicales no tenían ni podían tener ninguna relación con esta manifestación. Las masas trabajadoras de París, con un inigualable instinto político, han demostrado que están listas para duplicar su número allí donde no se les obliga a soportar la repugnante confraternización de sus jefes con los explotadores burgueses. El poderío de la manifestación del 24 de mayo es la más convincente y la más infalible desaprobación del París obrero a la política del frente popular.

Pero sin el frente popular, el parlamento (donde, a pesar de todo, socialistas y comunistas no tienen mayoría) no sería viable, y los radicales (¡oh, desgracia!) se verían arrojados “a los brazos de la reacción”. Este razonamiento es completamente digno de los filisteos cobardes que se encuentran a la cabeza de los partidos socialista y comunista. *La no viabilidad del parlamento es la consecuencia inevitable del carácter revolucionario de la crisis.* Con ayuda de una serie de picardías políticas, se ha logrado, mal que bien, disfrazar esta inviabilidad; pero, con todo, ella se revelará mañana. Para no empujar a los radicales reaccionarios hasta la médula de los huesos “en brazos de la reacción”, hay que unirse con los radicales para la defensa del capital. En esto, y solo en esto, reside la misión del Frente Popular. Pero los obreros lo impiden.

El parlamento no es viable porque la crisis actual no ofrece ninguna salida por la vía parlamentaria. Y, de nuevo, las masas trabajadoras francesas, con el seguro instinto revolucionario que las distingue, han captado infaliblemente este rasgo importante de la situación. En Toulon y en Brest, han lanzado las primeras señales de alarma. Las protestas de los soldados contra el *rabiot* significaban la forma de acción directa de las masas más peligrosa para el orden burgués. Por último, en los días en que el congreso socialista aceptaba por unanimidad (en común con el charlatán hueco Marceau Pivert) el mandato del “Frente Popular”, y remitía este mandato a León Blum; en los días en que Blum se miraba en el espejo, por todos lados, hacía gestos pregubernamentales, lanzaba declaraciones pregubernamentales y las comentaba en artículos periodísticos, en los días en que se trataba siempre de Blum, nunca del proletariado; precisamente en esos días, una magnífica verdaderamente primaveral oleada de huelgas rompió sobre Francia. No encontró dirección y marchó sin ella, los obreros han llevado a cabo con audacia y seguridad la ocupación de las fábricas después de parar el trabajo.

El nuevo gendarme del capital, Salengro, incluso antes de llegar al poder, ha declarado (absolutamente igual que lo hubieran hecho Herriot, Laval, Tardieu o de La Rocque) que defendería “el orden contra la anarquía”. Este individuo llama orden a la anarquía capitalista. Llama anarquía a la lucha por el orden socialista. La ocupación de las fábricas por los obreros, aunque todavía pacífica, tiene una enorme importancia sintomática. Los trabajadores dicen: “Queremos ser los amos en las instalaciones en las que hasta ahora no hemos sido más que esclavos”.

Mortalmente espantado, León Blum, queriendo asustar a los obreros, dice: “Yo no soy Kerensky; y en lugar de Kerensky en Francia vendrá, no Lenin, sino cualquier otro”. Uno se puede imaginar que el Kerensky ruso había comprendido la política de Lenin y previsto su llegada al poder. En realidad, exactamente igual que Blum, Kerensky hacía creer a los obreros que, en el caso de su caída, llegaría al poder no el bolchevismo, sino “cualquier otro”. Precisamente allí donde Blum quiere distinguirse de Kerensky, lo imita servilmente. Es imposible, sin embargo, no reconocer que, en la

medida en que la cosa depende de Blum, él abre en realidad el camino al fascismo y no al proletariado.

En esta situación, más criminal e infame que todo lo demás es la conducta de los comunistas: han prometido apoyar a fondo al gobierno Blum, sin entrar en él. “Somos revolucionarios demasiado terribles (dicen Cachin y Thorez), nuestros colegas radicales pueden morir de terror, será mejor que nos mantengamos al margen”. El ministerialismo entre bambalinas es diez veces peor que el ministerialismo abierto y declarado. En realidad, los comunistas quieren conservar su independencia exterior para mejor sujetar a las masas obreras al frente popular, es decir, a la disciplina del capital. Pero allí también aparece un obstáculo con la lucha de clases. La simple y honesta huelga de masas destruye implacablemente la mística y la mistificación del frente popular. Esta ya ha recibido un golpe mortal, y de ahora en adelante no le queda más que morir.

No hay salida por la vía parlamentaria. Blum no inventará la pólvora, pues teme a la pólvora. Las maquinaciones ulteriores del Frente Popular no pueden más que prolongar la agonía del parlamentarismo y ofrecerle a de La Rocque un plazo para prepararse para un nuevo golpe más serio, si... si los revolucionarios no se le adelantan.

Después del 6 de febrero de 1934, algunos camaradas impacientes pensaban que el desenlace llegaría “mañana” y que, por eso, era necesario hacer inmediatamente algún milagro. Una “política” semejante no podía ofrecer nada más que las aventuras y zigzags que han trabado extraordinariamente el desarrollo del partido revolucionario. No se puede recuperar el tiempo perdido. Pero es necesario no perder más tiempo de ahora en adelante, pues queda poco. Incluso ahora, hoy, no fijaremos un plazo. Pero después de la gran oleada de huelgas los acontecimientos solamente pueden desarrollarse por el lado de la revolución o por el lado del fascismo. La organización que no encuentre apoyo en el movimiento huelguístico actual, que no sepa ligarse estrechamente a los obreros en lucha, es indigna del nombre de organización revolucionaria. ¡Sus miembros harían mejor en buscarse lugar en los hospicios o en las logias masónicas (con la protección de Marceau Pivert)!

En Francia hay demasiados señores de ambos sexos, ex-comunistas, ex-socialistas, ex-sindicalistas, que viven en grupos y en sectas, intercambiando entre cuatro paredes sus impresiones sobre los acontecimientos y pensando que no ha llegado el momento de su esclarecida participación. “aún es demasiado pronto”. Y, cuando llegue de La Rocque, dirán: “ahora, es demasiado tarde”. Los razonadores estériles de este tipo son numerosos, especialmente entre el ala izquierda del sindicato de los docentes. Perder con ese público aunque sólo sea un solo minuto, sería el mayor de los crímenes. ¡Que los muertos entierren a sus muertos!

La suerte de Francia no se decide ahora ni en el parlamento, ni en las salas de redacción de los diarios conciliadores, reformistas y estalinistas, ni en los círculos de escépticos, quejosos y charlatanes. La suerte de Francia se decide en las fábricas que han sabido, por medio de la acción, mostrar el camino de salida desde la anarquía capitalista hacia el orden socialista. ¡El lugar de los revolucionarios está en las fábricas!

El último congreso de la Internacional Comunista, en su cocina ecléctica, ha planteado, una junto a la otra, la coalición con los radicales y la creación de comités de acción de masas, es decir sóviets embrionarios. Dimitrov, así como sus inspiradores, se imaginan que se puede combinar la colaboración de clases con la lucha de clases, el bloque con la burguesía y la lucha por el poder del proletariado, la amistad con Daladier y la edificación de los sóviets. Los estalinistas franceses han dado a los comités de acción el nombre de Comités de Frente Popular, imaginándose que así concilian la lucha revolucionaria con la defensa de la democracia burguesa. Las huelgas actuales hacen pedazos radicalmente esta lastimosa ilusión. Los radicales temen a los comités.

Los socialistas temen al temor de los radicales. Los comunistas temen al temor de ambos. La consigna de los comités sólo puede ser abordada por una organización verdaderamente revolucionaria, absolutamente consagrada a las masas, a su causa, a su lucha. Los obreros franceses han mostrado de nuevo que son dignos de su reputación histórica. Es necesario inspirarles confianza. Los sóviets siempre han nacido de las huelgas. La huelga de masas es el elemento natural de la revolución proletaria. Los comités de acción no pueden actualmente ser otra cosa que comités de los huelguistas que ocupan las empresas. De taller en taller, de fábrica en fábrica, de barrio en barrio, de ciudad en ciudad, los comités de acción deben establecer una ligazón estrecha entre sí, reunirse en conferencias por ciudades, por ramas de producción, por distritos, para terminar en un congreso de todos los comités de acción de Francia. He aquí el que será el nuevo orden, que debe reemplazar a la anarquía actual.

La revolución francesa ha comenzado

(9 de junio de 1936)

Jamás la radio se ha mostrado tan preciosa como en estos últimos días. Ofrece la posibilidad de seguir desde una lejana aldea de Noruega, las alternativas del pulso de la revolución francesa. Sería más exacto decir: el reflejo de esas alternativas en la conciencia y en la voz de los señores ministros, secretarios sindicales y otros dirigentes mortalmente asustados.

Las palabras “revolución francesa” pueden parecer exageradas. ¡Pero no! No es una exageración. Precisamente así nace la revolución. En general, no puede nacer de otro modo. La revolución francesa ha comenzado.

Ciertamente, Léon Jouhaux siguiendo a Léon Blum, asegura a la burguesía que se trata de un movimiento puramente económico, dentro de los marcos estrictos de la ley. Sin duda, los obreros son los amos de las fábricas durante la huelga, estableciendo su control sobre la propiedad y su administración. Pero se puede cerrar los ojos ante este lamentable “detalle”. En su conjunto, son “huelgas económicas, pero no políticas”, afirman los señores jefes. Sin embargo, bajo el efecto de huelgas “no políticas” cambia radicalmente toda la situación política del país. El gobierno decide actuar con una prontitud con la que no se soñaba en la víspera: ¡pues, según las palabras de Blum, la verdadera fuerza es paciente! Los capitalistas dan prueba de un espíritu acomodaticio completamente inesperado. Toda la contrarrevolución a la expectativa se esconde tras las espaldas de Blum y de Jouhaux. Y todo este milagro es producido por... simples huelgas “sindicales”. ¿Qué es lo que hubiera sucedido si las huelgas hubieran tenido un carácter político?

Pero no, los jefes dicen una mentira El sindicato incluye a los obreros de una determinada profesión, separándolos de las otras profesiones. El trade-unionismo y el sindicalismo reaccionario dirigen todos sus esfuerzos a mantener al movimiento obrero dentro de los marcos sindicales. La dictadura de hecho de la burocracia sindical sobre la clase obrera (¡la peor de todas las dictaduras!) se asienta ahí, con la dependencia servil de la pandilla Jouhaux-Racamond respecto del estado capitalista. La esencia del movimiento actual radica precisamente en el hecho que rompe los marcos profesionales, sindicales y locales, elevando sobre ellos las reivindicaciones, las esperanzas y la voluntad de *todo* el proletariado. El movimiento adquiere el carácter de una epidemia. El contagio se extiende de fábrica en fábrica, de sindicato en sindicato, de barrio en barrio. Todas las capas de la clase obrera se contestan, por decirlo así, unas a otras. Los metalúrgicos han comenzado: son la vanguardia. Pero la fuerza del movimiento reside en el hecho que a corta distancia de la vanguardia siguen las grandes reservas de la clase, incluidas las profesiones más diversas; y después su retaguardia, a la que los señores jefes parlamentarios y sindicales olvidan por completo generalmente. No es gratuito que *Le Peuple* haya confesado abiertamente que para él muchas categorías particularmente mal pagadas de la población parisiense han aparecido como un hecho completamente “inesperado”. Sin embargo, precisamente en las profundidades de estas

capas más explotadas es donde se ocultan fuentes inagotables de entusiasmo, abnegación y coraje. El mismo hecho de su despertar es el signo infalible de un gran combate. ¡Hay que lograr acceso a estas capas a cualquier precio!

Desprendiéndose de los marcos sindicales y locales, el movimiento huelguístico se ha vuelto temible, no solo para la sociedad burguesa, sino también para su propia representación parlamentaria y sindical, la que actualmente está ocupada, sobre todo, en no ver la realidad. Seguían una leyenda histórica, a la pregunta de Luis XVI de “¿pero esto es una revuelta?” uno de sus cortesanos respondió: “no, señor, es una revolución”. Actualmente, a la pregunta de la burguesía de “¿es una revuelta?”, sus cortesanos responden: “no, no son más que huelgas sindicales”. Tranquilizando a los capitalistas, Blum y Jouhaux se tranquilizan a sí mismos. Pero las palabras no pueden hacer nada. Es verdad que en el momento en que estas líneas aparezcan en la prensa, la primera oleada puede haberse calmado. Aparentemente, la vida volverá a entrar en su antiguo cauce. Pero esto no cambia nada de la cuestión. Lo que ha pasado, no son huelgas sindicales. Ni siquiera son huelgas. Es *la huelga*. Es la reunión en el gran día de los oprimidos contra los opresores. Es el comienzo clásico de la revolución.

Toda la experiencia pasada de la clase obrera, su historia de explotación, de desdichas, de luchas, de derrotas, revive bajo el choque de los acontecimientos y se eleva en la conciencia de cada proletario, incluso del más atrasado, empujándolo a las filas comunes. Toda la clase ha entrado en movimiento. Es imposible detener con palabras a esta masa gigantesca. La lucha debe conducir a la más grande de las victorias o al más terrible de los aplastamientos.

Le Temps ha llamado a la huelga “*las grandes maniobras de la revolución*”. Esto es incomparablemente más serio que lo que dicen Blum y Jouhaux. Pero incluso la definición de *Le Temps* es, a pesar de todo, inexacta pues, en cierto sentido, es exagerada. Las maniobras presuponen la existencia de mandos, de un estado mayor, de un plan. Nada semejante ha habido en la huelga. Los centros de las organizaciones obreras, incluido el partido comunista, han sido tomados de improviso. Temen, sobre todo, que la huelga perturbe todos sus planes. La radio transmite una frase notable de Marcel Cachin: “estamos, unos y otros, ante el hecho de la huelga”. En otras palabras, la huelga es nuestra desgracia común. Con estas palabras, el senador amenazante convence a los capitalistas de que deben hacer concesiones para no exacerbar la situación. Los secretarios parlamentarios y sindicales, que se adaptan a la huelga con la intención de ahogarla lo más pronto posible, se encuentran en realidad al margen de la huelga, se agitan en el aire sin saber ellos mismos si volverán a caer a tierra sobre sus pies o de cabeza. La masa despierta, no tiene aún estado mayor revolucionario.

El verdadero estado mayor está con el enemigo de clase. Este estado mayor no coincide en absoluto con el gobierno Blum, aunque se sirve de él con mucha habilidad. La reacción capitalista juega actualmente un juego fuerte y arriesgado, pero lo juega sabiamente. En el momento presente, juega a quien pierde gana: “cedamos hoy a todas estas desagradables reivindicaciones que han encontrado la aprobación común de Blum, de Jouhaux y de Daladier. Del reconocimiento de principio a la realización de hecho, hay todavía un gran camino. Está el parlamento, está el senado, está la administración: todas estas son máquinas de obstrucción. Las masas manifestarán impaciencia e intentarán apretar más fuerte. Daladier se separará de Blum. Thorez tratará de desligarse por la izquierda. Blum y Jouhaux se separarán de las masas. Entonces recuperaremos todas las concesiones actuales e incluso con creces”. Así razona el verdadero estado mayor de la contrarrevolución: las famosas “doscientas familias” y sus estrategias

mercenarios. Actúan según un plan. Y sería una ligereza decir que su plan carece de una base sólida. No, con la ayuda de Blum, de Jouhaux y de Cachin, la contrarrevolución puede alcanzar su objetivo.

El hecho de que el movimiento de masas alcance, bajo una forma improvisada, dimensiones tan grandiosas y un efecto político tan grande, subraya mejor que nada el carácter profundo, orgánico, verdaderamente revolucionario, de la oleada de huelgas. En esto radica la garantía de la duración del movimiento, de su tenacidad, de la inevitabilidad de una serie de oleadas crecientes. Sin esto, la victoria sería imposible. Pero todo esto no basta para triunfar. Contra el estado mayor y el plan de las “doscientas familias”, es necesario el estado mayor y el plan de la revolución proletaria. Todavía no existen ni uno ni otro. Pero pueden ser creados. Existen todas las premisas y todos los elementos de una nueva cristalización de las masas.

El desencadenamiento de la huelga fue provocado, se dice, por las “esperanzas” en el Gobierno del Frente Popular. Esto no es más que un cuarto de la verdad, e incluso menos. Si no se hubiera tratado más que de piadosas *esperanzas*, los obreros no hubiesen corrido el riesgo de la lucha. En la huelga se expresa, ante todo, la *desconfianza* o la *falta de confianza* de los obreros, si no en la buena voluntad del gobierno, al menos sí en su capacidad para destruir los obstáculos y llevar a cabo sus tareas. Los proletarios quieren “ayudar” al gobierno, pero a su modo, del modo proletario. Con seguridad, aún no tienen plena conciencia de sus fuerzas. Pero sería una grosera caricatura presentar la cosa como si la masa sólo estuviese guiada por “esperanzas” en Blum. No le es fácil ordenar sus pensamientos bajo la opresión de sus viejos jefes, que se esfuerzan para hacerla volver lo más pronto posible al viejo camino de la esclavitud y la rutina. Pese a todo, el proletariado francés no retoma la historia en sus comienzos. Siempre y en todas partes, la huelga ha hecho aparecer en la superficie a los obreros más conscientes y más audaces. La iniciativa les pertenece. Todavía actúan prudentemente, tanteando el terreno. Los destacamentos avanzados se esfuerzan en no adelantarse hasta quedar aislados. El eco amistoso que les llega desde atrás les da coraje. El eco que se hacen las diferentes partes de la clase se ha vuelto un ensayo de automovilización. El propio proletariado tiene la mayor necesidad de esta manifestación de su propia fuerza. Los éxitos prácticos obtenidos, por inseguros que sean en sí mismos, deben elevar extraordinariamente la confianza de las masas en sí mismas, especialmente de las capas más atrasadas y más oprimidas.

La principal conquista de la primera oleada radica en el hecho que han aparecido dirigentes en los talleres y en las fábricas. Se han creado los elementos de los estados mayores locales y barriales. Las masas los conocen. Ellos se conocen unos a otros. Los verdaderos revolucionarios buscarán relacionarse con ellos. Así, la primera automovilización de las masas ha marcado, y en parte designado, a los primeros elementos de una dirección revolucionaria. La huelga ha sacudido, reanimado y renovado todo el gigantesco organismo de clase. La vieja escama organizativa aún está lejos de haber desaparecido, por el contrario, se mantiene con demasiada obstinación. Pero, bajo ella, ya aparece una nueva piel.

Nada diremos ahora sobre el ritmo de los acontecimientos, que se acelerarán sin ninguna duda. En este terreno, todavía sólo son posibles suposiciones y conjeturas. La segunda oleada, su desencadenamiento y tensión, permitirán, sin duda, hacer un pronóstico mucho más concreto que el que es posible actualmente. Pero una cosa está clara de antemano: la segunda oleada estará lejos de tener el mismo carácter pacífico, casi bonachón, primaveral, que ha tenido la primera. Será más madura, más tenaz y más

áspera, pues será provocada por la decepción de las masas ante los resultados prácticos de la política del frente popular y de la primera ofensiva. En el gobierno se producirán fisuras, lo mismo que en la mayoría parlamentaria. La contrarrevolución se volverá de golpe más segura e insolente. No hay que esperar nuevos éxitos frágiles de las masas. Ante el peligro de perder lo que ha parecido ser conquistado, ante la resistencia creciente del enemigo, ante la confusión y la desbandada de la dirección oficial, las masas sentirán la ardiente necesidad de tener un programa, una organización, un plan, un estado mayor. Hay que prepararse y preparar a los obreros de vanguardia para esto. En la atmósfera de la revolución, la reeducación de las masas, la selección de los cuadros y su templado se realizarán rápidamente.

Un estado mayor revolucionario no puede nacer por medio de combinaciones de dirigentes. La organización de combate no coincidiría con el partido, aun si existiera en Francia un partido revolucionario de masas, pues el movimiento es incomparablemente más amplio que el partido. La organización tampoco puede coincidir con los sindicatos, pues los sindicatos no abarcan más que una parte insignificante de la clase y están sometidos a una burocracia archirreaccionaria. La nueva organización debe responder a la naturaleza del propio movimiento, reflejar a las masas en lucha, expresar su voluntad más firme. Se trata de un gobierno directo de la clase revolucionaria. No hay necesidad de inventar aquí nuevas formas: hay precedentes históricos. Los talleres y las fábricas eligen a sus diputados, que se reúnen para elaborar en común los planes de la lucha y para dirigirla. Incluso ni hace falta inventar el nombre de una organización semejante: *son los sóviets de diputados obreros.*

La principal masa de los obreros revolucionarios marcha actualmente tras el partido comunista. Más de una vez en el pasado, han gritado: “¡sóviets por todas partes!”. La mayoría de ellos ha tomado en serio, sin duda, esta consigna. Hubo un tiempo en que pensábamos que esa consigna no era oportuna. Pero, en la actualidad, la situación ha cambiado radicalmente. El poderoso conflicto de las clases marcha hacia un temible desenlace. El que vacila, el que pierde tiempo, es un traidor. Hay que elegir entre la más grande de las victorias históricas y la más terrible de las derrotas. Hay que preparar la victoria. “¿sóviets por todas partes?”. De acuerdo. ¡Pero es el momento de pasar de las palabras a los hechos!

Ante la segunda etapa

(9 de Julio de 1936)

Hay que repetirlo una vez más: la prensa seria del capital, como *Le Temps* de París o el *Times* de Londres, ha apreciado la importancia de los acontecimientos de junio en Francia y en Bélgica, de un modo mucho más justo y perspicaz de lo que lo ha hecho la prensa del Frente Popular. Mientras que los diarios oficiales socialistas y comunistas, siguiendo a Léon Blum, hablan de la “reforma pacífica del régimen social en Francia” que ha comenzado, la prensa conservadora afirma que la revolución se ha abierto en Francia y que en alguna de sus próximas etapas tomará inevitablemente formas violentas. No sería correcto ver en este pronóstico, única o fundamentalmente, una tentativa de espantar a los propietarios. Los representantes del gran capital saben observar la lucha social de una manera muy realista. Los políticos pequeñoburgueses, por el contrario, confunden de buena gana sus deseos con la realidad: encontrándose entre las clases fundamentales, el capital financiero y el proletariado, los señores “reformadores” proponen a ambos adversarios ponerse de acuerdo sobre la línea media, que ellos han trazado con gran trabajo en el estado mayor del Frente Popular y que ellos mismos interpretan de modos distintos. Sin embargo, deberían convencerse rápidamente de que es mucho más fácil conciliar las contradicciones entre las clases en los artículos editoriales que en el trabajo gubernamental, especialmente en lo más duro de la crisis social.

En el parlamento, se le ha lanzado a Blum la irónica acusación de que ha mantenido negociaciones sobre las reivindicaciones de los huelguistas con los representantes de las “doscientas familias”. “¿Y con quién debía haber hablado?”, respondió ingeniosamente el presidente del consejo de ministros. Es verdad, si se debe negociar con la burguesía, hay que elegir a los verdaderos amos, que son capaces de decidir por sí solos y ordenar a los otros. ¡Pero entonces sería inútil declararles ruidosamente la guerra! En el marco del régimen burgués, de sus leyes, de su mecánica, cada una de las “doscientas familias” es incomparablemente más poderosa que el gobierno Blum. Los magnates de las finanzas representan el coronamiento del sistema burgués de Francia, y el gobierno Blum, a pesar de todos sus éxitos electorales, no “corona” más que un intervalo temporal entre los dos campos en lucha.

Actualmente, en la primera mitad de julio, a una mirada superficial puede parecerle que todo ha vuelto más o menos a entrar en la normalidad. De hecho, en las profundidades del proletariado, como en las cúpulas de las clases dominantes, la preparación casi automática de un nuevo conflicto está en marcha. Todo el fondo de la cuestión radica aquí: las reformas, muy ruines en realidad, sobre las que se han puesto de acuerdo los capitalistas y los jefes de las organizaciones obreras, no son viables ya que están por encima de las fuerzas del capitalismo ya decadente, tomado en su conjunto. La oligarquía financiera, que hace magníficos negocios en lo peor de la crisis, puede seguramente, acomodarse con la semana de 40 horas, las vacaciones pagadas, etc. Pero centenares de miles de medianos y pequeños industriales, sobre los que se apoya el

capital financiero, y sobre quienes éste hace recaer ahora los gastos de su acuerdo con Blum, deben, ya sea arruinarse dócilmente, ya sea tratar, a su turno, de hacer recaer los gastos de las reformas sociales sobre los obreros y campesinos, así como sobre los consumidores.

Ciertamente, Blum ha desarrollado más de una vez en la cámara y en la prensa la seductora perspectiva de una reanimación económica general y de una expansión de los negocios que se extendería rápidamente, dando la oportunidad de rebajar considerablemente los costos generales de producción y permitiendo de este modo, aumentar los gastos en fuerza de trabajo sin elevar el precio de las mercaderías. Es verdad que procesos económicos combinados parecidos se han visto más de una vez en el pasado; toda la historia del capitalismo ascendente está marcado por ellos. La única desgracia es que Blum invoca para el futuro a un pasado que ha partido sin posibilidad de retornar. Los políticos sometidos a tales aberraciones pueden llamarse socialistas e incluso comunistas, en los hechos miran no hacia adelante, sino hacia atrás, y esto es así porque son los frenos del progreso.

El capitalismo francés, con su célebre “equilibrio” entre la agricultura y la industria, ha entrado en el estadio del declive después que Italia y Alemania, pero no de un modo menos irresistible. Esto no es una frase de una proclama revolucionaria, sino una realidad indiscutible. Las fuerzas productivas de Francia han sobrepasado los marcos de la propiedad privada y las fronteras del estado. La injerencia gubernamental en las bases del sistema capitalista no puede hacer otra cosa que ayudar a traspasar los falsos gastos de la decadencia de unas clases a otras. ¿A cuáles precisamente? Cuando el presidente del consejo de ministros socialista debe realizar negociaciones sobre un reparto más “equitativo” del ingreso nacional, no encuentra, como ya lo hemos oído, interlocutores más dignos que los representantes de las doscientas familias. Teniendo en sus manos todos los resortes fundamentales de la industria, del crédito y del comercio, los magnates de las finanzas hacen recaer los gastos del acuerdo sobre las “clases medias”, obligándolas de esa forma a entrar en lucha con los obreros. Es aquí donde radica actualmente el nudo de la situación.

Los industriales y los comerciantes muestran a los ministros sus libros de contabilidad y dicen: “no podemos”. El gobierno, recordando viejos manuales de economía política, responde: “hay que disminuir los costos de producción”. Pero esto es más fácil decirlo que hacerlo. Además, mejorar la técnica, bajo las actuales condiciones significa aumentar el paro y, en definitiva, profundizar la crisis. Los obreros, por su parte, protestan contra el hecho que el aumento de los precios, que comienza, amenace con devorar sus conquistas. El gobierno ordena a los prefectos iniciar la lucha contra la carestía. Pero los prefectos saben, gracias a una larga experiencia, que es mucho más fácil hacer bajar el tono a los diarios de oposición que hacer bajar el precio de la carne. La ola de carestía está ahora enteramente ante nosotros.

Los pequeños industriales, los pequeños comerciantes y, tras ellos, los campesinos, también serán engañados cada vez más por el Frente Popular, del cual esperaban la salvación inmediata con una espontaneidad y una ingenuidad mayores que las de los obreros. La contradicción política fundamental del Frente Popular reside en el hecho que quienes están a la cabeza de su política del justo medio, temiendo “asustar” a las clases medias, no salen de los marcos del viejo orden social, es decir del callejón sin salida histórico. Sin embargo, las llamadas clases medias, no sus cúpulas, naturalmente, sino sus capas inferiores, que sienten la falta de salida a cada paso, no temen en absoluto a las decisiones audaces; por el contrario, las reclaman como una liberación del nudo corredizo que las estrangula. “¡No esperen milagros de nosotros!”, repiten los pedantes que se encuentran en el poder. Pero precisamente sin “milagro”, es decir sin decisiones

heroicas, sin una completa revolución en las relaciones de propiedad, sin concentración del sistema bancario, de las ramas fundamentales de la industria y del comercio exterior en manos del estado, no hay salvación para la pequeña burguesía de la ciudad y del campo. Si las “clases medias”, en nombre de las cuales precisamente fue edificado el Frente Popular, no encuentran audacia en la izquierda, irán a buscarla en la derecha. La pequeña burguesía tiembla de fiebre, e inevitablemente se balanceará de un lado al otro. Entretanto, el gran capital estimulará con toda seguridad ese viraje, que debe marcar el comienzo del fascismo en Francia, no solamente como organización semimilitar de los hijos de buena familia, con automóviles y aviones, sino también como verdadero movimiento de masas.

Los obreros han ejercido en junio una grandiosa presión sobre las clases dirigentes, pero no la han llevado hasta el fin. Han revelado su poderío revolucionario, pero también su debilidad: la ausencia de programa y de dirección. Todos los cimientos de la sociedad capitalista (pero también todas sus úlceras incurables) han quedado en su lugar. Ahora se ha abierto el periodo de la contra-presión: represión contra los agitadores de izquierda, agitación cada vez más maligna de los agitadores de derechas, tentativas de aumentar los precios, movilización de industriales para lockouts masivos. Los sindicatos de Francia, que en vísperas de la huelga no alcanzaban al millón de miembros, se acercan hoy a los cuatro millones. Esta inusitada afluencia masiva muestra qué sentimientos animan a las masas obreras. Ni siquiera puede considerarse permitir que se haga recaer sobre ellas los costos de sus propias conquistas, sin lucha. Ministros y dirigentes oficiales exhortan incansablemente a los obreros a mantenerse tranquilos y a no impedirle al gobierno que trabaje para resolver sus problemas. Pero, dado que el gobierno, por la propia naturaleza de las cosas, no puede resolver ningún problema, dado que las concesiones de junio fueron obtenidas gracias a la huelga y no mediante una espera paciente, dado que cada nuevo día revelará la inconsistencia del gobierno ante la contraofensiva creciente del capital, las exhortaciones monótonas perderán muy rápidamente su fuerza persuasiva. La lógica de la situación, que surge de la victoria de junio, más exactamente, del carácter semificticio de esta victoria, obligará a los obreros a responder al desafío, es decir a iniciar la lucha de nuevo. Aterrorizado por esta perspectiva, el gobierno se desplaza hacia la derecha. Bajo la presión inmediata de los aliados radicales, pero en definitiva, por exigencia de las “doscientas familias”, el ministro socialista del interior ha declarado en el senado que, en adelante, no serán toleradas las ocupaciones de fábricas, comercios y granjas por parte de los huelguistas. Una advertencia de este tipo, con seguridad que no detendrá la lucha, pero es capaz de darle un carácter incomparablemente más decisivo y más agudo.

Un análisis absolutamente objetivo, partiendo de los hechos y no de los deseos, conduce así a la conclusión de que de los dos lados se prepara un nuevo conflicto social, que debe estallar con una inevitabilidad casi mecánica. No es difícil determinar en general desde ahora, la naturaleza de este conflicto. En todos los periodos revolucionarios de la historia, se pueden encontrar dos etapas sucesivas, estrechamente ligadas la una a la otra: primero, hay un movimiento “espontáneo” de las masas, que coge por sorpresa al adversario y le arranca serias concesiones, o por lo menos, promesas; después de lo cual, la clase dominante, sintiendo amenazadas las bases de su dominación, prepara la revancha. Las masas semi-victoriosas manifiestan impaciencia. Los jefes tradicionales de “izquierda”, tomados de improviso por el movimiento, igual que los adversarios, esperan salvar la situación con ayuda de la elocuencia conciliadora y, a fin de cuentas, pierden su influencia. Las masas entran en la nueva lucha casi sin dirección, sin programa claro y sin comprensión de las dificultades próximas. Así, el conflicto, elevándose inevitablemente desde la primera victoria de las masas, conduce a

menudo a su derrota o a su semiderrota. No es muy probable que en la historia de las revoluciones se pueda encontrar una excepción a esta regla. La diferencia (y no es pequeña) radica en el hecho de que en ciertos casos la derrota ha tomado el carácter de un *aplastamiento*: así fueron, por ejemplo, las jornadas de junio de 1848 en Francia, que marcaron el fin de la revolución; en otros casos, la semiderrota fue solo una *etapa hacia la victoria*: es el papel que jugó, por ejemplo, la derrota de los obreros y soldados petersburgueses en julio de 1917. Precisamente, la derrota de julio aceleró el ascenso de los bolcheviques, quienes no solamente habían sabido apreciar la situación con justeza, sin ilusiones y sin disfraces, sino que, además, no se habían separado de las masas en los días más difíciles de fracaso, de víctimas y de persecuciones.

Si, la prensa conservadora analiza la situación con madurez, el capital financiero y sus órganos políticos y militares auxiliares preparan la revancha con un cálculo frío. En la dirección del Frente Popular no hay más que espanto y lucha interna. Los periódicos de izquierda sermonean. Los dirigentes hacen gárgaras con frases; los ministros se esfuerzan en demostrarle a la bolsa que están maduros para dirigir el estado. Todo esto quiere decir que el proletariado entrará en el conflicto próximo no solamente sin la dirección de sus organizaciones tradicionales, como sucedió en junio, sino también contra ellas. Mientras tanto, aún no hay una nueva dirección reconocida por todos. En estas condiciones, es difícil contar con una victoria inmediata. El intento de avanzar conducirá pronto a la alternativa: ¿jornadas de junio de 1848 o jornadas de julio de 1917? Dicho con otras palabras: aplastamiento durante largos años, con el triunfo inevitable de la reacción fascista, o bien solamente una severa lección de estrategia, como resultado de la cual la clase obrera habrá madurado incomparablemente más, renovará su dirección y preparará las condiciones de la victoria futura. El proletariado francés no es un novato. Tiene tras de sí el mayor número de grandes batallas históricas. Ciertamente, a cada paso la nueva generación deberá aprender de su propia experiencia; pero no desde el comienzo hasta el fin, sino por decirlo así, en un curso acelerado. Lleva en los huesos una gran tradición que lo ayuda a elegir el camino. Ya en junio, los dirigentes anónimos de la clase en su despertar, han encontrado con un magnífico tacto revolucionario los métodos y formas de la lucha. Actualmente, el trabajo molecular de la conciencia de la masa, no se detiene ni una hora. Todo esto permite esperar que la nueva capa de jefes, no solamente permanezca fiel a la masa en los días del inevitable y, verosímilmente, demasiado próximo conflicto, sino que también sabrá retirar del combate, sin aplastamiento, al ejército insuficientemente preparado.

No es verdad que los revolucionarios de Francia estén interesados en que el conflicto se acelere o se provoque “artificialmente”: solo obtusos cerebros de policías pueden pensar así. Los marxistas revolucionarios ven su deber en esto: mirar claramente a la realidad cara a cara y llamar a cada cosa por su nombre. Extraer a tiempo de la situación objetiva las perspectivas para la segunda etapa es ayudar a los obreros de vanguardia a no ser cogidos de improviso y a aportar la mayor claridad posible a la conciencia de las masas en lucha. En esto precisamente consiste actualmente la verdadera tarea de una dirección política seria.

ANEXOS

Carta abierta a los obreros de Francia (La traición de Stalin y la revolución mundial)¹⁸

10 de junio de 1935

Queridos camaradas:

Hoy abandono Francia y esta circunstancia me ofrece la posibilidad, por fin, de explicarme abiertamente ante vosotros: mientras permanecí en suelo francés estuve condenado al silencio.

Hace dos años el gobierno “de izquierda” de Daladier, en su período de luna de miel, me permitió establecerme en Francia, parecía que con los mismos derechos que otros extranjeros. De hecho, se me prohibió vivir en París e inmediatamente pasé a estar bajo vigilancia policial. Poco después del 6 de febrero de 1934, el ministro de interior, Albert Sarraut, después de una salvaje campaña en la prensa, firmó un decreto expulsándome de Francia. Pero no se pudo encontrar ningún gobierno extranjero que me aceptase. Esta es la única razón por la que no se ha ejecutado hasta ahora la orden de deportación. A través de la gendarmería se me ordenó vivir en un departamento determinado, en una pequeña aldea, bajo estricta vigilancia policial. Por lo tanto, durante mi último año de estadía en Francia estuve más aislado del mundo exterior que cuando vivía en la isla de Prinkipo, en Turquía, bajo la vigilancia de la policía de Kemal Pachá. Así, a su manera, la visa de un gobierno radical se convirtió en una trampa.

Lejos de mí está la intención de quejarme del gobierno de la Tercera República. Los ministros más “democráticos”, como los más reaccionarios, tienen que cumplir la función de *salvaguardar* la esclavitud capitalista. Yo soy miembro del partido revolucionario que tiene como objetivo *derrocar* al capitalismo. De esta irreconciliable contradicción surge inevitablemente la lucha, con todas sus consecuencias. ¡No hay motivos para quejarse!

Sin embargo, si me tomo la libertad de llamar vuestra atención sobre una cuestión tan secundaria como las condiciones en que viví en Francia, lo hago sólo porque este episodio está íntimamente ligado con la política de la Internacional Comunista, que hoy se ha convertido en el principal obstáculo en el camino histórico de la clase obrera.

Hace dos años, *l'Humanité* repetía diariamente: “El fascista Daladier ha llamado a Francia al socialfascista Trotsky para organizar con su ayuda la intervención militar contra la URSS.” Hubo una buena cantidad de personas, honestas pero ingenuas e ignorantes, que creyeron esta canallada, así como en la primavera de 1917 millones de campesinos, soldados e incluso obreros rusos, creyeron a Kerensky cuando afirmó que Lenin y Trotsky eran “agentes del káiser Guillermo”. No se puede acusar a las personas engañadas, hay que iluminarlas. Pero hay que acusar a los bandidos esclarecidos que conscientemente propagan mentiras y calumnias para engañar a los trabajadores. Esos bandidos esclarecidos son los dirigentes del así llamado partido comunista (¿? ¡!): Cachin, Thorez, Vaillant-Couturier, Duclos y consortes.

¹⁸ Tomado de “Carta abierta a los obreros de Francia (La traición de Stalin y la revolución mundial)”, en Edicions Internacionals Sedov – Trotsky inédito en internet y en castellano.

Ahora, como es bien sabido, esos señores han constituido un “frente popular” antifascista con el “fascista” Daladier. Los estalinistas, que se llaman a sí mismos comunistas, han dejado de hablar de la intervención del imperialismo francés en la URSS. Por el contrario, en la actualidad ven en la alianza militar entre el capital francés y la burocracia soviética una garantía de la paz. Siguiendo las órdenes de Stalin, Cachin, Thorez y consortes llaman en la actualidad a los obreros franceses a apoyar a su militarismo nacional, es decir al instrumento de opresión de clase y de esclavización colonial. Estos calumniadores se han desenmascarado muy rápida y despiadadamente. Ayer me acusaban de ser agente de Daladier y de la burguesía francesa, y hoy son ellos los que realmente establecen una alianza con Daladier-Herriot y Laval y se unen al carro del imperialismo francés.

La nueva calumnia estalinista

En el presente, los señores calumniadores comienzan a decir (ver, por ejemplo, el periódico de los estalinistas belgas) que la política de Trotsky y los bolchevique-leninistas no está al servicio de Daladier y Herriot, sino de Hitler, es decir, no del imperialismo francés sino del alemán¹⁹. Esta nueva calumnia suena, sin embargo, como una melodía demasiado vieja y familiar. Debido a que mantuve la posición del internacionalismo revolucionario durante la guerra imperialista, los señores socialpatriotas (Renaudel, Vandervelde, Severac y Marcel Cachin) me acusaban de “apoyar” el militarismo alemán contra de la democracia francesa. Precisamente por este motivo el gobierno de Briand-Malvy me expulsó de Francia en 1916. Y en esta misma época el esforzado Marcel Cachin, “en interés de la democracia francesa” y siguiendo las instrucciones del gobierno imperialista, le llevaba dinero a Mussolini para hacer propaganda a favor de la entrada de Italia en la guerra. Estos hechos han sido confirmados en numerosas ocasiones por la prensa, pueden ser fácilmente verificados y comprobados. Cachin, por otra parte, jamás ha tratado de negarlos.

Marcel Cachin retoma ahora el mismo trabajo de socialpatriota que lo deshonró durante la guerra imperialista. Tras Cachin marchan todo el resto de jefes del Partido Comunista (¿? ¡!) Francés. No son revolucionarios, sino funcionarios. Hacen lo que les ordenan sus superiores. Sólo André Marty dio pruebas en su momento de poseer las cualidades de verdadero revolucionario: su pasado merece estimación. Pero el ambiente de la Internacional Comunista ha logrado desmoralizarlo a él también²⁰.

¹⁹ Se trata del inicio de la gran campaña de calumnias. Tras la Segunda Guerra Mundial, siete años después del Pacto Hitler-Stalin, la prensa comunista de Francia hablaba diariamente de los “hitlerotrotskyistas”. Los procesos de Moscú habían respondido en parte a los deseos de Stalin para acreditar esta tesis para desacreditar a Trotsky. Se puede medir aquí, en el comentario de Trotsky, su error de subestimación de los crímenes de Stalin antes de 1936 y la de sus críticos que lo acusaban de “pintar una imagen negativa”.

²⁰ Alusión al papel jugado por André Marty en 1919 en los motines de los marinos de la flota del Mar Negro. André Marty, tras haber participado en la represión contra los revolucionarios en España (donde fue comisario de las Brigadas Internacionales de 1936 a 1938) sería expulsado del PCF en 1952, acusado de “relaciones policiales”. Parece muy probable en realidad que su pasado revolucionario haya sido el cargo utilizado contra él. En las fechas en que se redacta esta nota, la memoria de Marty no ha sido rehabilitada en el PCF y numerosos militantes han sido expulsado por haber hecho campaña en este sentido.

¿Por qué Stalin y sus lacayos franceses son traidores?

Para justificar su giro socialpatriota estos señores invocan la necesidad de “defender a la URSS”. Este argumento es totalmente falso. Ya se sabe que hasta la idea de la “defensa nacional” no es más que una máscara tras la que los explotadores ocultan sus apetitos de ladrones y sus sangrientos enfrentamientos por el botín, transformando a su propia nación, por otra parte, en simple carne de cañón. Pero si los marxistas siempre sostuvimos que la burguesía imperialista nunca puede defender y nunca defenderá los reales intereses de su propia nación, ¿cómo podemos creer, súbitamente, que es capaz de defender los verdaderos intereses de la URSS? ¿Acaso se pueden albergar dudas de que en la primera oportunidad favorable que se le presente el imperialismo francés pondrá en movimiento todas sus fuerzas para liquidar en la URSS la propiedad socializada y restaurar la propiedad privada? Si éste es el caso, sólo los traidores a la clase obrera pueden maquillar a su propio militarismo, ofreciéndole a la burguesía francesa y a su diplomacia un apoyo directo o indirecto, abierto o disimulado. Esos traidores son Stalin y sus lacayos franceses.

Para ocultar su traición invocan a Lenin, con el mismo derecho con que Lebas, Paul Fauré, Longuet y otros oportunistas invocan a Marx. *L'Humanité* cita casi a diario la carta de Lenin a los obreros norteamericanos en la que se cuenta la historia de cómo a principios de 1918 Lenin recibió a un oficial monárquico francés para utilizar sus servicios en contra de los alemanes, que habían lanzado contra nosotros una nueva ofensiva²¹. El propósito de este inesperado argumento no es dilucidar la cuestión sino, por el contrario, liarla a la vista de los obreros. Nos convenceremos enseguida y evidentemente. Sería absurdo, por supuesto, negarle al gobierno soviético el derecho de utilizar los antagonismos del bando imperialista o, si fuera necesario, de hacerle tal o cual concesión al imperialismo. Los obreros en huelga también aprovechan la competencia entre las empresas capitalistas y le hacen concesiones al capitalismo; incluso capitulan ante él cuando no pueden vencer. ¿Pero acaso de esto se deriva que los dirigentes sindicales tengan derecho a cooperar amistosamente con los capitalistas, ensalzarlos o convertirse en sus sirvientes? Nadie tacharía de traidores a los huelguistas que se ven obligados a rendirse. Pero no solamente tenemos derecho, sino la obligación de declarar que Jouhaux es un traidor al proletariado porque paraliza la lucha de la clase obrera en nombre de la paz y la amistad con los capitalistas. Entre la política de Lenin en Brest-Litovsk y la política francosoviética de Stalin media la misma diferencia que entre la política de un sindicalista revolucionario, que después de una derrota parcial está obligado a hacer concesiones, y la del oportunista que voluntariamente se convierte en aliado y lacayo del enemigo de clase.

¿Qué significa el compromiso de Lubersac?

Lenin recibió a un oficial reaccionario francés. En los mismos tiempos yo también lo recibí y con el mismo objetivo: de Lubersac se ofrecía para volar los puentes en nuestra retirada a fin que nuestras reservas de aprovisionamientos militares no cayeran en manos de los alemanes. Sólo la cabeza hueca de cualquier anarquista podría considerar tal “transacción” como una traición. Durante esos mismos días, me visitaron agentes oficiales de Francia que ofrecieron ayuda más amplia, artillería y

²¹ Se trata de la *Carta a los obreros norteamericanos*, del 20 de agosto de 1918, publicada en *Pravda* el 22. En el tomo XXVIII de las *Obras* de Lenin (Ediciones de Moscú) páginas 57 a 71. [Ver en la [sección en español del MIA Obras Completas, Tomo XXIX, páginas 370-386](#); o en Akal-Ediciones de Cultura Popular, Madrid, 1978 misma referencia].

aprovisionamientos. Comprendimos muy bien que su objetivo era hacernos entrar de nuevo en guerra contra Alemania. Pero los ejércitos alemanes nos atacaban realmente, y éramos débiles. Bajo estas condiciones, ¿teníamos derecho a aceptar la “ayuda” del Estado Mayor Francés? ¡Por supuesto que sí! Esa fue, precisamente, la propuesta que presenté en el comité central del partido el 22 de febrero de 1918. El texto de esta propuesta se publicó en las actas oficiales del comité central publicadas en Moscú en 1929. He aquí la propuesta: “Como partido del proletariado socialista, que está en el poder y en guerra contra Alemania, nosotros tomamos, *a través de las instituciones del estado*, todas las medidas conducentes a armar y equipar lo mejor posible a nuestro ejército revolucionario con todos los medios necesarios; con este objetivo, hay que encontrar esos medios donde sea posible, y, en consecuencia, también entre los gobiernos imperialistas. [Nuestro] *partido mantiene la total independencia de su política exterior*, no ofrece a los gobiernos capitalistas ningún compromiso político y, en cada caso particular, examina sus propuestas bajo el punto de vista de su utilidad final.”

Lenin no estuvo presente en esta sesión del comité central. Envió una nota. He aquí su texto auténtico: “Ruego cuenten mi voto *a favor* de coger las patatas y las armas de los bandidos imperialistas anglofranceses.”²² He aquí cómo se comportaba el comité central de entonces de los bolcheviques en lo concerniente a la utilización de los antagonismos capitalistas: *acuerdos prácticos* con los imperialistas (coger patatas) son perfectamente admisibles; pero una *solidaridad política* con los bandidos imperialistas es *completamente inadmisibile*.

El crimen de Stalin no es concluir tal o tal otro acuerdo práctico con el enemigo de clase: esos acuerdos pueden ser justos o erróneos, pero es imposible rehusarlos por principios. El crimen es que Stalin ha aprobado la política de un gobierno imperialista que monta guardia ante el tratado de expoliación y robo de Versalles. Stalin no ha cogido “algunas patatas” de los bandidos imperialistas, sino que ya se ha *solidarizado políticamente* con ellos.

Por supuesto que la burguesía francesa puede reforzar su ejército, que oprime a sesenta millones de esclavos coloniales, sin la aprobación de Stalin. Si le es necesaria esa aprobación es de cara a debilitar y desmoralizar la lucha de clases del proletariado francés. Firmando un llamamiento de felicitación al militarismo francés, Stalin no actúa como un huelguista obligado temporalmente a ceder ante el imperialismo, sino como un esquirolo que paraliza la lucha de los obreros.

La fuente de la traición

La traición de Stalin y de la dirección de la Internacional Comunista se explica por el carácter de la capa dirigente actual en la URSS. Es una burocracia privilegiada y sin control, que se eleva por encima del pueblo y lo oprime. El marxismo enseña que la *existencia determina la conciencia*. La burocracia soviética teme ante todo a la crítica, al movimiento y al riesgo: es conservadora, defiende con dureza sus privilegios. Ahogando a la clase obrera en la URSS, hace mucho tiempo que ha perdido confianza en la revolución mundial. Promete construir el “socialismo en un solo país” si los trabajadores se callan, obedecen y aguantan.

²² Traducción francesa en *Les Bolcheviks et la révolution d'Octobre. Procès-verbaux du comité central du parti bolchevique*. (Ed. Maspéro), página 283.

Para defender a la URSS, la burocracia deposita sus esperanzas en su habilidad política, en la diplomacia de Litvinov²³, en la alianza militar con Francia y Checoslovaquia, pero no en el proletariado revolucionario. Por el contrario, teme que los obreros franceses y checos puedan asustar a sus nuevos aliados con sus acciones inoportunas. Se marca como tarea frenar la lucha de clases del proletariado en los países “aliados”. Así, la fuente de la traición de Stalin es el conservadurismo nacional de la burocracia soviética, su hostilidad frontal a la revolución proletaria mundial.

Las consecuencias de la traición

Las consecuencias de la traición de Stalin se han traducido inmediatamente en el cínico cambio de política del Partido Comunista Francés, que no lo dirigen jefes escogidos por los obreros franceses, sino agentes de Stalin. Ayer mismo estos señores parloteaban sobre el “derrotismo revolucionario” en caso de guerra. Ahora toman la posición de la “defensa nacional”... en interés de la defensa de la paz. Repiten palabra por palabra las fórmulas de la diplomacia capitalista. ¿Cómo no iba a ser así si todos los bandidos imperialistas están a favor de la paz, concluyen alianzas, aumentan sus ejércitos, fabrican gases tóxicos y cultivan bacterias únicamente “en interés de la paz”? Quien dice: “la alianza francosoviética es una garantía para la paz” asume una responsabilidad no solamente en beneficio del gobierno soviético, sino, también, de la bolsa francesa, de su estado mayor, de los gases y las bacterias de ese estado mayor.

L'Humanité escribe: “El gobierno francés se encuentra *bajo control* de los obreros franceses.” Pero esta es una frase hueca del estilo de los peores demagogos. ¿Dónde y cuándo el proletariado oprimido ha “controlado” la política exterior de su burguesía y los actos de su ejército? ¿Cómo podría hacerlo mientras el poder esté en manos de la burguesía? Para dirigir al ejército hay que derrocar a la burguesía y conquistar el poder. No hay otra vía. Ahora bien, la política de la Internacional Comunista significa el abandono de esta única vía.

Cuando el partido proletario declara que en tiempos de guerra va a “controlar”, es decir apoyar a su militarismo nacional en lugar de derrocarlo, con ello se convierte en un animal amaestrado, en un asno doméstico. Se le puede hambrear, azotar y escupir en la cara que no por ello dejará de llevar la carga del patriotismo. Puede que de vez en cuando rebuzne piadosamente: “¡Por dios, desarmad a las ligas fascistas!” Y en respuesta recibirá un nuevo latigazo. ¡Y lo habrá merecido!

A quién le pertenece la victoria

La Internacional Comunista presentó la entrada de la URSS en la SDN y la firma de la alianza francorrusa como la mayor victoria del proletariado y de la paz. ¿Pero cuál es, entonces, el contenido de esta victoria?

El programa de la Internacional Comunista, adoptado en 1928, dice que “su tarea principal [de la SDN] es detener el aumento ininterrumpido de la crisis revolucionaria y estrangular a la URSS por medio del bloqueo y la guerra”.

²³ El viejo bolchevique Máximo Litvinov fue llamado a la dirección de la diplomacia soviética en 1930. Representó a la URSS en la SDN y en las conferencias internacionales durante todo el período en el que la URSS apoyó la política de “seguridad colectiva” y buscó la alianza con los gobiernos de París y Londres. Fue reemplazado por Molotov en vísperas de la firma del pacto Hitler-Stalin.

Naturalmente, bajo tales condiciones era normal que los representantes de la URSS no entrasen en la SDN, es decir en el estado mayor de la contrarrevolución imperialista mundial.

¿Qué ha cambiado desde entonces? ¿Por qué la URSS ha creído necesario entrar en la SDN? ¿A quién le pertenece aquí la victoria? Los jefes de la Internacional Comunista también engañan en esto a los obreros. La burguesía francesa nunca hubiera concluido un acuerdo con la URSS si siguiera viendo en ella un factor revolucionario. Sólo la extrema debilidad de la revolución mundial ha ofrecido la posibilidad de la inclusión de la URSS en el sistema de los campos imperialistas antagónicos.

Por descontado que si la industria soviética no hubiera alcanzado serios éxitos, si no existiesen ni tanques soviéticos ni aviación soviética, nadie hubiera tenido en cuenta a la URSS. Pero cada uno tiene en cuenta a su manera. Si la URSS hubiera seguido siendo la fortaleza de la revolución mundial, si la Internacional Comunista hubiera lanzado una ofensiva victoriosa, las clases dominantes de Francia, Inglaterra e Italia no hubiesen vacilado en concederle a Hitler plenos poderes para hacerle la guerra a la URSS. Pero en el momento actual, tras la derrota de la revolución en China, Alemania y Austria, después de los éxitos del fascismo en Europa, después de la debacle de la Internacional Comunista y de la transfiguración nacional de la burocracia soviética, la burguesía de Francia, Inglaterra e Italia le responde a Hitler: “¿Por qué correr el riesgo de una cruzada contra la URSS? Sin que sea necesario buscar más lejos, Stalin ya estrangula con éxito a la revolución. Hay que intentar ponerse de acuerdo con él.”

¡El pacto ata a la URSS, pero no a Francia!

La alianza francosoviética no es una garantía de paz (¡qué vil insensatez!) sino una transacción de cara a la *eventualidad de una guerra*. Las ventajas para la URSS de esta transacción son, como mínimo, cuestionables. Francia sólo está “obligada” a acudir en ayuda de la URSS si sus aliados de Locarno, es decir Inglaterra e Italia, están de acuerdo. Eso quiere decir que en caso que el imperialismo francés creyese más ventajoso ponerse de acuerdo en el último momento con Hitler, a costa de la URSS, Inglaterra e Italia siempre le ayudarían a “legalizar” esta “traición”. *L’Humanité* mantiene un cuidadoso silencio sobre esta válvula de seguridad del pacto. Sin embargo, todo radica en esa válvula. ¡El pacto ata a la URSS pero no ata a Francia!

¿Qué deben hacer los diputados socialistas y comunistas?

Admitamos, sin embargo, que tras todos sus errores y todos sus crímenes la burocracia soviética no podía hacer otra cosa más que concluir esta alianza militar ambigua e incierta con Francia. En ese caso el gobierno soviético no tendría más que reconducir el pacto Stalin-Laval. Pero en Francia la cuestión es completamente diferente. El proletariado francés no debe permitirle a su burguesía ocultarse tras la burocracia soviética. Después de la firma del pacto, los objetivos imperialistas franceses siguen siendo los mismos que antes: afirmar los antiguos bandidajes, preparar otros nuevos, facilitar la nueva movilización del pueblo francés y utilizar la sangre del proletariado soviético. Si los diputados comunistas y socialistas votan en el parlamento la alianza francosoviética, ¡otra vez más se manifestarán como traidores al proletariado!

La lucha contra la guerra es inconcebible sin la lucha contra el propio imperialismo. La lucha contra el imperialismo es inconcebible sin lucha contra sus

agentes y aliados reformistas y estalinistas. Se necesita una implacable depuración de las organizaciones obreras, políticas y sindicales, de los socialpatriotas a la clase obrera sea cual sea su nombre: Léon Blum o Thorez, Jouhaux o Monmousseau.

El papel de los bolchevique-leninistas del partido socialista

Sólo un agrupamiento defiende en Francia honesta, consecuente y valientemente los principios de la revolución proletaria: es el grupo bolchevique-leninista del partido socialista. Su órgano es el semanario *La Vérité*. Cada obrero que reflexione debe conocer ese periódico.

Los bolchevique-leninistas han definido clara y exactamente las tareas del proletariado en la lucha contra la guerra en su folleto especial *La IV Internacional y la guerra*. Conocer ese folleto y discutir en profundidad las cuestiones que en él se plantean es también el deber inmediato de cada proletario de vanguardia, deber hacia sí mismo y hacia su clase.

La traición de los estalinistas, viniendo a unirse a la vieja traición de los reformistas, exige una renovación completa de todas las organizaciones proletarias. Es necesario un nuevo partido revolucionario. Es precisa una nueva internacional: ¡la IV! El contenido de la actividad de la organización internacional de los bolchevique-leninistas es servir a esa gran tarea histórica.

Los motivos del odio de la burocracia a los trotskystas

La traición de Stalin no fue para nosotros una cosa inesperada. La habíamos predicho desde 1924, cuando la burocracia soviética renegó de la teoría de Marx y Lenin a favor de la teoría del “socialismo en un solo país”. Los intrigantes y los filisteos decían que nuestra lucha contra Stalin era una lucha “personal”. En el presente, incluso los ciegos deben convencerse de que esa lucha se lleva en nombre de los principios fundamentales del internacionalismo y de la revolución. En el curso de los últimos años hemos dicho centenares de veces: “Raspad a un estalinista y descubriréis a un oportunista”. Ahora ya no es necesario raspar. Los estalinistas ocupan de hecho la extrema derecha del movimiento obrero y, como siguen cubriéndose con la autoridad de la revolución de octubre, son infinitamente más nocivos que los antiguos oportunistas tradicionales.

El odio de los estalinistas contra los “bolchevique-leninistas” (“trotskystas”) es el odio del burócrata conservador contra el verdadero revolucionario. La burocracia, temerosa por su poder e ingresos, no se detiene ante ninguna baja ni ninguna canallada en la lucha contra los bolchevique-leninistas.

Antes de cometer abiertamente su última traición, Stalin organizó un nuevo pogromo (el centésimo) contra el ala izquierda en la URSS. Puso en escena toda una serie de seudoprocursos contra los opositores, ocultando sus verdaderas opiniones y atribuyéndoles actos que jamás han cometido. Por ejemplo, el antiguo presidente de la Internacional Comunista, Zinóviev, ha sido condenado a diez años de prisión por el único motivo que, tras una serie de dudas y arrepentimientos, se ha visto llevado a reconocer el carácter funesto de la política del estalinismo²⁴.

²⁴ Se trata del primer proceso contra Zinóviev, del 15 al 18 de enero de 1935, celebrado a puerta cerrada y en el que el antiguo lugarteniente de Lenin habría reconocido, según el fiscal Vychinski, su

Mediante un provocador, la burocracia soviética ha intentado mezclarme en el proceso de los terroristas que han matado a Kirov. Stalin arrestó a principios de este año a mi hijo, joven científico, trabajador soviético leal, que no participaba en ninguna lucha política²⁵. El objetivo del arresto era ejercer un implacable terror no solamente contra los bolchevique-leninistas, sino, también, contra los miembros de sus familias.

La burocracia no tiene piedad cuando ve aproximarse una amenaza contra su dominación y privilegios. En este dominio, los estalinistas encuentran constantemente la ayuda de la policía capitalista del mundo entero.

La fracción de Stalin en el partido socialista

Muy recientemente, en el mes de abril, Stalin envió a París a los dirigentes de las juventudes comunistas rusas para convencer a la juventud revolucionaria francesa para que adopte la posición socialpatriota²⁶. Esos jóvenes burócratas han organizado en el interior del partido socialista una fracción estalinista especial cuya consigna es: ¡“expulsión de los trotskistas”! Inútil es añadir que para hacer ese trabajo de desagregación la camarilla estalinista no ha ahorrado, ni ahorra, en medios financieros: aunque es pobre en ideas no le faltan las divisas²⁷.

Pero los revolucionarios no ceden bajo los golpes del terror. Por el contrario, responden redoblando la ofensiva. *El estalinismo es ahora la principal llaga del movimiento obrero mundial*. Esa llaga hay que extirparla, suprimirla, sanarla con hierro candente. Hay que reunir de nuevo al proletariado bajo la bandera de Marx y Lenin.

Queridos camaradas,

Estoy lejos de haber dicho todo lo que os quería decir y como lo quería hacer. Pero me veo obligado a detenerme: de un momento a otro debe venir un policía para llevarme a la frontera francesa junto a mi esposa, fiel compañera de mi lucha y peregrinaciones. Parto animado por un profundo amor hacia el pueblo francés y una

“responsabilidad moral” en el atentado contra Kirov. Después, de las revelaciones de Kruschev pusieron al descubierto la hipótesis avanzada por Trotsky según la cual la pista de los verdaderos asesinos de Kirov sólo podía llevar a Stalin en persona.

²⁵ Serge Sedov había sido arrestado a fines de diciembre-principios de enero. Ver los detalles al respecto en el *Diario de exilio*, en el día 1 de junio. Apolítico por hostilidad hacia su padre, Serge Sedov no lo siguió al exilio y se consagró a sus estudios científicos. Trotsky ya no sabría nada más sobre qué suerte corrió. La revista *La IVè Internationale* (nº 10) ha publicado en julio de 1960 el testimonio (digno de fe) de un comunista extranjero liberado tras la muerte de Stalin, que firma P. Richards. Éste habría visto a Serge Sedov en Vorkuta a principios de 1936 cuando, condenado por primera vez a cinco años de prisión, se le había llamado a Moscú para una “nueva instrucción”. Es verosímil que durante el otoño de 1937 Serge Sedov fuese ejecutado en secreto sin haber aceptado declarar contra su padre, declaración que muy verosímilmente se le trataba de arrancar.

²⁶ Fred Zeller y Béranger, dirigentes de la Entente de las Juventudes Socialistas se habían reunido secretamente en París a fines de abril de 1936 con Kosarev y Chemodanov, dirigentes de las juventudes comunistas rusas, en presencia de Raymond Guyot. Los rusos habían presionado para que las Juventudes Socialistas de Francia aceptasen alinearse con la nueva política de Moscú, política que pasaba por el refuerzo de la defensa nacional en París (*La Vérité*, 29 de abril de 1935 y 15 de agosto de 1947).

²⁷ Fred Zeller acusó a Chemodanov de hacerle esta propuesta: “necesitáis constituir una fracción sólida en el interior de la JS. Os daremos todo lo que os haga falta para lograrlo.” La operación que se intentó en Francia fracasaría. Por el contrario, en España, la fusión de la JS y de la JC, llevada a cabo en un contexto parecido, llevó a la constitución de la Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) que durante la guerra constituyeron uno de los basamentos de la influencia estalinista. Santiago Carrillo, el secretario de la JS de España, que pasaba por trotskista en 1935, más tarde se uniría al estalinismo y se convertiría en Secretario General del Partido Comunista Español.

inextirpable fe en el gran futuro del proletariado francés; pero con una aversión tan profunda e inextirpable hacia la hipocresía, crudeza y ferocidad del imperialismo francés.

Tengo fe en que el pueblo trabajador, tarde o temprano, me ofrecerá la hospitalidad que me niega la burguesía. Mi mayor alegría sería ver al proletariado francés darme, en un futuro cercano, la posibilidad de participar en sus luchas decisivas.

¡Obreros y obreras de Francia! ¡Durante tanto tiempo como me lo permitan mis fuerzas físicas estaré presto, no importa en qué momento, para responder con la palabra y los actos a vuestro llamamiento revolucionario!

Permitidme, pues, estrecharos fraternalmente la mano y acabar la carta con este grito, grito que ha guiado mis pensamientos y actos desde hace casi cuarenta años:

¡Viva la revolución proletaria mundial!

L. Trotsky
10 de junio de 1935

Es necesario un nuevo giro²⁸

10 de junio de 1935

Al Secretariado Internacional²⁹

Estimados camaradas:

Evidentemente estamos entrando en una nueva etapa. Dos acontecimientos la determinan: el desarrollo de nuestra sección en Francia y el nuevo giro de la Comintern.

1. Ahora los hechos objetivos demuestran que nuestra entrada a la SFIO fue correcta. Gracias a ella nuestra sección se convirtió de un grupo propagandístico en un factor revolucionario de primer orden. Nadie osará afirmar que nuestro grupo, al adaptarse al nuevo ambiente, se ablandó, se hizo más moderado u oportunista. Todo lo contrario. Podemos asegurar con certeza que el grupo bolchevique leninista de Francia supera en la actualidad a todas las demás secciones por la precisión revolucionaria de sus consignas y el carácter ofensivo de toda su actividad política. Los camaradas que se oponían al entrismo tendrían que reconocer ahora que se equivocaron. Es indiscutible el peligro que entraña un cambio como ése, pero no menos indiscutible es que los hechos demostraron que, teniendo en cuenta el temple de nuestros cuadros y el control de nuestra organización internacional, tenemos que recurrir a cambios muy audaces para salir de nuestro aislamiento y penetrar en las masas. Vereecken y los otros que se opusieron violentamente a la entrada probaron con su posición no haber entendido suficientemente las inestimables ventajas que se derivan de nuestra educación bolchevique y de nuestra organización centralizada. Si ahora, después de la experiencia, siguen repitiendo sus abstractos argumentos, caerán en el ridículo. Si es que aún se los puede salvar, el mejor consejo que podemos darles es que tomen conciencia de sus errores y vuelvan a nuestras filas.

2. La decisiva traición de Stalin y su pandilla de la Comintern nos abre grandes posibilidades, tanto dentro de la misma Comintern como en todas las organizaciones obreras, especialmente en los sindicatos. Hasta hace muy poco, cada nueva etapa en la radicalización de las masas implicaba inevitablemente un acercamiento de ellas a los estalinistas. Precisamente ésta era la causa de nuestro aislamiento y de nuestra debilidad. Ir hacia la izquierda significaba ir hacia Moscú, y se nos veía como un obstáculo en este sentido. Hoy Moscú significa apoyar al imperialismo en Francia,

²⁸ Tomado de “Es necesario un nuevo giro”, en *Escritos*, Editorial Pluma, Tomo VI, Volumen 2, Bogotá, 1976, páginas 477-481; también para las notas.

²⁹ El 9 de junio de 1935, la noche antes de que se escribiera esta carta, la SFIO inauguró su trigésimo segundo congreso nacional en Mulhouse, el primero desde la entrada de los bolcheviques leninistas. La carta demuestra que Trotsky opinaba que el giro francés ya había cumplido su función. Preveía en ese momento un reagrupamiento para la construcción de un partido revolucionario independiente, capaz de aprovechar plenamente el último y drástico giro a la derecha de la Comintern. No todos los dirigentes del GBL compartían esta opinión; algunos pensaban que había que permanecer indefinidamente dentro de la SFIO. Los sacudió el congreso de Mulhouse, en el que hubo 2.025 votos por la mayoría (reformista), 777 por Batalla Socialista (centrista) y 105 por los bolcheviques leninistas. Los dirigentes reformistas, que controlaban firmemente, pronto empezaron a expulsar de la SFIO a los izquierdistas y a la Juventud Socialista. La posición que Trotsky explica en esta carta fue asumida antes de las expulsiones.

Checoslovaquia, etcétera. Para nosotros ya no se trata de discutir las sutilezas de la teoría del socialismo en un solo país o de la revolución permanente sino de plantear directamente esta cuestión: ¿somos los esclavos voluntarios de nuestro propio imperialismo o sus enemigos mortales? Aun si no se da tan rápido como sería necesaria, la diferenciación dentro del partido comunista (aunque tenemos que esperar catastróficas rebeliones, sobre todo si sabemos cómo intervenir), la afluencia elemental de las masas hacia él disminuirá inevitablemente o incluso se detendrá.

Los últimos éxitos electorales del PC Francés de ninguna manera invalidan esta afirmación. Las masas no tuvieron tiempo suficiente para asimilar la traición estalinista, aun en sus aspectos más generales. Todavía produce su efecto la inercia de ayer, pero el estalinismo está corroído por todos lados. Se caerá a pedazos. Muy pronto apareceremos ante las masas como la única posibilidad revolucionaria. En esta situación la consigna por la Cuarta Internacional asume una importancia excepcional.

3. Las mismas circunstancias demuestran la necesidad de la lucha implacable que emprendimos contra el SAP después de dos años de negociaciones, intentos de acercamientos, dudas, etcétera. Los señores del SAP se revelaron como nuestros irreconciliables y pérfidos enemigos. Rondan a nuestro alrededor, nos roban las ideas y consignas mellando sus aristas revolucionarias y desparramando insinuaciones de que somos sectarios chapuceros, cerrados; no hay nada que hacer con nosotros, pese a la aparente corrección de nuestras ideas. El hecho de que Bauer se haya puesto de su lado les proporcionó un argumento de peso, sobre todo teniendo en cuenta que nuestra sección alemana no es tan intransigente como debiera con la gente del SAP. Cuanto más flexible, multifacética y sobre todo audaz sea nuestra política de penetración en las organizaciones de masas, tanto más intransigente debe ser nuestra política general, más agresiva hacia todas las ideologías centristas, estén ya cristalizadas o en formación. Hay que oponer sin equívocos las banderas de la Cuarta Internacional a todas las demás.

4. La preparación del Congreso de Mulhouse (que se inauguró hoy, en el momento en que se escriben estas líneas) fue un notable entrenamiento para nuestra sección francesa y para toda nuestra organización internacional.

La lucha giró alrededor de tres mociones: la de la derecha, la centrista y la nuestra. Nuestros camaradas, numéricamente débiles como son, ganaron votos y simpatizantes en todos los distritos en los que opusieron firmemente nuestra resolución a las otras dos, obligando al mismo tiempo a los centristas a alejarse un poco de la derecha para no perder toda su influencia. Por otro lado, en los pocos casos en que nuestros camaradas cometieron el grave error de entrar en componendas con los centristas no ganaron nada para nuestra tendencia y al mismo tiempo empujaron a los centristas a la derecha.

Estas experiencias nos dan la clave de cuál debe ser nuestra política en esta etapa; entrar en componendas con los dirigentes del SAP, de la IAG (Buró de Londres-Ámsterdam), etcétera, implica perder nuestra identidad, comprometer las banderas de la Cuarta Internacional y contribuir al desarrollo de diversas corrientes centristas en el torrente revolucionario. En lo que hace a la propia sección francesa, el Congreso de Mulhouse implica, o debería implicar, el comienzo de una nueva etapa. La SFIO no sólo no es un partido revolucionario sino ni siquiera es proletario. Es pequeñoburgués por su política y también por su composición social. Este partido nos abrió algunas posibilidades, y fue correcto formularlas y utilizarlas. Pero son posibilidades limitadas. El Congreso de Mulhouse y su consiguiente repercusión limitará materialmente, aún más, estas posibilidades. El prestigio ganado por el grupo bolchevique leninista tiene que transformarse esclareciendo a los obreros. Pero éstos están fundamentalmente fuera del PS, en el PC, en las organizaciones sindicales o en ninguna organización. El grupo

bolchevique leninista *tiene que saber efectuar un nuevo giro*, consecuencia lógica de la etapa anterior. Sin hacer, por supuesto, ninguna concesión, hay que concentrar las nueve décimas partes de las fuerzas en denunciar la traición estalinista.

5. La lucha de las distintas tendencias contra nosotros coincide hoy en día casi totalmente con el adoctrinamiento ideológico en favor de la nueva guerra imperialista. La oposición a la guerra debe significar cada vez en mayor medida simpatizar con la Cuarta Internacional. La condición para lograrlo es la lucha implacable contra la menor concesión a la teoría de la defensa nacional. El inevitable reagrupamiento en las distintas organizaciones obreras (partido comunista, sindicatos, etcétera) tiene que abrirnos el camino hacia las masas trabajadoras. Es necesario orientarnos en esta dirección con toda la independencia que haga falta. Este reagrupamiento puede resultar en la *creación de un partido revolucionario* en un lapso determinado bastante próximo.

6. Es absolutamente esencial acelerar el trabajo preparatorio de la Cuarta Internacional. Los elementos revolucionarios que se separen durante el reagrupamiento general dentro de la clase obrera tienen que contar con la posibilidad de unirse directamente a una organización internacional que se apoye en toda la experiencia de las luchas revolucionarias.

CruX. [León Trotsky]

A los jóvenes comunistas y socialistas que quieren pensar³⁰

22 de julio de 1935

Actualmente la juventud siente honda preocupación por el peligro de guerra. Y con razón. Son sus cabezas las que están en juego.

Los marxistas revolucionarios repudiamos totalmente las prescripciones antibélicas de los dirigentes de las internacionales segunda y tercera. Predican el “desarme” y la “concordia” por intermedio de la Liga de las Naciones. Esto significa que creen en la posibilidad de cambiar la *naturaleza* del capitalismo mediante reformas pacíficas, dado que la lucha armada entre los estados capitalistas es tan inherente a su naturaleza como lo es la competencia entre los capitalistas individuales o sus trusts. Hay personas que se autotitulan socialistas o comunistas y caracterizan al estado capitalista como estructura imperialista de cabo a rabo, pero a la vez creen en la *Liga de las Naciones*, es decir, el mercado de valores de los estados imperialistas.

Para los marxistas, la lucha contra la guerra coincide con la lucha contra el imperialismo. Esta lucha no se libra mediante el “desarme” sino mediante el armamento del proletariado para el derrocamiento revolucionario de la burguesía y la instauración de un estado obrero. ¡Nuestra consigna no es la Liga de las Naciones sino los Estados Unidos Soviéticos de Europa y el mundo entero!

Hoy vemos en Francia, a los reformistas y a los autotitulados “comunistas” (que en realidad no son sino estalinistas) aliándose con los radicales con el propósito ostensible de combatir la guerra y el fascismo. ¿Quiénes son los radicales? Un partido imperialista en su totalidad que representa al Tratado de Versalles y al imperio colonial francés.³¹ ¿Cómo se puede dirigir la lucha contra la guerra imperialista en alianza con un partido imperialista?

Lógicamente, los radicales se pronuncian en favor de la paz. También Hitler trata de lograr la paz con el sudor de su frente. Todos son partidarios de la paz: los curas, los banqueros, los generales. ¿Pero, qué significa el pacifismo de los gobiernos y partidos burgueses? Hipocresía vil. Cualquier ladrón prefiere, cuando es posible, robar el monedero de su víctima por medios “pacíficos”, sin quitarle la vida. A Mussolini le gustaría, naturalmente, anexionar a Etiopía “pacíficamente”, esto es, sin los gastos y sacrificios de la guerra. A Inglaterra y Francia les gustaría poder gozar de su saqueo “en paz”. Pero, ¡ay de quien los moleste! Ese es el significado del amor de los capitalistas por la paz.

El pacifismo pequeñoburgués es, por regla general, sincero; pero justamente por ello es tanto más ciego e impotente, ya que en esencia no es sino la confianza que depositan los campesinos y los pequeños comerciantes en la posibilidad de *mejorar* a

³⁰ Tomado de “A los jóvenes socialistas y comunistas que quieren pensar”, en *Escritos*, Tomo VII, Volumen I, Editorial Pluma, Bogotá, 1979, páginas 64-70; también para las notas.

³¹ El Tratado de Versalles: impuesto por las potencias victoriosas de la Primera Guerra Mundial. Los países derrotados debían pagar fuertes indemnizaciones.

las clases dominantes, *desarmar* a los grandes bandidos capitalistas e *inducirlos* a coexistir en forma pacífica. Pero a pesar de sus buenas intenciones, el pacifismo pequeñoburgués se vuelve un opio que sirve a los capitalistas para adormecer a las masas en el momento oportuno y convertirlas en carne de cañón. Acusamos a los líderes de las internacionales segunda y tercera de ayudar al capitalismo, mediante su cháchara disparatada, a preparar una nueva matanza mundial. Ante una nueva guerra, en la mayoría de los casos, los reformistas y estalinistas tomarán partido por sus gobiernos, especialmente en Francia, Bélgica y Checoslovaquia. Quien desee realmente luchar contra la guerra debe hablarle al pueblo con claridad, debe reunir a los combatientes bajo una bandera revolucionaria, bajo la bandera de la Cuarta Internacional.

Entre las dos viejas “internacionales” (que en realidad ya no lo son) y nosotros, campeones de la Cuarta Internacional, existen muchas fracciones y grupos intermedios que denominamos centristas.

Esta denominación, a diferencia de lo que suponen muchos ingenuos, no es un insulto, sino un término estrictamente científico. Llamamos centristas a las corrientes que oscilan entre el marxismo (internacionalismo) y el reformismo (patriotismo), pero que por su propia naturaleza tienden a gravitar hacia el reformismo. El grupo francés *Bataille Socialiste*, de carácter centrista, se declara por la defensa de la patria combinándolo con el culto al pacifismo (Zyromsky) mientras tolera en su ala izquierda un vago internacionalismo (Pivert)³². Corrientes de este tipo se encuentran en numerosos países. En este período podemos presentar con toda justicia al Partido Socialista Obrero (SAP) alemán como ejemplo de centrismo. El SAP no es en absoluto una organización de masas. Pero agrupa a buen número de viejos funcionarios partidarios y sindicales exiliados, desparramados en varios países. Muchos de ellos son bastante diestros en el trabajo práctico y poseen cierta educación teórica, pero su actividad jamás trasciende las concepciones centristas. Por eso están contra la Cuarta Internacional. Por eso combaten a los partidos y organizaciones que se agrupan bajo la bandera de la Cuarta Internacional. Por eso miran hacia la derecha en busca de amigos mientras arrojan sus dardos contra la izquierda.

De tanto en tanto llegan a declarar que en realidad no están en contra de la Cuarta Internacional como tal, pero que la consideran *inoportuna*. Esta objeción, empero, carece por completo de contenido. El problema no es matemático sino político, y el factor tiempo adquiere una importancia secundaria. Tampoco el socialismo es “oportuno” mientras no estemos en situación de realizarlo. Pero lo hemos inscrito en nuestra bandera y la desplegamos abiertamente ante las masas. Apenas nos convenzamos de que la lucha contra la guerra y por el socialismo requiere la consolidación revolucionaria de la vanguardia proletaria sobre la base de un programa nuevo, debemos poner manos a la obra de inmediato.

Quienquiera que hoy, como el SAP, se oponga a la Cuarta Internacional, a sus defensores y constructores, demuestra con ello que, consciente o inconscientemente, quiere dejarle una puerta abierta a los reformistas y a los patriotas. Para los ingenuos, está afirmación podría resultar “sectaria” o inclusive “calumniosa”. Sin embargo, la posición más reciente, y absolutamente antimarxista, del SAP referente a la cuestión de

³² El grupo *Bataille Socialiste*: ala izquierda de la SFIO durante muchos años. Se dividió a su vez en un ala derecha dirigida por Jean Zyromsky (1890-1975) y un ala izquierda dirigida por Marceau Pivert (1895-1958). Zyromsky abogaba por la “unidad orgánica” con el PC a mediados de la década del treinta e ingresó a éste después de la Segunda Guerra Mundial. Pivert organizó el grupo Izquierda Revolucionaria en 1935, pero no rompió con la SFIO, siendo asesor de León Blum en su carácter de primer ministro del gobierno del Frente Popular en 1936. En 1937 se exigió la disolución del grupo; en 1938 rompió con la SFIO para fundar el PSOP (Partido Socialista Obrero y Campesino). Después de la Segunda Guerra Mundial volvió a la SFIO.

la guerra confirma nuestra posición en forma irrefutable. Quien no haya leído la famosa resolución del SAP acerca de la “lucha por la paz” debe, ciertamente, procurársela y aprender ciertos pasajes de memoria. Las frases altisonantes acerca de la revolución socialista y la dictadura del proletariado no pueden alterar el carácter verdadero, es decir, pacifista, de la posición del SAP, que propone agrupar a “todas las fuerzas” partidarias del desarme y de la paz para formar con este fin un “comité amplio”. Quien proclame que los imperialistas (bajo la “presión” de las masas) pueden desarmarse pacíficamente, está negando la necesidad de la revolución proletaria. En efecto: ¿qué clase de revolución podemos librar contra una *burguesía desarmada*? Existe una innegable relación entre el pacifismo en la política interna y el pacifismo en la política externa. Por más que nos jure solemnemente que es un materialista, el hombre que acude a la iglesia en Pascuas sigue siendo para nosotros una miserable víctima de la curia. Quien combine frases sobre la revolución social con la agitación por el desarme pacifista no es un revolucionario proletario sino una miserable víctima del prejuicio pequeñoburgués.

Se nos suele decir: ¿caso no existen en el SAP y en otras organizaciones similares, obreros revolucionarios abnegados a los que no debemos alejar de nosotros? Este argumento no viene al caso. Es muy probable (casi seguro) que en el SAP y en otras organizaciones similares existan obreros que no estén satisfechos con la política vacilante y ambigua de sus dirigentes. Pero la mejor manera de ayudar a estos elementos capaces de evolucionar consiste en desenmascarar implacablemente la política falsa de sus dirigentes.

Al principio, hasta los elementos más avanzados son tomados por sorpresa. Sin embargo, la crítica penetra en sus mentes. Luego se producen nuevos hechos que avalan nuestra crítica. Por último el obrero revolucionario honesto se dice los leninistas tienen razón, debo unirme a ellos. Así ha sido siempre el desarrollo del partido revolucionario. Así será en esta ocasión.

¡Jóvenes camaradas y amigos! Nuestra lucha contra todo lo que sea ambigüedad y confusión no se deriva del odio “fanático” ni, menos aún, de la enemistad personal. Nuestra época sombría siente poco respeto por el sentimentalismo, la consideración personal y otras bellas cosas por el estilo. Exige un *programa correcto* y una *voluntad de hierro* para alcanzar el triunfo. Ante las masas que buscan una dirección revolucionaria debemos desplegar la mayor paciencia y consideración. Cien veces, mil veces, debemos explicarles los principios revolucionarios mediante sus experiencias cotidianas. Pero a quienes se presentan ante las masas como dirigentes, desplegando su propia bandera, se les deben plantear las exigencias más estrictas. La primera es la *claridad*.

Los vacilantes, los confundidos, los centristas, los pacifistas vegetan durante largos años, publican periódicos, realizan conferencias y también, inclusive, logran éxitos organizativos temporales. Pero los grandes virajes históricos (guerras, revoluciones) los derriban como si fueran castillos de naipes. En cambio, las organizaciones que han alcanzado la auténtica claridad y conciencia revolucionarias desarrollan su mayor fuerza en épocas de crisis histórica. Entonces el filisteo se asombra y el filisteo de izquierda se regocija, pero sin comprender que el “milagro” de los éxitos sólo fue posible gracias a un trabajo de preparación prolongado y paciente y que la mejor herramienta para ese trabajo fue la intransigencia marxista.

En toda gran lucha ideológica vuelan chispas y astillas. Los centristas tienen la costumbre de utilizar este mísero material para desviar la atención de las cuestiones importantes y decisivas. Los obreros jóvenes que quieren pensar deben aprender a despreciar el chismorrerío malicioso e impotente de los centristas ¡Debéis estudiar los

problemas exhaustivamente! Las cuestiones más importantes para formar a los revolucionarios proletarios en la actualidad son las posiciones respecto de la guerra y de la Cuarta Internacional. ¡Debéis plantearos estos problemas en toda su magnitud! Hace más de un año los bolchevique-leninistas publicamos el folleto, *La guerra y la Cuarta Internacional*. Conocer bien este documento programático es el primer deber de todo revolucionario que quiera tomar posición. No perdáis el tiempo; estudiad; reflexionad; discutid honestamente; ¡luchad incesantemente por la claridad revolucionaria!

Con saludos fraternales,

L. Trotsky

“Etiquetas” y “números”³³

7 de agosto de 1935

A propósito de la carta de Marceau Pivert a los camaradas afectados por la conferencia nacional de las Juventudes Socialistas de Lille

La carta de Marceau Pivert sobre las exclusiones de los jefes de la Juventud Revolucionaria del Sena³⁴, a pesar de sus loables intenciones, contiene cierto número de ideas inexactas que, en su desarrollo, pueden llevar a serios errores. Prevenir a los jóvenes camaradas contra esos errores es el verdadero deber de un marxista.

El mismo Pivert acusa a nuestros amigos de cometer un gran “error psicológico” al tomar el nombre de bolchevique-leninistas porque el “bolchevismo inicial”, según Pivert, negaba la estructura democrática del partido, la igualdad (¿?) para todas las tendencias, etc., con el mismo nombre, los bolchevique-leninistas le dan a la burocracia del partido un arma contra ellos mismos. Con otras palabras, el “error psicológico” consiste en una adaptación insuficiente a la psicología de la burocracia del partido.

Este juicio de Pivert representa un “error político” muy serio, y también una serie de errores. No es cierto que el “bolchevismo inicial” negase la estructura democrática del partido. Planteo la afirmación completamente contraria: ni ha habido ni hay partido más democrático que el de Lenin. Ese partido se había formado desde abajo. Solo dependía de los obreros avanzados. No conocía la dictadura disimulada, enmascarada, pero por ello mismo más nefasta, de los “amigos” burgueses del proletariado, de los parlamentarios carreristas, de los alcaldes especuladores, de los periodistas de salón, de

³³ Tomado de “‘Etiquetas’ y ‘números’”, en Edicions Internacionals Sedov-Trotsky inédito en internet y en castellano.

³⁴ Marceau Pivert, en una carta a los excluidos, publicada, por otra parte, en el mismo número de *la Vérité* que el artículo de Trotsky, se declaraba solidario con ellos. En el fondo declaraba: “Bajo ningún pretexto [...] el partido debe prestarse a propagar la idea de la aceptación de la guerra. Si este es el verdadero motivo de vuestra exclusión, que se diga franca y abiertamente. Nosotros, adultos que hemos conservado en nuestras discusiones de tendencias un carácter cortés, incluso de fraternidad que no lamentamos, nosotros sacaremos las consecuencias inevitables. Comprenderemos que será necesario luchar de forma distinta a la esgrima contra adversarios de tendencia que quieren expulsarnos de la comunidad socialista antes de arrastrar posiblemente al proletariado a una nueva guerra.” Sin embargo añadía que los autores de la exclusión, ese “gesto de escisión”, habían “utilizado los errores”, asido el “arma tendida” por los mismos revolucionarios. Bajo su etiqueta de bolcheviques-leninistas, señalaba: “Si sois fieles al bolchevismo inicial, no aceptéis la estructura democrática del partido, la igualdad para todas las tendencias y para todos los militantes”. Describía al partido “dirigido” contra el miedo a la “infiltración”, les pedía a los B-L que insistieran en la lealtad de sus intenciones y les sugería: “Y si, para que podáis obtener satisfacción, debe retirarse de la circulación incluso la etiqueta bolchevique-leninista o trotskysta, estoy seguro que no temeréis cambiarla [...]. Lo esencial no es llevar en el ombligo la *etiqueta* de un nombre prestigioso sino aplicarse en seguir las enseñanzas que ello comporta.” Afirmaba el derecho de esos militantes y de los jóvenes a apreciar el actual estado de las dos internacionales y que era mejor esperar, con o sin cambio de *número*”. Trotsky construirá su demostración sobre el empleo de los términos “etiqueta” y “número”. La publicación de este artículo en *la Vérité*, órgano de una tendencia de la SFIO, le iba a dar a Faure, secretario general de la SFIO, un argumento más a favor de la exclusión de los colaboradores del diario.

toda esta hermandad parasitaria que le permite a la base del partido hablar “libremente”, “democráticamente” pero que se mantiene a sí misma con tenacidad en el aparato y, al fin de cuentas, hace lo que quiere. Este género de “democracia” en el partido no es otra cosa más que una copia del estado democrático-burgués, que también le permite al pueblo hablar “libremente” para después dejarle el poder a un puñado de capitalistas. Pivert comete un gran error político idealizando y embelleciendo la “democracia” hipócrita y mentirosa de la SFIO que, de hecho, frena y paraliza la educación revolucionaria de los obreros ahogando las voces con el coro de los consejeros municipales, parlamentarios y otros que están impregnados hasta la médula por los intereses pequeño burgueses egoístas y por los prejuicios reaccionarios. La tarea del revolucionario, incluso si la marcha del desarrollo le obliga a trabajar en la misma organización que los reformistas, esos explotadores políticos del proletariado, no consiste en adquirir la actitud del protegido y hacer suya la de la falsa amistad de esos agentes de la burguesía sino en oponerse ante las masas lo más claramente, lo más ásperamente, lo más implacablemente posible, a los oportunistas, a los patriotas, a los “socialistas” completamente burgueses. Quienes escogerán y zanjarán no serán, a fin de cuentas, los Blum y Zyromski sino las masas, los millones de explotados. Hay que alinearse con ellos, para ellos es preciso construir un partido. La desgracia de Pivert es que hasta ahora no ha roto el cordón umbilical que le liga al pequeño mundo de los Blum y los Zyromski³⁵. A cada nueva ocasión, mira a sus “amigos” y les toma el pulso con inquietud ¡Y les reclama a los bolchevique-leninistas esta política falsa, ilusoria, no realista! Parece ser que éstos deben renunciar a su propio nombre. ¿Por qué? ¿Asusta ese nombre a los obreros? Por el contrario. Si los pretendidos “comunistas”, a pesar de todas las traiciones y todos los crímenes que han cometido, retienen bajo su bandera a una parte importante del proletariado es únicamente porque se presentan ante las masas como los portadores de las tradiciones de la Revolución de Octubre. Los obreros no temen ni al bolchevismo ni al leninismo. Solamente preguntan (y hacen bien): ¿Son verdaderos o falsos bolcheviques?” El deber de los revolucionarios proletarios consecuentes no es renunciar al nombre de bolcheviques sino mostrarle en los hechos su bolchevismo a las masas, es decir el espíritu revolucionario consecuente y la absoluta dedicación a la causa de los oprimidos.

Pero, insiste Pivert ¿para qué pegarse en el ombligo una etiqueta (¿?) en lugar de “seguir las enseñanzas que ésta comporta?” Pero el mismo Pivert lleva la “etiqueta” de socialista. En el dominio de la política, igual que en los otros dominios de la actividad humana, es imposible obrar sin “etiquetas”, es decir sin denominaciones y calificativos lo más precisos posible. El nombre de “socialista” no solamente es insuficiente sino completamente engañoso pues en Francia se llaman “socialistas” todos aquellos a los que les apetece. Con su nombre, los bolchevique-leninistas le dicen a todos y a cada uno que su teoría es el “marxismo”, que no es el “marxismo” desnaturalizado y prostituido de los reformistas (a lo Paul Faure, Jean Longuet, Séverac, etc.) sino el verdadero marxismo restaurado por Lenin y aplicado por él a las cuestiones fundamentales de la época del imperialismo; que se apoyan en la experiencia de la Revolución de Octubre, desarrollada en las decisiones de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista; que son solidarios con el trabajo teórico y político llevado a cabo por la “Oposición de Izquierda” de la Internacional Comunista (1923-1932); por fin, que se

³⁵ Todavía en 1938, un año después de la disolución de la Izquierda Revolucionaria, después de la intervención de la policía dirigida por el SFIO Marx Dormoy, en Clichy, donde un militante de la IR [GR] había resultado muerto, Pivert escribía aún: “Para nosotros, el partido revolucionario está completamente construido. Es el Partido Socialista. Pero con la condición que se mantenga fiel a sus principios de lucha de clases y de libertad.”

alinean bajo la bandera de la IV Internacional. En política el “nombre” es la “bandera”. Quien hoy en día renuncia al nombre revolucionario para darles gusto a León Blum y consortes, quien hace eso, renunciará también fácilmente a la bandera roja en favor de la tricolor³⁶.

Pivert proclama el derecho de todo socialista a esperar una mejor Internacional (“con o sin cambio de número”). Esta ironía un poco fuera de lugar sobre el “número” representa un error político del mismo tipo que la ironía sobre la “etiqueta”. Políticamente, la cuestión se plantea así: ¿el proletariado mundial puede llegar a luchar con éxito contra la guerra, el fascismo, el capitalismo, bajo la dirección reformista o de los estalinistas (es decir de la diplomacia soviética)? Respondemos: no puede. La II y la III internacionales han agotado su contenido y se han convertido en obstáculos en la vía revolucionaria. “reformularlas” es imposible pues toda su dirección es radicalmente hostil a las tareas y métodos de la revolución proletaria. Quien no haya comprendido hasta el final el hundimiento de las dos internacionales no puede levantar la bandera de la Nueva Internacional. ¿“Con o sin cambios de número”? Esta frase carece de sentido. Las tres antiguas internacionales no fueron numeradas por azar. Cada “número” se corresponde con una época determinada, con un programa y métodos de acción. La Nueva Internacional no debe ser la suma de dos cadáveres, como lo sueña el viejo socialpatriota Zyromski, sorprendido en su inesperado reconocimiento de la “defensa de la URSS”, sino la “negación” viva de esos cadáveres y, al mismo tiempo, la “continuación” del trabajo histórico cumplido por las precedentes internacionales. Con otras palabras, se trata de la *IV Internacional*. El “número” significa aquí una perspectiva y un programa determinados, es decir una “bandera”. Que ironicen los filisteos sobre ello. No es necesario imitarles.

La aversión hacia las “etiquetas” y los “números” en política es tan peligrosa como la aversión hacia las definiciones precisas en el dominio científico. Tanto en un caso como en otro, aquí tenemos el síntoma infalible de una falta de claridad en las mismas ideas. En tales casos, invocar a las “masas” no sirve más que para cubrir las propias dudas. El obrero que todavía cree en Vandervelde o en Stalin será, sin duda alguna, adversario de la IV Internacional. El obrero que haya comprendido que la II y las III internacionales están muertas para la causa de la revolución se alineará inmediatamente bajo nuestra bandera. Por eso es, precisamente, criminal ocultar esa bandera bajo la mesa.

Pivert se equivoca cuando piensa que el bolchevismo es incompatible con la existencia de fracciones. El principio de la organización bolchevique es el “centralismo democrático” asegurado por una completa libertad de crítica y de agrupamiento como también por una disciplina de hierro en la acción. La historia del Partido Bolchevique es al mismo tiempo la historia de la lucha interna de ideas, de los reagrupamientos y de las fracciones. Ciertamente, en la primavera de 1921, en el momento de una terrible crisis, del

³⁶ Se podría objetar que Pivert se negará en 1938 a seguir a Blum en la vía de la Unión Sagrada. No es menos cierto que será excluido tras haber intentado evitarlo hasta el último momento. Comentando esta exclusión bajo el título “Ruptura”, su lugarteniente Lucien Hérard explica en el número de *Jun 36* del 17 de junio de 1938: “En el límite de esta imprescriptible dignidad, hemos hecho *todo lo posible* para que el congreso de Royan no nos obligase a la partida [...]. Sobre la cuestión de las Unidad Nacional, nuestro texto, ampliamente prestado de *la Bataille socialiste*, no contenía ninguna condena, incluso implícita, de la iniciativa de Blum y del voto del 12 de marzo.” En lugar de producirse la ruptura a iniciativa de Pivert y cuando las circunstancias eran favorables para el ala izquierda, se produjo en el momento en que el aparato de la SFIO disfrutaba de la mejor oportunidad. Sin embargo, tras la fundación del PSOP después del congreso de Royan, se recuperó el diálogo entre Pivert y Trotsky por poco tiempo. (ver p. 615 [<http://www.ceipleontrotsky.org/S-O-S-La-situacion-en-Francia NdT>])

hambre, del frío, de un agudo descontento de las masas, el 10º Congreso del Partido Bolchevique, que en aquel tiempo contaba con diecisiete años de existencia, prohibió las fracciones. Pero esta medida fue juzgada como excepcional, temporal, y se aplicó por el comité central con mucha prudencia y flexibilidad³⁷. El verdadero aplastamiento de las fracciones no comenzó más que con la victoria de la burocracia sobre la vanguardia proletaria y llevó a la muerte virtual del partido. La IV Internacional desde luego que no padecerá en sus filas de “monolitismo” mecánico. Por el contrario, una de sus más importantes tareas es regenerar al nivel histórico más elevado la “democracia revolucionaria de la vanguardia proletaria”. Los bolcheviques leninistas se consideran como una fracción de la Internacional que se construye³⁸. Están prestos a trabajar, codo con codo, con las otras fracciones verdaderamente revolucionarias. Pero rechazan categóricamente adaptar su política a la psicología de las camarillas oportunistas y renunciar a su propia bandera³⁹.

7 de agosto de 1935

³⁷ Ver al respecto P. Broué, *El Partido Bolchevique*, Editorial Ayuso, Madrid, 1974, páginas 209 a 215; también en: https://www.marxists.org/espanol/broue/1962/partido_bolchevique.htm#h065 NdT.

³⁸ Esta concepción de una Internacional formada por fracciones diversas nunca se ha realizado en las organizaciones que se reclaman de la IVª, ni en vida de Trotsky ni tras su muerte. El 10 de enero de 1940, éste escribía a Farrell Dobbs: “nuestras propias secciones heredaron algún veneno del Comintern en el sentido de que muchos camaradas se inclinan a abusar de medidas como expulsiones, escisiones o amenazas de expulsiones y escisiones.” [*En defensa del marxismo*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, página 130; también en: <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1940s/dm/16.htm> NdT].

³⁹ La carta de Trotsky y la respuesta de Pivert, de fecha 20 de agosto, iban a ser publicadas por la XV sección del Partido Socialista, el feudo de Pivert. En su respuesta, Pivert señala en primer lugar que si “Trotsky y sus amigos consideran que la II Internacional es un ‘cadáver’ del que no se puede sacar ya nada”, “su vuelta a la SFIO toma el carácter de un descorche, tras otros tantos, en el seno de nuestro partido”. Pero descarta esta hipótesis y discute las apreciaciones de Trotsky. Según él, no es “a la psicología de las camarillas oportunistas” a lo que tienen que adaptarse los B-L sino a la de los “obreros socialistas”. Ahora bien, estos tienen un conocimiento experimental del bolchevismo, diferente evidentemente del “bolchevismo de los orígenes” y lo rechazan: “reformismo y bolchevismo están hoy en día superados en la conciencia obrera”. “El proletariado francés quiere ahora la unidad, la reconciliación y una acción revolucionaria ampliamente apoyada en todas las víctimas de la crisis.” Pivert defiende al Partido Socialista: “Nada prueba que sea incapaz de adaptarse a un nivel superior de la lucha de clases.” Y concluye: “Nada es más deprimente para el trabajador honesto que busca su vía que las acusaciones de “traidor”, de “contrarrevolucionario”, “agente de la burguesía en el seno del proletariado” que llueven sobre la cabeza de Blum, Stalin, Doriot, Trotsky, etc. ¿Quién queda a salvo, pues, de la distribución? Este deporte no nos interesa, lleva agua al molino fascista. Lo que para nosotros cuenta, y es en lo que estamos de acuerdo con Trotsky, es “mostrar de hecho a las masas un espíritu consecuentemente revolucionario y la completa dedicación a la causa de los oprimidos”.

[Ninguna ambigüedad respecto al frente popular]⁴⁰

3 de octubre de 1935

Queridos camaradas,

Desde diversas partes me llegan informaciones según las cuales existen tendencias sapistas⁴¹, en relación con el frente popular, incluso en nuestras filas y al menos en lo que atañe a camaradas individuales y pequeños grupos. Este hecho me parece de una importancia decisiva. Admitir ambigüedades o equívocos en este punto sería exponernos a la más profunda desmoralización política.

Cuando determinados camaradas se quejan de la “vivacidad del tono” de nuestra crítica al SAP, los camaradas de más edad recuerdan, sin quererlo, la historia de las discusiones entre marxistas y revisionistas⁴². Siempre se acusaba a los marxistas de no emplear el tono requerido. Quienes lanzaban esa acusación no eran, por otra parte, tanto los mismos revisionistas, sino los elementos vacilantes que buscaban amortiguar la discusión, limar sus ángulos y evitar que los problemas se planteasen de forma precisa.

Sobra decir que el tono de un artículo puede a veces ser demasiado duro, y es derecho y deber de todos llamar la atención sobre ello al autor de la redacción. Pero la gente que siempre habla del tono, y casi solamente de él, prueba así, y sin darse cuenta ni quererlo, que lo que les molesta en el fondo es el mismo contenido. Una discusión sobre el tono, sobre el grado de severidad admisible, es, sin embargo, bastante estéril. La discusión será mucho más fecunda desde el momento en que pase al terreno político, y la cuestión del frente popular y del socialpatriotismo pertenece actualmente a ese terreno.

Se puede comprender perfectamente que durante las primeras semanas se abriesen camino oscilaciones en nuestras propias filas; la situación es compleja y, para muchos de nosotros, el frente popular era un fenómeno nuevo y, en consecuencia, un problema nuevo. Pero el hecho que todavía ahora, tras una experiencia relativamente importante del frente popular y después de los importantes artículos aparecidos en nuestra prensa, determinados camaradas sigan la política del frente popular me parece un síntoma extremadamente peligroso. En esta cuestión es preciso elevar la más enérgica protesta a tiempo pues se trata, ni más ni menos, de la línea de demarcación entre el bolchevismo y el menchevismo.

Se dice que la exigencia de la eliminación de los radicales del frente popular es errónea, que en primer lugar las masas deben hacer su experiencia con los radicales y

⁴⁰ Tomado de “[Ninguna ambigüedad respecto al frente popular]”, en *Trotsky inédito en castellano y en internet – Edicions Internacionals Sedov*.

⁴¹ El SAP (Sozialistische Arbeiterpartei), formado en 1931 de una escisión de izquierda de la socialdemocracia, reforzado en 1932 gracias a la adhesión de la minoría de la Oposición de Derecha del KPD. Dirigido por Walcher, en 1933 firmó la “declaración de los cuatro” a favor de una nueva internacional pero se había negado a darle continuidad práctica a este gesto. Trotsky le había declarado la guerra al SAP que estaba a punto de unirse a la política de frente popular proclamando los aspectos “positivos” del giro de la IC en su VII Congreso.

⁴² Trotsky alude aquí a la discusión de principios de siglo entre los partidarios del “revisionismo”, desarrollado por Bernstein, y los socialdemócratas ortodoxos, defensores del marxismo.

que, por ello mismo, sería mejor exigir que el frente popular tomase el poder y que únicamente su insolvencia incitaría a las masas a aceptar lo que les decimos⁴³, etc. Esta forma de pensar es menchevique de cabo a rabo.

1.- Las “masas populares deben hacer su experiencia con los radicales”. Bien. Pero, ¿por qué las organizaciones obreras tendrían que participar en ella? Los radicales pueden muy bien revelar su propia insolvencia sin frente popular. El frente popular no está destinado a poner al desnudo su insolvencia sino a disimularla.

2.- Durante años, los socialistas han hecho frente popular con los radicales. Partiendo de nada, llegaron a nada pasando por nada. La crisis les obligó a una ruptura con los radicales (que estuvo lejos de ser completa). Esta ruptura provocó una escisión en el interior del partido socialista con los neosocialistas⁴⁴. Confiamos en que estos hechos tengan cierta importancia. Son, precisamente, el resultado de la decepción de las masas trabajadoras frente a la colaboración de los socialistas con los radicales. Esta decepción resume todo un período histórico. La presión de las masas es lo que ha obligado a los socialistas a aliarse con los comunistas, pero la idea del frente popular, es decir del restablecimiento de la alianza con los radicales, no la han planteado “las masas”, sino Moscú⁴⁵. Únicamente la autoridad de las direcciones socialista y comunista ha hecho posible que las masas acepten a regañadientes la renovación del cartel electoral con los radicales. Si nosotros, el ala revolucionaria, le decimos a la masa obrera: “¡Fuera del frente popular los radicales!”, relejamos el resultado de su experiencia histórica y el estado de ánimo de su vanguardia.

3.- “Las masas deben convencerse por sí mismas”. No lo impedimos en absoluto. Solamente que no queremos que la pequeña burguesía llegue a su “convencimiento” a costa de la clase obrera. ¿Qué convencimiento sería? Si el frente popular continúa vegetando, si llega al gobierno y después quiebra en tanto que gobierno, entonces la experiencia de las masas las llevará a esta gran y única enseñanza: los radicales, los socialistas y los comunistas son todos los mismos canallas y no se han unido para traicionarnos por casualidad. Hay que darles la espalda y buscar justicia en los fascistas.

4.- Se olvida que toda la crisis del régimen parlamentario tiene sus orígenes en la crisis de confianza de las masas hacia los radicales, y que las organizaciones obreras, como buenas samaritanas, se han sacrificado por intentar pagar por el partido radical, corrompido desde hace mucho tiempo. Por nuestra parte, no lanzar las más firmes advertencias y no formular la exigencia de “fuera del frente popular los radicales” constituiría pura traición.

5.- Pero los estalinistas no se han limitado a los radicales. Ya han logrado la admisión de los neosocialistas. La escisión con los neosocialistas constituyó un paso adelante. Han borrado ese paso adelante. También han aceptado en el frente popular al

⁴³ Sabemos que este tipo de argumento lo había planteado especialmente Ruth Fischer, miembro del SI, durante una discusión con Erwin Wolf. Sin embargo parece que Trotsky tiene en mente aquí a los miembros del GBL, del que no formaba parte.

⁴⁴ La corriente “neosocialista” (“neo”) dirigida por Marcel Déat, Pierre Renaudel, Adrien Marquet, etc., se manifestó primero en la dirección del grupo parlamentario de la SFIO mediante una colaboración con y apoyo a los radicales. El conflicto ya se había zanjado en octubre de 1933 gracias a una escisión y los “neos” habían formado el Partido Socialista de Francia.

⁴⁵ Fue Maurice Thorez, el joven secretario general del PC, el que lanzó la consigna de un “frente popular” con los radicales en un discurso el 24 de octubre de 1934. Se la hubiese chivado o no su consejero, el representante de la IC en Francia, el checo Eugen Fried, llamado Clement (1900-1943), está claro que no se trataba de una iniciativa personal ni del partido francés por sí mismo.

partido de Briand, de Paul-Boncour⁴⁶, etc. Y, por si esto fuera poco, ahora tratan de ganarse al partido de Flandin⁴⁷. Ciertamente, hay muchos pequeñoburgueses que votan a Flandin. Pero, ¿por ello hay que hacer una experiencia *común* con él? Pues no se trata de la experiencia de las masas que actúan, de la experiencia que hacen sin nosotros, contra nosotros y bajo nuestra crítica, sino de la experiencia *común*, es decir de la colaboración política con el enemigo de clase. En eso consistía la política estalinista hacia el Guomindang en China, etc. Esos traidores tratarán siempre de disimular su propia política felona de ayuda a la burguesía con la necesidad de la “experiencia de las masas”, etc.

6.- Verdaderamente podemos suspirar con alivio después de que el SAP haya dejado por fin de reproducir de forma un poco diluida nuestros propios análisis y consignas, y porque ahora se esfuerza en mostrar su propia fisonomía política. En la cuestión de la guerra, del VII Congreso Mundial y del frente popular, ahora ha enseñado sus armas. ¡Que haga creer a las almas ingenuas que nuestro “sectarismo” y nuestra “crítica demasiado dura” lo echa de la IV Internacional! Responderemos: “¡Mienten ustedes, señores! No son más que vulgares pacifistas (desarme), brandlerianos de segundo orden (su actitud ante el VII Congreso Mundial), mencheviques (su posición sobre la confraternización política con la burguesía, el frente popular⁴⁸). Si en nuestras filas todos nuestros camaradas comprenden la profundidad de los desacuerdos, también deberán comprender entonces que el *tono* de la polémica debe corresponderse con la agudeza de esos desacuerdos. De lo contrario los obreros pensarán que se trata de una divergencia secundaria en el seno de la misma familia. El marxismo se alza aquí de forma irreconciliable frente al centrismo que se dirige a la derecha. Hay que llevar adelante la lucha sin miramientos y hasta el final.

7.- Determinados camaradas acusan a nuestra sección francesa de “imprudente”: habríamos provocado a los reformistas con una crítica exagerada o con consignas intempestivas, etc. Esas objeciones falsas están podridas hasta la médula y sólo reflejan las argucias sapistas. No se trata ni del “tono”, ni de “imprudencias” de segundo orden, sino de la *defensa nacional*. Todo el plan de León Blum y compañía consiste en impedir que esta cuestión se ponga a discusión, a fin de poder descargar en el último momento un golpe sorpresivo contra su propio partido. La declaración brutal de Stalin a Laval no quedaba bien en este juego⁴⁹. El congreso de la IC, utilizando al pequeño jesuita Ercoli⁵⁰, ha logrado al respecto un repliegue a la línea de León Blum⁵¹. La resolución no

⁴⁶ El “partido de Briand” es el Partido Republicano Socialista. Aristide Briand (1862-1932) se inició en la extrema izquierda, pero una vez diputado fue expulsado del partido socialista por haber aceptado una cartera en un gobierno Clemenceau. Después realizó una excelente carrera ministerial formando parte de los gobiernos apoyados en la derecha y con ministros reaccionarios. Joseph Paul-Boncour (1873-1972) también había preferido las carteras ministeriales a la disciplina socialista. En 1916 ingresó en el SFIO y lo abandonó en 1931: fue ministro de la guerra en 1932, presidente del consejo de ministros en 1932-1933 y ministro de asuntos exteriores en 1933-1934.

⁴⁷ El abogado Pierre-Etienne Flandin (1889-1958), jefe de la Alianza Democrática, había sucedido a Doumergue el 8 de noviembre de 1934 gracias a los votos radicales y había sido depuesto el 31 de mayo de 1935.

⁴⁸ El SAP consideraba positivos los resultados del VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista y veía en la política del frente popular una ruptura del estalinismo con su “sectarismo” pasado. Parece que ya había entablado las negociaciones que lo llevarían al seno del... frente popular alemán.

⁴⁹ Se trata de la declaración de Stalin de mayo de 1935, traída por Laval, y que aprobaba la política de defensa nacional del gobierno Flandin. Pierre Laval (1883-1945), antiguo socialista devenido político negociante, en esas fechas era ministro de asuntos exteriores.

⁵⁰ Ercole Ercoli era el seudónimo de Palmiro Togliatti (1893-1964), dirigente del PCI desde 1922, ligado a Bujarin que lo había llevado al secretariado de la IC en 1926, y del que enseguida renegó. Pasaba por un poco más sutil que sus colegas de la Comintern.

les dice nada a las amplias masas, pero a los dirigentes les deja las manos libres para engañarlas. En la vía socialpatriota, León Blum se ha revelado superior a Stalin. Pero no consiente que nadie se meta en su terreno, es decir, que en el partido todavía y continuamente se siga hablando de la cuestión de la defensa nacional. Y precisamente eso es lo que hacen los bolchevique-leninistas. Esto lo consideran, y en justicia, como su tarea esencial. Esta es su verdadera “imprudencia”, y su verdadera “falta de tacto”. Quien no haya comprendido este punto capital puede dejarse confundir por hechos superficiales y anécdotas al azar. En el momento en que los camaradas franceses reciben los más fuertes golpes de los reformistas y los estalinistas, en el momento en el que son vergonzosamente traicionados por los sapistas y los pivertistas, nuestro deber es ayudarles con todas nuestras fuerzas. Quienes repiten los argumentos de los sapistas se alinean, sin haberlo querido, en la larga fila de los agentes del socialpatriotismo⁵².

Supongo que determinados camaradas también creerán que el “tono” de esta carta es demasiado vivo, poco fraternal, etc. He tomado partido por adelantado. Pero que no desprecien el contenido de mis argumentos. Si estos son malos, les ruego que me respondan con el más vivo de los tonos y me comprometo a no quejarme nunca del tono polémico, pues el fondo siempre es más importante que la forma.

⁵¹ León Blum (1872-1950), jefe de gabinete de un ministro socialista durante la guerra, en el momento del Congreso de Tours se convirtió en el alma de la resistencia a la adhesión a la IC y más tarde en el gurú de la SFIO. Había criticado (con matices) el giro brutal del PC hacia el socialpatriotismo.

⁵² Trotsky tiene en mente, evidentemente, a uno o varios dirigentes del GBL.

La vía de los socialistas revolucionarios⁵³

(Prefacio al folleto del mismo título de Fred Zeller)

(7 de noviembre de 1935)

Este pequeño opúsculo debería encontrar una calurosa acogida. El camarada Zeller, secretario de organización de las Juventudes del Sena, militante activo del partido socialista, y numerosos jóvenes, han superado recientemente una etapa muy importante (del centrismo al marxismo). Este itinerario no debe ser descrito en el prefacio; el lector deberá remitirse al mismo opúsculo. En cuanto al resto, el lector haría mejor remitiéndose en primer lugar a la presentación de Zeller, que suministra un importante material factual y político, y después volver al prefacio cuyo objeto es extraer las conclusiones más urgentes.

La exclusión de los dirigentes de la juventud de París y de los dirigentes del grupo *La Vérité* (los bolchevique-leninistas) del partido socialista es un hecho de una grandísima importancia. En este momento está a punto de efectuarse un reagrupamiento político en todos los países de Europa frente al ascenso del peligro de guerra. Sobre esta línea ha comenzado una diferenciación en todas las filas del proletariado. Igual que los dirigentes de la extrema izquierda burguesa rechazan el parlamentarismo democrático a partir del momento en que la defensa de sus bienes está en juego, igualmente los oportunistas pisotean la democracia en el partido cada vez que su socialpatriotismo se ve amenazado por los internacionalistas revolucionarios. Ahí está el quid de la cuestión. Las cúspides del partido han violado todos los “estatutos” y todas las “reglas” de la democracia, he ahí lo queda probado de forma irrefutable por Marceau Pivert que (es muy conocido) continúa, sin embargo, creyendo en la inmutabilidad de la democracia burguesa.

Los socialpatriotas tradicionales (Léon Blum, Lebas, Zyromski y resto) se han visto en una posición muy difícil tras la experiencia de la gran guerra por la “democracia”. Temían la crítica derrotista de los comunistas y la desconfianza de las masas. Por ello trataron de eludir la cuestión de la defensa nacional, retrasar su respuesta hasta el estallido de la guerra, hasta que los trabajadores se vieran sorprendidos, otra vez más, y que, bajo la cobertura de la censura militar, fuera mucho más fácil encadenar al partido y al proletariado al carro de la defensa nacional. Bruscamente (un golpe de suerte), la diplomacia soviética ha llegado a la conclusión que la burocracia reformista, de la mano de la burguesía radical, es una aliada infinitamente más útil y más seria que el proletariado revolucionario. La orden de alinearse con los socialpatriotas y, al mismo tiempo que con ellos, con los radicales, partido de izquierdas del imperialismo francés, proviene de Moscú. ¡Agradable sorpresa! Stalin iza con sus dos manos a Blum al caballo de la defensa nacional y al hacerlo le suministra una ayuda tan vigorosa que Blum tiene miedo de caer al otro lado. De ahí sus artículos lastimeros: “Eso no se debe hacer tan groseramente; se debe actuar con más prudencia; no se debe espantar a los izquierdistas”... El 7º Congreso de la

⁵³ Tomado de “La vía de los socialistas revolucionarios”, en [Edicions Internacionals Sedov-Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

Internacional Comunista ha tenido en cuenta los consejos de Blum y ha envuelto sus resoluciones socialpatriotas con la máxima oscuridad⁵⁴. ¿Qué más se puede desear? El Frente Único había llevado, casi sin ruido, a la unidad nacional. Pero desde la izquierda se levantaron a menudo agudas voces, incluso amenazadoras, de protesta y, lo que es peor, no solamente las de los bolchevique-leninistas (son “cuerpos extranjeros”) sino también las de la mayoría de las Juventudes de París. ¿Qué hacer? ¿Discutir con ellos? Desgraciadamente más fácil de decir que de hacer. ¿Qué argumentos encontrar para defender la traición socialpatriótica? Zyromski trató de invocar como argumento decisivo la necesidad de defender la revolución rusa. No solamente se rieron las Juventudes sino que los mismos Pioneros⁵⁵ comenzaron a encontrar chistoso este argumento, sobretudo en boca de Zyromski. Sabemos cómo Guesde defendió la democracia francesa: convirtiéndose durante la guerra en ministro del gobierno imperialista. Los Zyromski también tienen en el espíritu métodos exactamente semejantes (en el fondo, si no en la forma) cuando hablan de la defensa de la URSS. A ello, la juventud revolucionaria y los bolchevique-leninistas responden conjuntamente: “Defenderemos a la URSS de la misma forma que nos defenderemos a nosotros mismos, *con una irreconciliable lucha revolucionaria contra nuestra propia burguesía.*”

Ante estos argumentos de la izquierda, el ala más extrema de los socialpatriotas no obtuvo ningún resultado: la juventud estaba a favor de Karl Liebknecht, no a favor de Zyromski. ¿Qué quedaba por hacer? ¡Ahogar, excluir, aplastar! Si se apartan los oropeles de las fórmulas, *la expulsión de los internacionalistas revolucionarios equivale a una acción de la policía patriótica con el objetivo de preparar la unidad nacional en caso de guerra.*

Los ingenuos objetaron que en ello había algún malentendido. Car Chochoy, el nuevo secretario general de las Juventudes, también es “un internacionalista”, “también” está contra la defensa nacional y, sin embargo, está a favor de la exclusión de Zeller y sus camaradas. De hecho, “internacionalistas” del género Chochoy existen precisamente para ayudar a León Blum a confundir las ideas de los crédulos. El “internacionalista” que coloca su amistad con la burocracia socialpatriota por encima de los deberes de la

⁵⁴ Puede uno remitirse, especialmente, al artículo de Blum en *le Populaire* del 17 de mayo de 1935: “Cuanto más reflexiono, menos llego a comprender...” En su *Journal d'exil* (p. 152), Trotsky reproduce un pasaje del artículo de Blum y señala la frase: “Temo que Stalin no haya medido, en Moscú, las repercusiones que sus palabras ejercerían en la situación política en Francia, sobre la situación proletaria en Francia.” El PC se esfuerza en manejar una transición. Mientras que un cartel proclama “Stalin tiene razón”, *l'Humanité* afirma el mismo día: “No ha cambiado nada en nuestra política”, y Paul Vaillant-Couturier: “Rechazamos el voto de los créditos militares [...] no aceptaremos el voto de la Unión Sagrada.” En el 7º Congreso de la IC, Ercoli (Togliatti), que presenta el informe sobre la “preparación de una nueva guerra mundial”, adopta en nombre de la dialéctica una posición también ambigua: defensa incondicional del pacto y lucha simultánea contra el gobierno (*L'Internationale communiste*, nº 17-18, páginas 1471-1477). Pero Maurice Thorez cita elogiosamente una declaración del radical Rucart, de la que dice que responde enteramente al pensamiento de Dimitrov: “Los republicanos [...] saludan en los ejércitos de tierra, mar y aire (oficiales, suboficiales, soldados y marinos) a las fuerzas nacionales constituidas para la defensa de la libertad.”

En marzo de 1936, los diputados del PC se abstienen sobre los créditos militares. El 6 de mayo, Duclos les responde a los periodistas, en la Mutualidad, que un voto “a favor”, “hasta aquí habría significado, indiscutiblemente, el apoyo a los objetivos imperialistas, pero que los comunistas no podrían desinteresarse de las amenazas que los hitlerianos del exterior hacen pesar sobre [nuestro] país”. El círculo se cerrará cuando Victor Michaut escriba en *l'Avant-garde*, órgano de las JC, el 5 de septiembre: “Puede uno sorprenderse por que se decida difundir en todo el país un panfleto contra los dos años [...] ¿Quién puede soñar seriamente hoy en día en reducir incluso en la más pequeña medida las fuerzas armadas de la República?”

⁵⁵ Organización de los menores de quince años.

organización revolucionaria no es, en realidad, más que un eslabón de izquierdas en la cadena del imperialismo. En determinados momentos, para ocultar sus intenciones y calmar a las masas, el capital financiero necesita a un Daladier, a un Henderson, incluso a un Lansbury⁵⁶. Cuando el contexto cambia, el capital financiero expulsa a Daladier y lo reemplaza por Doumergue o Laval. De la misma manera, la burocracia socialpatriótica, durante determinados periodos, necesita a un Chochoy para determinadas operaciones a fin de desembarazarse de él en una etapa ulterior, e incluso excluirlo si intenta abrir la boca. Cualquiera que no haya logrado entender este hábil mecanismo se mantiene en materia de política (aunque tenga la barba gris) como un pequeño gato ciego.

Los centristas de la pretendida “izquierda revolucionaria” nos enseñan que ellos también llevan adelante una lucha contra las *ideas* del socialpatriotismo, y que no han sido excluidos: el error de los bolchevique-leninistas, de Fred Zeller y de sus camaradas, consiste en que se han enfrentado a personalidades, permitiéndose ataques contra los “líderes respetados” del partido. El argumento no es nuevo pero merece que nos ocupemos de él. En el momento en que los socialpatriotas preparan y facilitan, a través de actos de represión de su aparato, la represión policial del futuro contra los derrotistas, los pensadores centristas, lo quieran o no, le suministran a la burocracia argumentos para justificar las exclusiones. ¡Recordémoslo!

“¡Es necesario llevar adelante una lucha contra las *ideas*, no contra los *dirigentes*!” Resulta que este era el argumento clásico de los mencheviques de izquierda contra Lenin durante la guerra. Un proverbio alemán encaja aquí perfectamente: no se pueden lavar las patas de la oveja sin mojar la lana. Las ideas no flotan en el aire; son los hombre vivos quienes las mantienen, los hombres que se unen en organizaciones y escogen a sus dirigentes. Es imposible combatir las ideas burguesas sin luchar contra los dirigentes que defienden esas ideas en el seno del proletariado y que están prestos, una vez más, a sacrificar a los obreros en el altar del patriotismo. Quienes no quieren satisfacerse tocando los domingos la flauta del internacionalismo en una habitación bien cerrada a fin de consolar a sus almas, como los Chochoy y los de su especie, aquellos que adoptan seria y honestamente la consigna de Marx y Engels: “¡*Proletarios de todos los países, uníos!*”, tienen el deber de decir abierta y valientemente a los obreros franceses: “¡*León Blum, Marcel Cachin, León Jouhaux, Monmousseau y compañía os arrastran por la vía del desastre!* Que Marceau Pivert diga a la juventud si sí o si no (desde el punto de vista de los principios de la democracia en el partido) un socialista tiene el derecho a decir la verdad a su partido, a saber que los “líderes respetados” están a punto de preparar una nueva traición. Según todas las apariencias, tiene ese derecho. En cuanto a nosotros, nuestro punto de vista es que el deber de revolucionarios internacionalistas prima sobre todas las obligaciones hacia la burocracia del partido y su “disciplina”.

León Blum, Zyromski y el resto no se contentan del todo con luchar contra las *ideas* de Marx y Lenin sino que desatan una campaña feroz contra los jóvenes *líderes* que defienden esas ideas. Tal es la inevitable lógica de la lucha. Pero los centristas rehúsan entenderla. Los mencheviques de izquierda se levantaron contra los métodos “sectarios” de Lenin únicamente porque ellos eran internacionalistas de palabra mientras que, en la acción, se sentían atados de forma indisoluble a los dirigentes socialpatriotas de la II Internacional. De la misma manera también, los pensadores de la “izquierda revolucionaria”, ante la exclusión de los internacionalistas, van y vienen entre las dos tendencias, pero invariablemente acaban desolidarizándose de los...

⁵⁶ Un radical-socialista, un socialista de derechas y un socialista de izquierdas.

excluidos. ¿Por qué? Porque quienes excluyen están políticamente más cercanos a ellos. Nos enseñan que con nuestros métodos “sectarios” (los métodos de Marx y Lenin) la unidad orgánica jamás se habría realizado. Durante este tiempo, “las masas buscan la unidad”, y no debemos “separarnos de las masas”. Aquí está toda la argumentación de los infortunados dirigentes del SAP⁵⁷ que, resáltémoslo, jamás han tenido masas tras de ellos ni las tendrán jamás. Respondemos que el impulso *instintivo* hacia la unidad es muy a menudo un impulso propio de las masas; pero una búsqueda consciente de la unidad sobre una *base revolucionaria* es propia de la vanguardia proletaria. ¿A cuál de esas dos tendencias deberían apoyar los marxistas revolucionarios? En Inglaterra, por ejemplo, la unidad orgánica de la clase obrera existe desde hace mucho tiempo. Pero, al mismo tiempo, significa la unidad política de la clase obrera con la burguesía imperialista. El traidor MacDonald se sienta en el gobierno conservador de Baldwin; el patriota-pacifista Henderson representó hasta su muerte al gobierno conservador en la Sociedad de Naciones; el mayor Attlee, nuevo dirigente del Partido Laborista, es partidario de las sanciones imperialistas decididas por la SDN bajo órdenes de la Bolsa de Londres. En tales condiciones, la “unidad orgánica” es una conspiración de la burocracia obrera contra los intereses fundamentales del proletariado. ¿Van mejor las cosas en Francia? En las jornadas de Brest y de Tulón, se unieron “como un solo hombre” cuatro aparatos burocráticos (el PS, el PC, la CGT, la CGTU) para estrangular y calumniar al movimiento con la esperanza de una amistosa sonrisa de los radicales⁵⁸.

⁵⁷ Ver nota 341, página 514 [que dice: “El SAP (*Sozialistische Arbeiterpartei*) había tenido la fusión de la oposición socialista de izquierdas y de una parte de la oposición comunista de derechas, excluidas de sus partidos respectivos antes de la victoria del nazismo. En 1934, sus dirigentes firmaron con los de la Liga un llamamiento para la construcción de la IV Internacional. En la emigración, sin embargo, evolucionaron rápidamente adhiriéndose incluso al “Frente Popular” alemán. Esta conversión (sospechosa para algunos) hizo de la gente del SAP los enemigos jurados del “trotskismo” en todas las tentativas de reagrupamiento internacional antes de la guerra. Jakob Walcher, viejo espartaquista, a menudo diana de los sarcasmos de Trotsky, junto a otros dirigentes del SAP, como Seydewitz y Bettcher, iba a unirse al estalinismo tras la guerra y ocupar funciones menores en el partido o en el estado en Alemania Oriental. Por el contrario, el animador de las Juventudes del SAP, Willi Brandt, iba a convertirse tras la guerra en burgomaestre de Berlín-Oeste y en mascarón de proa de la socialdemocracia alemana, desembarazada de cualquier programa aunque solo fuese un poco socialista. El SAP ha sido objeto recientemente de un excelente estudio: *Die Sozialistische Arbeiterpartei Deutschlands* (SAPD), de Anno Drechsler (Meinseheim am Main, 1965, 408 páginas)”].

⁵⁸ Brest y Tulón fueron, en el mes de agosto de 1935, el teatro de batallas organizadas entre trabajadores y guardias móviles, con barricadas, disparos, etc. El 5 de agosto, los trabajadores de los arsenales de Tulón Brest, Tarbes, fueron a la huelga en señal de protesta contra los decretos-ley Laval. Por la noche, en Tulón, estallaron enfrentamientos en las terrazas de los cafés entre manifestantes obreros y militantes de derechas. El 7, en Brest, la tropa ocupó el arsenal, los trabajadores respondieron con la huelga general: combates callejeros se saldaron con tres muertos y numerosos heridos. Un joven obrero que cambió la bandera tricolor por la roja en la prefectura marítima cayó abatido por un oficial. CGT y CGTU lograron, no sin dificultades, la vuelta al trabajo el día 9. Pero el 8, una huelga de solidaridad en Tulón, ocasionada por el entierro de una víctima de Brest, se transformó en manifestación y después en batalla en todo orden, con barricadas, y jóvenes obreros, en pequeños grupos de una treintena, realizaron disparos hasta las tres de la noche. Los partidos socialista y comunista multiplicaron los llamamientos a la “unión de izquierdas”, a la “disciplina”, a la “calma” y las advertencias contra los “provocadores”. Vaillant-Couturier escribe el 7 de agosto en *l'Humanité*. “El Frente Popular, ni los comunistas que están en la primeras filas, no rompe escaparates, no roban los cafés, no arrancan las banderas tricolores.” El llamamiento del PC del 10 de agosto afirma que “son los hombres del 6 de febrero quienes hacen en Tulón y Brest el papel de provocadores [...] ultrajan la bandera tricolor que los trabajadores colocaron a la cabeza de sus cortejos, al lado de la bandera roja, el último 14 de julio”. El mismo Jacques Ducloux precisa el 8 de agosto el sentido de la posición del PC “Apreciamos en mucho nuestra colaboración con el partido radical como para no levantarnos contra los provocadores.” Lucien Monjauvis, en los *Cahiers du communisme* (1935, n° 17-18, p. 1057), admite respecto a Brest: “No hemos podido identificar a ninguno de esos provocadores”, pero añade: “No es que no los haya”. En lo que atañe a Tulón, Lucien Midol

El Frente Único en Francia fue transformado desde el principio en instrumento de colaboración con la burguesía. La fusión orgánica de los dos partidos, si llega a realizarse, no será otra cosa, *bajo las actuales condiciones*, más que la preparación de la unidad nacional. Jouhaux y Monmousseau ya han llevado a cabo la unidad sindical garantizando los intereses de sus respectivos aparatos, pero prohibiendo las fracciones, es decir tomando medidas preventivas para estrangular al socialismo revolucionario⁵⁹. Cuando los centristas, siguiendo los pasos de la derecha, comienzan a proclamar la unidad, el marxista tiene el deber de ponerse en guardia. ¿*La unidad de quién? ¿En nombre de qué? ¿Contra quién?* Sin una clara definición de los objetivos y tareas, la [...] ⁶⁰ consigna de unidad de los revolucionarios auténticos, por la fusión de los internacionalistas militantes, únicos capaces de conducir al proletariado por el camino de la revolución socialista.

No es sectarismo. Los marxistas son los más capaces para encontrar una vía hacia las masas, y aquellos que todavía no lo son, lo serán mañana. La escuela de Lenin es una gran escuela, precisamente, en esta esfera. Si los socialdemócratas llegan a un acuerdo de organización entre ellos (y esto no es tan simple), entonces los revolucionarios (en el interior o en el exterior del partido unificado, según las circunstancias) llevarán adelante una lucha irreconciliable a fin de liberar a los obreros de las *ideas y líderes* del reformismo, del estalinismo, del socialpatriotismo, es decir contra la II y la III internacionales que se han convertido en *agencias de la Sociedad de Naciones*. La lucha a favor de una política de clase independiente del proletariado, a favor de la fusión de su vanguardia sobre la base de un programa marxista, a favor de la unidad internacional de los obreros contra el imperialismo, es la lucha por la IV Internacional.

En los flujos y reflujos de nuestra época, en medio de grandes derrotas y desilusiones, en el crecimiento de la burocracia soviética conservadora, la vieja generación de las dos internacionales se ha desgastado por todas partes, sólo es ya una cáscara vacía y caída en el suelo, postrada. El peso de la construcción de una Nueva Internacional recae sobre la joven generación. Los obstáculos son inmensos, la tarea colosal. Pero precisamente en la lucha contra inmensos obstáculos es donde se forjan y templan los cuadros de combate. La Federación del Sena de la Juventudes y, tras ella, las provincias, deben y pueden tener una parte honorable en ese trabajo. ¡Tengamos más fe en nosotros mismos, en nuestras fuerzas y nuestro futuro! ¡Que los filisteos griten sobre la falta de tacto, la precipitación y las exageraciones de la juventud! Los cuadros

(*Ibidem*, p. 1062) precisa que el comité intersindical CGT-CGTU sólo había llamado a una paro de *cinco minutos* y que fueron los obreros de la pirotecnia quienes, al ponerse en huelga durante más tiempo del previsto y marchar sobre Tulón, desataron una manifestación que no querían los organizadores. Escribe: “Se nos ha dicho de bretones que hacían esa tarea a pesar de la resistencia de los responsables”. También precisa que la manifestación de Tulón, el día 5, se había producido “aunque en la Bolsa de Trabajo los militantes locales habían pedido su disolución”. Fueron significativos los asaltos realizados por los obreros contra las oficinas e imprenta del diario *Le Petit Var* y una tentativa contra la subprefectura. La prensa de derechas hablaba de “infame canalla”, de “extranjeros sin nacionalidad precisa, eternos parados, vagabundos y gente con antecedentes penales, “moros” inquietantes, todo un indeterminable pueblo [...] unido por la envidia, la pereza y la mugre”. (*Le Matin*)

⁵⁹ La prohibición de las “fracciones” se presentó como una de las condiciones planteadas por los “confederados” (CGT) para la reunificación ante los “unitarios” (CGTU) y como un sacrificio comunista en el altar de la unidad. Dejaba intacta la posición de unos y otros en el aparato sindical y no impediría en absoluto la “colonización” de la CGT por los “permanentes” del PC. Por el contrario, militantes revolucionarios, trotskystas excluidos del PC, serán excluidos de la CGT por “trabajo fraccional” entre 1936 y 1939.

⁶⁰ En la edición en que se basa esta versión castellana falta evidentemente una línea habiéndole sido imposible al traductor encontrar otra versión de este texto. NdT.

de un partido revolucionario jamás se han educado en las escuelas de ballet o en las cancillerías diplomáticas. La revolución no solamente carece de tacto sino que se muestra implacable si se hace necesario. Por ello esos señores los burgueses odian al leninismo (aunque se acomodan fácilmente al estalinismo). Los socialpatriotas traducen los temores de la burguesía en términos de “sanciones” que excluyen del partido a los jóvenes bolcheviques, mientras que los filisteos centristas maldicen a... la IV Internacional. Ello no debe molestarnos. Todos esos fenómenos se desarrollan en la pequeña capa de la burocracia y de la aristocracia obrera. Debemos mirar más profundamente hacia las masas que sufren bajo las cadenas de la crisis, odiando a sus negreros, que buscan luchar, que son capaces de luchar y que ya han llevado a cabo su primer asalto en Tulón y Brest. Las masas no necesitan sermones vacíos sobre la unidad, ni falsas delicadezas de salón, sino consignas claramente formuladas y una dirección valiente. Confiamos que el opúsculo de Zeller contribuirá a la educación de los jóvenes cuadros de la Nueva Internacional.

L. Trotsky

7 de noviembre de 1935, 18º aniversario de la Revolución de Octubre

Tras la crisis de los bolcheviques-leninistas⁶¹

7 de junio de 1936

Prefacio al folleto de Nicolle Braun, L'organe de masse, contribución sobre la crisis de la sección francesa de la Liga de los Comunistas Internacionalistas, editado por el Secretariado Internacional de la LCI, 60 páginas multicopiadas⁶².

El trabajo del camarada Braun sobre la última gran crisis de la sección francesa me parece de un gran interés y utilidad, en primer lugar para la misma sección francesa y, después, para todas las otras secciones. Ya terminado el estudio se ha producido la unificación entre nuestra sección y el grupo de *la Commune* que se había separado de ella y, naturalmente, es preciso alegrarse de ello⁶³. Pero la unificación no significa (necesariamente) que la organización se curará de sus enfermedades. La escisión no se produjo por casualidad. Los escisionistas han naufragado. Pero nada prueba que todos ellos hayan sacado una gran enseñanza de ese naufragio. Quien conoce a los principales responsables no puede hacerse ilusiones sobre el futuro. El desarrollo de Francia en el período por venir será muy rico en crisis, y cada giro en el interior de esta situación de crisis puede provocar en el seno de la capa dirigente de la sección francesa reacciones oportunistas o aventureras. Si siento el deber de decirlo de esta forma brutal es porque mis observaciones durante siete años no me permiten alimentar al respecto un optimismo exagerado.

El camarada Braun analiza cuidadosamente y, según mi parecer, de manera completamente objetiva, la ardorosa correspondencia intercambiada entre mí y los camaradas dirigentes de Francia durante la última crisis. Pero esta crisis estaba lejos de ser la primera y, durante las numerosas crisis anteriores, la correspondencia fue

⁶¹ Tomado de “Tras la crisis de los bolchevique-leninistas”, en [Edicions Internacionals Sedov-Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

⁶² Este texto constituía el prefacio, firmado “Crux”, del folleto de Nicolle Braun titulado *L'Organe de masse*. Nicolle Braun era el pseudónimo de Erwin Wolff, uno de los secretarios de Trotsky que redactó su estudio según los archivos de Trotsky con la ayuda de otro de sus secretarios, Rudolf Klement. Klement y Wolff iban a ser asesinados por la Gepeu en los dos siguientes años.

⁶³ El conflicto entre Molinier y Pierre Frank por una parte, Trotsky por otra, no había dejado de envenenarse a partir de los primeros desacuerdos a raíz de la salida de la SFIO y de la actitud a adoptar ante los pivertistas. Había devenido agudo y había alcanzado el punto de ruptura a partir del momento en que el grupo Molinier-Frank pretendió imponer su línea a la organización mediante presiones financieras. El 6 de diciembre de 1935, Frank y Molinier, transgrediendo la disciplina, publicaban el diario *La Commune*, el “órgano de masas”, y lanzaban la consigna de “grupos de acción revolucionaria” (un híbrido partido-soviet) sobre la base de cinco consignas y de una alianza con militantes provenientes de la GR, de la JSR e incluso del grupo “frentista” del antiguo radical Bergery. Esta coalición iba a ser efímera. A fines de enero de 1936, *La Commune* devenía órgano de un “comité por la IV Internacional”. Sus animadores formarían enseguida precipitadamente, en marzo, el Partido Comunista Internacionalista. Algunas semanas más tarde aceptaban la reunificación con el antiguo GBL y las JSR en el Partido Obrero Internacionalista (POI). El nuevo partido declaraba sobre su propia aparición: “La “proclamación” del partido no significa en sí misma nada en absoluto. De lo que se trata es de su organización en relación con la lucha de clases de las masas. Ahora bien, la corriente de las masas se inclina actualmente hacia una tentativa de solución democrático-burguesa (engañoso) de los problemas del proletariado. El partido lucha pues a contracorriente. En consecuencia, su concentración actual no puede significar más que una primera etapa, muy modesta. Por ello la primera tarea debe ser la lucha por la fusión con grupos y corrientes que evolucionen sobre posiciones más o menos precisas de lucha de clases, incluso en el interior de los partidos oportunistas.”

también, como mínimo, tan ardorosa y abundante. En el presente, tras siete años de experiencia, no puedo decir que mis intervenciones epistolares hayan logrado resultados positivos. No voy a detallar aquí las causas. Puede ser que no haya sabido encontrar los argumentos necesarios. Sea como sea, es verdaderamente tiempo de abandonar las tentativas para convencer a determinados camaradas y llevarlos, a través de cartas privadas, a una mejor comprensión de los hechos. Por ello he puesto mis archivos a disposición del camarada Braun, a fin que todos los miembros de la sección francesa, así como de las otras secciones, saquen las lecciones necesarias de la última crisis y se hagan con ello una idea exacta del papel de uno u otro camarada, lo que, para escoger dirección es de la mayor importancia⁶⁴.

Hemos llamado *prerrevolucionaria* a la etapa política que se acaba en estos momentos en Francia. Durante esa etapa nuestra sección sindical francesa debía coger el impulso necesario. La situación era difícil, pero no desfavorable. Si, tras el congreso de Mulhouse, la sección francesa hubiese desplegado la ofensiva revolucionaria e internacionalista vigorosa que le dictaban todas las circunstancias, ahora tendría un mayor número de adherentes y una autoridad y capacidad de lucha infinitamente más grandes. En nuestra propia historia tenemos ahora un importante ejemplo de una situación fallida, o mejor dicho desperdiciada; pues (y esto creo yo que es lo que prueba el texto de Braun) la dirección ha hecho lo máximo posible para explotar lo menos posible la situación.

¿Cómo evitar la repetición de semejantes y nocivas aventuras, por una parte, y de tales debilidades, por la otra? Mediante el control activo de la base, es decir de los adherentes a la sección francesa, y mediante el control no menos activo por parte de nuestra organización internacional. El objetivo de este texto es, precisamente, darle a tal control los fundamentos necesarios.

A pesar de todas esas dificultades, la sección francesa tiene ahora alrededor de cinco veces más miembros que cuando la entrada⁶⁵, y capacidades de trabajo mucho más grandes. Pero hoy en día sería, ciertamente, dos o tres veces más fuerte si la dirección hubiese actuado de una manera verdaderamente bolchevique. Ello prueba cómo de necesario es no erigir en fetiches giros puramente tácticos o de organización. Primero, y bajo cualquier precio, no se quería entrar en el PS, y más tarde no se quería (siendo los mismos la mayor parte del tiempo) bajo ningún concepto salir de él. He aquí dos caras de la misma mentalidad sectaria conservadora⁶⁶.

Confiamos que al respecto la experiencia belga será mucho más positiva. En cualquier caso, los camaradas que pertenecen a partidos reformistas y centristas (Inglaterra, Polonia, Estados Unidos, etc.) deben sacar por sí mismos las conclusiones necesarias de la experiencia francesa: la entrada en organizaciones extrañas e incluso enemigas no abre solamente posibilidades considerables sino que también conlleva

⁶⁴ Trotsky había confiado a N. Braun la misión de esclarecer a los militantes, y no solamente a los de la "sección francesa"; los juicios mantenidos por Braun aparecían, con algunos pequeños matices, como los del mismo Trotsky. Son severos para los dirigentes franceses, abrumadores sobre Pierre Frank y Molinier, considerados como aventureros y acusados de haber querido la escisión a fin de capitular ante el aparato de la SFIO pero también duros hacia Jean Rous, acusado de haberlos cubierto por espíritu de conciliación e, incluso, para Naville, acusado de "preferir hacer análisis justos pero abstractos en su despacho" y de satisfacerse con "ser el predicador conservador de verdades abstractas". N. Braun juzga que la discusión de 1935 y la "crisis" del 35-36 tuvieron sobretodo efectos negativos. Escribe: estando dado que ninguna de las tres fracciones del GBL defendía verdaderamente el programa en su conjunto, su lucha debía parecerle a la juventud una pura lucha de camarillas" (*op cit*, página 28).

⁶⁵ Según Braun, el grupo contaba a fines de 1935 con poco más de 300 miembros.

⁶⁶ Trotsky apunta aquí particularmente a Pierre Frank, que afirmaba en agosto de 1934: "Decidid lo que queráis, yo no entro en la SFIO", después escribía en junio de 1935 (y ahora, incluso tras las primeras exclusiones) que sería "criminal salir" (Braun, *op cit*, página 8). Siempre según Braun, el mismo Frank se había hecho "famoso" en la organización internacional al calificar de "romántica" la consigna de armamento del proletariado (y ello al día siguiente del 6 de febrero de 1934 (*op cit* página 38)).

peligros. Sólo testarudos radicalmente conservadores pueden afirmar que la entrada es inadmisibles en cualquier caso. Pero intentar hacer de la entrada un remedio contra todos los males lleva, inevitablemente, al límite de la traición, como nos da ocasión de observar y vivirlo el ejemplo francés⁶⁷.

En primer lugar, tenemos que aprender todos a no concederles una exagerada confianza, incluso si vuelven con nosotros, a aquellos camaradas dirigentes que expresan su descontento abandonando la organización nacional e internacional a la primera ocasión para considerarse francotiradores durante tanto tiempo como les parezca. No debemos confiarles puestos importantes más que tras una larga y seria prueba⁶⁸. *Esto es lo que ordena la autoconservación de toda organización verdaderamente revolucionaria.*

Puede ser que a los camaradas franceses, y particularmente a los jóvenes que tan valientemente han venido del partido reformista, se les debería decir además: aunque este estudio esté consagrado al pasado no debe servir para resucitar las diferencias de ayer sino, por el contrario, para evitar que se repitan mañana o pasado mañana. Cada adherente debe estudiar, *bajo este ángulo*, cuidadosamente y sin prejuicios, la documentación que le ha sido sometida. En última instancia, ello no puede ser más que saludable para la sección francesa.

Crux
H., 7 de junio de 1936

⁶⁷ La experiencia ulterior de los grupos trotskystas iba a confirmar este juicio. En 1950, determinado número de dirigentes trotskystas, entre ellos Frank, bautizaron como “entrismo sui generis” una política de “entrismo” en los partidos comunistas que se distinguía muy poco de una pura y simple capitulación.

⁶⁸ Los hombres hacia quienes se apunta son Molinier y Frank. Raymond Molinier había sido mantenido expresamente al margen del acuerdo de unificación. Pierre Frank, por el contrario, formaba parte de la dirección del POI, pero había sido denunciado por trabajo “fraccional” menos de dos meses después de la unificación. El grupo Molinier-Frank, bajo diversas etiquetas, iba a subsistir hasta la guerra. Se le mantuvo al margen de la conferencia de fundación de la IV Internacional. Molinier desaparecería de la arena política poco después de la declaración de guerra. Frank, internado en Inglaterra durante el conflicto, fue admitido en 1945 en la “sección francesa”. Después devino miembro del “Secretariado Unificado” de una organización que se llamaba IV Internacional tras haber conocido escisión tras escisión. La IV Internacional, tal y como la había concebido Trotsky, no existe (o al menos todavía no existe). En Londres, en abril de 1966, se celebró una conferencia convocada por el “Comité Internacional”. El Comité Internacional se opone en ese plano tanto al Secretariado Unificado como a otros organismos que se reclaman de una IV Internacional ya construida de la que ellos serían la “dirección revolucionaria”: según la Conferencia Internacional de Londres esta internacional está todavía por construir.

[Las dificultades de la sección francesa]⁶⁹

11 de julio de 1936

Camaradas,

1.- Las protestas de algunos camaradas contra mi carta por la que quise “substraerme de mi responsabilidad” solo puede que alegrarme. Demuestran que, por fin, en las bases se comienza supervisar a la dirección. Esta es una condición necesaria para la cohesión de la organización.

Sin embargo, ¿soy merecedor de esos reproches? Verdaderamente no estoy seguro de ello. El plenario internacional, con mi participación, se pronunció a favor de la expulsión de R[aymond] M[olinier] de nuestra organización. La comisión creada por el SI, y presidida por mí, declaró públicamente que *La Commune* y su organización estaban fuera de la IV Internacional. Tras la fusión con el PCI, el SI declaró que mantenía su decisión concerniente a R.M. hasta la conferencia internacional. En esas condiciones, R.M., tras haber fracasado su increíble e incalificable tentativa de imponerle a nuestra sección el nombre y el diario de su “partido”⁷⁰, mete sin embargo su estampilla sobre vuestro diario, es decir muestra de nuevo que se ríe de las decisiones formales, de los compromisos adquiridos y de la opinión de nuestra organización internacional, igual también, por otra parte, que de la sección nacional.

Soy colaborador de vuestro periódico. Pero también soy miembro del plenario internacional. En esas condiciones muy precisas creo que no solamente tenía derecho a “substraerme de mi responsabilidad”. La disciplina internacional domina en cualquier caso a la disciplina nacional. Si lo he hecho de forma que puede que haya ofendido el sentimiento democrático de la organización, soy el primero en sentirlo sinceramente, pero confío en que esta explicación aclare el malentendido. Si esto puede seros útil podéis publicar esta explicación en el boletín interno⁷¹.

2.- No creo que los “negocios” de Molinier estén en el orden del día de vuestra organización. Que cese en sus negocios o que continúe con ellos no tiene ya, al menos en mi opinión, una gran importancia. Ha hecho tantas promesas y ha asumido tantas obligaciones sin continuidad que una más o menos no pesarán verdaderamente mucho en su balanza. Lo que hay que constatar es la incompatibilidad total entre sus concepciones (las verdaderas), sus métodos de actuación, su actitud con la organización como con los camaradas individualmente; *todo eso* es lo que hace de él un factor de destrucción de la organización.

⁶⁹ Tomado de “[Las dificultades de la sección francesa]”, en [Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov](#).

⁷⁰ Molinier y sus camaradas habían propuesto la “unificación” bajo las siglas del único partido existente entonces como tal y como sección, el PCI, y que dirigían ellos. Como propuso Trotsky, el *BI*, del POI, n° 2, había escrito: “En su momento, el SI expulsó a R.M. de la organización internacional de los BL. Mantiene esa expulsión. Sin embargo, en su ansia por reunir las fuerzas de la IV Internacional, la sección francesa se ha visto llevada a fusionarse con la organización de *La Commune*, incluyendo a M. Visto lo serio de la situación actual, el SI no protesta formalmente por ese hecho, sino que hace recaer la completa responsabilidad sobre la organización francesa y se reserva el derecho a zanjar la cuestión Molinier en la próxima conferencia de la IV Internacional.

⁷¹ El POI publicó esta puntualización en su *BI* n° 3.

En el plenario fui el último en defender no ya sus métodos, que no tienen defensa posible, sino la necesidad de una última tentativa de colaboración. Ahora bien, la experiencia de *La Commune* y la actitud de R.M. tras el lamentable fiasco de esa aventura, traidora por su misma esencia, demuestran que no hay nada en común entre R.M., de una parte, y nuestros principios, nuestra política, nuestros métodos y reglas de moralidad revolucionaria, por otra parte; repito: nada en común. El mismo hecho que toda la organización se vea obligada continuamente a ocuparse de R.M. y no de cuestiones más importantes demuestra la incompatibilidad entre R.M. y la organización revolucionaria.

No, no se trata de sus “negocios” en sí mismos. Sobre todo se trata de su política de *presión financiera* en su propia organización. El hecho está establecido de forma incontestable. La comisión de control lo constató formalmente. Si el secretariado internacional, incluyendo al abajo firmante, consintió en subordinar la cuestión de R.M. a los intereses de la fusión fue, precisamente, para ofrecerle a todas las bases, sobre todo a los jóvenes [en la ocasión] la posibilidad de llevar a cabo su *propia* experiencia con R.M. Me parece que la experiencia se ha hecho completamente. Hay que sacar el *balance definitivo*. Esta es mi opinión.

3.- En cuanto a la moción política, debe ser menos insuficiente si permite que vote a favor de ella un grupo de camaradas que en días anteriores se habían pronunciado en un sentido contrario, y con qué vehemencia, por no decir brutalidad. Una nueva prueba de que los principios no significan nada para R.M. y su grupo cuando se trata de dificultades personales. Se vota a favor de todo, se pronuncian discursos melosos y se prepara un nuevo complot. La unanimidad ficticia no ofrece nada en casos semejantes, incluso le impide a la organización educarse. Es un poco la repetición de los errores de la experiencia antes del complot de *La Commune*.

4.- Cuando leo *l’Huma* y el *Popu* me digo a mí mismo: imposible que nuestra sección francesa no tenga sorprendentes éxitos. El relato de vuestras discusiones sobre el caso de Lille que ha hecho Fr[édéric] demuestra un nivel muy elevado⁷². Se aprende deprisa bajo la presión de los grandes acontecimientos. Ahora lo que es necesario es un *núcleo firme* en la dirección, capaz de decidir, dirigir y poner en situación de que no molesten los “francotiradores”, los aventureros y los “conspiradores”.

5.- T[rotsky] os ha enviado su tercer artículo⁷³. Está escrito en un tono muy “objetivo”, muy moderado en la forma. Me parece que ese es el tono pertinente para este período transitorio entre dos etapas. *Hay que explicar*. Todo el mundo alrededor de vosotros debe comenzar a reflexionar. Ganaréis a los mejores gracias a la seriedad de vuestro análisis.

6.- Acabo de escuchar en la radio las medidas preparatorias de Salengro contra los huelguistas “con ocupación” (convocatoria de los prefectos, etc.) Los conflictos son inevitables. El deber de los revolucionarios es orientar esos conflictos hacia un desenlace *político* y no *físico*, es decir lo menos físico posible. Encontrar cada una de las veces la línea entre la cobardía y el aventurerismo anarquista no es fácil. Por otra parte, vuestra influencia sobre las masas es todavía muy limitada. Pero los peores accidentes provocados por las autoridades servirán para el desarrollo revolucionario, con la condición que la vanguardia, con la ayuda de los obreros en cuestión, sepa hacer recaer la responsabilidad sobre el enemigo de clase y exponer al mismo tiempo todas las

⁷² El único “informe” recibido por Trotsky que haya podido merecer sus elogios es el que le dirigió Rudolf Klement el 6 de julio. Es muy posible que Trotsky lo haya designado por su antiguo nombre de guerra, Frédéric, olvidando que lo había cambiado. Es la hipótesis con la que nos quedamos.

⁷³ Se trata de *La segunda etapa*, ver en esta obra página y siguientes.

lecciones políticas que se deduzcan de ello. Los obreros confiteros de Lille⁷⁴ podrían, por ejemplo, dirigir un manifiesto a los obreros de Francia explicando que la dirección de las fábricas por los mismos obreros es una cosa completamente realizable, a condición que los bancos y las industrias claves estén a disposición del pueblo. Se pueden citar los respectivos programas de los socialistas y de los comunistas y concluir en el sentido del gobierno obrero y campesino: si los burgueses radicales se open a ello, hay que apoyarse en el verdadero pueblo, en los cuatro o cinco millones de sindicatos, etc. Ese manifiesto no tiene forzosamente que criticar al gobierno, debe hacerle propuestas positivas en nombre de una fábrica que pasa por una gran experiencia. Semejante manifiesto podría tener grandes repercusiones. Sería citado, criticado, etc., en toda la prensa obrera y burguesa. Si en el último momento se cede ante la fuerza física, es decir si los obreros se dejan desalojar uno a uno, sin entrar naturalmente en una batalla con la fuerza pública, el manifiesto de la fábrica siempre mantendrá su importancia para el futuro.

Creo también que, en casos semejantes, la fábrica (o el grupo de fábricas) comprometida en una lucha que, por el momento, no tiene salida, podría enviar delegados para postular a favor de su causa ante los sindicatos y los partidos obreros, ¿y, naturalmente, también ante el vuestro?

7.- Los TPPS⁷⁵ desaparecieron en su momento sin dejar huella porque *su dirección era técnica y no política*. Se creyó que gracias únicamente a la “acción” se ganaría a los obreros. Pero el obrero, como cualquier otro, quiere comprender para actuar. El lado político domina y determina la lucha física. No se trata en absoluto de predicar el miedo o la cobardía personal con exégesis sabias. Pero hay que comprender muy bien las leyes que determinan la evolución de las masas. Hay que acelerar esa evolución con argumentos políticos y no obstaculizarla con proezas inoportunas (al mismo tiempo, nunca hay que olvidar que, en este período, se necesitarán mucho también las proezas).

8.- Me parece que no habéis [concebido] una acción metódica y especial para penetrar en los ambientes comunistas. Ayer leí, tras una larga interrupción, *Que Faire?* (julio de 1936). Afirman que de todos modos existe un gran descontento en el PC. *Que Faire?* no es capaz en absoluto de utilizarlo y orientarlo porque esa empresa puramente académica no tiene ninguna orientación firme⁷⁶. Es preciso tener un *servicio especial* para la penetración en los ambientes comunistas. Es inevitable una explosión, pero si no

⁷⁴ Los obreros de la fábrica de chocolates de Lille Delespaul-Havez habían decidido proseguir por sí mismos la actividad de su empresa y habían designado a un “director” trotskysta, Eugène De Vreyer.

⁷⁵ En la primavera de 1935 se creó en París, a iniciativa de Marceau Pivert y del BGL, una milicia socialista que tomó el nombre de TPPS (Toujours Prêts Pour Servir, siempre prestos para servir). No sobrevivió a la exclusión de los BL y, sobre todo, a la condena unánime de los diputados, en diciembre de 1935, de las “milicias de partido”.

⁷⁶ *Que Faire?* era la revista que editaba un grupo clandestino de oposición en el interior del PC y uno de cuyos principales animadores era André Morel, llamado Ferrat (nacido en 1901), antiguo miembro del BP del PC bajo el nombre de Lucien Constant, que firmaba respectivamente sus artículos Marcel Breeval y Pierre Lenori. El grupo contaba también con antiguos trotskystas como el austríaco Kurt Landau, llamado Wolf Bertram (1903-1937) y Pietro Torielli, llamado Pierre Timbert (nacido en 1910) que habían roto con Trotsky respectivamente en 1931 y 1933. El número de julio de 1936, que Trotsky acababa de leer, contenía el relato del “asunto Ferrat”: el acta de acusación dirigida contra Ferrat por Duclos en la Grange-aux-Belles, el servicio de orden le había impedido a Ferrat tomar la palabra, la reunión del CC del 13 de junio y la exclusión de Ferrat por unanimidad. Los trotskystas solo contactaron con Ferrat mucho más tarde, tras la aparición de su folleto, pero Trotsky no depositaba en él ninguna esperanza, aunque Ferrat había logrado aparentemente ganar a algunos militantes obreros.

estáis preparados de antemano, no podréis (como en Saint-Denis) aprovecharla⁷⁷. ¿No se podría elaborar un boletín especial para las informaciones y rumores concernientes a la vida del partido comunista?

9.- ¡Explicar, educar, preparar los ánimos, ofrecer consignas justas! El diario, incluso siendo de pequeño formato, puede ser suficiente para esta tarea y se aprende a decir lo que es estrictamente necesario. Imaginad que ya os han echado de la arena legal. Vuestro diario ilegal, por necesidad tendría un pequeño formato. Pero al mismo tiempo podría jugar un papel a condición de asegurar la cohesión de la organización con consignas pertinentes a la situación.

10.- Hay que evitar también otro peligro, a saber: intentar imponerles a los acontecimientos vuestro propio calendario. Toulon y Brest, igual que la huelga de junio, son improvisaciones de la clase obrera contra todas las organizaciones oficiales y al margen de la vuestra. ¿Qué improvisará ese magnífico proletariado, lleno de recursos, de reminiscencias, imaginación y elocuencia? Es preciso confiar en él. Por ello hay que seguir con extrema atención todos los movimientos, todos los síntomas, incluso los falsos rumores que pasan por la clase obrera. Es necesario organizar un servicio de informaciones: recortes de diarios, cartas, informes, ecos personales, etc. Es preciso que alguien se ocupe de ello sin cejar: clasificar la documentación, estudiarla, trazar la curva del movimiento, etc. Es la única posibilidad de tomarle el pulso a la clase obrera. También es la única posibilidad de educar a los diferentes servicios del “gran cuartel general”.

Puede que me digáis que es más fácil dar consejos generales que orientarse prácticamente día a día. Y, sí, queridos camaradas, sería el último en negarlo. Los errores son inevitables. No perder la cabeza ni el coraje (incluso en el momento de la peor de las calamidades), es el último consejo que puedo daros en esta carta ya bastante larga.

PD. Esta carta, salvo el primer párrafo, no está destinada a la publicación. Pero podéis hacer el uso que queráis de ella.

⁷⁷ El número de militantes ganados al GBL, después al POI o al PCI, en el “radio de Saint-Denis” y sus partidarios se podía contar con los dedos de una mano: Georges Chéron y Jacques Desnots, para el PCI, eran los más destacados por las posiciones que en otros tiempos habían ocupado en el PC.

[Los radicales, agentes de la burguesía en el gobierno]⁷⁸

19 de julio de 1936

Queridos camaradas,

El último número de *Révolution*⁷⁹, que produce en resumen una muy favorable impresión, tiene una entradilla que sorprende: “Bajo la *protección* vigilante de los trabajadores franceses, el gobierno de frente popular podrá cumplir su programa”. Esta formulación es doblemente falsa:

1.- El gobierno no cumplirá su programa *irrealizable* ni incluso bajo “la protección”, porque ese programa presupone la prosperidad bajo el régimen capitalista.

2.- Nuestra tarea no es en absoluto la “protección” del gobierno de coalición entre el proletariado y la burguesía.

Estoy seguro de que se trata de una formulación precipitada y no de una divergencia profunda. Pero para evitar en el futuro los malentendidos debo explicarme una vez más sobre esta cuestión.

El frente popular y nosotros tenemos enemigos comunes. Por ello estamos prestos para combatirlos en paralelo con los grupos regulares del gobierno del frente popular, sin asumir por eso la menor responsabilidad respecto a ese gobierno, ni erigirnos en “protectores” de León Blum. Consideramos a ese gobierno como un mal menor en comparación con el de La Rocque. Pero combatiendo al mal mayor no se protege uno del mal menor al mismo tiempo.

No debemos ocultarle a las masas que ese programa no es realizable en el marco del capitalismo, ni que, por otro lado, los radicales siempre sabotearán las partes realizables de ese programa. Cuando decimos que todavía no ha llegado el momento de combatir de frente al gobierno Blum con ello no queremos decir que haya que protegerlo, sino solamente que hay que atacarlo en sus flancos. En su flanco derecho están los radicales. Hay que matizar, personificar nuestras críticas al gobierno reservando nuestros golpes más duros para los ministros radicales y explicándoles a los obreros socialistas y comunistas qué son los Daladier, Delbos y Rucart etc.⁸⁰, que sabotean, y no pueden dejar de sabotear, todo lo de progresista que haya en el programa del gobierno. El servicio militar de dos años se mantiene. Los oficiales reaccionarios permanecen en sus puestos. El órgano de León Blum, *Le Populaire*, continúa estando prohibido en los cuarteles. ¿Quién es el responsable? Daladier, el viejo agente del imperialismo francés. Los radicales son la línea de menor resistencia para la crítica revolucionaria. Concentrando el fuego en los ministros radicales (con ejemplos completamente concretos) llegaréis fácilmente a los oídos de los obreros socialistas y comunistas. Podéis añadir con razón: “Desgraciadamente, los jefes comunistas

⁷⁸ Tomado de “[Los radicales, agentes de la burguesía en el gobierno]”, en [Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov](#).

⁷⁹ *Révolution* era el órgano de las Juventudes Socialistas Revolucionarias (JSR) que habían participado en la fundación del POI y cuyos dirigentes eran miembros del POI.

⁸⁰ [...] La presión de los ministros radicales se ejercería con mucho más vigor contra todo suministro de armas a la España republicana.

sostienen a los radicales contra los jefes socialistas.” En cualquier caso, la consigna no puede ser “¡Abajo el gobierno Blum!”, sino: “¡Hay que expulsar a los radicales del gobierno Blum! Ahí tenéis la matización. Es extremadamente importante para este período, pero no significa de ninguna de las maneras la “protección” del gobierno León Blum.

Ahora debemos tener un lenguaje que trate más de explicar que de excitar. Pero debe, sin embargo, ser firme e intransigente.

En *Le Populaire* del 16 de julio puede uno encontrar un artículo de Collinet⁸¹ que intenta reconciliar nuestra crítica al frente popular con la “protección” (o el reconcomiendo, si queréis) del gobierno Blum como “nuestro” gobierno. Naturalmente que no podemos solidarizarnos con Collinet, a pesar de los plagios que hace de nuestra crítica. Debemos combatirlo precisamente por eso, trata de conciliar la crítica revolucionaria con la coalición entre el proletariado y la burguesía radical. Ese es punto crucial de toda la situación política en Francia.

Tanto en vuestro comunicado como en el panfleto del 14 de julio puede verse la consigna “guardia obrera”. ¿Por qué habéis abandonado la formulación de la “milicia obrera”⁸²? Tales cambios son perjudiciales para la propaganda. Hay que escoger cuidadosamente las consignas y formulaciones, pero, tras haberlas escogido, hay que conservarlas hasta que la situación objetiva cambie.

⁸¹ Michel Collinet (1904-1977), antiguo miembro del PC, profesor de matemáticas, había sido miembro de la Liga Comunista, que había abandonado en 1931 para constituir la Izquierda Comunista. Tras un breve escarceo con los doriotistas en 1934, entró en la SFIO y era uno de los animadores de la Izquierda Revolucionaria en nombre de la cual acababa de expresarse en una “tribuna libre” del *Populaire*.

⁸² La consigna de “milicia obrera” había sido utilizada desde hacía años en la prensa del GBL en particular.

Carta a Victor Serge sobre diferentes grupos y personalidades de Francia a propósito de la construcción del partido revolucionario⁸³

30 de julio de 1936

Estimado Victor Serge,

He recibido su carta del 27 de julio, tras una conversación con nuestro amigo estadounidense. Desgraciadamente no puedo estar de acuerdo con usted. Temo que aborde usted los problemas de una forma demasiado artística, demasiado psicológica, es decir de forma insuficientemente política. Además, muchas de sus reacciones están basadas en un desconocimiento de la historia de nuestras actividades aquí durante estos últimos siete años y medio. En el fondo, me acusa usted de *sectarismo*. No puedo aceptar ese reproche. Pienso que su corta experiencia personal, juzgándola correctamente, refuta enteramente su acusación. Unir a la gente para ir en ayuda de los deportados y prisioneros es mucho más fácil que unirla para la revolución social. Usted tiene un nombre, usted tiene autoridad a doble título: la de un viejo revolucionario y la de un hombre que acaba de escapar de las redes de Stalin. Parece que para usted debería ser más fácil que para nadie unir (sin sectarismo) a amplios círculos para una campaña internacional contra los verdugos estalinistas. Sin embargo se queja usted, en una de sus últimas cartas, de ver como sus esfuerzos son estériles. Su experiencia no es la primera. ¿Esto se debe al azar? No, no es una casualidad. Nuestras organizaciones pretendidamente sectarias llevan adelante también la lucha por la defensa de los deportados. Incluso son las únicas en hacerlo. Ahora bien, los esfuerzos para ampliar esta lucha (esfuerzos con los que estoy completamente de acuerdo y a los que contribuyo con todas mis fuerzas) no han dado a día de hoy el menor resultado. ¿Piensa usted que los filisteos, a los que no se puede conmovir sobre un problema tan agudo como el de la represión estalinista, pueden encontrar lugar en un partido proletario revolucionario? No lo creo. Hoy en día no debemos hacer juicios generales contra el sectarismo: *hay que demostrar con la experiencia la posibilidad de otra vía*. A día de hoy, todos aquellos que han buscado otra vía simplemente nos han abandonado para pasarse al otro campo. Tales son los hechos, mi querido Victor Serge, y estoy habituado a juzgar sobre hechos y no sobre consideraciones generales.

Usted hace ya algún tiempo que nos reprocha tener una actitud incorrecta hacia los “sindicalistas revolucionarios”. Le he respondido: no conozco la dirección de esa gente. En lo concerniente a *La Révolution prolétarienne*, eso sólo es un internado para inválidos. Después de eso usted partió hacia París. ¿Ha encontrado usted allí sindicalistas-revolucionarios? Sí es que sí, indíqueme su dirección, por favor. ¿Ha encontrado usted el fuego revolucionario en el antro de Louzon? Si es que sí, estoy dispuesto a hacer inmediatamente todo lo necesario para que nos acerquemos a ellos.

⁸³ Tomado de “Carta a Victor Serge sobre diferentes grupos y personalidades de Francia a propósito de la construcción del partido revolucionario”, en Edicions Internacionals Sedov-Trotsky inédito en internet y en castellano.

Indíqueme usted concretamente lo que hay que hacer. Desgraciadamente, tras su viaje a París, usted no ha dicho ni una palabra sobre los “sindicalistas revolucionarios”.

Usted me habla ahora de la Federación de la Enseñanza donde existen diversos centenares de simpatizantes que sería posible atraer con la única condición de “inspirarles confianza”. Aquí su reproche está completamente injustificado y es incorrecto. He vivido un año entero en Francia en medio de esa gente (de la Federación de la Enseñanza)⁸⁴. He mantenido con ellos interminables conversaciones, me he carteadado, incluso organizamos una pequeña verdadera conferencia con todos los dirigentes de la federación⁸⁵. Evidentemente nosotros no podemos devenir para ellos especialmente más inteligentes, refinados ni bellos, ni yo ni mis amigos más próximos. Pero hemos hecho todo lo posible para atraer a toda esa gente al trabajo militante. Venían a vernos y cogían la tangente, encontrando siempre mil excusas para ello. Su secreto es, en efecto, muy simple: *son pequeño burgueses hasta la médula*, sus pequeñas casas, sus pequeños jardines, sus pequeños automóviles pesan más en sus corazones que los destinos del proletariado, incluso si mantienen aún en su memoria ideas ferozmente radicales. He ido a casa de alguna de esa gente. En sus apartamentos he visto su modo de vida, no solamente lo he visto, lo he sentido⁸⁶. Excúseme usted, Victor Serge, ese olor no me lleva a engaño. Contar con esta gente sería como sembrar sobre piedras. Entre la juventud enseñante hay elementos revolucionarios que buscan su vía. Pero la dirección ejerce un papel reaccionario impidiendo a los jóvenes abrirse camino hacia nosotros. He ahí el porqué de que, en uno de mis últimos artículos, haya fustigado a esos señores a golpe de látigo, y la próxima vez los cogeré para fustigarlos aún con más fuerza.

Me nombra usted a Martinet. Ya le cité su nombre en la carta que le dirigí a usted. Si logramos atraerle estaría muy bien. Me habla usted de Dommanget. Le conozco

⁸⁴ Trotsky vivió un año en Domène en casa del profesor Beau, miembro de la Federación Unitaria.

⁸⁵ Alusión al encuentro organizado el 8 de agosto de 1934 en Noyarey con Aulas, Dommanget y Serret (ver página 442, nota 285 [nota que dice: Alusión a la entrevista del 8 de agosto de 1934 entre Trotsky y los tres dirigentes de la Federación Unitaria. Dommanget, Aulas, Serret. Esta entrevista se mantuvo en secreto en la época. Hasta 1951 no se haría pública gracias a extractos de los recuerdos de Natalia Sedova publicados por Victor Serge en *Vida y muerte de Trotsky* (página 234 –edición francesa-). La memoria de la viuda de Trotsky le traicionó: sitúa la entrevista en Domène, en casa del profesor Beau, cuando tuvo lugar en Noyarey, en casa de un colega de Beau, militante de la Federación, con motivo del congreso de Montpellier y no “durante el congreso de Grenoble”, como escribe. Por razones de seguridad Beau llevó a su huésped a Noyarey: las familias de los dos militantes profesores, las compañeras de los tres dirigentes, así como dos colegas, uno de Creuse y otro de Ardèche, que les habían hecho de chóferes, participaron en la discusión. Ahora bien, no había que llamar la atención en Domène. Trotsky conocía ya a Aulas, cuya casa había visitado, en Saint-Boil (Saône-et-Loire), en compañía de Raymond Molinier cuando buscaba un refugio después de los incidentes de Barbizon: mantuvo con él, en el vehículo, una larga discusión en un claro del “Bosque de Bourges”, en la vecindad de Saint-Boil (carta de Jean Aulas, 19 de junio de 1965)].

⁸⁶ En realidad Trotsky jamás fue a casa de Dommanget, la policía le prohibió el acceso a la residencia de Serret y, juzgando el lugar indefendible, no consintió siquiera en bajar del coche de Molinier ante la casa de Aulas. Se puede pensar, pues, que generaliza aquí con el conjunto de los dirigentes de la federación los reproches alimentados por las condiciones de su residencia en Domène que, efectivamente, había sentido como peores que un encarcelamiento. Las relaciones con su anfitrión serían, por otra parte, tanto más malas teniendo en cuenta que tenía a éste por francmasón y que los inconvenientes materiales de la cohabitación pesaban mucho sobre la familia Beau.

Hay que hacer notar que Isaac Deutscher, cuya lectura de los archivos de Trotsky ha sido como mínimo sesgada, cita este pasaje de la carta de Trotsky consagrado a los dirigentes de la Federación Unitaria como si se tratase de juicios sobre los trostkystas franceses: la simple lectura de la totalidad de la carta muestra que no se trata de eso y que, de cara a Serge, Trotsky mantuvo íntegramente su solidaridad con sus amigos políticos mientras que el comentario de Deutscher hace suponer que lo había convertido en confidente de sus quejas.

personalmente. Estuvo con nosotros y después nos abandonó; ha escrito honorables estudios históricos. Si una vez al año puede entregarnos un artículo sobre Babeuf para nuestra revista eso sería perfecto. Sin duda alguna no es capaz de nada más⁸⁷.

Me habla usted de Simone Weil. La conozco muy bien; he mantenido largas conversaciones con ella. Durante algún tiempo simpatizó más o menos con nosotros, después perdió toda fe en el proletariado y el marxismo; entonces escribió absurdos artículos idealístico-psicológicos en los que defendía la “personalidad”; con pocas palabras: evoluciona hacia el radicalismo. Es posible que gire de nuevo a izquierda. Pero ¿vale la pena hablar más sobre ello?⁸⁸

En cualquier caso, en sus propuestas no hay nada nuevo. Tenemos ya una gran experiencia (por otra parte negativa) de toda esa gente de la que usted me habla. Cada uno de ellos tiene mil razones que le impiden unirse a nosotros y librarse, en general, a un trabajo revolucionario: nuestro estilo es mediocre, nuestras traducciones malas, nuestra polémica brutal, etc. Esta gente habla de todo salvo de lo esencial: *los programas, las estrategias, la lucha para implantarse entre las masas obreras*. ¿Tenemos que adaptarnos a esta ruindad humana? ¡No! Eso sería una orientación fundamentalmente errónea. Hay que encontrar la vía que nos permita conquistar a los *obreros* evitando a los antiguos revolucionarios e, incluso, apartándolos de nuestro camino a codazos.

He aquí un ejemplo reciente. Hace algunos meses, nuestros camaradas intentaron levantar un mensual sindicalista con la gente de la Federación de la Enseñanza⁸⁹. ¿Y qué? No salió nada de ello. A estos pequeños burgueses (¡eh!, no encuentro otra palabra) no les gusta la lucha. Reunirse para platicar sobre temas revolucionarios, montar una especie de club, un hogar del jubilado para jugar a los tamborileros, he ahí a lo que están dispuestos. Pero esto es lo que NOSOTROS no queremos hacer.

He escuchado mil veces lo que usted me escribe sobre mis “intervenciones” y sobre la necesidad de acciones colectivas. Y ¿sabe usted mi querido Victor Serge en boca de quién? De quienes exigían mi intervención, pero no la obtenían porque yo no estaba de acuerdo. Hay muchos de esos casos. Los ecos de sus quejas han llegado hasta nosotros. Me habla usted de Rosmer. Sabe usted cuánto lo estimo. Pero ¿por qué se ha separado de nosotros? Entró en conflicto con Molinier. El conflicto se exacerbó. Yo no tenía ni la menor relación con este asunto, incluso ni conocía nada de él. Rosmer y Naville buscaron la forma de excluir a Molinier, pero no lograron arrastrar más que a una débil minoría en la organización. Rosmer se giró entonces hacia mí y me pidió mi ayuda. Le respondí más o menos esto: “Incluso si la necesidad de excluir a Molinier me pareciese perfectamente clara, no podría hacer nada desde aquí: logre usted mismo convencer a la mayoría de la organización”. Tras lo cual Rosmer rompió todas sus relaciones políticas conmigo y abandonó la organización. Estoy dispuesto a hacer todo lo posible para restablecer la cooperación con él. Sin embargo no creo que sea el hombre que conviene para un centro revolucionario de nuestra época. Como

⁸⁷ Trotsky parece no incluir a Dommanget entre los dirigentes de la Federación Unitaria de la que acaba de hablar. Sin embargo le escribió al día siguiente de sus entrevista en Noyarey. Dommanget, por otra parte, no participó jamás en ninguna organización trotskysta. Había dimitido del PC en 1930, lo que los trotskystas le habían reprochado vivamente como una especie de desertión. En el momento en que Dommanget constituyó, en 1930, junto a Rosmer, la Oposición Unitaria, sus simpatía políticas se dirigían más bien (por otra parte provisionalmente) hacia el POP.

⁸⁸ Deutscher se equivoca cuando escribe que Simone Weil había sido miembro de la organización trotskysta durante algún tiempo.

⁸⁹ Alusión a la tentativa de poner en pie *l'Avant-garde syndicaliste*. La responsabilidad del fracaso de esta experiencia parece que no puede atribuirse únicamente a los enseñantes. France Serret recuerda de un artículo de su marido, denunciando el Frente Popular, que fue descartado de esta publicación.

colaborador en una revista sería un enorme regalo para la clase obrera. Pero Rosmer no es un político combatiente y, en el centro de una organización, aparecerían inevitablemente serios malentendidos entre él y los jóvenes revolucionarios. Usted juzga a priori, y yo hablo basándome en una experiencia ininterrumpida de siete años y medio⁹⁰.

Nombra usted además a Treint. ¿Sabe usted que le hice venir a Prinkipo, que paso casi un mes con nosotros allí y que tuve que librar una ruda batalla con los Paz, Rosmer, Naville, y muchos otros, para buscar atraer a Treint al trabajo militante? Llegó un momento en el que se puso al trabajo. Pero, ¡vaya!, era un maníaco (y en absoluto en el sentido figurado sino en el sentido más literal del término). Rompió con nosotros no porque le impidiésemos expresar su idea maniaca sino porque no estábamos de acuerdo con él. ¿Qué podía hacer yo pues? Una política no sectaria consiste, entre otras cosas, en saber librarse a tiempo de los sectarios que nos impiden abrirnos un camino hacia los obreros. Así, en un momento dado, nos libramos del sectario Vereecken en Bélgica, edificamos sin él, y contra él, un grupo obrero bastante importante y ahora ha vuelto a nuestras filas⁹¹. ¿Volverá Treint algún día con nosotros cuando seamos más fuertes? Pero adaptarse hoy en día a Treint, a un maníaco, a un sectario, significaría cerrarnos el camino que lleva a los obreros.

Examinemos una vez más la cuestión de Nin. Algunos (entre ellos Rosmer) consideran mi cruel crítica de su política como sectarismo. Si es así, todo el marxismo no es más que sectarismo pues es la doctrina de la lucha de clases y no de la colaboración de clases. Los actuales acontecimientos de España muestran particularmente hasta qué punto era criminal el acercamiento de Nin a Azaña: los trabajadores españoles van a pagar ahora con miles de vidas la ruindad reaccionaria del Frente Popular que continuó manteniendo con el dinero del pueblo un ejército mandado por los verdugos del proletariado. Aquí no se trata, mi querido Víctor Serge, de pequeños matices sino de la misma esencia del socialismo revolucionario. Si Nin hoy se recupera y comprende cuánto se ha desacreditado ante los trabajadores, le acogeremos como a un camarada, pero no podemos permitir el compadreo en política.

De sus correcciones a las tesis sobre el ascenso revolucionario he retenido la idea que grupos importantes se desgajarían por la izquierda de los partidos socialista y comunista (yo ya aludía a ello sin desarrollar la idea). Por el contrario, no puedo aceptar, desgraciadamente, sus otras correcciones pues las considero como

⁹⁰ Algunas semanas antes, Trotsky había escrito sobre Rosmer a Victor Serge: “Usted estará, sin duda, al corriente también de mis diferencias con Rosmer. Este asunto pertenece ya al pasado y es superfluo exponer los detalles. En cualquier caso, Rosmer es un personaje de un calibre completamente diferente [que el de Paz y Souvarin, PB]. A pesar de toda su contención y tacto, encontrándose en determinado momento en desacuerdo conmigo sobre un punto de detalle, se ahogó y rechazó no solamente llegar a un acuerdo conmigo, incluso rehusó explicarse. Ello nos impidió encontrarnos durante nuestra estancia en Francia; pero el respeto y simpatía que por nuestra parte sentimos hacia Alfred y Marguerite no han disminuido en nada. Rosmer ha escrito un muy buen libro sobre el movimiento obrero en la época de la guerra. Es uno de aquellos con los que podemos contar en este nuevo período de pruebas. No hay duda alguna que nuestras relaciones personales se recuperarán y devendrán más sólidas que nunca.” El tono ha cambiado, pues, mucho: en el intervalo, Rosmer, igual que Serge, se había alineado junto a quienes acusaban a Trotsky de “sectarismo” en lo tocante al POUM y a la guerra de España. Como Serge, Rosmer iba a proseguir su colaboración con *la Révolution prolétarienne*, de la que ya se sabe qué pensaba Trotsky.

⁹¹ Vereecken no se mantendría mucho tiempo. En su carta precedente, Trotsky le había escrito a Serge: “El actual ministro Spaak, que vino a verme a Paris para una “consulta” (algunos meses antes de renegar) me habló de Lesoil y de Vereecken como los dos mejores militantes de Bélgica.” Vereecken fue uno de los blancos de Trotsky en sus últimos escritos. *Su moral y la nuestra* y *Los moralistas y los sicofantes contra el marxismo*.

fundamentalmente erróneas. Maravilloso historiador de la revolución rusa, usted rechaza, no sé por qué, aplicar sus lecciones esenciales a otros países. Todo lo que usted dice sobre el Frente Popular es aplicable al bloque de los mencheviques y de los socialistas-revolucionarios con los cadetes (los radicales rusos). Y, sin embargo, nosotros llevamos adelante contra ese Frente Popular una lucha implacable que nos permitió vencer.

Sus propuestas prácticas concernientes a España son excelentes y responden completamente a *nuestra* línea. ¡Pero intente usted encontrar a una decena de hombres susceptibles de aceptar sus propuestas, no de palabra sino en los hechos, fuera de los límites de nuestra organización “sectaria”! El hecho que usted formule tan magníficas propuestas prácticas prueba a mis ojos que tenemos bajo los pies claramente un terreno común, y esperaré pacientemente a que haya verificado sus concepciones a priori en la experiencia política viva y a que deduzca las conclusiones necesarias. No dudo, ni por un momento, que esas conclusiones se corresponderán con las nuestras, formuladas *colectivamente*, en *diferentes* países, basándonos en la experiencia de *grandes* acontecimientos. A pesar de nuestro pretendido “sectarismo”, nos reforzamos y crecemos sin cesar mientras que nuestros críticos no han construido nada.

Es bastante por hoy. He respondido a su franqueza con una completa franqueza. Pienso que en el futuro seguiremos esta vía para beneficio mutuo⁹². Le estrecho fuerte y cordialmente la mano.

León Trotsky

⁹² La experiencia de Serge le llevó en realidad a la ruptura con Trotsky a principios del año 1937, no solamente en relación con el POUM sino además, también, con la cuestión de la IV Internacional. Profundamente desmoralizado (y sin duda mal informado), llegaría hasta a felicitarse por el éxito del RPF en Francia, en una carta dirigida poco antes de su muerte a Malraux y publicada tras su muerte. Su hijo, Wladimir Serge protestó (en una carta publicada en *la Révolution prolétarienne*, nº 315, mayo de 1948, página 442) contra la utilización que en la prensa gaullista se hacía de la memoria de su padre.

El nuevo ascenso revolucionario y las tareas de la Cuarta Internacional⁹³

Julio de 1936

1. Las huelgas de junio inician una nueva etapa en el proceso interno de Francia y de Bélgica. Sin duda producirán no sólo una agudización de la lucha de clases en estos países, sino también, más adelante, movilizaciones de masas en una parte considerable de Europa, inclusive en Gran Bretaña, y posiblemente también fuera de Europa. Así termina el aislamiento de la revolución española.

2. Las huelgas de junio demuestran cuanta indignación y voluntad de lucha se han acumulado, bajo la superficie engañosamente pasiva, en las masas proletarias de la ciudad y del campo durante los años de crisis y reacción. Han revelado la simpatía que existe entre amplias capas de la pequeña burguesía urbana y del campesinado por las luchas obreras. Por último, han puesto al desnudo la gran inestabilidad del régimen en su conjunto, la falta de confianza de las clases dominantes, sus oscilaciones entre León Blum y De la Rocque. Estas tres condiciones (voluntad de lucha del proletariado en su *conjunto*, gran insatisfacción de los estratos inferiores de la pequeña burguesía, confusión en el campo del capital financiero) constituyen *las premisas fundamentales para la revolución proletaria*.

3. También en esta ocasión la ofensiva combativa de las masas asume el carácter de *huelga general*. Tras una etapa prolongada de inmovilidad, las consignas parciales, sindicales, importantes de por sí, fueron para los obreros el medio necesario para despertar a las más amplias masas y conducir las unificadamente contra la burguesía y su estado. La huelga general, al iniciar una etapa de luchas revolucionarias, no puede dejar de unir las reivindicaciones sindicales y parciales con las tareas generales, todavía no formuladas con claridad, de la clase en su conjunto. En esta unión radica la fuerza de la huelga general, la garantía de unidad de la vanguardia con las amplias masas de la clase.

4. Desde hace algunos años la huelga general es el eje de la propaganda de nuestra sección francesa. A diferencia de los demás partidos y grupos que dicen representar a la clase obrera, los bolchevique-leninistas franceses oportunamente caracterizaron la situación como prerrevolucionaria, evaluaron correctamente la importancia sintomática de las huelgas que estallaron en Brest y Tolón y, a pesar de los ataques ininterrumpidos de los oportunistas y socialpatriotas (SFIO, PC, CGT) y de la oposición de los centristas (Marceau, Pivert, etcétera) realizaron una campaña agitativa para preparar la huelga general. Cuando el terreno es fértil, un puñado de semillas rinde una gran cosecha. En la situación creada por la crisis social y la indignación de las masas, una pequeña organización, pobre en recursos materiales, pero armada de consignas justas, ha ejercido su influencia sobre el curso de los acontecimientos revolucionarios. La persecución furibunda a los bolchevique-leninistas en la prensa capitalista, socialdemócrata, estalinista y sindicalista, junto con la represión a manos de

⁹³ Tomado de “El nuevo ascenso revolucionario y las tareas de la Cuarta Internacional”, en *Escritos*, Tomo VII, Volumen 2, Editorial Pluma, Bogotá, 1978, páginas 178-191.

la policía y los jueces de León Blum, constituyen una confirmación externa de esta verdad.

5. Ninguna de las organizaciones obreras oficiales de Francia o Bélgica quería la lucha. Las huelgas estallaron contra los deseos de los sindicatos y de ambos partidos. Solo ante el hecho consumado, los dirigentes oficiales “reconocieron” la huelga para estrangularla con mayor facilidad. Pero hasta el momento se ha tratado de una movilización relativamente “pacífica”, bajo consignas parciales. ¿Quién puede dudar por un solo instante de que, cuando estalle la lucha directa por el poder, los aparatos de las internacionales segunda y tercera (al igual que los partidos social-revolucionario y menchevique en la Rusia de 1917) se pondrán enteramente a disposición de la burguesía contra el proletariado? La necesidad de una *nueva internacional*, como partido mundial de la revolución proletaria, se demuestra nueva e irrefutablemente en los acontecimientos de Francia y Bélgica.

6. Sin embargo, el resultado directo e inmediato de la gran oleada huelguística de junio es el crecimiento excepcionalmente rápido de las viejas organizaciones. Este hecho tiene su explicación histórica. También los mencheviques y social-revolucionarios experimentaron un crecimiento febril después de la revolución de febrero de 1917, que ellos, como socialpatriotas, no deseaban que se produjera durante la guerra; la socialdemocracia alemana creció rápidamente después de la revolución de noviembre de 1918, que estalló contra su voluntad. Antes de desnudar su bancarota ante el conjunto de la clase, los partidos oportunistas se convierten, durante un breve período, en el refugio de las más amplias masas. El crecimiento rápido del Partido Socialista [SFIO], y sobre todo del “comunista”, en Francia es un síntoma inequívoco de la crisis revolucionaria del país y a la vez prepara la agonía mortal de los partidos de las internacionales segunda y tercera.

No es menos importante el crecimiento sin precedentes de los sindicatos franceses. Aunque aparentemente contribuye a dar peso e importancia al estado mayor sindical conjunto reformista-estalinista (Jouhaux, Racamond, etcétera), el ingreso de millones de obreros y empleados socava las propias bases del aparato sindical conservador.

7. Las grandes movilizaciones de masas constituyen la mejor prueba para las teorías y los programas. Las huelgas de junio revelan la falsía de las teorías sectarias ultraizquierdistas, que sostienen que los sindicatos están “perimidos” y que es necesario remplazarlos por organizaciones nuevas, o construir sindicatos nuevos y “auténticos” paralelos a los viejos aparatos conservadores. En realidad, en las etapas revolucionarias la lucha por las reivindicaciones económicas y por las leyes sociales no cesa sino, que por el contrario, se extiende hasta límites insospechables. Los cientos de miles y millones de obreros que entran a los sindicatos destruyen la rutina, se sacuden el aparato conservador, permiten al partido revolucionario construir tendencias en los sindicatos, ganar influencia y luchar con éxito por la dirección del movimiento sindical. Un partido revolucionario incapaz de realizar con éxito un trabajo sistemático en los sindicatos será todavía más incapaz de crear sindicatos propios. Tales intentos están condenados al fracaso.

8. Al contrario de lo que afirman los dirigentes de la segunda y tercera internacionales, el capitalismo contemporáneo ya no puede garantizar trabajo para todos los obreros ni elevar su nivel de vida. El capital financiero descarga el costo de la reforma social sobre los hombros de los obreros y de la pequeña burguesía mediante el alza de los precios, la inflación abierta o encubierta, los impuestos, etcétera. La esencia de la “estatización” actual (la interferencia estatal, tanto en los países “democráticos” como en los fascistas) es salvar al capitalismo putrefacto al precio de rebajar el nivel de

vida y cultura del pueblo. No puede haber otros métodos basados en la propiedad privada. Los programas de los frentes populares de Francia y España y de la coalición belga son un espejismo y un engaño deliberado, que prepara una nueva desilusión para las masas trabajadoras.

9. La impotencia total de la posición de la pequeña burguesía bajo el capitalismo en putrefacción significa (a pesar de las vergonzosas teorías de “armonía social” de León Blum, Vandervelde, Dimitrov, Cachin y compañía) que las reformas a favor del proletariado, aunque inestables y engañosas en sí mismas, aceleran la ruina de los pequeños propietarios de la ciudad y del campo y los arrojan en brazos del fascismo. Solo se puede establecer una alianza seria, profunda y duradera entre el proletariado y las masas pequeñoburguesas, en oposición a las maniobras parlamentarias del Partido Radical de los explotadores de la pequeña burguesía, sobre la base de un *programa revolucionario*, es decir, la toma del poder por el proletariado y la revolución de las relaciones de propiedad en beneficio de los trabajadores. La coalición con la burguesía, que lleva el nombre de “Frente Popular”, es un freno para la revolución y una válvula de escape para el imperialismo.

10. El primer paso hacia la alianza con la pequeña burguesía es la ruptura del bloque con los radicales burgueses de Francia y España, del bloque con los católicos y liberales en Bélgica, etcétera. Debemos explicar esto a todos los obreros socialistas y comunistas, basándonos en la experiencia. Esta es la tarea central del momento. En esta etapa, la lucha contra el reformismo y el estalinismo es ante todo la lucha contra los bloques con la burguesía. ¡Por la unidad honesta de los trabajadores, contra la unidad deshonestas con los explotadores! ¡Fuera la burguesía del Frente Popular! ¡Abajo los ministros capitalistas!

11. Por el momento, sólo podemos especular acerca del ritmo de los acontecimientos revolucionarios que se avecinan. Gracias a determinadas circunstancias excepcionales (derrota en la guerra, la cuestión campesina, el Partido Bolchevique) la Revolución Rusa completó su ciclo ascendente (desde el derrocamiento del absolutismo hasta la conquista del poder por el proletariado) en ocho meses. Pero en este breve lapso se produjo la manifestación armada de abril, la derrota de julio en Petrogrado, y el intento de Kornilov de llevar a cabo un golpe de estado contrarrevolucionario en agosto⁹⁴. La revolución española ya lleva cinco años de ascensos y reflujos. En este período, los obreros y los campesinos pobres de España han desplegado instintos políticos tan magníficos, han demostrado tanta energía, abnegación y heroísmo, que el poder estatal hubiera caído en sus manos hace mucho tiempo, si la dirección hubiera estado siquiera mínimamente a la altura de la situación política y de la capacidad de combate del proletariado. Los verdaderos salvadores del capitalismo español no eran ni son Zamora, Azaña, ni Gil Robles, eran y siguen siendo los dirigentes socialistas, comunistas y anarquistas de sus organizaciones.

12. Lo propio puede decirse sobre Francia y Bélgica. Si el partido de León Blum fuera realmente socialista, podría haberse basado en la huelga general de junio para derrocar a la burguesía casi sin guerra civil, con un mínimo de conmociones y sacrificios. Pero el partido de Blum es un partido burgués, el hermano menor del radicalismo putrefacto. Si el partido “comunista” tuviera algo de comunista, en el primer día de la huelga hubiera corregido su error criminal, roto el bloque nefasto con los radicales, llamado a los obreros a crear comités de fábrica y sóviets y creado en el país un régimen de poder dual, el puente más corto y seguro hacía la dictadura del proletariado. Pero en realidad el aparato del partido comunista es simplemente una de

⁹⁴ El lector puede consultar al respecto la “Cronología” de la obra de Trotsky *1917. El año de la revolución* en esta [misma serie de Ediciones Internacionales Sedov](#).

las herramientas del imperialismo francés. La clave de la suerte de España, Francia y Bélgica es la cuestión de la dirección revolucionaria.

13. De la política internacional, podemos extraer la misma conclusión particularmente de la llamada “guerra contra la guerra”. Los socialpatriotas y los centristas, sobre todo los franceses, justifican su abyección ante la Liga de las Naciones con el argumento de la pasividad de las masas, sobre todo porque no estuvieron dispuestas a aplicar un boicot a Italia durante su ataque pirata a Etiopía. Es el mismo argumento que los pacifistas como Maxton emplean para ocultar su capitulación. A la luz de los acontecimientos de junio resulta sumamente claro que las masas no reaccionaron ante la provocación imperialista internacional porque los dirigentes de sus organizaciones las engañaron, adormecieron, frenaron, paralizaron y desmoralizaron. Si los sindicatos soviéticos hubieran dado oportunamente el ejemplo boicoteando a Italia, ese movimiento se hubiera extendido como un reguero de pólvora a Europa y al mundo entero, y se hubiera constituido en una amenaza inmediata para los imperialistas de todos los países. Pero la burocracia soviética prohibió y ahogó todas las iniciativas revolucionarias, remplazándola por la sumisión de la Comintern ante Herriot, León Blum y la Liga de las Naciones. El problema de la política internacional del proletariado, como el de la política nacional, es un problema de *dirección revolucionaria*.

14. Cada movilización de masas refresca la atmósfera como una tormenta, y a la vez destruye todo tipo de engaño y ambigüedad política. A la luz de los acontecimientos de junio, la consigna de “unificación” de las dos internacionales (que ya están unidas en la traición a los intereses del proletariado) y las recetas homeopáticas del Buró de Londres (la Internacional Segunda y Media), que oscila entre todas las políticas posibles y siempre elige la peor, resultan patéticas y despreciables.

Al mismo tiempo, los acontecimientos de junio han puesto al desnudo la bancarrota total del anarquismo y del llamado “sindicalismo revolucionario”. Ni el uno ni el otro, en la medida que existen sobre la faz de la tierra, previeron los acontecimientos ni ayudaron a prepararlos. La propaganda por la huelga general, por comités de fábrica, por control obrero ha sido patrimonio exclusivo de una organización política, es decir, de un partido. No podría ser de otra manera. Las organizaciones de masas de la clase obrera quedan impotentes, indecisas y se pierden si no las inspira y conduce una vanguardia firme y sólida. La necesidad del partido revolucionario se revela con fuerza redoblada.

15. Así, vemos que todas las tareas de la lucha revolucionaria conducen directamente a una única tarea: la creación de una dirección nueva, auténticamente revolucionaria, capaz de afrontar las tareas y posibilidades de nuestra época. La participación directa en el movimiento de masas, audaces consignas clasistas llevadas hasta sus últimas consecuencias, una bandera independiente, actitud irreconciliable con los conciliadores, despiadada con los traidores: ese es el camino de la Cuarta Internacional. Resulta divertida, y a la vez absurda, la discusión respecto de si ha llegado el momento de “fundarla”. Una Internacional no se “funda” como una cooperativa, se forja en la lucha. Las jornadas de junio son la mejor respuesta a los pedantes que cuestionan si es “oportuna”. Ya no hay nada que discutir.

16. La burguesía busca venganza. Los estados mayores del gran capital están preparando deliberadamente un nuevo conflicto social que, desde el principio, sin duda asumirá la forma de una provocación o de una serie de provocaciones en gran escala contra los obreros. Al mismo tiempo, las organizaciones fascistas “disueltas” hacen sus preparativos febrilmente. El choque de los dos bandos en Francia, Bélgica y España es absolutamente inevitable. Cuanto más intentos hagan los dirigentes del frente popular

por “reconciliar” los antagonismos de clase y frenar la lucha revolucionaria, más explosivo y convulsivo será su carácter en el futuro inmediato, mayores serán los sacrificios, más indefenso se encontrará el proletariado frente al fascismo.

17. Las secciones de la Cuarta Internacional perciben el peligro con claridad y nitidez. Se lo advierten francamente al proletariado. Enseñan a la vanguardia a organizarse y prepararse. Al mismo tiempo, desprecian la política de lavarse las manos de toda responsabilidad; identifican su suerte con la de las masas en lucha, por terribles que sean los golpes de los próximos meses y años. Participan en cada acto de la lucha para aportar la mayor claridad y organización posible. No se cansan de llamar a la creación de comités de fábrica y sóviets. Se unifican con los mejores obreros surgidos de la movilización y, de la mano con ellos, construyen la nueva dirección revolucionaria.

Con sus ejemplos y críticas aceleran la formación del ala revolucionaria de los viejos partidos, acercándola en el curso de la lucha y conduciéndola por la senda de la Cuarta Internacional.

La participación en la lucha viva, en la primera línea de fuego, el trabajo en los sindicatos, la construcción del partido son actividades simultáneas, que se complementan recíprocamente. Todas las consignas de combate (control obrero, milicia obrera, armamento de los obreros, gobierno obrero y campesino, socialización de los medios de producción) están indisoluble-mente ligadas a la creación de sóviets de obreros, campesinos y soldados.

18. No es casual que en el momento de la movilización de masas en Francia, los bolchevique-leninistas ocuparan el centro de la atención política y del odio de los enemigos de clase; por el contrario, el hecho señala inequívocamente el futuro. El bolchevismo, que para los filisteos de todos los colores es sectarismo, une la firmeza ideológica con la mayor sensibilidad respecto de los movimientos de masas. La firmeza ideológica no significa otra cosa que erradicar de la conciencia de la vanguardia obrera toda rutina, inercia, falta de resolución, es decir, educar a la vanguardia en el espíritu de las decisiones más audaces, preparándola para intervenir en la implacable lucha de las masas.

19. Ni un solo grupo revolucionario en la historia universal ha sufrido presiones tan tremendas como el grupo de la Cuarta Internacional. El *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels⁹⁵ dice que “el papa y el zar... los radicales franceses y los polizontes alemanes” están unidos contra el comunismo. Actualmente, el único ausente de la lista es el zar. Pero la burocracia estalinista es un obstáculo mucho más amenazante y traicionero para la revolución mundial que lo que fue la autocracia zarista. La Comintern cobija la política del socialpatriotismo y el menchevismo bajo la autoridad de la Revolución de Octubre y la bandera de Lenin. La agencia mundial de la GPU, de la mano de la policía de los países imperialistas “amigos”, realiza una obra sistemática de destrucción de la Cuarta Internacional. En caso de que estalle la guerra, las fuerzas unidas del estalinismo y del imperialismo perseguirán al internacionalismo revolucionario con saña infinitamente mayor que la que emplearon los generales de Hohenzollern y los carniceros socialdemócratas contra Luxemburgo, Liebknecht y sus partidarios.

20. Las secciones de la Cuarta Internacional no se arredran ante la inmensidad de las tareas, el odio furioso de sus enemigos, ni su escasez numérica. En este momento, las masas combatientes, aunque todavía no son conscientes de ello, están mucho más cerca de nosotros que de sus dirigentes oficiales. Bajo los golpes de los próximos

⁹⁵ Ver en estas [Edicions Internacionals Sedov](#) *Manifiesto del Partido Comunista (con anexos)*.

acontecimientos se producirá en el movimiento obrero un reagrupamiento cada vez más veloz y amplio. En Francia, el Partido Socialista [SFIO] quedará excluido de las filas del proletariado. En el partido comunista se producirá con toda seguridad una serie de escisiones. En los sindicatos surgirá una poderosa corriente de izquierda sensible a las consignas bolcheviques. En los demás países arrastrados a la crisis revolucionaria se producirán procesos idénticos bajo otras formas. Terminará el aislamiento de las organizaciones de la vanguardia revolucionaria. Las masas harán suyas las consignas bolcheviques. La época venidera será la época de la Cuarta Internacional.

POSDATA

“El choque de los dos bandos en Francia, Bélgica y España es absolutamente inevitable. Cuanto más intentos hagan los dirigentes del frente popular por ‘reconciliar’ los antagonismos de clase y frenar la lucha revolucionaria, más explosivo y convulsivo será su carácter en el futuro inmediato, mayores serán los sacrificios, más indefenso se encontrará el proletariado frente al fascismo” (véase el párrafo 16 más arriba). Los acontecimientos confirmaron este vaticinio antes de que pudieran publicarse estas tesis. Las jornadas de julio [en España] profundizan y complementan las lecciones de las jornadas de junio en Francia con vigor excepcional. Por segunda vez en cinco años la coalición de los partidos obreros con la burguesía radical ha llevado a la revolución hasta el borde del abismo. Incapaz de resolver una sola de las tareas de la revolución (dado que estas tareas se sintetizan en una sola, a saber, el aplastamiento de la burguesía) el frente popular imposibilita la existencia del régimen burgués y con ello provoca el golpe de estado fascista. Al adormecer a los obreros y campesinos con ilusiones parlamentarias, al paralizar su voluntad de lucha, el frente popular genera las condiciones favorables para el triunfo del fascismo. El proletariado pagará la política de coalición con la burguesía con años de tormentos y sacrificios, si no con décadas de terror fascista.

El Gobierno del Frente Popular revela toda su insolvencia precisamente en el momento más crítico; se produce una crisis de gabinete tras otra porque los radicales burgueses temen más a los obreros armados que al fascismo. La guerra civil se arrastra. Cualquiera sea el resultado inmediato de la guerra civil española, significará un golpe de muerte para el Frente Popular de Francia y otros países. De ahora en adelante debe resultar perfectamente claro para todo obrero francés que el bloque con los radicales será el escudo legal para un golpe de estado del estado mayor general francés protegido por el ministro de guerra Daladier

El ejemplo de España demuestra que la disolución administrativa de las ligas fascistas bajo el aparato del estado burgués es una mentira y un engaño. Solo los obreros armados pueden enfrentar al fascismo. El proletariado sólo podrá conquistar el poder por la vía de la insurrección armada contra el aparato de estado burgués. Para realizar el programa socialista es necesario aplastar este aparato y remplazarlo por consejos de obreros, soldados y campesinos. Si no realizan estas tareas, el proletariado y la pequeña burguesía no podrán salir de la miseria y de la carestía, no se salvarán de una nueva guerra.

SOS. La situación en Francia⁹⁶

8 de diciembre de 1938

La Francia imperialista ha entrado definitivamente en una fase crítica. El régimen parlamentario está evidentemente condenado. Francia debe convertirse o bien en un país de dictadura fascista o bien en una república socialista. No existe una tercera posibilidad.

En 1936 el movimiento revolucionario de los obreros franceses adquirió vastas proporciones. Los imbéciles pensaban que ese movimiento era resultado de la actividad del “Frente Popular”. Se trataba, exactamente, de lo contrario: la creciente presión de las masas, y el “peligro” revolucionario que de ello se derivaba, provocaron, igual que en España, la creación del Frente Popular.

Toda revolución, incluso en un país que ha atravesado decenas de ellas, comienza con ilusiones ingenuas y una confianza simplona: las nuevas generaciones deben aprender de nuevo. El Frente Popular asumió en Francia la misma tarea que la de los socialistas-revolucionarios en Rusia en marzo de 1917: contener la revolución en su primera etapa. La diferencia radica en que la burocracia reformista en Francia (socialistas, comunistas, sindicalistas) es infinitamente más poderosa de lo que lo era en Rusia en 1917. Además, el Kremlin ha apoyado al Frente Popular de Francia en nombre de la revolución de octubre, que venció contra el frente popular. Por fin, el partido revolucionario es infinitamente más débil en Francia de lo que lo era en Rusia.

Bajo esas condiciones, la coalición francesa logró, incontestablemente, frenar en cierta medida y desmoralizar al movimiento revolucionario de 1936. ¿Hasta qué punto y por cuánto tiempo? Es imposible saberlo de antemano. Si es profundamente y por mucho tiempo, el Frente Popular (ya desesperadamente escindido) será definitivamente barrido y en Francia accederá al trono una dictadura reaccionaria. Pero si, como se puede confiar firmemente, el movimiento temporalmente roto por el Frente Popular encuentra una salida por sí mismo, puede realizar, y realizará, la victoria del socialismo. No existe una tercera posibilidad.

Los actuales jefes del proletariado, los organizadores del Frente Popular, los Jouhaux, Léon Blum, Thorez⁹⁷ y compañía, son los verdaderos sepultureros de la democracia parlamentaria. Actualmente nadie ayuda tan eficazmente al fascismo como esos “pilares” completamente podridos de la III República. Es demasiado tarde para hablar del “peligro” que amenaza a la democracia imperialista: ya está condenada y marcha hacia su destrucción. Pero la clase obrera corre hacia un peligro extremo.

Sería criminal subestimar ese peligro. Pero también sería criminal minimizar la fuerza del proletariado francés, sus tradiciones de lucha y su talento para la improvisación revolucionaria. Millares y Millares de elementos revolucionarios están diseminados en sus profundidades. La sección francesa de la Cuarta Internacional ha

⁹⁶ Tomado de “SOS. La situación en Francia”, en [Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov](#).

⁹⁷ Léon Jouhaux era el secretario de la CGT. Léon Blum, (1872-1950), era el gurú de la SFIO y había sido el jefe del Gobierno del Frente Popular de 1936 a 1937. Maurice Thorez (1900-1964) era Secretario General del Partido Comunista Francés.

logrado educar a cuadros serios. El peligro que amenaza empujará, inevitablemente, a izquierda a una capa tras otra de la clase obrera. El congreso de la IV Internacional les ha ofrecido a los elementos progresistas un programa revolucionario⁹⁸. Lo que les falta son lazos entre ellos, una organización centralizada, medios técnicos y materiales. Hay que rodear a los obreros revolucionarios de Francia de una atmósfera de simpatía internacional y de un apoyo activo. El fascismo prepara la guerra civil. El dinero es el nervio importante de toda guerra. Hay que ayudar financieramente a la sección francesa de la IV Internacional. Esta obligación no debe recaer únicamente sobre los miembros de la IV Internacional. Todos los amigos de la libertad y el socialismo tienen el deber de acudir en ayuda de los obreros progresistas de Francia.

¿No es demasiado tarde? No, todo muestra que no es demasiado tarde. En Francia no existe partido fascista poderoso y, a decir verdad, no habrá una organización tan importante como el partido de Hitler, incluso antes de la toma del poder: va en contra de las tradiciones y costumbres del país. Una organización mucho más pequeña es capaz en Francia de atraer a las masas desesperadas y descorazonadas de los pequeños burgueses hacia un golpe de estado reaccionario. A pesar de todo, la debilidad actual del fascismo francés en tanto que organización constituye una clara ventaja para el partido de la revolución. Hasta que haya madurado completamente el momento de un golpe fascista tendremos, a buen seguro, cierto respiro, diversos meses, puede que un año, puede que dos.

Durante ese respiro, incluso un partido revolucionario joven puede realizar milagros. Hay que hacer sonar la señal de alarma. Hay que abrir una campaña internacional sobre la catástrofe fascista en Francia. Hay que entender y explicarles a las masas que esa catástrofe como la de Alemania la preparan los partidos de la II y de la III internacionales. Hay que inspirar coraje, audacia e iniciativa a la vanguardia revolucionaria de Francia. Hay que lanzar una campaña internacional para constituir un fondo revolucionario del proletariado francés. Los elementos de vanguardia de los Estados Unidos deben tomar la iniciativa. Hay que mirar adelante y ver, tal como es, el peligro que se acerca. En Francia se deciden ahora los destinos del proletariado mundial, incluyendo los del proletariado de los Estados Unidos. Necesitamos tensar todos nuestros esfuerzos sin perder ni un solo día. Tareas heroicas exigen medios heroicos.

⁹⁸ Ver en esta misma serie de las Edicions Internacionals Sedov *El programa de transición* con anexos. Nota EIS.

Se acerca la hora de la decisión (a propósito de la situación en Francia)⁹⁹

18 de diciembre de 1938

Cada día, lo queramos o no, estamos seguros de que la Tierra sigue girando alrededor de su eje. Del mismo modo, las leyes de la lucha de clases actúan independientemente de si las reconocemos o no. Siguen actuando a pesar de las políticas del frente popular. La lucha de clases hace del frente popular su instrumento. Después de la experiencia de Checoslovaquia, ahora es el turno de Francia: incluso las mentes más limitadas y atrasadas tienen una nueva oportunidad de aprender algo. El Frente Popular es una coalición de partidos. Toda coalición, es decir, toda alianza sobre una base amplia, necesariamente ha de tener el programa del partido más moderado de los partidos en ella reunidos. Desde el principio, el frente popular significaba que los socialistas y comunistas ponían su actividad política bajo el control de los radicales. Los radicales franceses representan el flanco izquierdo de la burguesía imperialista. En la bandera del partido radical se lee: “patriotismo”, “democracia”. El “patriotismo” es la defensa del imperio colonial de Francia; la “democracia” no representa nada real, sino que simplemente sirve para encadenar a las clases pequeñoburguesas al carro del imperialismo. Y precisamente porque los radicales ligan el imperialismo saqueador con una democracia de fachada, se ven obligados a mentir y engañar a las masas populares mucho más que cualquier otro partido. Se puede decir, sin exagerar, que el partido de Herriot-Daladier¹⁰⁰ es el más depravado de todos los partidos franceses, representando una especie de caldo cultural para los profesionales, los individuos venales, los negocios bursátiles y, en general, para los aventureros de todo tipo¹⁰¹. Como los partidos del Frente Popular no podían ir más allá del programa radical, esto desembocó, en la práctica, en la subordinación de los obreros y campesinos al programa imperialista del ala más corrupta de la burguesía.

El Frente Popular justifica su política con la necesidad de la unión del proletariado y la “pequeña burguesía”. ¡Es imposible imaginar una mentira más grosera! El partido radical representa los intereses de la gran burguesía y no los de la pequeña burguesía. Es fundamentalmente el aparato político de la explotación de la pequeña burguesía por el imperialismo. Por ello, la unión con el partido radical no es una alianza con la pequeña burguesía, sino con sus explotadores. Sólo se puede realizar una verdadera alianza de obreros y campesinos con la pequeña burguesía enseñándole a esta última cómo liberarse del partido radical, cómo librarse de una vez por todas de su yugo. Sin embargo, el Frente Popular hace exactamente lo contrario; entrando en este “frente”, socialistas y comunistas asumen la responsabilidad de la política del partido radical y, así, lo ayudan a explotar y engañar a las masas populares.

⁹⁹ Tomado de “[Se acerca la hora de la decisión \(a propósito de la situación en Francia\)](#)”, en [Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov](#).

¹⁰⁰ Se trata del Partido Radical y Radical-socialista, miembro del Frente Popular. Edouard *Herriot* (1872-1957), alcalde de Lyon desde 1905, era presidente de la cámara de diputados. Sin haberse opuesto formalmente al Frente Popular, sí que había manifestado ciertas reservas hacia él. Por el contrario, Edouard *Daladier* (1884-1970), de una generación más joven, había sido el hombre del Frente Popular en su partido. También gozaba de la confianza del estado mayor.

¹⁰¹ Parlamentarios radicales estuvieron mezclados en todos los escándalos de la III República, desde el de Panamá hasta el asunto Stavisky.

En 1936, socialistas, comunistas y anarcosindicalistas ayudaron al partido radical a frenar y atomizar el poderoso movimiento revolucionario. En los últimos dos años y medio, el gran capital ha logrado sobreponerse un poco de su temor. El Frente Popular, habiendo ya cumplido su papel de freno, ha devenido ahora molesto para la burguesía. La orientación internacional del imperialismo francés ha sido igualmente modificada. La alianza con la URSS se reconoció como arriesgada y poco rentable mientras que un entendimiento con Alemania era indispensable. El capital financiero ordenó a los radicales que rompieran con sus aliados, los socialistas y los comunistas. Como siempre, obedecieron sin murmurar¹⁰². La ausencia de oposición en el seno de los radicales durante el cambio de rumbo demostró, una vez más, que este partido era imperialista en esencia y “democrático” sólo de palabra. El gobierno radical, rechazando todas las lecciones de la Internacional Comunista sobre “el frente único de las democracias”, se está acercando a la Alemania fascista y, en el camino, como toca, se desembaraza de todas las “leyes sociales” que fueron el subproducto del movimiento obrero en 1936¹⁰³. Todo esto está de acuerdo con las estrictas leyes de la lucha de clases, por tanto era previsible, y estaba previsto.

Pero los socialistas y comunistas, pequeñoburgueses ciegos como son, se encontraron sorprendidos inesperadamente y manifestaron su desasosiego con declaraciones hipócritas: ¿cómo a nosotros, los patriotas, los demócratas, que hemos ayudado a restaurar el orden, a domar al movimiento obrero y prestado servicios inestimables a la “República”, es decir, a la burguesía imperialista, se nos enseña la puerta de salida ahora sin ceremonias? De hecho, precisamente porque han prestado todos los servicios antes mencionados a la burguesía, ésta ahora se puede desembarazar de ellos. El reconocimiento nunca jamás antes ha jugado el menor papel en la lucha de clases.

La indignación de las masas engañadas es grande. Jouhaux, Blum y Thorez se ven obligados a hacer algo para no perder definitivamente su crédito. En respuesta al movimiento espontáneo de los obreros, Jouhaux proclama la “huelga general”, la protesta de “brazos caídos”. Protesta legal, pacífica y completamente inofensiva. “¡Una huelga de veinticuatro horas!”, explica con una sonrisa deferente a la burguesía. El orden no se verá perturbado, los trabajadores mantendrán la calma y la dignidad, no le tocarán ni un solo pelo a las clases dirigentes. “¿Es posible que no me conozcan ustedes, banqueros, industriales y generales? ¿Han olvidado que aseguré su salvación durante la guerra de 1914-1918?” Blum y Thorez, se hicieron eco del Secretario General de la CGT: “¡La protesta debe ser pacífica, sólo debe ser una protesta modesta, simpática, patriótica!” Entretanto, Daladier militariza importantes categorías de obreros y organiza la preparación de las tropas. Frente al proletariado con brazos caídos, la burguesía, repuesta de su pánico gracias al Frente Popular, no se prepara de ninguna manera para cruzarse de brazos: está segura de beneficiarse de la desmoralización engendrada por el

¹⁰² El gobierno de Edouard Daladier, constituido el 10 de abril de 1938, englobaba a radicales en todos los puestos claves y a algunos representantes del centro derecha. Paul Reynaud y Georges Mandel en particular. Había obtenido para la investidura 575 votos frente a 5 en contra, habiendo votado a favor de él socialistas y comunistas. Durante la votación sobre Múnich obtuvo 535 votos contra 75 (los diputados comunistas votaron en contra). Sobre los plenos poderes económicos sólo había recibido 331 votos, habiéndose abstenido los socialistas y votado en contra los comunistas. El 10 de noviembre, los radicales hicieron pública su negativa a sentarse de allí en adelante al lado de los representantes del partido comunista en el Comité du Rassemblement populaire [Comité del Agrupamiento Popular]: el frente popular había recibido el tiro de gracia.

¹⁰³ El 13 de noviembre, el ministro de finanzas de Daladier, Paul Reynaud, presentaba “decretos-leyes” que incluían particularmente el restablecimiento de la semana de seis días, la reintroducción del trabajo por piezas, sanciones ante la negativa a realizar horas extraordinarias, la supresión de los mejoramientos para las 150 primeras horas extraordinarias y... el reclutamiento de 1.500 gendarmes más. Al presentar estos decretos-ley, Reynaud decía: “Vivimos un régimen capitalista. Siendo como es el régimen capitalista, hay que obedecer sus leyes.”

Frente Popular en las filas obreras para descargar un golpe decisivo. En estas condiciones, la huelga sólo podía terminar en fracaso.

Los trabajadores franceses acaban de pasar recientemente por un período de huelgas tempestuosas, con ocupación de fábricas. El siguiente paso sólo podría ser para ellos una verdadera huelga general revolucionaria que pusiera la conquista del poder en el orden del día. Nadie indica o puede indicar a las masas ninguna otra salida de la crisis interna, ninguna otra forma de luchar contra la aproximación del fascismo y la guerra. Todo proletario francés dotado de entendimiento comprende que al día siguiente de una huelga teatral de 24 horas, de brazos caídos, la situación no es mejor, sino peor. En particular numerosas categorías de trabajadores se arriesgan a pagarla cruelmente (perdiendo su trabajo, pagando multas, yendo a prisión)¹⁰⁴. ¿En nombre de qué? “En ningún caso se verá alterado el orden”, jura solemnemente Jouhaux. Todo permanecerá en su sitio: la propiedad, la democracia, las colonias y, con ellas, la miseria, el alto coste de la vida, la reacción y el peligro de guerra. Las masas son capaces de soportar los mayores sacrificios si tienen ante sí grandes perspectivas políticas, pero quieren saber claramente cuál es el objetivo, cuáles son los métodos, quién es el amigo, quién el enemigo. Sin embargo, los dirigentes de las organizaciones obreras han hecho todo lo posible para sembrar la confusión y la desorganización en el proletariado.

Ayer mismo, el partido radical se vanagloriaba de ser el pivote del Frente Popular, de portar la llama del progreso, la democracia, la paz, etc. A decir verdad, los trabajadores no tenían ninguna confianza depositada en los radicales. Pero *toleraban* a los radicales en la medida *en que confiaban* en los partidos socialista y comunista y en la organización sindical. La ruptura en la parte superior se produjo, como siempre en estos casos, de forma inesperada. Se mantuvo a las masas en la ignorancia hasta el último momento. Peor aún: esa ignorancia que siempre fue la forma en de “informar” a las masas fue lo que le permitió a la burguesía coger a los trabajadores por sorpresa. Y sin embargo, los trabajadores se prepararon por su propia cuenta para entrar en la lucha. Enredados en sus propias redes, los “jefes” llaman a las masas (¡no se rían por favor!) a la “huelga general”. ¿Contra quién? Contra los “amigos” de ayer. ¿En nombre de qué? Nadie lo sabe. El oportunismo siempre va acompañado de semejantes accesos de aventurismo.

La huelga general es, por su naturaleza, un medio revolucionario de lucha. En la huelga general, el proletariado se reúne, como clase, contra su enemigo de clase. Decretar la huelga general, he ahí lo que es absolutamente incompatible con la política de frente popular, que significa la alianza con la burguesía. Los despreciables burócratas de los partidos socialista y comunista, así como de los sindicatos, consideran al proletariado como un mero instrumento auxiliar de sus acuerdos secretos con la burguesía. Se les propone a los trabajadores pagar carísima una simple manifestación; tantas víctimas sólo hubieran tenido sentido tratándose de una lucha decisiva. ¿Como si se pudiese orientar arbitrariamente a millones de hombres a derecha e izquierda a gusto de las combinaciones parlamentarias! Jouhaux, Blum y Thorez, fundamentalmente han hecho todo lo posible para asegurar el fracaso de la huelga general. Ellos mismos tienen tanto miedo de la lucha como la burguesía; y al mismo tiempo se ven obligados a forjarse un pretexto de cara al proletariado. Es una clásica artimaña de los reformistas: preparar el fracaso de la acción de masas y hacer recaer sobre las masas la responsabilidad del fracaso, o, lo que no es mejor, vanagloriarse de una victoria que no

¹⁰⁴ Maurice Thorez tenía que descontar 40.000 despedidos en la aviación, 32.000 trabajadores sometidos a locaut en la Renault, decenas de millares de despedidos en la región parisina, 100.000 en Marsella, 80.000 mineros en la cuenca del Norte-Paso de Calais, 100.000 en el textil, etc. Numerosos funcionarios, de la enseñanza en particular, fueron transferidos a otras ciudades y se produjeron muchas condenas por “atentado contra la libertad de trabajo”.

se ha producido. ¡No es sorprendente que el oportunismo, embellecido con el aventurerismo a dosis homeopáticas, sólo le aporte a las masas la derrota y la humillación!

El 9 de junio de 1936 escribíamos: *La revolución francesa ha comenzado*. Podría pensarse que este diagnóstico ha sido desmentido. En realidad la cuestión es más compleja. No pueden albergarse dudas de que la situación objetiva en Francia fuese entonces revolucionaria, y de que lo siga siendo ahora: hay crisis de la posición internacional del imperialismo francés, y, conjuntamente, crisis interna del capitalismo francés, crisis financiera del estado, crisis política y de la democracia; existe un extraordinario desasosiego entre la burguesía, está la evidente ausencia de salida según los viejos esquemas tradicionales. Sin embargo además, como lo demostró Lenin en 1915: “Toda situación revolucionaria no produce una revolución. Ésta sólo se produce... si a las transformaciones objetivas viene a añadirse el cambio subjetivo, es decir si la clase revolucionaria se muestra capaz de llevar adelante la acción revolucionaria de masas con fuerza suficiente... como para abatir al viejo gobierno, que nunca, ni incluso en período de crisis, “cae” si no se le “hace caer””. La historia reciente ha confirmado trágicamente que “toda situación revolucionaria no produce una revolución” y que la situación revolucionaria deviene contrarrevolución si no se añaden, al mismo tiempo, los factores subjetivos a los objetivos, es decir la ofensiva revolucionaria de la clase revolucionaria.

El grandioso oleaje de la huelga de 1936 demostró que el proletariado francés estaba presto para la lucha revolucionaria, y que ya se había adentrado en la vía del combate. En este sentido teníamos todo el derecho para escribir: “La revolución francesa ha comenzado.” Pero si “toda situación revolucionaria no produce una revolución”, cae por su peso que toda revolución *que ha comenzado* no tiene asegurado el progreso a continuación con un paso uniforme. El inicio de la revolución, que lanza a la arena política a las jóvenes generaciones, siempre está marcado por ilusiones, esperanzas ingenuas y confianza. En general, es preciso que la revolución sufra un violento ataque por parte de la reacción para que dé un paso adelante con más resolución. Si la burguesía francesa hubiese respondido a las huelgas y manifestaciones con medidas policiales y militares (y hubiera ocurrido así inevitablemente de no haber tenido a su servicio a Blum, Jouhaux, Thorez y compañía), el movimiento hubiese pasado rápidamente a un estadio más elevado y la lucha por el poder hubiese estado inevitablemente al orden del día. Pero el recurso de la burguesía a los servicios del Frente Popular es un falso retroceso, una concesión coyuntural. A la presión de los huelguistas opuso al gobierno Blum que a los ojos de los trabajadores apareció como su gobierno, o casi. La CGT y la Internacional Comunista aportaron con todas sus fuerzas el apoyo para este engaño.

Para llevar adelante el combate revolucionario por el poder hay que tener una clara visión de la clase a la que hay que arrancarle el poder. Los trabajadores no reconocieron a su enemigo ya que llevaba la máscara de otro. Además, son necesarios los instrumentos de combate por el poder: partido, sindicatos, consejos obreros. Esos instrumentos les han sido confiscados a los trabajadores, los jefes de las organizaciones obreras han formado un opaco muro alrededor del poder de la burguesía para, así, enmascararlo, hacerlo irreconocible. Así, *la revolución que comenzaba fue frenada, interrumpida y desmoralizada*.

Los dos años y medio que han transcurrido han mostrado, paso a paso, la debilidad, el carácter mentiroso e hipócrita del Frente Popular. Lo que los trabajadores tomaron por un gobierno “popular” ha demostrado ser, simplemente, la máscara temporal de la burguesía. Esa máscara ha caído ahora. Es visible que la burguesía juzga

que los trabajadores han sido suficientemente engañados y debilitados, que el peligro inmediato de revolución ya ha pasado. En el pensamiento de la burguesía, el gobierno Daladier sólo es un pequeño paso hacia un gobierno más fuerte y serio de la dictadura imperialista.

¿Es ajustado el diagnóstico de la burguesía? ¿Realmente el peligro *inmediato* ha pasado ya para ella? Dicho de otra forma: ¿la revolución ha sido rechazada a un futuro indeterminado, es decir lejano? Nada en absoluto lo prueba. Semejante certeza es, como mínimo, altiva y prematura. La crisis *actual* todavía no ha dicho su última palabra. En cualquier caso, mostrarse optimista a cuenta de la burguesía no le conviene en absoluto al partido revolucionario que es el primero en descender al campo de batalla y el último en abandonarlo.

La “democracia” es, hoy en día, privilegio de algunas naciones extremadamente poderosas, ricas, explotadoras y esclavistas. Francia es una de ellas, pero es el eslabón más débil. Su peso particular en la economía ya no está desde hace mucho tiempo en consonancia con su posición en el mundo, heredada del pasado. He ahí el motivo de que la Francia imperialista sea hoy en día víctima de la historia y no pueda sustraerse a su destino. La democracia parlamentaria en Francia está condenada. Los elementos que son el basamento de una situación revolucionaria no solamente no han desaparecido en el curso de los dos o tres últimos años, sino que, por el contrario, se han reforzado extremadamente. La situación internacional e interna del país ha empeorado extraordinariamente. El peligro de guerra se ha aproximado. Si bien el miedo de la burguesía se ha apaciguado, la conciencia general de que no existe salida ha devenido, por el contrario, mucho más aguda.

Pero ¿cómo se presenta la situación desde el punto de vista de los “factores objetivos”, es decir de la preparación del proletariado para el combate? Este problema, precisamente porque concierne al dominio *subjetivo* y no al *objetivo*, no tiene respuesta precisa *a priori*. Lo que es decisivo es la realidad viva, es decir el curso real de la lucha. Pero tenemos puntos de referencia que son determinados aspectos muy importantes de la situación para apreciar el factor subjetivo: podemos constatar que ocupan un gran lugar en la experiencia de la última “huelga general”.

Desgraciadamente no podemos analizar aquí en detalle la lucha de los trabajadores franceses durante la segunda quincena de noviembre y los primeros días de diciembre. Pero para la cuestión que nos interesa es suficiente con los datos más generales. La participación en la huelga con manifestaciones de alrededor de dos millones de trabajadores, a la vista de los cinco millones de miembros de la CGT (al menos sobre el papel), es una derrota. Pero si se consideran las condiciones políticas descritas más arriba, y en particular el hecho que los principales “organizadores” de la huelga eran, al mismo tiempo, los principales esquirols de huelgas, la cifra de dos millones rinde testimonio del alto grado de combatividad del proletariado francés. A la luz de los acontecimientos anteriores, esta conclusión aparece, además, más evidente. ¡La agitación, los mítines y manifestaciones, las escaramuzas con la policía y las tropas, las huelgas y las ocupaciones de fábrica comenzaron el 17 de noviembre y se ampliaron con la entrada en acción de comunistas, socialistas y anarquistas de base¹⁰⁵! Está claro que la CGT se ha visto sobrepasada por los acontecimientos. El 25 de noviembre, los burócratas sindicales anuncian una huelga pacífica, “no política” para el 30 de noviembre, es decir cinco días más tarde. Dicho de otra forma, *en lugar de desarrollar, ampliar y generalizar el movimiento real que cada vez tomaba más una forma*

¹⁰⁵ Se desarrollaba una huelga de estibadores en Marsella, una huelga de la construcción en todo el país, un asalto contra Renault ocupada y fortificada por sus obreros a pesar de los llamamientos a la moderación del alcalde socialista y del diputado comunista.

combativa, Jouhaux y compañía le oponen a ese movimiento revolucionario la idea sin vida de una protesta platónica. Los burócratas necesitaban ese plazo de cinco días (porque, en semejantes momentos, cada día vale por un mes) para poner a punto su colaboración secreta con el poder a fin de paralizar y quebrar el movimiento que se desarrollaba de forma autónoma y que les atemorizaba tanto como a la burguesía¹⁰⁶. Las medidas militares y policiales tomadas por Daladier únicamente han tenido una eficacia real porque Jouhaux y compañía han empujado el movimiento a un callejón sin salida.

El hecho que los ferroviarios, los obreros de la industria de armamentos, los metalúrgicos, y otras capas de la vanguardia del proletariado, no hayan participado en la “huelga general” no es una prueba de indiferencia: en el curso de las dos semanas precedentes esos trabajadores habían participado activamente en la lucha. Pero esas capas de vanguardia habían entendido mejor que el resto, sobre todo tras las medidas tomadas por Daladier, que el problema ya no era manifestarse ni alzar protestas platónicas, sino entablar la lucha por el poder. La participación en la huelga con manifestaciones de capas de trabajadores más atrasadas, u ocupando un lugar menos importante en las relaciones sociales, rinde testimonio, por otra parte, de la profundidad de la crisis en el país y de que la energía revolucionaria de las masas obreras se mantenía intacta a pesar de la política de desmoralización del Frente Popular.

Cierto que la historia nos enseña que, incluso después de una derrota decisiva que pone fin a la revolución, las capas más atrasadas de trabajadores pueden continuar actuando, mientras que los ferroviarios, metalúrgicos, etc., se mantienen pasivos. Este fue el caso en Rusia tras el aplastamiento de la insurrección de 1905. Pero esta situación resultaba del hecho que las capas de vanguardia ya habían agotado sus fuerzas en el curso de largos combates que la habían precedido: huelgas, locauts, manifestaciones, enfrentamientos con la policía y las tropas e insurrección. No ocurre lo mismo con el proletariado francés: el movimiento de 1936 no ha agotado en absoluto las fuerzas de la vanguardia. La desilusión a cuenta del Frente Popular por supuesto que ha podido provocar una desmoralización pasajera en determinadas capas; por el contrario, ha debido agudizar la impaciencia e indignación de las otras capas. Al mismo tiempo, en 1936 como en 1938, los movimientos han enriquecido a todo el proletariado con una inestimable experiencia y han descubierto a millares de dirigentes obreros locales que desprecian a la burocracia oficial. Necesitamos ser capaces de llegar hasta ellos, reagruparles y armarlos con el programa de la revolución.

Desde fuera no vamos a dar consejos sobre táctica a nuestros amigos franceses que están en el lugar de la acción, y que pueden tomarle el pulso a las masas mejor que nosotros. Sin embargo, hoy en día más que nunca está claro para todo revolucionario marxista que el único medio seguro de medir perfectamente la correlación de fuerzas, y en particular el grado de preparación de las masas para el combate, es *la acción*. La crítica sin concesiones de la II y III internacionales sólo tiene valor revolucionario en la medida en que ayuda a la vanguardia a movilizarse para participar en los acontecimientos. Las consignas fundamentales, necesarias para la movilización, están dadas por el programa de la Cuarta Internacional, programa que reviste hoy en día en Francia un carácter más actual que jamás lo haya tenido en otro país. Una inmensa responsabilidad política recae sobre los hombros de nuestros camaradas. Ayudar a la sección francesa de la IV Internacional con todas sus fuerzas y con todos los medios morales y materiales es el deber más importante y el más urgente de la vanguardia revolucionaria.

¹⁰⁶ El diario del PO belga, *Le Peuple*, escribía: “La CGT ha tomado la decisión de canalizar, disciplinar y bloquear el movimiento proclamando para el próximo miércoles una huelga general de protesta de 24 horas. Tras la cual se debe volver en orden al trabajo.”

[La vía de la vanguardia revolucionaria en Francia]¹⁰⁷

22 de diciembre de 1938

Estimado camarada Pivert¹⁰⁸,

Reconozco que me he decidido a escribir esta carta no sin albergar antes dudas. No solamente porque nuestras opiniones políticas están lejos de coincidir, sino porque la misma idea de dirigirme desde un país lejano a un militante político de Francia, sobre una cuestión que concierna a Francia, puede parecer fuera de lugar. Sin embargo, he apartado esas dudas. La situación es tan crítica, la suerte del proletariado de Francia y de toda Europa, en un grado considerable del mundo entero, depende en tal medida del próximo desarrollo de los acontecimientos en Francia, los elementos fundamentales de la situación son tan claros incluso a gran distancia, que considero inadmisibles no intentar explicarme con usted cuando todo no está todavía perdido.

Durante los tres o cuatro últimos años, el desarrollo ha marchado más lentamente en Francia de lo que era de esperar en 34-35, cuando escribía el opúsculo *¿Adónde va Francia?* La realidad viviente siempre es más rica en posibilidades, giros y complicaciones que el pronóstico teórico. Pero la marcha general de los acontecimientos no me ha aportado, a pesar de todo, nada de esencialmente nuevo en comparación con nuestra concepción. No quiero detenerme sobre esto pues he consagrado a esa cuestión mi último artículo “Se acerca la hora de la decisión”, que confío en que aparezca muy pronto en francés (en cualquier caso, adjunto copia en esta carta). El desarrollo aproxima manifiestamente su desenlace. Como desenlace solo puede darse el establecimiento de una dictadura fascista, prefascista (bonapartista) en los primeros momentos de tipo militar, o la victoria del proletariado. No creo que estemos en desacuerdo sobre esto. Tampoco creo que no estemos de acuerdo en lo concerniente a los plazos: según mi opinión, un año o dos es el plazo *máximo* que queda hasta el desenlace “definitivo”, es decir irreparable durante largos años.

Lo que puede salvar la situación en Francia es la creación de una verdadera organización revolucionaria de algunos millares de hombres que comprendan claramente la situación, completamente liberados de la influencia de la opinión pública burguesa y pequeñoburguesa (“socialista”, “anarcosindicalista”, etc.) y dispuestos a llegar hasta el final. Tal vanguardia sabrá encontrar el camino de las masas. En los diez o quince últimos años hemos visto más de una vez como, bajo los golpes de grandiosos acontecimientos, caían hechos polvo los grandes partidos tradicionales y sus agrupamientos, del tipo del Frente de Hierro (sin hierro), del frente popular (sin pueblo), etc. Únicamente aquello que está soldado con *las ideas revolucionarias claras, precisas e intransigentes* ni se rompe ni se hace trizas.

¹⁰⁷ Tomado de “[La vía de la vanguardia revolucionaria en Francia]”, en [Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov](#). Trotsky dirige este documento a Rosmer con una carta de acompañamiento que no se reproduce aquí).

¹⁰⁸ Recordemos que desde junio [1938] Marceua Pivert era el principal dirigente de un nuevo partido, el PSOP, nacido de una escisión a izquierda de la SFIO.

No tengo la posibilidad de seguir de cerca la actividad de vuestro partido, no conozco su composición interna y por ello me abstengo de lanzar una apreciación. Pero conozco a los otros partidos del Buró de Londres, que existen desde hace más de un año. Me pregunto: ¿su partido puede abordar grandiosas tareas mano a mano con Fenner Brockway, Walcher, Sneevliet, Brandler y otros venerables inválidos, que no es que solamente no hayan demostrado su capacidad para orientarse en los acontecimientos revolucionarios, sino que, por el contrario, han demostrado en numerosas ocasiones su incapacidad absoluta en la acción revolucionaria y, en los años siguientes, su incapacidad no menos absoluta para aprender algo de sus propios errores? El mejor grupo entre ellos fue el POUM. Pero ¿no está claro que el pavor ante la opinión pública pequeñoburguesa de la II y de la III internacionales y, sobre todo, de los anarquistas fue una de las principales causas del hundimiento de la revolución española?

Una de las dos cosas. O bien el proletariado francés, engañado y debilitado por Blum, Thorez, Jouhaux y compañía, se verá cogido de improviso y aplastado sin resistencia, como el proletariado de Alemania, Austria y Checoslovaquia..., pero es inútil hacer cálculos sobre la base de esta variante: la postración servil no exige ninguna estrategia. O bien, en este período que queda, la vanguardia del proletariado francés volverá a levantar la cabeza, reunirá a su alrededor a las masas y se verá capaz tanto de resistir como de atacar. Pero esta variante supone tal ascenso de las esperanzas de las masas, de su confianza en sí mismas, de su pasión y cólera contra el enemigo, que todo lo que es intermedio, mediano, informe, será rechazado aparte y arrastrado por el viento. Únicamente los revolucionarios dispuestos a ir hasta el final son capaces de dirigir una verdadera insurrección de las masas, pues las masas distinguen excelentemente las oscilaciones del espíritu con decisión inquebrantable. La insurrección de las masas necesita una dirección firme. Y sin insurrección, la catástrofe es inevitable, y en un plazo de tiempo muy corto.

No veo otra vía para la formación inmediata de una vanguardia revolucionaria en Francia que la unificación de vuestro partido y de la sección de la IV Internacional. Sé que entre las dos organizaciones están entabladas negociaciones sobre la fusión y lejos de mí la idea de inmiscuirme en esas negociaciones o de ofrecer desde aquí consejos concretos. Abordo la cuestión desde un punto de vista más general. El hecho que las negociaciones duren y se prolonguen me parece una circunstancia extremadamente alarmante, el síntoma de una discordancia entre la situación objetiva y el estado de ánimos en las filas más avanzadas de la clase obrera. Me alegraría saber que me equivoco.

Sobre usted recae una gran responsabilidad, camarada Pivert, muy parecida a la responsabilidad que pesaba sobre Andrés Nin¹⁰⁹ en los primeros años de la revolución española. Usted puede darle a los acontecimientos un gran impulso hacia delante. Pero también puede usted ejercer un papel fatal de freno. En los momentos de crisis política aguda, la iniciativa individual es capaz de ejercer una gran influencia sobre la marcha de los acontecimientos. Solamente es necesario decidirse firmemente a una cosa: *marchar hasta el final*.

Confío en que apreciará usted en su justo valor los motivos que me han guiado a escribirle esta carta y le deseo calurosamente el éxito en la vía de la revolución proletaria.

¹⁰⁹ Andrés Nin (1892-1937), antiguo dirigente de la CNT, después de la ISR en Moscú, había dirigido hasta 1935 la *Izquierda Comunista* y había sido durante largo tiempo camarada de ideas y estado personalmente ligado a Trotsky. La ruptura había sido total no, como se repite demasiado a menudo, en el momento de la fundación del POUM, sino cuando este último, del que era secretario, apoyó al bloque de izquierdas en las elecciones de 1936.

La crisis en la sección francesa¹¹⁰

I Carta a James P. Cannon

5 de diciembre de 1938

Querido amigo:

Me siento verdaderamente molesto por tener que opinar sobre esta complicada e importante cuestión sin disponer del material necesario. Hace tiempo que abandoné la lectura de los diarios franceses. Leo poco las publicaciones de nuestro propio partido. Es por eso que mi apreciación sólo puede tener un carácter muy general y abstracto, absolutamente insuficiente para tomar decisiones prácticas.

En víspera de la crisis de los Sudetes, me enteré de la tendencia a favor de ingresar al PSOP (Partido Socialista de Obreros y Campesinos). Mi posición fue: si viene la guerra, los acontecimientos, en el momento más crítico, pueden encontrar a nuestro partido disuelto en la nebulosa del PSOP. En tal situación, es absolutamente necesario disponer de una total independencia de decisión y acción. Diez internacionalistas pueden hacer un buen trabajo, mientras que miles de centristas sólo pueden agravar la confusión. A través de Van expresé mi opinión en ese sentido.

La crisis mundial pasó (por cierto tiempo) pero actualmente la crisis interna de Francia está en pleno ascenso¹¹¹. ¿Cuál es la influencia de esta crisis en nuestra organización y en el PSOP? Esa es la cuestión.

En 1936, observamos en Francia una auténtica situación prerrevolucionaria e incluso más que eso, un levantamiento de masas que, con una mínima conducción revolucionaria, habría debido y podido transformarse en la batalla por el poder. Pero toda revolución, incluso con un pueblo que ha realizado docenas de ellas, comienza con una especie de etapa que llamaremos “febrero”. La misma se compone de ilusiones, confianza estúpida, etcétera. La coalición del Frente Popular, absolutamente impotente contra el fascismo, la guerra, la reacción, etcétera, demostró ser un tremendo freno contrarrevolucionario para el movimiento de masas, incomparablemente más poderoso que la coalición de febrero en Rusia, porque: a) no teníamos allá una burocracia obrera tan omnipotente, incluyendo a la burocracia sindical; b) teníamos un partido

¹¹⁰ Tomado de “La crisis de la sección francesa”, León Trotsky, *Escritos*, Tomo X, Volumen 2, Editorial Pluma, Bogotá, 1976, páginas 454-467; también para las notas. La crisis en la sección francesa. Las cinco cartas de esta sección fueron escritas entre diciembre de 1938 y julio de 1939. Las presentamos juntas para evitar la multiplicación de notas y explicaciones y para que el lector las lea con la mayor continuidad posible. Las cinco cartas son de los archivos personales de James P. Cannon. El POI (Partido Obrero Internacionalista) estaba en esta época hundido en una paralizante lucha sobre si sus miembros debían o no entrar a un nuevo partido centrista, el PSOP (Partido Socialista de Obreros y Campesinos), formado en junio de 1938, cuando la Gauche Revolutionnaire [Izquierda Revolucionaria] dirigida por Marceau Pivert rompió con el Partido Socialista. Los escritos de Trotsky sobre el PSOP se encuentran en *¿Adónde va Francia?* (Buenos Aires, 1973).

¹¹¹ Al decir la crisis interna se refiere al desbande general que produjo en la izquierda francesa el Pacto de Múnich. El fervor patriótico que acompañó a los preparativos de guerra repercutió prácticamente sobre todos los grupos de izquierda, provocando sentimientos pacifistas o de apoyo al gobierno francés.

bolchevique. Durante casi tres años la maquinaria del Frente Popular impidió la transformación de la situación prerrevolucionaria en revolucionaria. A la distancia, es totalmente imposible decir cuáles son actualmente las consecuencias de ese vil trabajo sobre la mentalidad de las masas. Una parte de éstas debe haberse tornado impaciente y agresiva; otra, desmoralizada; una gran capa intermedia, desorientada. ¿Cuál es la relación de fuerzas entre estas tres partes? Se trata de una cuestión decisiva, que incluso en Francia sólo puede resolverse mediante la acción o por un intento de acción.

¿Cuál es la influencia en el PSOP de este brusco giro (el derrumbe del Frente Popular)? Ni siquiera conozco la composición social de ese partido. Dudo mucho de que sea buena. ¿Están relacionados con los sindicatos? ¿No hay peligro de que nuestro ingreso en el PSOP pueda separarnos de los sindicatos en un momento crítico, envolviéndonos en interminables discusiones con socialistas pequeñoburgueses? No lo sé.

La cuestión puramente formal (a través de un congreso o de un acuerdo en la cima) tiene una importancia de segundo o tercer orden. Lo decisivo es, para nosotros, la composición social del PSOP y sus posibilidades.

Rous amenaza con una escisión. Estoy totalmente de acuerdo con usted en que debemos tener una política inmediata activa y agresiva; estoy tan de acuerdo con eso que al actual estancamiento preferiría una escisión. La escisión sobre una cuestión tan práctica (tal como conquistar al PSOP) puede ser de carácter muy breve. La fracción encabezada por Rous podría mostrar que son capaces de hacer dentro del PSOP, y en caso de que tengan éxito ganarían inevitablemente a los otros. Usted propuso en París que nuestro partido envíe una importante fracción a trabajar dentro del PSOP. La escisión significaría así una penetración en el PSOP por parte de un sector de nuestros camaradas. No menosprecio el peligro que implica cada escisión sino que estoy tratando de analizar esta variante como un mal menor en relación a no hacer nada.

No es necesario repetir que actualmente su presencia en Francia sería sumamente importante. Francia es hoy en día el campo de batalla inmediato, no Estados Unidos. Habría que considerarlo también desde un punto de vista financiero. Si usted va a Francia (y estoy totalmente a favor de esa decisión) debería contar con modestos recursos para subvenir las necesidades del partido francés durante el próximo período¹¹².

Creo que Rosmer podría serle muy útil¹¹³, especialmente para las conversaciones con el PSOP, informaciones, consejos, etcétera, pero dudo de que esté dispuesto a ingresar activamente en el movimiento. No es joven, está enfermo y cansado. Pivert es una versión muy deteriorada de Karl Liebknecht. El hecho de que después de muchas oscilaciones haya producido una escisión habla bien de él, al menos de su honestidad, pero se trata de un honesto centrista. ¿En qué medida es capaz de marchar bajo la presión de los acontecimientos?

Esto es, querido amigo, todo lo que puedo decir, sintéticamente, sobre la cuestión. Deseo enviar esta carta mañana a la mañana por vía aérea. Le escribiré nuevamente en uno o dos días.

Hansen [Trotsky]

¹¹² Canon fue a París a comienzos de 1939.

¹¹³ *Alfred Rosmer* (1877-1964): amigo de Trotsky desde la Primera Guerra Mundial, miembro de la Oposición de Izquierda hasta 1930, cuando renunció por diferencias políticas y organizativas con la mayoría. Se reconcilió personalmente con Trotsky en 1936.

II Carta a James P. Cannon

8 de abril de 1939

Querido camarada:

Estoy muy pero muy preocupado porque no recibo ninguna información suya acerca de los acontecimientos que se suceden en Francia y especialmente acerca de sus planes para el futuro¹¹⁴. Puedo entender que a usted le haya parecido necesario interrumpir su estadía en Francia y abandonar a los dirigentes del POI a su propia impotencia. Pero una situación de este tipo no puede durar mucho. Debemos elaborar una solución en una u otra dirección. Es necesario no sólo para el partido francés sino también para la sección americana. Después del gran esfuerzo de los camaradas norteamericanos, una desilusión puede tener consecuencias muy negativas.

Tengo algunas hipótesis, pero son muy vagas y prefiero disponer de su información y sugerencias antes de formular propuestas concretas. También me agradecería mucho que me informe cómo encontró al partido norteamericano tras su ausencia.

Los más cálidos saludos de Natalia y míos a ustedes dos.

Fraternalmente suyo,
L. Trotsky

III Carta al Comité Político del SWP

18 de abril de 1939

Queridos amigos:

Sigo estando muy preocupado por vuestro completo silencio en general y sobre la cuestión francesa en particular. Sobre este punto, las resoluciones de las actas del Comité Nacional parecen correctas, pero no son concretas en cuanto a las fechas, los medios prácticos, las personas, etcétera.

Tenía algunas propuestas para hacer, pero esperé algún informe del camarada Cannon con el fin de cotejarlas a la luz de su experiencia antes de presentárselas a ustedes. Sin embargo, veo ahora que el camarada Cannon está de licencia y temo perder mucho tiempo, que en este caso es muy precioso.

Mis propuestas preliminares son:

1. Enviar inmediatamente uno o dos camaradas a Francia con credenciales autorizadas otorgadas por el SWP, el Comité Panamericano, la sección mexicana, una carta de Crux [Trotsky] etcétera (incluso con resoluciones especiales de reuniones partidarias de Nueva York y de otras ramas importantes) para que actúen como plenipotenciarios.

2. Durante dos o tres días, estos dos camaradas junto con el Secretariado Internacional [deberán] examinar el trabajo del POI en el último crítico período a fin de

¹¹⁴ En abril de 1939, cuando Cannon volvió a Estados Unidos, dio un informe sobre la situación francesa ante una reunión de los militantes de Nueva York. Dijo que el PSOP estaba de acuerdo en que los miembros del POI entraran a ese partido; sin embargo, debido a que su congreso de fundación era muy reciente (junio de 1938) y a que ellos eran mucho más numerosos se resistían a la idea de un congreso conjunto o de una fusión formal de ambos grupos. Fue el desacuerdo sobre si entrar individualmente o insistir en una fusión formal lo que dividió al POI en una minoría, dirigida por Rous, que apoyaba la entrada individual y una mayoría, dirigida por Boitel, que insistía en las garantías organizativas como pretexto para no entrar. La minoría se retiró del congreso del POI de febrero de 1939 y anunció su intención de entrar al PSOP.

establecer: si han cambiado sus métodos; si han logrado algún éxito; si hay posibilidad de que lo obtengan en el futuro próximo.

3. De la misma forma, verificar cual ha sido la actividad de los miembros de la Cuarta Internacional dentro del PSOP, desde su entrada a ese partido.

4. Si se comprueba que el POI no ha avanzado nada, el Secretariado Internacional, con los camaradas americanos, debería formular, no una propuesta, sino una resolución concreta aproximadamente de este estilo:

a) Todos los miembros del POI y de la juventud están obligados a ingresar al PSOP en el plazo de una semana.

b) Naville (y otros dos o tres) no deben entrar al PSOP, sino dedicar toda actividad al Secretariado Internacional.

c) *La Lutte Ouvrière* será suspendida.

d) La revista, *Quatrième Internationale*, se convertirá en la publicación del Secretariado Internacional para todos los países de habla francesa. El consejo de re-acción se formará con Naville, algún otro camarada francés, uno belga, un norteamericano y uno de la juventud. La revista pasará a ser semimensual.

e) Los que se nieguen a aceptar esta decisión serán abandonados a su propia suerte, sin recibir ningún subsidio de parte de la Internacional. No serán expulsados, bajo la condición de que en su actividad independiente no traten de sabotear el trabajo que se realice dentro del PSOP. Después de tres meses aproximadamente, el SI controlará la actividad de esos “forasteros” y tomará una decisión definitiva.

Las propuestas se explican más o menos por sí mismas. Sería muy difícil para Naville y los otros trabajar dentro del PSOP y no hay ninguna seguridad de que los acepten. La resolución propuesta resuelve el problema con el mínimo de fricción.

Nuestra superioridad teórica y política sobre la conducción del PSOP puede demostrarse muy bien en la revista semimensual (a condición de que el cuerpo de redacción excluya una específica política antientrista).

Una pequeña parte de los fondos franceses puede utilizarse para mantener la revista. El grueso de los fondos debería conservarse hasta el momento en que la cuestión organizativa esté arreglada y se pueda desarrollar una gran actividad.

Deberán emplearse todos los medios con el fin de que la decisión del SI tenga toda la autoridad y sea lo más imperativa posible. Por ejemplo, la totalidad del Comité Nacional de la sección belga tendría que participar. La decisión debería ser firmada por todos los miembros del Secretariado Internacional, los representantes norteamericanos, por la totalidad de su Comité Nacional, por todo el Comité Panamericano, etcétera.

Debemos actuar inmediatamente y con extremo vigor, pues de otro modo la desintegración de la sección francesa tendrá un efecto muy desalentador sobre las demás secciones y obstaculizará terriblemente el desarrollo de nuestro partido en Estados Unidos.

Esta carta de ninguna manera debe ser publicada. Sólo puede ser transmitida al Comité Nacional y al Comité Panamericano. Para Francia y otras secciones escribiré otra, cuando conozca la decisión de ustedes.

Espero recibir vuestra respuesta a la brevedad posible.

Fraternalmente

IV Carta al Comité Político del SWP

Queridos camaradas:

Las últimas cartas que envié Rous a ustedes y a mí indican que existe una situación extremadamente aguda entre el POI, la fracción que está en el PSOP, y el SI.

Es posible que cualquier día de éstos se produzca una explosión, pudiendo ocurrir lo mismo dentro del POI. Casi da la impresión de que alguien está provocando conscientemente las disensiones para destruir el movimiento en Francia.

Los camaradas norteamericanos realizaron un excelente esfuerzo para ayudar a los franceses. Pero si lo interrumpen ahora y abandonan la organización francesa a sus propias fuerzas, el resultado será catastrófico. Una postergación de varias semanas, incluso de una sola, equivale al abandono. No tenemos más tiempo para nuevas discusiones. Debemos intervenir *inmediatamente*.

En mi opinión, dos camaradas tendrían que ir a Francia. Uno de ellos debería ser Cannon, no sólo por su íntimo conocimiento de la cuestión, sino también para demostrar que todos nosotros estamos de acuerdo con la línea fundamental que adoptó. La estadía de Cannon en Francia podría ser breve, de una o dos semanas.

Shachtman también debería ir inmediatamente, al mismo tiempo que Cannon, sin la más mínima demora, y quedarse allí por más tiempo. No podemos repetir la omisión cometida después del congreso y por la que actualmente estamos pagando muy caro.

Desde la muerte de Klement no tenemos un Secretariado Internacional. Naville es actualmente el secretario, pero está en minoría en el SI, en la cuestión más aguda e importante, la francesa. Parece que simplemente no lo convoca. Su actitud, como en toda situación crítica, debe considerarse como de resistencia pasiva a la sección francesa y al SI.

Al mismo tiempo, propongo reforzar el Comité Panamericano, no sólo en su carácter de tal sino como substituto extraoficial del SI durante el período transitorio. Es necesario introducir en el CPA a camaradas con mucha autoridad, para publicar un boletín quincenal dirigido por el CPA, en castellano, en inglés y si fuera posible en francés. Esta actividad sería un ensayo para cuando comience la guerra en Europa.

Con respecto a mis propuestas concretas en relación a Francia, formuladas en mi última carta (referidas a sus propias decisiones y a la actividad de Cannon allá) debo decir que después de recibir las cartas de Rous estoy más seguro que antes de su corrección. La actitud de Naville muestra que sólo está esperando una orden enérgica y que su posición es simplemente el reflejo del estado de ánimo de sus partidarios.

La cuestión personal de los dos camaradas¹¹⁵ que solicitan su reingreso sólo puede resolverse con la ayuda de los camaradas norteamericanos. Rous me pide que intervenga a través de la correspondencia. Es imposible; no conozco la situación concreta y sólo escuché a una de las partes.

Todo depende del inmediato viaje a Europa. No tenemos más tiempo para discutir. Hay una situación militar, tanto en nuestras propias filas como en Europa en general. Pasado mañana la guerra puede impedir el viaje. Es necesario ir mañana a cualquier precio. Les ruego disculpen mi insistencia. No es una cuestión norteamericana. No es ni siquiera una cuestión francesa. Se trata de una cuestión internacional de vital importancia.

Aguardaré vuestra respuesta con la mayor impaciencia.

Fraternalmente.

¹¹⁵ Referencia a Mathus Corvin y Fred Zeller. Este había sido dirigente de la Juventud Socialista en Francia y de la Secretaría Juvenil Internacional de la Liga Comunista Internacional; posteriormente se hizo dirigente masón. Ambos fueron expulsados del partido francés por negociaciones ilícitas con los estalinistas en noviembre de 1937 y un tiempo después pretendieron volver a entrar.

Posdata: Para que esperen un poco las resoluciones, es necesario cablegrafiarles la fecha en que arribarán los camaradas a París¹¹⁶.

*V Carta al Secretariado Internacional*¹¹⁷

27 de Julio de 1939

Estimados camaradas:

Hace unos días les envié una copia de mi respuesta al grupo francés que ha roto con la Cuarta Internacional y continúa llamándose POI¹¹⁸. Cuando me enteré (no sin cierta satisfacción) de la declaración en la que manifiestan que no desean luchar contra la Cuarta Internacional, aún no había llegado a mis manos el llamado boletín interno de ese grupo. Ahora comprendo que su declaración tenía un carácter puramente diplomático, por no decir hipócrita. El informe de Boitel es un documento venenoso y lleno de malicia¹¹⁹. Ataca personalmente al camarada Cannon, como si hubiera actuado arbitrariamente y por su propia iniciativa y no en total acuerdo con el partido, el Secretariado Internacional, el partido belga y los demás organismos claves de nuestra internacional.

Además, este procedimiento es clásico. Cuando se fracasa, lo primero que se hace es denunciar los métodos viciosos de la Cuarta Internacional. Boitel sólo imita a Molinier, Vereecken y los otros.

Con mis mejores saludos.

¹¹⁶ Albert Goldmann fue enviado a Francia a comienzos de mayo y dio todo el apoyo posible al grupo encabezado por Rous y Craipeau.

¹¹⁷ Carta al Secretariado Internacional fue traducido del francés [al inglés] para este volumen [de la edición norteamericana] por Naomi Allen.

¹¹⁸ En julio de 1939, las diferencias existentes en el seno del POI provocaron la ruptura; la minoría se quedó en el PSOP y la mayoría abandonó la Cuarta Internacional, Ambos grupos volvieron a unirse durante la guerra.

¹¹⁹ Boitel era uno de los dirigentes del POI contrario a la entrada al PSOP.

Cronología¹²⁰

1929

La Internacional Comunista (III Internacional o Komintern) prosigue desde fines de 1927 con su táctica “clase contra clase” presentando a la socialdemocracia como “hermano gemelo” del fascismo, esta política hace imposible la unidad de acción entre los trabajadores comunistas y aquellos que confían, y que son mayoría, en las direcciones socialistas.

10 febrero

Expulsión de **Trotsky** de la URSS, se instalará en Prinkipo isla próxima a Estambul.

Junio

Trotsky anuncia la formación de la Oposición de Izquierda Internacional.

26 de julio

Raymond **Poincaré**, jefe del gobierno desde hace más de tres años, dimite por motivos de salud; de julio 1929 a julio de 1940 se sucederán 25 gobiernos (con cinco meses de media cada uno), testimonio de una gran inestabilidad gubernamental.

Septiembre

Trotsky redacta el prefacio a *Mi vida* en Prinkipio.

1930

Abril

Los **bolchevique-leninistas franceses** fundan la Liga Comunista y organizan la primera reunión internacional de la Oposición de Izquierda, en ella se crea el Secretariado Internacional (SI) encargado de coordinar sus actividades.

Julio

En **Francia** Maurice Thorez se convierte en Secretario General del PCF.

Noviembre

Publicación de la obra de **Trotsky** *Historia de la Revolución Rusa*.

1931

Mayo

Publicación del texto de **Trotsky** “La revolución española y los peligros que la amenazan.

13 junio

En **Francia** el radical Paul Doumer elegido presidente de la república.

¹²⁰ Elaborada a partir de: “Chronologie”, “Principaux articles, écrits, discours, lettres de Trotsky sur la France, en *Le mouvement communiste en France (1919-1939)*, Les Éditions de minuit, París, 1967, páginas 649-673 y 638-648 respectivamente y “Chronologie”, en *Où va la France? Textes sur la situation française de 1934 à 1938*, Les bons caracteres, Pantin, 2007, páginas 217-229. Remitimos al lector que desee consultar una cronología más exhaustiva a la de los anexos al [Programa de Transición, Edicions Internacionals Sedov](#), páginas 401-502 del formato pdf.

1932

6 mayo

En **Francia** asesinato de Paul Doumer.

8 mayo

En **Francia** elecciones legislativas; victoria del “bloque de las izquierdas” formado por los radicales y los socialistas; en la cámara, sin embargo, gobernará de hecho una coalición radicales-“moderados”.

10 mayo

En **Francia** elección de Albert Lebrun como presidente de la república.

23 noviembre

Trotsky llega a Copenhague invitado por los estudiantes socialdemócratas para ofrecer una conferencia con ocasión del 15º aniversario de la revolución rusa.

12 diciembre

Vuelta de **Trotsky** a Prinkipo.

1933

30 enero

Hitler *deviene* *canciller de Alemania*.

4 a 8 febrero

Encuentro internacional de la **Oposición de Izquierda**, aunque perseguidos por los estalinistas los bolchevique-leninistas siguen considerándose fracción de los partidos comunistas.

27 febrero

Incendio en **Alemania** del Reichstag que será pretexto para la represión contra los comunistas.

Marzo

A principios de mes, en **Alemania** inicio de la construcción del primer campo de concentración en Dachau destinado a los opositores políticos.

3 marzo

En **Alemania** arresto de Ernest Thälmann, Secretario General del KPD.

5 marzo

En **Alemania**, a pesar de la dictadura nazi que se instaura, el SPD y el KPD obtienen más del 30% de los votos, es decir 12 millones, en las elecciones parlamentarias (frente al 43,9% del partido nazi.

12 marzo

Carta de **Trotsky** al Secretariado Internacional titulada “Es necesario un nuevo partido en Alemania”.

23 marzo

Voto de la ley sobre los plenos poderes para **Hitler**, el parlamento queda oficialmente fuera de juego.

5 abril

Resolución de la **Internacional Comunista** aprobando sin reservas la política llevada a cabo por el Partido Comunista Alemán.

15 julio

Trotsky redacta un boletín interno de la Liga Comunista Internacional titulado *Hay que construir nuevos partidos comunistas y una nueva internacional*.

24 julio

Trotsky llega a Cassis, Francia.

14 octubre

Los representantes de **Alemania** abandonan la Sociedad de Naciones durante una conferencia sobre el desarme, el hecho quedará refrendado con un referéndum el 12 de noviembre.

4-5 noviembre

Expulsión de la **SFIO** de los “neosocialistas” que forman el Partido Socialista de Francia, dirigido por Marcel Déat (futuro fundador durante la guerra de una organización fascista, el Rassemblement national populaire).

29 diciembre

Revelación del asunto Stavisky, fraude bancario en el que están mezclados miembros notables del hampa y numerosos parlamentarios radicales y moderados.

1934

8 enero

En **Francia** suicidio de Stavisky.

Del **26 de enero al 10 de febrero XVII Congreso del PCR**, congreso de los “vencedores”. ¿Oposición de Kirvo a Stalin?

1 al 16 de febrero

Derrota de los obreros de **Viena** ante Dollfuss.

6 febrero

En **Francia** manifestación y motines de las ligas de extrema derecha que reúnen a 40.000 personas en París (15 muertos) en un contexto marcado por el paro (consecuencia de la crisis) y el ascenso del antiparlamentarismo en paralelo con la eclosión de escándalos.

7 febrero

Dimisión del gobierno Daladier al que reemplazará Doumergue, otro radical

12 febrero

En **Francia**, gobierno Doumergue que incluye diversos ministros claramente de extrema derecha; en respuesta, huelga general lanzada por la CGT (sindicato con mayoría socialista) “contra las amenazas del fascismo y por la defensa de las libertades políticas”, a la huelga se une la CGTU (estalinista); más de 100.000 trabajadores responderán y los cortejos de la CGT y la CGTU se unirán en medio del entusiasmo y los gritos de “unidad”, “unidad”.

Trotsky, el 22: *Centrismo y Cuarta Internacional*, en *La Vérité* el 2 de marzo.

Marzo

Trotsky: *Francia es ahora la clave de la situación. Un llamamiento a la acción y al reagrupamiento después de los acontecimientos franceses y austríacos* (manifiesto de los bolchevique-leninistas), en *La Vérité* el 9.

Abril

En **Francia** Doriot se niega a viajar a Moscú.

10 de abril

Barricadas en Grenoble, **Francia**.

17 abril

Trotsky, el gobierno de Francia decide la expulsión de Trotsky, “peligroso e indeseable”, aunque la medida no puede aplicarse ya que ningún país está dispuesto a acoger al proscrito; Trotsky es expulsado de Barbizon por la gendarmería francesa.

En la **URSS** capitulación de Racovsky.

Junio

Trotsky aconseja al centenar de miembros de la **Liga Comunista** que entren “con banderas desplegadas” en la SFIO para ganar en ella a jóvenes obreros combativos.

23 junio

En **Francia**, el buró político del partido comunista le propone a la SFIO un pacto de unidad de acción para luchar contra el fascismo y la guerra.

27 junio

En **Francia** Doriot expulsado del partido comunista.

29 junio

Trotsky: *La Liga frente a un giro; La Liga frente al giro decisivo; Contribución a la discusión sobre la situación de la Liga y sus tareas.*

Julio

Trotsky en Domène.

En **Austria** asesinato de Dollfuss y fracaso del golpe de estado nazi.

Trotsky: *Algunos argumentos suplementarios y algunas sugerencias para los artículos y Las tareas de la LCI.*

2 julio

En **Francia** mitin unitario de las federaciones socialista y comunista de la región de París.

27 julio

En **Francia** pacto de unidad de acción entre SFIO y PCF que contiene esencialmente las acciones a realizar contra las ligas de extrema derecha, contra los decreto-ley y contra los preparativos de guerra (manifestaciones, mítines comunes y grupos de defensa).

Agosto

Trotsky se entrevista con Aulas, Serret y Dommanget.

Barbé expulsado.

Entrada de los **bolchevique-leninistas** en la SFIO.

19 agosto

Hitler Reichsführer, acumulando las funciones de Presidente del Reich y de canciller tras la muerte de Hindenburg; un referéndum-plebiscito confirma estas medidas.

25 agosto

En **Francia** Conferencia Nacional de la Liga Comunista que refrenda la entrada (como fracción) de los bolchevique-leninistas en la SFIO, toman el nombre de Grupo Bolchevique-Leninista.

Verano

Trotsky: *Sobre las tesis “La unidad y la juventud”; Resumen de la discusión; SFIO y SFIC: la vía de salida* (publicado en *La Vérité* en septiembre, número especial).

Septiembre

Entrada de la URSS en la Sociedad de Naciones.

Octubre

En **Francia** Thorez tiende la mano a los radicales lanzando la consigna de un “frente popular” con ellos en un discurso el día 24.

6-13 octubre

En **España**, Alianza Obrera e insurrección de Asturias.

Trotsky, fin de mes: *¿Adónde va Francia?*, publicado en *La Vérité* el 9 de noviembre.

Noviembre

En **Francia** gobierno Flandin.

2 noviembre

Trotsky: *Objeciones y respuestas: la milicia del pueblo.*

Diciembre

En la URSS, el 1 asesinato de **Kirov**; el 4 inicio de la represión de masas contra los “asesinos” de Kirov.

1935

Trotsky *La burocracia estalinista y el asesinato de Kirov.*

1 enero

En la URSS, proceso Zinóviev-Kámenev.

13 enero

En **Francia** plebiscito del Sarre.

15 marzo

En **Francia** voto de la ley de los dos años de servicio militar (estaba en 18 meses).

16 marzo

En **Alemania** restablecimiento del servicio militar obligatorio.

Trotsky se entrevista con M. Pivert.

28 marzo

Trotsky: *Una vez más ¿adónde va Francia?* publicado en *La Vérité*.

Abril

Trotsky, *Del plan de la CGT a la conquista del poder.*

10-14 abril

Conferencia de Stresa.

Mayo

En la URSS disolución de la sociedad de los viejos bolcheviques.

Mediados mayo

Pacto francosoviético y declaración de Stalin y Laval; Stalin... “comprende y aprueba plenamente la política de defensa nacional de Francia para mantener su fuerzas armadas al nivel de su seguridad”; el **PCF** saca inmediatamente un cartel con el eslogan “¡Stalin tiene razón!” indicando su acuerdo con el tratado.

25 mayo

Trotsky publica en *La Vérité* el artículo *Stalin firma el acta de defunción de la Tercera Internacional* (tratado francosoviético).

7 junio

En **Francia** gobierno Laval.

10 junio

Trotsky, *Es necesario un nuevo giro*, la situación se radicaliza y es urgente que los bolchevique-leninistas **salgan de la SFIO** y creen un partido independiente; *Carta a los obreros franceses.*

13 junio

Trotsky *Sobre la fusión del grupo BL con el de Naville.*

18 junio

Trotsky en Noruega gozando de una autorización especial de estancia, convence a Fred Zeller, dirigente de las Juventudes Socialistas del Sena, para que se una a los bolchevique-leninistas; los **dirigentes de la SFIO expulsa a los dirigentes de la Federación de las Juventudes Socialistas del Sena**, Trotsky opina que es necesario aprovechar las expulsiones “a iniciativa de la SFIO” para lanzar el nuevo partido.

14 julio

Desfile de 500.000 manifestantes en París al grito de “Pan, paz y libertad” y juramento del frente popular.

17 julio

En **Francia** decretos ley de Laval reduciendo el 10% de los salarios en los servicios públicos.

22 julio

Trotsky: *A los jóvenes socialistas y comunistas que quieren pensar.*

Julio-Agosto

Séptimo Congreso de la Internacional Comunista.

Trotsky, comienza de la redacción de *La revolución traicionada.*

Agosto

En la URSS comienza el movimiento estajanovista.

6-8 agosto

En Francia, altercados de Brest y Toulon.

8 agosto

Trotsky: “*Etiquetas*” y “*números*”.

Septiembre

Trotsky interviene en la sección francesa contra Molinier y Frank.

Acuerdo para la **reunificación sindical** en **Francia** y comienzo de las expulsiones de los bolchevique-leninistas de la **SFIO**.

30 septiembre

En **Francia** Marceau Pivert forma dentro de la **SFIO** la tendencia Gauche révolutionnaire (**Izquierda Revolucionaria**).

2 octubre

Guerra de Etiopía.

Noviembre

F. Zeller visita **Trotsky**.

Trotsky: *La vía de los socialistas revolucionarios; Herriot político del justo en medio.*

4 noviembre

Trotsky, publica en el boletín interno de la Liga Comunista *Ninguna ambigüedad respecto al frente popular.*

17 noviembre

En **Francia;** incidentes en Limoges, la SFIO confirma la decisión de expulsión de los bolchevique-leninistas.

26 noviembre

Trotsky publica *Frente popular y comités de acción.*

5 diciembre

Expulsión de Molinier y Frank.

6 diciembre

Disolución de las milicias armadas y de las ligas fascistas (ley que servirá en 1968 para prohibir las organizaciones de “extrema izquierda”).

12 diciembre

Mitin del Partido Comunista Francés por la “reconciliación francesa”.

1936

12 enero

En **Francia** publicación del programa del Rassemblement populaire (radicales, SFIO y PC, frente popular)

16 enero

Adopción en **España** del programa electoral de la Coalición de Izquierdas (frente popular).

23 enero

Gobierno Sarraut en **Francia,** 480.000 parados.

Febrero

Trotsky: *La revolución traicionada.*

16 febrero

Victoria electoral en **España** de la Coalición de Izquierdas (que luego será conocida como frente popular).

27 febrero

Ratificación del pacto franco-soviético.

2-5 marzo

Reunificación sindical en Francia, en el Congreso de Toulus, los “unitarios” de la CGTU se reintegran en la CGT.

7 marzo

Hitler, remilitarización de Renania.

21 marzo

Trotsky: prefacio a la reedición francesa de *Defensa del terrorismo* (Terrorismo y comunismo), publicado en 1920, que luego recibirá el título de *Francia en la encrucijada*.

17 abril

Maurice Thorez, PCF, desde la radio: “te tendemos la mano, católico”.

21 abril (3 mayo)

En las dos vueltas en **Francia** victoria electoral del Rassemblement populaire (frente popular).

11 mayo

Se inicia en **Francia** un amplio movimiento de **huelgas** con **ocupación de fábricas** que llega al máximo el 26.

Junio

Trotsky: prefacio al folleto de Braun y *Tras la crisis de los bolchevique-leninistas*.

2 junio

Fundación en **Francia** del POI.

3 junio

Francia gobierno Blum con participación de los radicales y el apoyo del PCF.

5 junio

Trotsky *La etapa decisiva*.

6 junio

En **Francia** voto de confianza de León Blum en la Asamblea: 385 contra 210.

7 junio

En **Francia** acuerdos de **Matignon** entre CGT y patronal, las **huelgas** siguen extendiéndose.

9 junio

Trotsky redacta *La revolución francesa ha comenzado*.

11 junio

Francia ley sobre las vacaciones pagadas y las 40 horas semanales; Thorez a favor de acabar la huelga.

13 junio

Ferrat expulsado del CC del PCF.

18 junio

En **Francia** disolución de las ligas de extrema derecha.

21 junio

L'Humanité: “¡Viva la unión de la nación francesa!”

28 junio

En **Francia** el exdirigente del PCF Jacques Doriot funda el Partido Popular Francés, de extrema derecha.

Julio

En España ‘alzamiento nacional’ militar-clerical-fascista e inicio de la ‘guerra civil’ (del enfrentamiento armado entre la revolución y la contrarrevolución como reacción de la clase ante el golpe de estado).

3 julio

Trotsky *El nuevo ascenso y las tareas de la IV Internacional.*

7 julio

Salengro, ministro del interior en **Francia** y socialista declara en el senado que el gobierno de opondrá a las **ocupaciones de fábrica.**

9 julio

Trotsky *Ante la segunda etapa.*

14 julio

En **Francia** inmensa manifestación que se estima reúne un millón de personas.

18-19 julio

En **España** ‘alzamiento nacional’ militar-clerical-fascista e inicio de la ‘guerra civil’ (del enfrentamiento armado entre la revolución y la contrarrevolución como reacción de la clase ante el golpe de estado); el 19 las masas paran el golpe en buena parte de la península.

28 julio

Llegan a **España** los primeros aviones italianos y alemanes en ayuda armada a la reacción militar-clerical-fascista.

29 julio

Trotsky, *Carta al Secretariado Internacional de la IV a propósito de los acontecimientos en España.*

Agosto

Trotsky finaliza la redacción de *La revolución traicionada* antes del primer proceso de Moscú.

Inicios agosto

En **Francia** fin de las huelgas.

4 agosto

La casa de Trotsky sufre un ataque nazi en Noruega.

8 agosto

El gobierno francés cierra las fronteras con España.

19-23 agosto

Primer juicio de Moscú, entre los acusados están antiguos dirigentes del partido bolchevique, entre ellos Zinóviev, Kámenev y Smirnov.

22 agosto

Se publica en *La Batalla* (diario del POUM) el artículo de **Trotsky** *Lecciones de España.*

24 agosto

Ejecución en la **URSS** de los 16 condenados en el primer juicio de Moscú (Zinóviev y Kámenev entre ellos).

28 agosto

Trotsky arrestado en Noruega.

4 septiembre

En **España** gobierno de Largo Caballero con ministros estalinistas; inicio de la ‘ayuda’ soviética.

27 septiembre

En la **URSS** Ejov jefe de la NKVD.

25 octubre

Hitler y Mussolini proclaman su alianza, el **Eje Roma-Berlín**.

30 octubre

En **Francia** primeras críticas de Thorez al gobierno Blum.

Noviembre

En España batalla de Madrid.

7 noviembre

Robo de los archivos de **Trotsky** en París.

24 noviembre

Firma del **pacto anti-Komintern** entre Alemania y Japón.

17 diciembre

En *Pravda* amenazas contra los bolchevique-leninistas (trotskystas) españoles.

19 diciembre

Trotsky abandona Noruega.

31 diciembre

En **Francia** ley sobre el arbitraje obligatorio de los conflictos laborales.

1937

9 enero

Trotsky llega a México.

23 enero

Apertura en la **URSS** del segundo proceso de Moscú con 13 condenas a muerte de entre los 18 acusados, entre los condenados a muerte está Piatakov, Bujarin arrestado.

13 febrero

En **Francia** Blum proclama la “pausa”.

16 febrero

Asesinato en París de León Sedov.

5 marzo

Trotsky *Carta a Victor Serge a propósito de J. Sadoul*.

13 marzo

Trotsky *Algunas preguntas concretas a M. Malraux*.

16 marzo

En **Francia**, ametrallamientos de Clichy.

Marzo

Formación la Comisión de Investigación sobre los Procesos de Moscú (Comisión Dewey).

18 abril

En **Francia** la SFIO disuelve la Gauche revolutionnaire.

Mayo

Levantamiento revolucionario **en Barcelona** contra la reacción republicana (“**Jornadas de Mayo**”); el día 17 comienza la represión contra los revolucionarios.

Trotsky: Los crímenes de Stalin.

Junio

En **URSS** liquidación de los jefes del Ejército Rojo y de millares de oficiales.

11 junio

En la **URSS** comunicado anunciando la ejecución de Tujachevsky.

16 junio

Secuestro y desaparición en **España** de Andrés **Nin**.

22 junio

En **Francia** caída de Blum y gobierno Chautemps.

18 julio

Reiss anuncia su alineamiento con la IV Internacional.

4 septiembre

Aparece el cadáver de I. Reiss.

15 diciembre

En **Francia** huelga en Goodrich.

25-29 diciembre

Noveno Congreso del PCF, Congreso de Arles.

1938

2-13 marzo

En **URSS** tercer proceso de Moscú; de 21 acusado 12 son condenados a muerte, ejecución de **Bujarin y Rykov**.

11 marzo

Anexión de **Austria** por Alemania *Anschluss*.

13 marzo

En **Francia** segundo gobierno Blum (hasta el 18 abril).

24 marzo-19 abril

En **Francia** huelga del metal en París.

11 abril

El Secretariado de la **SFIO** **disuelve la Federación del Sena**, influenciada por Marceau Pivert, disolución que será confirmada en junio en el congreso de la SFIO.

18 abril

En **Francia** gobierno Daladier (hasta 1940).

13 mayo

En **Francia** carta de Honel a Thorez.

8 junio

En **Francia** fundación del **PSOP** por la corriente de Marceau Pivert.

7 julio

Desaparición de **Klement**.

Agosto

En **Francia**, horas extraordinarias obligatorias en la industria de la defensa nacional.

21 agosto

Discurso de Daladier en **Francia**: “hay que volver a poner a trabajar a Francia” y cuestionamiento de la “semana de dos domingos”.

Septiembre

Trotsky aconseja a los bolchevique-leninistas franceses la entrada en el PSOP que agrupa a millares de obreros.

3 septiembre

Conferencia fundacional de la Cuarta Internacional.

28-30 septiembre

Conferencia y acuerdos de Múnich por los que Francia, Inglaterra e Italia dejan las manos libres a Hitler para invadir los Sudetes (Checoslovaquia).

4 octubre

La Asamblea Nacional de **Francia** ratifica por enorme mayoría (75 votos en contra de los que 73 son de los diputados comunistas y uno solo de la SFIO) los acuerdos de Múnich y concede plenos poderes a Daladier.

27 octubre

En **Francia** el Partido Radical se retira del “Comité Nacional para el Reagrupamiento Popular (**muerte oficial del frente popular**)”.

2 noviembre

Los radicales abandonan en **Francia** la coalición frentepopulista.

2-13 noviembre

Decretos Ley en **Francia** por los que Paul Reynaud, ministro de finanzas, restablece entre otras la **semana de 48 horas**.

14-17 noviembre

Congreso de Nantes de la CGT; el 13, decretos-ley.

30 noviembre

En **Francia** huelga general contra los decreto-ley seguida de una vasta represión (800.000 obreros sufriendo lockout y millares de ellos despedidos).

Diciembre

En la URSS, reglamento del trabajo; Beria en la NKVD.

18 diciembre

Trotsky *Se acerca la hora de la decisión*.

22 diciembre

Trotsky *Carta a Marceua Piver*

1939

Enero

Fin de la “Ejovchina” en la URSS.

2 enero

El *Time* inglés escoge a **Hitler** como “hombre del año”.

26 enero

En **España** caída en manos de las tropas franquistas de Barcelona.

Fines enero

450.000 españoles llegan a Francia huyendo de la represión militar-clerical-fascista de las tropas franquistas... son internado en campos de concentración como los de Argelès o Vernet.

Febrero

Entrada de la **minoría del POI en el PSOP**.

14 febrero

Trotsky: *Carta a un amigo en Francia* (carta a Rosmer).

Marzo

En la URSS, **Decimoctavo Congreso del PCR**; ¿negociaciones secretas entre **Alemania** y la URSS?

Trotsky anuncia el acercamiento Hitler-Satlin.

10 marzo

Trotsky: *Carta a Daniel Guérin: centrismo y Cuarta Internacional*.

16 marzo

Las **tropas alemanes invaden Checoslovaquia** que queda cortada en una “protectorado de Bohemia-Moravia” y un estado eslovaco vasallo de Alemania.

20 marzo

Decreto en **Francia** que autoriza las 60 horas semanales en las fábricas de armamento.

26 marzo

Madrid cae en manos de las tropas franquistas.

Abril

Trotsky: *La Cuarta Internacional en Francia. Entrevista por CLR James; y [Discusión sobre la historia]* (con CLR James).

1 abril

Las tropas franquistas se adueñan de toda **España**.

7 abril

Las tropas italianas ocupan **Rumanía**.

Julio

Trotsky: *Su moral y la nuestra; El trotskysmo y el Partido Socialista Obrero y Campesino.*

23 agosto

Firma del “pacto de no agresión” germano-soviético.

26 agosto

En **Francia** prohibición de *l’Humanité*.

3 septiembre

Inglaterra y Francia declaran la **guerra a Alemania**.

17 septiembre

El Ejército Rojo entra en Polonia.

26 septiembre

En **Francia** prohibición y disolución del partido comunista y de todas las organizaciones comunistas.

Alemania y la **URSS** se reparten Polonia.

14 diciembre

La URSS ocupa la parte oriental de Polonia y es expulsada de la Sociedad de Naciones.

1940

20 febrero

La Asamblea Nacional de **Francia** anula los mandatos de los 60 diputados del **PCF**.

Marzo

Del 20 al 3 de abril en Francia proceso contra los diputados comunistas; el 21 gobierno Reynaud.

Mayo

El 10 inicio de la ofensiva alemana en el oeste.

25 mayo

Atentado frustrado contra Trotsky.

16 junio

Pétain jefe de gobierno en **Francia**.

17 junio

Pétain pide el armisticio.

25 junio

Entra en vigor el armisticio Francia – Alemania.

10 julio

Pétain recibe plenos poderes; comienzo del “estado francés”.

20 agosto

Atentado con éxito contra Trotsky.

21 agosto

Muerte de Trotsky.

26 agosto

Incorporación de los estados **bálticos a la URSS**.

Edicions internacionals Sedov



Trotsky: Obras Escogidas
Trotsky inédito en Internet y castellano
Consulta también nuestras otras series

- *Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional*
- *Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918*
- *La lucha política contra el revisionismo lambertista*
- *Lenin: dos textos inéditos*
- *León Sedov: escritos*
- *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*
- *Marx y Engels, algunos materiales*
- *Obres escollides de Lenin en català*
- *Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
- *Rosa Luxemburg en castellano*
- *Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Y las de nuestro sello hermano



-
- **Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)**
 - **Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti**
 - **Armand, Inessa**
 - **Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España**
 - **Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)**
 - **Bleibtreu, Marcel**
 - **Comunas de París y Lyon**
 - **Ediciones Espartaco Internacional**
 - **Frenchia, Cintia y Gaido, Daniel**
 - **Guillamón, Agustín. Selección de obras, textos y artículos.**
 - **Heijenoort, J. Van**
 - **Just, Stéphane. Escritos**
 - **Kautsky, Karl**
 - **Munis, G. Obras Completas y otros textos**
 - **Murphy, Kevin**
 - **Parvus (Alejandro Helphand)**
 - **Plejánov, G. V. , obras**
 - **Rakovsky, Khristian (Rako)**
 - **Rühle, Otto**
 - **Textos de apoyo**
 - **Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75**